



ON THE VERGE: LIBRO UNO

LUCK

on the

LINE

ZORAIDA CÓRDOVA

ZORAIDA

ON THE  
LINE

CÓRDOVA

*Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.*

*Es una traducción de fans para fans.*

*Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro.*

*También puedes apoyarlo con una reseña, siguiéndolo  
en sus redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.*

*¡Disfruta la lectura!*

LUCK



Los autores (as) y editoriales también están en Wattpad.

Las editoriales y ciertas autoras tienen demandados a usuarios que suben sus libros, ya que Wattpad es una página para subir tus propias historias. Al subir libros de un autor, se toma como plagio.

Ciertas autoras han descubierto que traducimos sus libros porque están subidos a Wattpad, pidiendo en sus páginas de Facebook y grupos de fans las direcciones de los blogs de descarga, grupos y foros.

¡No subas nuestras traducciones a Wattpad! Es un gran problema que enfrentan y luchan todos los foros de traducciones. Más libros saldrán si se deja de invertir tiempo en este problema.

No continúes con ello, de lo contrario: ¡Te quedarás sin Wattpad, sin foros de traducción y sin sitios de descargas!

## Staff

**MODERADORAS**

Yessy &amp; Julie

**TRADUCTORAS**

Lorena  
Alex Phai  
MaJo Villa  
Julie  
Vani  
Alessandra Wilde  
Beatrix  
yure8  
SandyQu St.Rolan  
Marie.Ang

NicoleM  
Jeyly Carstairs  
Dannygonzal  
Nats  
Sofía Belikov  
Sandry  
Mary Warner  
Snow Q  
Jasiel Odair  
Miry GPE

CrisCras  
florbarbero  
Mire  
ValS <3  
Dey Turner  
Fany Keaton  
Adriana  
Estivali

**CORRECTORAS**

Melii  
AriannysG  
Mae  
Yani B  
Helena Blake  
\*Andreina F\*  
Val\_17  
Laurita PI  
Alessandra  
Wilde  
MariaE.  
Lizzy Avett'

Nana Maddox  
Anakaren  
Mary Warner  
Amélie.  
Clara Markov  
Dannygonzal  
Sandry  
Sofía Belikov  
Vane hearts  
itxi  
Daniela  
Agrafojo

Kora  
Elizabeth  
Duran  
Mel  
Wentworth  
Paltonika  
pauloka  
Key  
Fany Keaton  
Jasiel Odair  
Marie.Ang  
Mire

Miry GPE  
Eli Hart  
Beatrix  
Josmary  
Adriana  
Zafiro  
Alysse Volkov  
Eli Mirced  
SammyD  
florbarbero  
Valentine Rose

**LECTURA FINAL**

Julie

**DISEÑO**

Dey Turner

## LINE

## Índice

Sinopsis	Capítulo 21
Capítulo 1	Capítulo 22
Capítulo 2	Capítulo 23
Capítulo 3	Capítulo 24
Capítulo 4	Capítulo 25
Capítulo 5	Capítulo 26
Capítulo 6	Capítulo 27
Capítulo 7	Capítulo 28
Capítulo 8	Capítulo 29
Capítulo 9	Capítulo 30
Capítulo 10	Capítulo 31
Capítulo 11	Capítulo 32
Capítulo 12	Capítulo 33
Capítulo 13	Capítulo 34
Capítulo 14	Capítulo 35
Capítulo 15	Capítulo 36
Capítulo 16	Capítulo 37
Capítulo 17	Capítulo 38
Capítulo 18	Capítulo 39
Capítulo 19	Capítulo 40
Capítulo 20	Capítulo 41
	Love on the Ledge
	Sobre el autor

## Sinopsis

A pesar de su nombre, Lucky Pierce siempre ha tenido un poco de mala suerte. Negándose a conformarse con menos o sentar cabeza, ella cambia de trabajo al igual que cambia de novios. Cuando su madre, una celebridad chef, la reta a terminar algo, Lucky se compromete a ayudarla a poner en marcha el próximo restaurante en Boston, The Star. Incluso si eso significa trabajar con el exasperante, egoísta e innegablemente sexy chef.

James ama ser conocido como el chico malo de la cocina de Boston, pero si quiere construir una reputación como un chef serio entonces tiene que hacer que el restaurante funcione y mantener su pasado escandaloso fuera de los titulares. Involucrarse con la hija malcriada y de lengua afilada de su jefa definitivamente no está en el menú.

A medida que el lanzamiento de The Star se acerca y la tensión y la química calientan la cocina, van a necesitar algo más que un poco de suerte para evitar que todo hierva.

**On the Verge, #1**



Traducido por Lorena

Corregido por Meli

La regla universal de los camareros es: cuanto más grande sea la orden, más grande es el imbécil.

Fue cierto durante mi año de “búsqueda del alma” después de la graduación en el instituto, siendo camarera en El Gallo en Espanola Way, cuando madres quemadas por el sol devolvían LITs por ser *demasiado fuertes*.

Fue cierto el año después de eso en el Old Post en Missoula, Montana, cuando las chicas de hermandad obsesionadas de la dieta pidieron la hamburguesa Country House Special Sauce Deluxe, pero, ya sabes, sin las cebollas y los tomates y, oh, sin salsa especial.

Y fue cierto, cuando hice batidos saludables en Super Green Joe en Brooklyn el año después de eso. Si escucho “¿Es eso sin proteínas, gluten, soja, sin lactosa y de comercio justo?” una vez más...

Ahora en The Red Cup, Sr. Latte de vainilla grande sin batir, sin espuma, tiro extra, leche desnatada, medio entero, bomba de avellana es un gran imbécil.

Soy la próxima en la fila. Cruzo y descruzo mis brazos, cambio el peso de mi bolsa de lona, después compruebo la hora en mi teléfono. Debería estar en casa de mi madre hace diez minutos. Hace *diez* minutos, este chico empezó a pedir su bebida. Mi madre puede ser muchas cosas, pero impuntual nunca es una de ellas.

Se inclina hacia la camarera, haciendo flexionarse sus tríceps. Él tiene amplios hombros. Su blanca camiseta abraza cada magro musculo. Puedo ver la sombra de un tatuaje apenas visible bajo el delgado algodón de su camiseta lavada demasiadas veces, y un rastro de tinta negra se asoma por el cuello. Tiene el tipo de espalda que ruega ser tocada y acariciada como si fuese tierra firme después de haber estado perdido en el mar. Si él no estuviese retrasando la fila, estaría más que tentada a probar.

O, quizás es solo que ha pasado mucho tiempo desde que he tenido un hombre tan delicioso.

El roce de pies detrás de mí anuncia una nueva ronda de clientes. Ellos mueven la cabeza a los lados como las manos de Kali para ver qué ocurre.

*Roce, roce, gruñido, suspiro.*

Sr. Latte grande dice algo que hace a la camarera reír. Prácticamente puedo oír su parpado guiñar.

Sujetando la cámara alrededor de mi cuello, ajusto la lente. Solo porque él sea molesto no quiere decir que no aprecie un bello espécimen cuando veo uno, y sus hombros enmarcan la cafetería art deco perfectamente. Me pregunto si su cara es tan maravillosa a la vista como su espalda. Capto un poco de su fuerte mandíbula y pómulos altos. Durante mi pasantía con el fotógrafo de moda Louis Devereux, llegué a fotografiar a montones de chicos guapos. Tenían mohines sensuales, delgados músculos de Pilates, y pelo tan resbaladizo que cuando lo toqué, necesité frotarme alcohol para quitarme la suciedad. Eran hombres hermosos. Hombres encantadores. Este hombre, Sr. Latte grande, en vaqueros desgastados y botas de cuero usadas, es un hombre varonil. Y mi cámara lo ama.

Pero incluso con el más varonil de los hombres, algo lo arruina.

Cuando él ronronea —: Puedes espolvorear un poco de canela por encima — quiero vomitar.

Tengo un vistazo de la camarera. Sus largos rizos están domados bajo una gorra con pico de pato que no perdona en el resto de los que trabajan aquí, pero en ella, queda apropiado. Incluso atractiva. Su piel bronceada y mejillas de manzana son rojas y acogedoras, como las flores de verano floreciendo por todo Boston. Capto mi palidez verde resacosa en la pantalla de mi cámara, pelo marrón sin lavar probablemente lleno de hojas de intentar salir borracha de una sesión de fotos en Boston Common, y me doy cuenta de que necesito mi café tanto como necesito aire fresco y una ducha.

La camarera coge el dinero de Sr. Latte grande y sus ojos se dirigen a la barra de condimentos y accesorios. —La canela está allí, señor.

—Jay —dice él—. Señor es mi padre.

—Jay —repite ella.

Detrás de mí la larga fila está creciendo. Necesito mi café. Necesito que la cafeína aclare mi cabeza del desastre que he hecho, y no solo de las últimas veinticuatro horas, sino de los últimos cuatro años. Tal vez incluso antes de eso. Algo que me entretenga y que me tenga pensando en algo, cualquier cosa menos en mi migración anual de vuelta hacia mi madre.

Alguien detrás murmura una maldición y la fila cambia en la forma en la que se mueven los adictos a la cafeína. Piernas temblorosas, brazos nerviosos que ni siquiera pueden mandar bien un mensaje, suspiros pronunciados, y ojos en blanco. No estoy a punto de ser atropellada por una multitud de trabajadores sin cafeína. Me asomo a escondidas alrededor de Sr. Latte grande y saludo a la camarera, rompiendo su conexión amorosa.



—Así que, ¿quieres que ella ponga glaseado de cumpleaños también, o te vas a mover?

La fila se ríe disimuladamente, y cuando él se gira hacia mí, me siento ofendida por la fuerza de sus furiosos ojos verde mar. Odio cuando tengo razón. Su cara no solo coincide perfectamente con su espalda; es mejor. La piel bajo su barba de un día se endurece cuando aprieta la mandíbula. Su nariz, que parece que ha recibido un par de golpes en el pasado, se arruga de modo que sería lindo si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias. Prácticamente puedo *sentir* su irritación saliendo como una cama de bronceado. O quizás él está pensando: “¿Quién coño eres tú?” Apuesto a que las chicas no le hablan de esta manera. Sus ojos van de mis ojos, a la estrellita de plata alrededor de mi cuello, a mis desordenadas ropas. Él parte sus labios carnosos, listo para contestar mi insulto. Pero entonces se da cuenta de los otros descontentos detrás de mí, y con una mueca murmura—: Mi cumpleaños no es hasta el próximo mes, princesa. —Después me pasa hacia el mostrador de recogida de bebida.

Mi cara está en llamas, el calor de su odio abrasó mi capa superior de inmediato. La dependienta no está feliz de verme y la multitud ha olvidado fácilmente mis actos heroicos porque ahora *yo* soy la que está sujetando la fila.

—Venti. Negro —digo y cuando ella me pregunta mi nombre, todos los restos de su sonrisa han desaparecido de sus mejillas sonrosadas.

—Lucky —digo.

Ella arquea una ceja como diciendo: “Sí, claro”.

Pero recibo eso todo el tiempo. Lucky Pierce. No, no viene con ninguna suerte o significado, aparte de que mi querido viejo padre debió haber fumado algo más que un cigarro cuando estaba naciendo.

Pago y voy a la estación de recogida. En el frenesí de la tarde en la cafetería con las niñas con sus portátiles agitando sus sentimientos y bailando música hipster, juego con mi cámara y doy golpes con el pie mientras espero mi café, y trato de no mirar al tipo al que acabo de cortar el royo.

—Pequeño, negro. —La guapa camarera deja mi bebida en el mostrador como si estuviese diciendo: “Ahora fuera”.

Debería corregirla. Debería decirle que estoy teniendo un caso de “¿Qué está mal con mi vida?” y ella debería sentir algún tipo de solidaridad femenina, pero luego se gira y vuelve a hacer bebidas. Puso un LUCY en mi bebida. Esa soy yo, Lucy.

—Correcto. —Cojo mi café. La tapa es defectuosa y mi agarre derrama caliente y negro liquido por mis manos, empapando mis vaqueros y la tela negra de mis Chucks.

Sr. Latte grande se ríe, entonces cubre su boca en una disculpa fingida.

—Qué amable —le digo—. Eres un verdadero caballero.

Su sonrisa hace que mi estomago se balancee como un contrapeso y aprieto los dientes, deseando poder golpear a mi subconsciente por sus malas decisiones con los hombres.

Se inclina hacia abajo para leer el nombre en mi decrepita taza y dice—: Bueno Lucy, diría que ha sido un placer, pero mi amigo Karma no está de acuerdo.

—De alguna manera, dudo que tú y el Karma estén en términos amistosos. —Agarro un puñado de servilletas y limpio el café que rodó hasta mis codos y a la superficie de mi cámara.

Se encoge de hombros y mira hacia la dependienta repentinamente haciendo bebidas como si el mundo dependiese de eso.

—Sabes —empiezo—, probablemente le hice un favor. —Agito la mano y gotas de café salpican el blanco inmaculado de su camisa.

—¿No eres una buena Samaritana? —Se lame un dedo, tira de la tela y frota la mancha pero no sale. Murmura—: Genial. Justo lo que necesitaba. ¿Quién hace eso?

Iba a disculparme, pero no me dejé. Sequé mi mano en mi bolsa de lona. —¿Quién lleva pantalones rasgados como si fuese 1989?

—¿Quién lleva una gorra de los Yankees? —Él la coge, y la sujeta por encima de mi cabeza. Tengo que saltar un poco para cogerla de nuevo—. ¿Te has perdido o algo?

Perdido es una forma de decirlo...

Mi reacción hacia él es más física de lo que me gustaría. Puedo oler su piel recién lavada con algo que me recuerda a cálidos días de playa y aceite bronceador. Calor se extiende desde el fondo de mi vientre como un fuego sin vigilar. Debería abofetearle. Debería insultarle. Quitar esa sonrisa de su cara. Justo cuando decido irme, su teléfono suena. Se mete un dedo en el oído y me da la espalda. La respuesta se pierde en mi lengua y me digo que no vale la pena.

El mostrador está lleno de bebidas ahora y gente descontenta viene a por sus órdenes. Entonces lo veo. El nombre en la bebida —Jay— escrito en perfecto marcador negro. Junto a su nombre, hay un corazón y un número de teléfono.

Su espalda sigue hacia mí, y antes de que pueda volver a pensarlo agarro su latte de vainilla sin batir, sin espuma, leche desnatada, semi entero, bomba de avellana y salgo por la puerta. Mi corazón se acelera en mi pecho mientras el dulce y caliente liquido escurre por mi mano.

Él grita—: ¡Oye!

1

1

Pero una nueva multitud entra en Red Cup, y yo estoy fuera girando en la esquina y corriendo por Seaport Blvd. Estoy ciega al tráfico, los camiones y coches pitando mientras cruzo cuando está en rojo. Salto sobre un perrito que ladra y tira de su rosa correa detrás de mí. Me muevo a los lados para caber entre un par de chicas riendo detrás de manos con manicuras rosas, y por fin aterrizo en la brillante entrada del nuevo edificio de apartamentos de mi madre. En el espacio abierto de la línea de costa, nuevos apartamentos crean un nuevo horizonte brillante junto con los barcos descomunales en el puerto.

Tomo un sorbo del latte secuestrado en mi mano, quemándome la lengua y forzándolo a ir hacia abajo. Después convoco toda mi energía, porque la necesitaré para pasar por esto. No he visto a mi madre desde este exacto momento el año pasado cuando ella aún vivía en Cambridge, a menos que cuentas verla cada semana en la televisión.

Entro en el vestíbulo, donde un pálido y pecoso portero sonríe y me saluda. Tomo otro trago, pero esta vez, la dulzura simplemente no baja. Arrojo la desperdiciada cafeína en la papelera más cercana. Maldita sea, eso era desagradable.



## 2

*Traducido por Alex Phai**Corregido por AriannysG*

Cuando no has visto a tu madre en un año, esperas más que una bienvenida. Falsas *sonrisas*, como las que obtenía de este compañero de cuarto francés que tuve una vez en el pueblo. Tal vez incluso un abrazo con un solo brazo, porque nada dice “somos familia” como un abrazo de un solo brazo.

En cambio, mi madre se apresura, sus pasos sobre la alfombra en espiral (programada, lo juro) y toma mis manos entre las suyas para examinar mi apariencia. Mi cabello sin lavar, mi ropa descuidada, y los círculos oscuros bajo los ojos.

Eso está bien. Es solo diez de junio. Ahorramos nuestro abrazo una vez al año para el veinticuatro de junio, el día cuando hace diez años, nuestras vidas cambiaron. Ahora estamos aquí, en una habitación tan blanca que hace que me duelan los ojos. Tan blanco, que ya noto las huellas de la lluvia de Boston y la suciedad que estoy dejando atrás. Los ladrillos expuestos de la pared de la chimenea están pintados de dorado. Astas de ciervo blanco cuelgan por encima de la repisa de la chimenea. Supongo que mamá ya no es un miembro orgulloso de PETA<sup>1</sup>.

Una alfombra blanca que se ve suave al tacto es cuidadosa y hábilmente lanzada sobre el piso, rodeada de sofás de cuero blanco. Las paredes, los pisos, el traje de diseño a medida abrazando las curvas excavadas quirúrgicamente de mi madre. Después de cuatro años de ir de apartamento en apartamento y casi pertenecer a personas sin hogar, siempre volver a la vida de mi madre se siente como ser un poco de carbón en una reserva de diamantes. Solo queda una pequeña cerámica roja como la única señal de vida de Casa & Jardín.

— Llegas tarde.

— Me detuve para tomar un café — digo.

En pocas palabras, examino el rostro de mi madre. Se ve más joven. El resultado de exfoliaciones químicas, y los estirones de piel. Me imagino a un

---

<sup>1</sup> PETA (Personas por el Trato Ético de los Animales): Es una organización que ve por los derechos de los animales.

1  
3  
anciano cortando su hermoso rostro y eliminando los signos de envejecimiento. Cuando yo estaba en el instituto todo el mundo decía que me veía como mi madre en sus años de desfile, pero trato de encontrarme en su nueva cara y el único parecido es el gris tormentoso de nuestros ojos.

—¿Y bien? —Una ceja intenta elevarse pero fracasa. Botox.

—¿Bien qué?

—¿El café?

Oh, mierda. Eso. —La fila era una locura. Un estúpido chico...

—No te preocupes. —Se encoge de hombros, y trata de sonreír, como si las cámaras estuvieran rodando—. Voy a hacernos un poco.

Esto es tan extraño. ¿Por qué mi madre está siendo tan amable?

Dejo mi bolso de lona en la entrada y froto mi hombro mientras la sigo por un largo pasillo forrado con fotos que marcan su vida. La primera es su famosa foto del desfile: mi madre en un monstruo de tafetán. Sostiene su corona con una mano enguantada mientras tiene un ramo enorme en la otra. Después la foto de su boda —la primera, la única que cuenta para mí— una corona de flores blanca alrededor de su lacio cabello dorado, con una sonrisa verdadera sin Botox en su rostro. Luego, hay seis años faltantes, saltando a galas con las celebridades, políticos, y luego su gran oportunidad cuando el marido número tres le dio su propio programa de cocina. Cada lunes por la noche los EE.UU. de América sintoniza Foodie TV para ver a mi madre hacer cabriolas alrededor de la cocina de *Jimmy Choo* y delantales por *Oscar de la Renta*. En mi primer año de preparatoria, todos los chicos en la escuela trataron de salir conmigo con el pretexto de acercarse. Tuve el síndrome de la “mamá de Stacy”. Lo odiaba. Es como si yo no era digna de tener amigos si no fuera por ella.

Incluso con el marido número tres ido y casado con la señorita Polonia, mi madre tuvo éxito por sí misma. Tomó lo que consiguió en el acuerdo del divorcio y creó un imperio culinario. Esto de la mujer que no podía abrir una lata de sopa sin que mi papá viniera al rescate.

—Me gusta lo que has hecho con el lugar —digo. Los pasos resuenan en el alto techo del ático—. Es tan...

—¿Maravilloso? —dice mi mamá en broma. Me pregunto si alguna vez se “apaga”.

Yo iba a ir con *excesivo*.

Cuando finalmente llegamos a la cocina, mi primera impresión es que no hay manera en que mi madre, quien quemaba los *panqueques congelados* cada mañana, cocinara aquí. Pero hay platos secándose en el mostrador y la prensa francesa está lista.

—La única manera de hacer café —dice, y esa declaración solo me llena del peor tipo de dolor en mi corazón. Mi padre solía decir eso.

Me siento en la silla alta y la observo moverse. Empieza a hablar de su asistente, Felicity, una joven dulce que acaba de graduarse de la universidad de Boston y trabajaba en diseño de interiores cuando se conocieron. Luego, de su productor, que está en medio de conseguir un divorcio, pero, ¿quién no? Su restaurante “prometedor”, que se prepara para tener una gran apertura en dos semanas.

Me tomo mi café y mantengo mis labios apretados. Esta es la vida que siempre ha querido. Sin mí. Sin papá. No hace falta decir nada.

Y luego la conversación se vuelve hacia mí. Ahí está: ¿por qué no usas crema hidratante? Tu frente es tan seca como el Sahara. Y el: ¿no estabas vestida con estos vaqueros la última vez que me visitaste? El: Tienes casi veintitrés, Lucky, no se puede ser una mesera para siempre. El: por favor, dime que no has cambiado de carrera de nuevo. Y, finalmente, el: ¿Estás saliendo con alguien?

Cada pregunta es un martillo que me hunde más y más en mis zapatos sucios.

—No, libre como un pájaro —digo.

—Bueno, Bradley ha estado buscando todo tipo de delicias últimamente.

— ¡Mamá!

Se encoge de hombros y toma un sorbo de su café. Negro. —Solo digo. Su familia y la nuestra nos conocemos desde hace tiempo. Estoy segura de que si *quisieras*, podrías tenerlo.

—Preferiría no tener esa conversación.

—¿Alguna vez te dije que su padre y yo salimos durante una semana en preparatoria?

Me encanta la forma en que siempre me recuerda que ella tenía lo mejor de todo, cuando la clase alta de Massachusetts era tan endogámica como la del Sur. Luego, su familia perdió todo y se mudó a Westchester, Nueva York, donde nació. No es muy degradante, al menos para mí no. Tan pronto como marido número dos y su Imperio de Madera Smithson nos trajeron de regreso a Boston, ella trató de reclamar esa vida con un éxito moderado.

—Es bueno saber que el padre de mi mejor amigo y tú tuvieron una aventura.

—Todo lo que estoy diciendo es que, dado que tú nos *dejaste*, me parece interesante que elegiste permanecer en tu departamento desordenado en lugar del mío cuando llegaste a casa hace tres días.

*Lo sabe.*



Sabe que mentí y le dije que llegaba hoy. Voy a matar a Bradley.

Pongo mi taza sobre la mesa y mantengo el líquido caliente en mi lengua. Quema. Mi rostro se vuelve rojo bajo su crítica. Sí, cuando bajé en la estación del sur fui directamente con Bradley. Sus padres eran mis salvadores durante la escuela, mientras mamá estaba con sus esposos y me vi obligada a ir a la escuela privada. Bradley y su amistad eran las únicas cosas buenas que me apoyaron. Él acaba de empezar la escuela de medicina, pensando en ir a algún país del tercer mundo para sanar a los menos afortunados, ya que no es suficiente que se parezca a un ángel, también tiene un alma para que coincida.

— Bradley tiene novia — digo, mi lengua tan amarga como el café negro.

— Eso es porque nunca te quedas. — Se pasa la mano por su cabello platino. Puedo ver el centímetro oscuro en las raíces, lo cual es sorprendente porque nunca deja que sus raíces se muestren—. Si te quedaras en un lugar por más de seis meses, tendrías a alguien.

— He estado en Nueva York desde hace casi un año.

— Y todo lo que tienes que mostrar es un caso de chinches. — Hace una mueca—. Espero que no trajeras ninguna contigo.

— No te preocupes, quemé mi colchón y sábanas. Es por eso que todo lo que tengo es la ropa en mi espalda.

Levanta sus manos en señal de derrota simulada.

Esta danza que hacemos, mi madre y yo, puede continuar durante días. El año pasado, en su antiguo lugar en Cambridge, nos convertimos en un poco nocturnas, ella probando recetas en medio de la noche, y yo con Bradley en algún caro bar clandestino en el centro de Nueva York hasta que salía el sol. Se prolongó durante toda una semana antes de que se hiciera nuestra cena anual...

Su teléfono se enciende y veo el nombre y la imagen de Felicity aparecer en la pantalla. Cara redonda. Pecas. Lleva un traje que la hace ver como una niña jugando a disfrazarse con la ropa de su mamá. Me recuerda a una tortuga que no puede succionar la cabeza en su caparazón.

Mamá responde —: Aquí Stella.

Me quejo de lo falsa que hace su voz, pero me siento aliviada de que no tengo que conversar con ella. Tomo una manzana de la mesa y hundo mis dientes en ella. El sabor no se mezcla bien con los restos del café, pero satisface temporalmente la sensación de vacío en mi vientre. Entonces observo la cocina una vez más, y pienso: *A papá le hubiera encantado esta cocina*, solo para darme cuenta de que en las partes de la casa que he visto, no hay una sola imagen de mi papá.

Ahora que lo pienso, no hay una sola imagen de mí tampoco.

— ¿QUÉ? — grita.

En ese instante, mi anciana madre está de vuelta. Su tono de voz con la personalidad de TV, esa ronca de una sexy *Martha Stewart*, se sustituye por su grito estridente.

— ¿Qué tan malo es? — Agarra su taza de café y termina tirándola. Se inclina hacia un lado y estoy lo suficientemente cerca para atraparla, pero el contenido chapotea por los lados, y por segunda vez hoy tengo café goteando encima de mí — . Voy a estar allí.

Mi madre pone el teléfono en la encimera de mármol blanco y toma una respiración honda, pellizcando el puente de su nariz, presionando la frente para aliviar un dolor de cabeza.

— Vístete, tenemos que irnos.

— ¿Adónde?

— Al parecer, nada puede ir bien. Juro que si no fuera por... Vamos, Lucky, no tengo tiempo para sentarme aquí. Ponte algo limpio y lávate la cara.

— ¿Por qué tengo que ir?

— Maldita sea, Lucky, ¿no puedo pedirte que hagas algo por mí sin que tengas que cuestionarlo? — Su mano empieza a temblar. Es ligero, y agarra su mano temblorosa con la estable, pero ya lo he notado. Su exterior de color blanco y dorado se está agrietando, y por razones que no sé cómo explicar, me molesta.

— Está bien, ¿pero puedo al menos saber a dónde vamos y dónde es el incendio?

Me lleva a un dormitorio de invitados, su pie tocando el suelo de madera como un reloj del fin del mundo.

— Y por “incendio”, me refiero a un fuego metafórico, ¿verdad?

— Ocurre algo en el restaurante. — Hace una mueca al ver mi atuendo; vaqueros negros y una camiseta que dice “Como con Zombis”; gruñe, pero decide que no hay tiempo para un segundo cambio — . Tal vez tu suerte pueda apagarlo mientras estés aquí.

Suelto una risa, que no la consuela. — Suerte, ¿yo?

Traducido por MaJo Villa

Corregido por Mac

The Star, una “experiencia” de alta cocina es una extensión del nuevo estilo de vida de mi mamá. Limpio. Blanco. Moderno. Cristalino.

Claro, *luce* costoso, como un vestido de diseñador que tienes miedo de usar porque podría ensuciarse. A pesar de la selección cuidadosa de mesas blancas cuadradas, las lámparas escultóricas gigantes, y jarrones altos listos a la espera de sus arreglos de flores, noto que falta algo. Algo que mi padre habría llamado *espíritu*. Vida. Amor.

Paso mi mano a lo largo de la longitud del bar. La madera está recién pulida y puedo oler la pintura, pero la mayor parte del bar se encuentra sin terminar. Para gran consternación de mi madre, he servido detrás de algunos bares. Y cuando digo “algunos”, quiero decir “muchos”. Nunca fueron así de bonitos, ni limpios. La pared de detrás tiene espacio para una inmensa selección de buenas bebidas, no las cosas aguadas que sirven en algunos lugares, lo que hace que mi corazón de coctelera repiquetee.

Pero ahora me hallo más allá de eso. Estoy aquí para golpear el botón de reinicio en mi vida. Así que con mi ojo detrás de mi cámara tomo una foto de la barra más hermosa que jamás he visto en un largo tiempo y sigo los gritos de mi madre.

—¿Cuándo sucedió esto? —le pregunta mi mamá. No nos presenta, pero Felicity sonríe, y me saluda moviendo su mano como si fuéramos viejas amigas desde hace mucho tiempo, antes de regresar su atención a mi madre.

Una multitud de obreros se agolpan alrededor del baño de mujeres. Todos tienen las manos en sus bocas. No entiendo por qué hasta que el hedor golpea mi nariz, como un gato muerto envuelto en piel humana quemada.

—¿Qué de...? —Casi tengo arcadas cuando me acerco.

Mi mamá agarra su teléfono hacia su pecho, con sus nudillos blancos. Se encuentra a segundos de gritar o hiperventilar, o ambos.

—Las líneas en las calles están atoradas. Algo acerca de la lluvia, las inundaciones y la obstrucción de las líneas de alcantarillado —dice Felicity, tratando de sonreír a pesar del olor—. Toda la cuadra tiene problemas. He tratado



de conseguir a un plomero para aquí abajo, pero ninguno está disponible hasta el lunes. Los únicos que pueden ponerse a disposición quieren cobrarnos un margen de beneficio del 400%.

—Eso es... ¡no puedo! —Los nudillos de mi mamá se ponen blancos alrededor de su teléfono—. Esto es completamente *inaceptable*.

—¡Ah! Uno de los obreros piensa que puede ayudar —dice Felicity. Luego me susurra al oído—. Pero creo que solo lo está empeorando.

El sonido de madera rompiéndose por la mitad llena la sala, seguido de un fuerte golpe.

Corro con mi mamá a la sala principal donde una viga de madera se ha roto por la mitad y ha caído sobre una sección de mesas. Chispas parpadean donde una lámpara de oro se ha hecho añicos.

—¡No, mamá! —Extiendo mi brazo para detenerla de seguir adelante.

Las chispas de los cables expuestos se convierten en pequeñas llamas que se atrapan en la pintura fresca. Felicity grita y alguien pregunta a voz en grito por qué los aspersores no se disparan. Los obreros no saben por cuál camino irse. Todos solo se quedan mirando mientras que el pequeño incendio se come la cabeza de la viga como un fósforo encendido.

Corro hacia la zona del bar y agarro el extintor. En mi último bar lo guardaban ahí porque uno de mis compañeros barman hacía trucos con fuego que algunas veces se salían de control.

Me subo en la parte superior de la barra y sofoco las llamas antes de que hagan algún daño real. Residuos blancos cubren la sección completa, dando la ilusión de una pantalla de Navidad abandonada. Una oleada de mareo en la cabeza me hizo bambolear. La mano de alguien agarra mi pierna para mantenerme estable pero insisto en que me encuentro bien.

—¡Lucky! —Mi mamá está al borde de la histeria, sus voz a diez octavos demasiado alta.

—Estoy bien —digo, saltando hacia abajo de la barra.

Me abraza con los brazos extendidos y estudia mi rostro. Tiemblo por la adrenalina, pero me encuentro bien. La última vez que me sostuvo de esta forma, me había caído del techo tratando de escabullirme. Por un momento me permití pensar sobre la forma en la que era antes de todo esto. Me salgo de su agarre y repito—: Estoy bien.

Varios obreros rascan sus cabezas mientras estudian el desastre, preguntándose cómo en el Cielo de la Construcción esto podría haber pasado. Más y más personas salen de la zona de la cocina.

9 1

Mi mamá presiona los dedos en sus sienes y cierra sus ojos. Su impecable restaurante se está cayendo a pedazos y se encuentra de pie justo en el centro de todo. Todos los ojos se dirigen hacia ella, esperando a que explote. Sé que a mi mamá le gusta la atención, pero este no es el tipo a la que está acostumbrada, y puedo verla por la tensión en sus hombros.

Un hombre con bigote corto con una camisa a cuadros y unas botas de trabajo color canela retuerce sus manos marrones mientras consigue el coraje para hablar.

—Señora Carter no sé cómo sucedió esto —dice—. Usamos lo mejor de todo...

Mi mamá inhala profundamente. Reconozco el aspecto y la toma de aire que la estabiliza, preparando su ira. Es un dragón.

—Entonces ¿cómo, le ruego decirme, *ocurrió* esto, Carlos? —Se encuentra hablando hacia el techo, los desnudos cables expuestos donde la viga de madera rompió la lámpara—. Porque si eso hubiera ocurrido durante la degustación, ¡mis invitados habrían muerto! Encima de eso... —Gira su cuerpo hacia el baño, pero no puede soportar mirarlo.

Las manos de mi mamá empiezan a temblar. Sostiene su teléfono como un arma. —¿Sabes qué sucederá la próxima semana?

Carlos sacude la cabeza.

—La degustación del restaurante para mis contactos en línea, Boston Foodie, Lush Life, y un montón de blogueros de comida que no sabrán diferenciar lo que es un merlot de un malbec, pero tienen cientos de miles de seguidores. —Se encuentra muy cerca de su rostro pero el hombre no retrocede. Ni un ápice, como si amara estar de pie en el camino de su fuego.

—Mamá... —Agarro su mano temblorosa. Esto hace que salte—. Relájate.

Luego se voltea hacia mí, con sus ojos grises como pequeñas tormentas eléctricas. —¿Relajarme?

—Tú...

—¿*Relajarme*? ¿Sabes cuánto he trabajado para esto? ¡Mira lo que está sucediendo!

Ahora tenemos una audiencia. Hubo momentos después de que papá se iba en los que mamá dormía por días. Sus ojos se extra saltarían. Iniciaba peleas sobre mi corte de cabello, mis ropas, mis tareas, hasta que estuviéramos gritando y lanzándonos cosas la una a la otra.

Eventualmente se quedaba dormida, como si se hubiera exorcizado de cualquier demonio que estuviera en su interior. Me pregunto quién habrá sido esa persona desde que me mudé. Me pregunto por qué cada vez que me encuentro con

ella, me siento como si fuera la que está más organizada. Así que tengo eso a mi favor.

—Mira —digo, tomándola de la mano y tirando de ella, pasando al personal y a los obreros. El humo permanece alrededor de la habitación. Sostengo su muñeca—. ¿Cuántas personas van a venir a esta cosa de la pre degustación?

Lo piensa un momento, luego dice —: Treinta y cinco. Espera, treinta y seis.

—¿A cuántas personas admite el restaurante?

—Doscientas.

—Entonces no necesitas que todo el lugar esté abierto, solo una pequeña sección, ¿cierto?

—¿De qué hablas?

Camino entre las mesas y señalo hacia una sección cercana a la parte de enfrente, delante del bar. —Puedes apagar las luces sobre esa pared para que así nadie pueda ver el daño mientras lo arreglan.

—Pero yo lo veré.

—Pero ellos *no*. —Me río y me mira incrédula—. Recuerdo que cuando me encontraba en la secundaria y tuve un grano tan grande como Texas en mi frente y tenía que salir a escena, me dijiste...

—Nadie lo nota solo tú. —Está tratando de no sonreír, para permanecer estoica.

—Esto es lo *mismo*.

Nos miramos la una a la otra. Su mano empieza a temblar en la mía y la presiona contra su estómago para hacerla detener. Nuestra relación no es la ideal, pero sigue siendo mi mamá. Es como que sin importar qué, siento la necesidad de cuidarla.

Entonces sonrío, de verdad sonrío. Aprieta mi mejilla y dice —: ¿Ves? Te dije que te influenciaría.

—No nos dejemos llevar.

—Lucky, lo digo en serio —dice, presionando su cabello hacia atrás con una mano temblorosa—. Oye, tengo una idea descabellada. ¿Por qué no te quedas y ayudas con esto?

Sacudo la cabeza, sosteniendo mi cámara como apoyo. —Mamá, no puedo. Solo estoy en la ciudad por... —No termino. Solo me encuentro en la ciudad por mi papá.



1 2 Inspira, y luego Stella, de “Las Tardes en la Cocina de Stella”, está de regreso. —Ya veo. Bueno, por el momento, hay trabajo para hacer. Necesitas un cheque de pago, ¿no?

Me deja de lado y regresa hacia su equipo. Llama a Carlos, y el hombre de bigote da un paso hacia adelante y empieza a tomar medidas de la pared rota. Mamá les da trabajos a las personas. Felicity se encuentra hablando tan rápido en el teléfono que me desconecto por miedo de marearme.

Así que esta ha sido la vida de mi mamá en el último año, construyendo un restaurante mientras yo me encontraba tratando de convertirme en fotógrafa en Nueva York y logrando que azotaran puertas en mi rostro. Técnicamente, después de dejar Boston, no tengo un siguiente paso. No sería lo peor el tener un buen lugar para quedarme y un trabajo mientras trato de entender las cosas. Y a mi mamá de verdad podría venirle bien la ayuda...

Siento el calor de alguien de pie directamente a mis espaldas. El olor a playa y a cuero. Manos aplaudiendo lentamente.

*Clap.*

*Clap.*

*Clap.*

—Impresionante.

Me vuelvo rápidamente hacia el sonido de su voz. Mi estómago cae como un elevador que ha sido soltado de su arnés, cayendo en picado hacia abajo, más abajo, más abajo. Mi corazón se acelera al ver sus ojos verdes como el mar. Termina de aplaudir, cruza los brazos sobre su pecho y de alguna forma parece ser más alto que esta mañana en la cafetería. Ladea una ceja y se queda mirándome. El Sr. Latte grande. Jay espolvorea-un-poco-de-canela-en-la-parte-superior. ¿Cómo me encontró?

—Qué forma de salvar el día, Lucy.

## 4

*Traducido por Lorena**Corregido por Yani B*

—Tú.

De todas las cosas que posiblemente puedo decir, digo: “tú”.

Jay me rodea. Su nombre está claro en mi cabeza, letras negras dibujadas junto a un corazón y a un número borroso. Sus ojos, tan brillantes en la blancura del restaurante, trazan las líneas de mi cara, mi pelo sucio, mi camisa zombi. Huelo, debo, después de una noche de borrachera sin dormir y luego andar por toda la ciudad. Pero él aún me mira. El verde de sus ojos es muy luminoso, imposible, y totalmente injusto. ¿Por qué la gente malvada consigue ser tan... impresionante?

Su presencia, su cara, su olor, es como un puñetazo en el estómago. Me obligo a respirar. Estoy segura de que necesitaba un caramelo de menta, pero no podía pensar en otra cosa que decir aparte de—: ¿Tú? —Otra vez. Signo de interrogación.

Sus labios se curvan en una sonrisa que hace que el roto ascensor de mi estómago se desplome un poco más.

—Yo. —Sus brazos siguen cruzados sobre el amplio pecho. Pienso sobre su tatuaje de nuevo. Me pregunto a dónde lleva, cómo luce el resto. Me pregunto si su estómago está tan marcado como sus brazos. Me pregunto si tiene un camino feliz. Está claro, ha pasado un tiempo desde que he tenido sexo.

Pregunto —: ¿Qué demonios haces aquí?

Jay se acerca un paso y yo retrocedo.

—Vine por mi latte —murmura con su voz de barítono.

—Lamento decírtelo —digo—. Lo tiré. Sabía a culo.

Lo que sea que él pensase que iba a decir, no era eso. Su cara se arruga, como si estuviera ordenando sus pensamientos. Entonces dice—: Tienes mucha experiencia en esa área, ¿no?

Rechino los dientes. Caí en esa, está bien.

—No has contestado a mi pregunta —digo.

—¿Qué demonios haces *tú* aquí? —contesta.

¿Qué *estoy* haciendo aquí?

La voz de mi madre suena de una manera cantarina —: *Jaaa-mes...*

Sus tacones resuenan cuando ella se acerca. —James, ahí estas. —Pone una mano en su hombro—. ¿Puedes creer este lío?

—Estaba en la oficina —dice—, cuando escuché el ruido.

Su mano se mueve por la espalda de él, como si estuviese presentando una obra maestra. *Por favor, por favor que este no sea su nuevo novio.*

—Lucky, conoce a James. Mi chef ejecutivo.

Él sonríe con aire de suficiencia. Estúpido Sr. Presumido.

—¿Se están acostando? —pregunto.

—¡Lucky!

Mi cara se pone roja. Los ojos verdes de James-Jay-Femenino-Latte se ensanchan.

—¿Qué? —Me encojo de hombros—. Simplemente es un poco joven para ser chef ejecutivo, eso es todo.

Chef James lame su canino y me estudia un poco más pero lo niega. Mira detrás de nosotras para asegurarse de que nadie lo ha oído, y cuando está convencido de que no he contaminado las aguas, vuelve su atención a nosotras. —Tengo veintiséis. Y estoy más que cualificado. —Entonces cuando la cara de mi madre se gira, saludando a Felicity, él murmura para que solo yo pueda oírle—: Que es más de lo que puedo decir de lo que estás haciendo aquí.

Odio al Chef James.

—Lucky, no seas ridícula. Perdona a mi hija.

Mantengo mi mano en alto. —No te preocupes, viviré sin tu perdón.

—Ella no ha dormido mucho. Acaba de volver de Nueva York.

James ladea una ceja. —Vivan los Yankees.

—Pero ahora está aquí para... —Se detiene, a punto de decir, para el aniversario de su padre. De su accidente. El accidente que fue mi culpa—. Para visitar a su madre.



—Qué *suerte*<sup>2</sup> para nosotros —dice James; entonces él y mi madre tienen un ataque de risa. Ambos deberían hervir en el infierno culinario, el cual sea probablemente el restaurante Red Lobster, o Denny's.

—James ganó su episodio de Sliced Champion, Luck —dice mamá—. Ha venido muy recomendado por mis colegas y entiende lo que estoy intentando hacer aquí.

—¿Cuál fue tu plato ganador, quesadilla y perrito caliente?

—Eso es asqueroso. —Suelta una risa—. Es evidente que la manzana cayó lejos del árbol. No estás permitida en mi cocina.

—¿*Tu* cocina?

Mamá asiente. —No soy la chef, querida. Soy la propietaria. Mi nombre con su finura, es una unión hecha en el cielo de la comida.

—Podría preferir el infierno —murmuro.

—James, Lucky empezó en la escuela culinaria antes de pasar a... bueno, cualquiera que sea el sabor de este semestre. ¿Escritura? ¿Costura? No puedo seguir el ritmo estos días.

—¿Qué pasó? —James se veía apenas divertido, imitando un cuchillo en una tabla de cortar—. ¿Te quedaste estancada en “C de chiffonade”<sup>3</sup>?

Eso es todo. —Está bien. Voy a seguir adelante. Mamá, buena suerte con la pre degustación. James... bueno...

Antes de llegar a la salida, sus uñas rojas agarran mis manos. —Espera. ¿Adónde vas?

Mentiría, pero es inútil. Ambas sabemos la verdad.

—Realmente, Lucky, ¿por qué no te quedas? Ya estás aquí.

Le doy la espalda a James y trato de susurrar —: Sabes por qué estoy en casa.

—Lucky, te he visto ir de ciudad en ciudad a lugar desolado. Siempre abandonas y vuelves a casa.

Sus palabras llenan mi pecho con la pregunta triste que me hago cada día: ¿*Qué voy a hacer ahora?*

—Vuelvo a casa por papá.

---

<sup>2</sup> Juego de palabras con el nombre de la protagonista, por eso se ríen.

<sup>3</sup> La Chiffonade es una técnica culinaria de corte, empleada para cortar con un cuchillo ciertas verduras de hoja grande.

## LINE

James mira abajo a los azulejos blancos brillantes, inseguro de si debería correr a su cocina o esperar a Stella. Cava en los bolsillos de sus vaqueros y se rasca la nuca, pero evita involucrarse. Hombre inteligente.

Mi madre me suelta la mano, como si mis palabras la hubiesen golpeado. — Has venido a casa porque no tienes otro lugar al que ir.

Meto los pulgares en mis vaqueros y hago una línea recta hacia la salida. — Gracias por el recordatorio.

## 5

*Traducido por Vani**Corregido por Helena Blake*

Dejo correr la ducha y lleno la bañera hasta la mitad. Arrojo dentro las costosas burbujas francesas de mamá con olor a lavanda. Las burbujas son enormes, la espuma asciende hasta la cima. Es mi olor favorito en el mundo.

Me hundo y doblo contra el agua caliente. Mi piel pica en todas las buenas maneras. Jodida Comida del Cielo, este es el verdadero negocio.

Trato de aclarar mi mente. Durante demasiado tiempo ha estado llena de todas las cosas equivocadas; ligues, malos romances, cheques de alquiler, y siempre el pensamiento: ¿qué voy a hacer ahora?

¿Cómo puede decirme esas cosas? Durante años he esperado por ella; me dejó en esa escuela privada y se fue con sus maridos. No somos tan diferentes, ¿verdad? Me paseo por diferentes colegios y ella, por matrimonios.

Y por si fuera poco; ¿el Chef James? ¿Quién se cree que es?

Aun así, cierro los ojos y pienso en sus ojos verde de mar, como el agua cristalina. Si lo hubiera conocido en cualquier otro lugar, me habría matado por tomarle una foto. El idiota tiene un cuerpo que pondría a Henry Cavill en vergüenza. En una ciudad donde la mayoría de los hombres están enterrados bajo sudaderas con capucha de la Ivy League, James se destaca. Me gustaría que no lo hiciera. De todos los hombres a los que les he gritado, ¿por qué este tiene que ser el chef ejecutivo de mi madre?

Levanto mis manos de la bañera y dejo que el agua gotee. Recojo un puñado de espuma y pretendo que son mis recuerdos de James y los soplo lejos hasta que se disuelven.

Luego hay un golpe en la puerta de baño y salto, salpicando agua por todo el lugar.

Envuelvo una toalla alrededor de mi cuerpo, chorreando de pies a cabeza. Se supone que mi mamá no vuelve a casa hasta más tarde. Retuerzo la cerradura.

— ¿Quién es?

Ríe por lo bajo. — Relájate, Luck. Soy solo yo.



—Bradley, ¿qué demonios? —Pulso la mano sobre mi pecho, sintiendo el *pum, pum, pum* de mi corazón—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Dejaste una bolsa en mi casa.

¿Qué? Estaba segura de que tenía todo. —Iré enseguida.

—Nos vemos en el estudio.

Le oigo reír de nuevo. Puedo imaginar su cabeza rubia agitándose de un lado a otro, sonriendo.

Con mi momento de relajación perdido, me pongo la ropa. Se aferra a mi piel húmeda. Paso un poco de acondicionador sin enjuague a través de mi pelo largo y me miro en el espejo. Ya no estoy manchada de suciedad y mi cara está menos hinchada. Mi piel luce de color rojo por el agua caliente, pero me he visto peor.

Me toma una vuelta por el lugar encontrar el estudio. Hay un largo diván del color del cielo del Caribe, una chimenea de cristal y los libros de pared a pared. Mi corazón se detiene cuando me doy cuenta de que es la biblioteca original de mi padre. Leía por horas, días, poseído por los clásicos, los misterios, incluso Harry Potter.

Bradley alza la mirada desde el sillón de cuero golpeado, muy rey del castillo. En la mano tiene un vaso de cristal con dos dedos de líquido ámbar.

—Siéntete como en casa —digo, sentándome en el diván frente a él.

Cuando estábamos en la escuela secundaria, Bradley era el chico más alto de nuestro grado. Delgado como alambre, los idiotas de fútbol se burlaban de él sin descanso. Ahora, sus brazos son musculosos y delgados. Juega al tenis y nada todas las noches después de sus clases. Artistas del Renacimiento podrían haber pintado su cara. Su cabello dorado está casi tan largo como una cola de caballo, el único signo de rebelión en contra de su familia de sangre azul.

—Tu mamá tiene mejor bourbon que mi padre.

—¿Dónde están mis cosas? —Me doy cuenta de la bolsa negra a sus pies y la alcanzo.

Pone su pie a través de la bolsa como una barrera. —No seas mala. Préstame atención.

—Sí, Bradley. No te he visto en veinticuatro horas. ¿Qué hay de nuevo?

Sonríe mientras toma un sorbo de su bebida.

—¿Por qué sonríes?

—Porque estás toda mojada.

Mi estómago se agita. Chupo mis dientes y ruedo mis ojos. Muy, muy maduro. Retuerzo mi cabello y dejo que gotee el agua sobre la alfombra. —No seas raro.

Se inclina hacia delante con el vaso en sus manos. —¿Qué pasó hoy?

Miro el reloj encima de la chimenea. Faltan cinco minutos para las cinco, así que por qué no. Tomo la bebida. El olor cosquillea mi nariz. El líquido es caliente en mi lengua y provoca un fuego en mi vientre.

—Siento haberme ido sin despertarte —digo. Quiero meter la cabeza en la arena, al estilo avestruz. No puedo creer que casi me pasé de la raya con mi amigo más antiguo.

—No, idiota —dice, y estoy un poco aliviada de que hayamos regresado a la normalidad—. Stella me llamó y preguntó por ti. ¿Qué pasó en el restaurante?

—Oh. —Tomo otro trago, y él me escucha hablar de The Star. El espectáculo de mierda, literalmente, en los cuartos de baño. La viga caída. El pequeño incendio. El Chef James y su actitud.

Bradley toma el vaso y lo rellena. —Suenas como un imbécil.

—¡Gracias! Es totalmente un imbécil.

—Completamente.

—De verdad.

—Sin embargo te gusta. Me doy cuenta.

—¿Qué? —Le lanzo una almohada. La atrapa con facilidad y la lanza hacia mí. Mis reflejos son lentos y me golpea de lleno en la cara.

—Lucky, déjame hablar en serio por un segundo.

—El segundo acabó.

—No seas así. —Toma mi mano en la suya, algo que hemos hecho tantas veces en los últimos años, cuando él me consoló durante los memoriales de mi padre, cuando nos sentamos en su habitación escuchando a sus padres pelear. Cuando tuve un susto de embarazo en el último año de la escuela secundaria y mi “novio” no quería tener nada que ver conmigo.

Pero luego de la última noche; no sé qué significa. Digo, *en realidad* no nos besamos. Sus labios rozaron los míos, suaves y húmedos con licor. Podía sentir la brisa entre ellos. Mi cerebro era solo un gran “NO PASAR” así que me aparté. Si no fuera por la alarma del coche de alguien sonando ese segundo, luego su teléfono para distraerlo, el incómodo silencio podría haber sido peor.

Bradley no necesita mi vida desordenada. No voy a dejar que mi locura rompa lo que tiene con Sky. Incluso si dice que las cosas no son iguales entre ellos,

sé que debería tomar ese cosquilleo en mi pecho y enterrarlo en el fondo con el resto de mis corazones rotos. Eso tiene que ser lo que hay que hacer.

—¿Qué haces?

—Sentándome aquí —hago señas al sofá—, y esperando que hables en serio, mientras bebes el whisky de dieciocho años de mi madre.

—Quiero decir, ¿qué haces *aquí*? Luego del memorial y tu abrazo anual con tu madre. Te veo dos veces al año, apenas, y es como si nada cambia. ¿No te das cuenta de que ya ni siquiera vas a casa para la Navidad?

Su juicio me molesta. Él suena como mi madre.

—Entiendo que ella era difícil de sobrellevar. Yo estaba allí. ¿Recuerdas? Pero no puedes seguir huyendo de un lugar a otro. No te encuentras más cerca de graduarte en la universidad de lo que estás para casarte.

—¿De dónde viene *eso*? —Saco mi mano de la suya y lo reemplazo con un puño.

—Eso sonaba mucho mejor en mi cabeza —dice, frotando la marca en su brazo donde aterrizó mi puño.

—Lo entiendo, Brad. Estoy incompleta y estás en tu camino de ser doctor Superman, con la Mega-Enfermera Sky como tu socia en la salvación del mundo.

Su mano encuentra mi cara. —No es una competencia. Pero sí creo que hay algo de eso. Tu mamá, es una mujer fuerte. No te burles, porque tienes una gran cantidad de esa fuerza. Pero últimamente ella ha estado apagada. Incluso sin el desastre que ocurrió hoy, el restaurante no progresa. Te necesita, y sé que no quieres admitirlo, pero la necesitas también.

—¿Necesita mis habilidades expertas de barman?

—Tu excelente lengua. —Su pulgar roza mi pómulos—. Para discutir, eso es.

Mi excelente lengua está trabada.

—Tienes más experiencia de restaurante que nadie en el personal de tu madre. Por supuesto que es porque sigues abandonando la universidad, pero aun así. Te encanta la comida. Siempre has amado la comida. ¿Recuerdas la economía doméstica en primer año? Eras la única que podía hacer un *roux* que no era desigual. Eras la única cuyas tortitas no se hundieron en el centro. Esa fue la única clase en que tuviste una A en toda la secundaria. Sabes que lo conseguiste por tu papá. Él siempre quiso un lugar propio, y creo que esa es la verdadera razón por la que tu mamá creó esto. Incluso si el lugar tiene un poco de limón, puedes mezclarlo con vodka.

Dejo que sus palabras se hundan. Mi mamá no mencionó a papá cuando compró The Star. No hay nada de *él* en ese brillante exclusivo restaurante; no tan



brillante en este momento. Pero en algún lugar en el fondo de mi cabeza me acuerdo de él hablando de su propio restaurante. Serviría el postre primero, luego iría hacia atrás. Serviría cada clase de comida de modo que sus clientes siempre pudiesen tener algo nuevo por probar.

—Debes saber que soy bastante buena con una cámara.

—¿Qué pasará cuando te aburras? —Sus ojos son como unos rayos-x de nuevo—. Porque lo harás.

—¿Por qué me dices esas cosas?

—Necesitas oírlo. —Besa la parte superior de mi cabeza—. Solo piénsalo. Aunque no demasiado, porque conociéndote, te estarás yendo en un autobús a Guadalajara por la mañana.

Apesto en contener mi sonrisa. Él siempre tiene una manera de poner las cosas en perspectiva. Lo odio. —Gracias, Bradley.

Toma el vaso y lo termina. —Si decides trabajar para tu madre, no hagas la cosa del baile en la barra. Aunque, estuviste allí solo por dos segundos y simplemente no pudiste resistirte.

—¡Estaba apagando un incendio! —Golpeo su hombro—. Trabajé en ese lugar durante *dos* años y nunca me vas a dejar olvidarlo.

—Nop. —Junta sus labios y mira su teléfono, el cual se está volviendo loco con mensajes de texto. Entonces va hacia la puerta que conduce al pasillo y luego sale—. Estamos bien, ¿verdad?

—Perfecto —le aseguro—. Estamos perfectos.

Da un paso hacia atrás, luego se detiene. Da la vuelta. Me mira con sus grandes ojos azules. Dios, Lucky, ¿qué haces?

—Nos vemos, Luck.

Me quedo en el diván. El sol se hunde perezosamente detrás de la hilera de casas. En el momento en que el cielo es tan oscuro que no puedo ver el exterior debido a la luz deslumbrante de las lámparas, entra mi madre. No me di cuenta que había estado acostada tanto tiempo.

Toma el vaso de Bradley y lo recarga.

—Siento lo de antes —le digo—. Estoy cansada. No he dormido.

—Está bien, cariño. —Bebe—. Simplemente pensé que haríamos un buen equipo.

Sus labios abrazan el vaso como un amigo perdido hace mucho tiempo. Algo en el fondo de mi mente se pone insistente, diciéndome que aparte la bebida. Pero no lo hago.

1 3

—Hasta la apertura —digo. Esto será bueno para nosotras. Papá lo aprobaría—. Voy a volver a aplicar a la escuela de arte para el próximo semestre.

Es una mentira, pero necesito una salida.

—Cierto, la fotografía. Sabía que Bradley podía hacerte entrar un poco en razón.

Lleva su bebida con ella a la cama, diciéndome las cosas que quiere hacer. Oh Dios; ¿en qué me he metido? —Tenemos que estar en el restaurante a las nueve de la mañana para un recorrido que nos asegure que podemos seguir adelante con nuestro plan.

—¿Nuestro plan?

—Para la degustación de la próxima semana. —Ya está en el pasillo cuando grita—: Brillante y temprano.

Entonces me doy cuenta; la bolsa negra que trajo Bradley. Tiene el logotipo de *su* universidad. Cuando lo abro, encuentro seis brillantes limones.

b

*Traducido por Alessandra Wilde & Alex Phai**Corregido por \*Andreina F\**

En comparación con mi último apartamento, mi habitación es el Palacio de Buckingham. El dormitorio de invitados tiene una cama súper suave. Las sábanas están en la temperatura perfecta y las persianas permiten que el suave resplandor de la mañana se filtre a través de ellas.

Entonces me doy cuenta de que hay una chica de pie en mi habitación.

Doy un salto en la cama, aleteando, y golpeando mi vaso de agua en la mesita de noche. Rueda por la alfombra, pero no se rompe. —¿Qué demonios?

Su sonrisa tan grande como una sandía a la mitad se desvanece. —¡Oh! Lo siento. Escuché que te levantabas.

—¿Espías fuera de mi habitación? —Me la imagino caminando de un lado a otro intentando decidir cuándo llamar.

—Tu mamá me pidió que comprobara si te encontrabas despierta.

Traducción: Tu mamá me dijo que te despertara de una puta vez.

—¿A qué hora te tienes que levantar para llegar aquí? —Miro el reloj. Son las 08:45 am.

—Oh, vivo aquí —dice Felicity—. ¿Tu mamá no te lo mencionó?

Me quito la camiseta y la tiro en la cama, esperando que eso la ahuyente. Entonces me doy cuenta de que vive con mi mamá. Quién sabe lo que tiene que ver.

—Debe haberlo olvidado —murmuro. Cavo a través de mi bolso de lona hasta que encuentro una camiseta limpia. Dice: “Ama a tu ciudad”.

Recojo mi cabello largo en una cola de caballo, y luego hago una pausa. —¿Acaso te pidió que me vieras lavarme los dientes o algo así?

—¡Oh, lo siento! —Se retira, ondeando su mano en disculpa. Sospecho que está acostumbrada a sus dulces chicas de la hermandad y yo soy una criatura alienígena con la que no está segura de qué hacer—. Vamos a estar en la cocina.



Es increíble lo que una buena noche de sueño en una cama de verdad le hace a una chica. El sofá de Bradley es cómodo si eres uno de sus amigos borrachos sin un lugar donde pasar la noche, pero también huele a todos sus amigos borrachos. Los muchachos simplemente no saben cómo hacer de un lugar acogedor. No es de extrañar que Sky haga que se quede más en su casa que en la de él. Estoy segura de que está cubierto de color rosa, encaje y trofeos.

Mi madre, por otro lado, veo sus toques en esta habitación. La ramita de lavanda en un delgado florero. Un espejo de mano de plata y un kit de polvos de maquillar que se ve gastado, como si viniera de una tienda vintage en lugar de la sección principal de Bloomies<sup>4</sup>.

Pongo un bálsamo en los labios, un poco de rubor, y soy una chica completamente nueva con la cara limpia, menos las manchas de café.

Casi me parezco a una chica con un plan.

Bueno. No es exactamente un plan, pero es algo más que ayer.

Cuando llego a la cocina, veo los restos del desayuno. Siento una punzada en mi pecho —la amargura elevándose— porque mi mamá puede hacer el desayuno para Felicity pero nunca hizo el desayuno para mí. Felicity, con sus rizos y ojos de Bambi, está lista para el día con una tableta, un teléfono inteligente, y una carpeta tan gruesa como mi libro de arqueología 101 en mi primer semestre, cuando quería ser *Indiana Jones*. Antes de que me diera cuenta de que las cosas que quería descubrir eran míticas, como la Atlántida, un sostén cómodo, o el amor verdadero.

—Lucky —dice mi mamá. Lleva pantalones rojos de traje y una camiseta blanca que muestra el gran escote que marido número dos le compró durante unas “mini-vacaciones en familia” a South Beach. Se ofreció a conseguir uno para mí también, pero solo tenía quince años.

—Pensé que estabas alistándote.

Me pongo mis mocasines. —Me encuentro lista. Estoy usando maquillaje.

Los grandes ojos de Felicity ven a mi mamá, y luego a mí.

Mi mamá se desinfla un poco. —Dime que no estás usando eso.

—Es todo lo que tengo.

—Puedes tomar prestado algo de mi ropa —ofrece mi madre.

Felicity mira hacia atrás y hacia delante de nuevo.

---

<sup>4</sup> Bloomies o Bloomingdale's es una cadena de tiendas por departamento de lujos en los Estados Unidos.

—Estoy segura de que todas tus blusas se han extendido en la parte de tu pecho a estas alturas. Y mis caderas son más grandes que las tuyas.

Si pudiera ponerme mala cara a pesar del Botox, lo haría. —Culpa al lado italiano de tu padre por eso.

—Podría tomar prestada mi ropa —ofrece Felicity.

No debería ser tan perra. Felicity es agradable. Muy agradable. Ha estado probablemente cuidando de mi madre, ya que en cualquier relación, mi madre siempre tiene que ser atendida.

—Gracias —le digo, lo más genuinamente posible. Una mirada a la amplia figura de Felicity, su paleta de colores marrón y gris que dicen “no me mires”, y decido que no es una buena opción tampoco—. Pero, voy a estar trabajando en la cocina y otras cosas así que no me quiero ensuciar. No después de lo que vi ayer. Esto es más sensible.

—Oh, tienes razón —dice Felicity.

—Bien. —Mamá lleva su tableta y ondea su bolso alrededor de su brazo—. Vámonos.

—¿Café?

—Deberías haber despertado antes. —Nos deja a Felicity y a mí en una nube de perfume.



Una vez que estamos en el restaurante, corro a la oficina y me hago una taza. Si voy a estar tratando con el Chef James, tengo que tener mi cafeína como arsenal. Lo veo caminar de un lado a otro entre su oficina y la cocina, murmurando en su teléfono celular. Mientras mamá recibe llamadas, Felicity intenta darme su tableta, pero me gusta escribir las cosas. Encuentro un cuaderno y empiezo a hacer una lista de cosas pendientes. Empiezo por hablar con Carlos. —¿Tiene una estimación de tiempo?

Divaga sobre el tipo específico de madera que mi madre quería para el techo. Por supuesto, tiene que ser específico. Y entre lo ocupado que es el verano y el tiempo de entrega, no va a estar aquí hasta dentro de dos semanas.

—¿Pero definitivamente se puede limpiar el marco?

—Sí, señorita Carter.

—Es Pierce —le digo—. Pero solo llámeme Lucky.

Me sonrío amablemente. —El muro estará terminado para el lunes.

—¿Qué pasa con la sustitución de las mesas y sillas?

—Tiene que hablar con Felicity para eso.

Lo añadido a mi lista. Hasta el momento, esto es fácil. Puedo hacer esto. Puedo pedir sillas y vasos. Lo he hecho antes. Voy a evaluar los daños en el baño, pero mientras camino, alguien ya está ahí: un tipo gordo con una camisa blanca y pantalones vaqueros sucios aún más sucios. Está empacando sus herramientas en un estuche.

—Oh, hola —le digo—. Pensé que Felicity estaba segura de que no podía conseguir un plomero.

Se da la vuelta y me da esa mirada de la cabeza a los pies, luego se da vuelta, sin contestarme.

—Hola, soy Lucky Pierce.

Limpia una llave en su camisa. —Ve a buscar a Jimmy para mí, dulzura.

—No me llames dulzura —le digo—. ¿Quién eres tú exactamente?

—Soy el tipo que acaba de limpiar este desastre, es lo que soy. —Golpea la llave en su pecho—. Y estoy en un apuro, así que ve a buscar a tu jefe para que pueda ponerme en marcha.

Su sonrisa es tan sórdida que hace que se me ponga la piel de gallina. Quiero preguntarle cuál es su problema, pero ya sé la respuesta. Me he encontrado con gente como esta en los últimos cuatro años en todos los restaurantes, bares, lounges y cafeterías en los que he trabajado. Un hombre grande y viejo que no quiere tomar ordenes o tratar con cualquier persona con una vagina.

—Odio decírtelo —leo el nombre cosido en su camiseta—, *Ben*, pero parece que vas a tener que lidiar conmigo. Y como no te he llamado y tampoco lo hizo Felicity, entonces voy a necesitar un poco más de información que la impresión en el frente de tu camisa. —Y no estoy a punto de ir corriendo a mi madre.

Cierra su caja de herramientas. Por un momento, creo que cometí un error al entrar en un cuarto a solas con un hombre dos veces de mi tamaño. Una vez allá en Nueva York me torcí la muñeca tratando de echar a un cliente alborotado porque el chico de seguridad se había emborrachado, y no me gustaría repetir la experiencia.

Entonces Ben sonrío a alguien detrás de mí. —Oye, te esperaba. Encárgate de esto por mí, ¿quieres?

James se interpone entre nosotros y estrecha la mano de Ben. Se palmean la espalda como si se conocieran desde hace años. En el olor rancio de la habitación, James es como una brisa del mar. Me pregunto si usa bronceador en lugar de colonia, porque no hay manera de que alguien pudiera simplemente *oler* así todo el tiempo.



—Aquí tienes, Ben. —James le entrega un sobre y el gordo fontanero lo toma. No me pierdo la sonrisa arrogante que persiste en su rostro. Quiero despedazarlos a ambos—. Gracias por todo.

—Le diré a tu padre que le mandaste saludos. —Luego, con un guiño hacia mí se ha ido.

—¿Qué demonios fue eso? —le pregunto a James.

—¿Qué quieres decir? —Pone sus manos en las caderas. Hoy no lleva los pantalones vaqueros rasgados, solo pantalones vaqueros regulares, y una camisa verde mar que resalta sus ojos.

—Acabas de darle dinero a ese imbécil sexista —le digo—, y yo tenía que llamar al fontanero.

—Ese imbécil sexista detuvo todo lo que hacía como un favor a mí para limpiar este lugar. —Baja la cara hacia mí y yo doy un paso atrás. Puedo ver nuestros reflejos en el espejo detrás de él—. Creo que buscabas un: *gracias, Chef James*.

—Gracias, Chef James, por invitar a tu amigo cerdo para dejar atrás un lío. —Señalo el suelo sucio.

Aparta la mirada, con una media sonrisa y sacudiendo la cabeza. —Estás siendo irrazonable.

—Estás siendo un idiota.

—Y *tú estás* siendo una mocosa.

Mi sangre hierve. Puedo ver cuán roja estoy en el espejo. Está tan cerca que puedo sentir su calor también, irradiando de su cuerpo, encorvado en posición depredadora. Ninguno de los dos dice nada. Apenas respiramos por temor a encender esta bomba que estamos construyendo. Sus ojos verde mar se iluminan y da un paso más cerca de mí, pero algo afuera se quiebra de forma estrepitosa. Ollas cayendo y chocando como un trueno. Él sale corriendo del cuarto de baño, y me deja con mi corazón latiendo a toda marcha.

Necesito calmarme. ¿Por qué este hombre me irrita tanto, incluso si acaba de hacer algo bueno por el restaurante?

Me apoyo en la pared y dejo que mi ritmo cardíaco vuelva a la normalidad antes de salir. El Chef James no está a la vista y por suerte nadie nos vio en el baño juntos. Camino por las mesas hacia la oficina de mi madre. Ella levanta su dedo hacia mí y termina su llamada telefónica. —Gracias, Adrienne. Nos vemos el próximo viernes. —Luego cuelga y pliega sus manos sobre su escritorio—. ¿Cómo está la lista?

—¿Cuál es la situación con James?

Luce sorprendida. —¿Vas a hacer esto ahora? No nos estamos acostando. E incluso si lo estuv...

—Qué asco, mamá, no. Quiero decir, ¿es lo mejor que pudiste encontrar? ¿Un idiota musculoso, cabeza hueca con una batidora, un delantal y amigos sexistas?

—¿Qué es esto?

Entonces tomo una respiración profunda. No se trata de mí. No voy a buscar a mi mamá en cada pequeño problema. —¿De dónde lo desenterraste?

—Mira, sé que no tiene mucho tacto, pero es un chico de la zona. Es bueno en lo que hace. Estuve en ese panel de jueces en su episodio de *Sliced Champion* y todos quedamos impresionado. Puede mantener la cocina en línea. Atrae a la prensa; digo, mira ese rostro. No tiene que gustarte, simplemente trabaja con él. Además, van a estar trabajando juntos por un tiempo y creo que sería bueno que fueses mejor persona y seas más amable con él.

—¿Yo? ¿Más amable con él? —me burlo y odio lo infantil que sueno—. Oyes la forma en que me habla, ¿verdad?

—No eres exactamente una señorita educada. —Finge mirar unos papeles delante de ella.

—Perdóname por no ser una dama. Olvidé que era mil novecientos veinticinco.

Descarta la idea con un gesto de la mano. —¿Por qué no pones tus sentimientos personales a un lado y trabajas con él en lugar de en su contra? Aún hay que acabar la carta de vinos para la degustación. ¿Por qué no le ayudas con eso? Un gesto de paz.

Suspiro, odiando que tenga razón. James se ocupó del problema de plomería sin que se lo pidiesen. Probablemente yo habría asesinado a Ben y lo habría tirado por el inodoro donde pertenece.

—Bien —le digo.

—Su oficina está justo en el pasillo —dice mi mamá con una sonrisa—. Creo que acabo de verlo entrar.

Me doy la vuelta y entro en la guarida del león.

La oficina del jefe de cocina es del tamaño de un armario, y James ya está poniéndose cómodo. Su chaqueta cubre todo el respaldo de la silla y un casco de motocicleta color rojo cuelga de un gancho en la pared, porque por supuesto que monta una motocicleta.

No sé qué decirle. No puedo explicar la bobina apretando en mi pecho cuando lo veo. Está de espaldas a mí y arrastro mi mirada por sus músculos, la

anchura de los hombros. Quiero extender la mano y tocarlos, tirar de su camisa y ver el resto de ese tatuaje.

Está examinando su certificación de Chef en la pared, que mi madre debe haber colgado antes de que llegara. Hay relajación en su pose, y al mismo tiempo admiración, como si no pudiera creer que esté aquí. Baja la mirada y se ríe de sí mismo. Me pregunto qué posiblemente puede ser tan divertido y si está pensando en mí en el baño. Pero por supuesto que no, porque estoy segura de que no desperdicia su tiempo pensando en mí. Se pasa la mano por sus rizos negros y me imagino que son tan suaves como se ven.

Entonces se da la vuelta y me enfrenta.

—Mierda —dice, saltando hacia atrás y colocando una mano sobre su pecho—. No te acerques sigilosamente a la gente así.

—No me acerqué sigilosamente, he estado aquí de pie durante cinco minutos.

Entonces me doy cuenta de que estoy admitiendo estar aquí, mirándolo fijamente. Estamos en silencio. Me mira y no puedo sostener su mirada así que fijo mis ojos en mis zapatos y luego de nuevo a él.

Agarra un puñado de papeles en el pequeño escritorio y los reúne por lo que todos están alineados perfectamente. Sus bíceps se flexionan, tirando de la silla de la mesa y se sienta. Lo puedo imaginar haciendo lagartijas, tal vez hace barras en las puertas de la cocina después de terminar sus turnos. Una delgada cicatriz corta el lado derecho de su pecho en la V de su camiseta, y me pregunto cómo la consiguió.

—¿Puedo ayudarte en algo o solo estás aquí para observar?

Gruño. —Mira, lamento haberte gritado. Ese tipo me irritó mucho. Gracias por lo que hiciste hoy. Nos guste o no, voy a estar aquí hasta la apertura. Podemos empezar de nuevo. Mi mamá dice que aún necesitas una carta de vinos. Tomé un curso de sommel...

Se pone de pie, la silla crujiendo. Una sonrisa juega en sus labios, pero es fría. No juguetera como ayer. —Lucky, no me lo tomes a mal...

Odio cuando la gente dice eso porque sin importar qué, *siempre* lo tomarás mal.

—...pero no creo que tu lugar esté en esta cocina.

Es lo último que esperaba que diga. Claro, me salí de la escuela culinaria. Me salí de abogacía. Me echaron de la escuela de arte por lanzarle pintura al asistente. Me reí en la cara de mi profesor de cine. Casi le prendí fuego a mi libro de contabilidad. Pero a través de todo eso, mis trabajos me han mantenido a flote y siempre, *siempre* he estado en una cocina.



Pero no ha terminado de hablar y sus palabras cavan cada vez más profundo. — *Claramente* no quieres estar aquí. Oye, lo entiendo. Mamá va a cortarte los fondos por lo que este es un último esfuerzo para seguir haciendo bien... lo que sea que haces. Conozco a las de tu tipo mejor de lo que quiero admitir. Pero tengo una cocina que dirigir, con mi nombre en juego, y sería mejor si no nos interponemos en el camino del otro.

Para una chica que pasa mucho tiempo poniendo a la gente en su lugar —ya sea clientes que no pueden comportarse, compañeras que tratan de salir de la ciudad sin pagar su parte de la renta, o perversos generales tratando de manosearme— de seguro que estoy sin palabras.

Y no de una manera enojada.

Quiero decir, estoy muy enojada. Pero todo lo que dice golpea todos los acordes equivocados. Mis entrañas se sienten como cuerdas de guitarra que se rompen en sucesión. No sabe nada sobre mí...

—¿Mi tipo? —me las arreglo para decir.

Asiente, enseñando los dientes y se encoge de hombros. —Mimada. Privilegiada. Tu mamá te está dando todo y todavía no es suficiente. ¿Cuándo es suficiente, Lucky?

—No sabes...

Levanta su mano y mi boca se seca. Las lágrimas brotan por el tono de su voz, la absoluta estúpida sensación de estar aquí con ganas de hacer las cosas bien, y el desprecio de sus hermosos ojos. No me gusta que me haga sentir de esta manera. No debería importarme. No lo conozco y no quiero. Luego, en la voz más pequeña que puedo encontrar empiezo —: Tengo que...

Comienza a pasar papeles y se queda mirando a las palabras impresas en ellos, pero sé que ni siquiera está leyéndolas. —No te preocupes, le diré a Stella que ayudaste. Cuanto menos trabajamos juntos, mejor.

Trato de mantener mi voz tranquila. —De acuerdo.

Y entonces me doy la vuelta y camino de nuevo al restaurante. No me doy cuenta de que estoy temblando hasta que me encuentro de pie detrás de la barra. Los estantes todavía no se han abastecido y mentalmente añadido eso a mi lista de cosas que debo hacer. Hasta aquí mi gesto de paz.

No puedo creer lo mucho que queman las palabras de James. No porque yo lo quiera, no me podría importar menos. Es engreído, demasiado confiado y su cabello tiene demasiado gel en él. La chica que describe es lo contrario de la chica que he estado tratando de ser.

Bueno, a la mierda el Chef James Hughes.

Le envío un mensaje a Bradley: **¿Ocupado? ¿Necesitas una distracción de azúcar?**

Cinco minutos después, responde: *Mmmmm azúcar. ¿Todo bien?*

Yo: **Sí...**

Él: *2 minutos.*

—¿A qué le estás sonriendo?

La voz de soprano sale de la nada y me hace saltar hacia atrás, haciendo vibrar el cristal de la barra. —Mierda, Felicity, no te acerques sigilosamente a la gente.

—¡Oh! Lo siento. Solo me aseguraba de que tenía todo lo necesario y para ver si hay algo que pueda hacer para ayudar antes de irme.

—¿Te vas a casa ya?

Sonríe. —Sí, tu mamá y James tienen algún evento Gastronómico de TV. Van a estar ocupados charlando.

Poniendo una cara bonita para la cámara, quiere decir.

—Deberías unirme a ellos —dice alegremente.

La observo, realmente la observo. No hay ni una sola gota de malicia en la cara de esta chica. Si ella pudiera irradiar resplandor, bueno, lo haría. Envidio eso.

—Creo que estoy bien. Pero, en realidad, ¿tienes una copia del menú de degustación?

Asiente rápidamente y me lo entrega. —Aquí tienes. Dime si necesitas algo más.

—Gracias. —Espero que mi sonrisa no se vea falsa—. Así que, ¿algún plan caliente en un martes por la noche?

Felicity se ve sorprendida. Sus hombros se sacuden en el tipo de risa jadeante que es un cruce entre una risa y un ataque de asma. —¿Yo? De ninguna manera.

En Nueva York, las mejores noches para salir eran los días de semana, sobre todo porque trabajo los fines de semana, pero también porque el fin de semana es para las multitudes de oficina que no se aventuran normalmente. Las chicas fingen que están en un episodio de *Sex and the City* y los chicos llevan demasiada colonia. Consejo: Nadie sabe cómo actuar, o se comportan como otra cosa que no sea Neandertales.

—¿Por qué no?

Niega con la cabeza. Me puedo imaginar a Felicity siguiendo a mi glamorosa madre en eventos y fiestas. Apuesto a que todos sus vestidos son como éste: gris y marrón y sombrío.

De pronto oigo la risa de James provenir de las zonas de oficinas. Se ríe con mi madre de una broma privada, y su risa quema dentro de mí como si fuera ácido. Vienen hacia aquí.

El nombre de Bradley aparece en mi pantalla: *¡Afuera! Este monstruo quiere galletas.*

—Me tengo que ir —le digo, y por un momento creo que Felicity se desinfla con decepción. Contemplo el invitarla a salir, pero entonces, ¿cuál es el punto de hacer un amigo cuando voy a tener que irme pronto? El menor número de vínculos es lo menos complicado, he aprendido—. Nos vemos más tarde.

—Nos vemos en casa.

¿Casa? Es tan raro decirle “casa” a esta chica que conozco desde hace menos de dos días.

Agarro mi bolsa de la silla y corro hacia la seguridad del coche de Bradley. No quiero mirar la cara del Chef James si puedo evitarlo en absoluto. ¿Quién se cree que es? No tiene ni idea de lo que ha sido mi vida.

Mientras Bradley acelera el motor, miro hacia atrás a The Star. James sostiene la puerta para mi madre y nuestros ojos se encuentran. Vergüenza me llena el estómago, al igual que las miles de mariposas revoloteando en el interior atrapadas repentinamente en llamas. Apoyo mi mano al vidrio. Una sonrisa juega en sus labios y niega con la cabeza, mi madre ajena a nuestro intercambio. Hay algo terriblemente satisfactorio acerca de mostrarle el dedo medio a un chico.



*Traducido por MaJo Villa*

*Corregido por Val\_17*

El Mercedes de Bradley es una bala de plata en la atestada calle gris, dando vueltas en las calles del centro con una facilidad que nunca dominé. Tengo una licencia, pero la idea de golpear ese pedal de gas hace que mi cuerpo se congele con recuerdos del accidente de mi papá. Voy donde el tren, el autobús, o mis piernas puedan llevarme.

Encontramos un lugar para estacionar, y luego caminamos hacia la Panadería Angie's en Somerville, cerca del departamento de Sky. Me encuentro temblando con la corriente de aire frío. Bradley toma mi barbilla en sus dedos y la levanta para que encuentre sus pálidos ojos azules.

— ¿Dónde estás ahí dentro?

Señalo mi sien y digo — : Confía en mí. No quieres entrar aquí.

— Lo sé. Ya lo he intentado. — Abre la puerta, dejando la declaración colgando allí. Agarramos una mesa en la panadería. El mostrador huele a cielo, lleno de brillantes rosquillas escarchadas y manzanas caramelizadas, tarta de bayas silvestres, pastelitos ingeniosamente decorados. Él ordena para nosotros: rosquillas con miel y tocino, fresas y crema, un pastelito de limón y una rebanada de tarta de manzana. No me gusta la tarta de manzana, pero Bradley puede tragar más azúcar de la que debería ser justa. Bebe su café con la mitad de un tarro de azúcar. Yo lo bebo solo. Su mano se detiene en la mía demasiado tiempo mientras esperamos que la camarera anote nuestro pedido. Su mano expulsa el frío del aire acondicionado de la tienda, y realmente desearía que no lo hiciera.

— Tierra a Lucky...

Los postres aterrizan delante de nosotros en una delicada bandeja de metal. Me zambullo de lleno, mordiendo el reconfortante azúcar y la delicia de tocino.

— Supongo que tu primer día de trabajo no fue una gran fiesta de limón y vodka. — Me da un suave codazo.

— No te hagas el listo. — Le doy un fuerte codazo—. Ustedes dos me engañaron.

— Es por tu propio bien. — Coloca su mano en mi rodilla.

—El restaurante es lindo de una manera lujosa. Aparte de las secciones que se están cayendo a pedazos. No hay otro personal más que el de la cocina. Digo, en serio, la degustación se acerca y ni siquiera tenemos una lista de vinos. ¿Qué ha estado haciendo Stella todo este tiempo? Hay mierda sobre el piso, pero Mágico James es el único que logró arreglarlo. El fontanero era un cerdo y Súper Chef se enojó *conmigo*. Como si *yo* fuera el problema de que todo vaya mal con ese lugar.

Estoy respirando con dificultad. No me di cuenta de lo rápido que hablé hasta que pongo la mano en mi pecho y siento la vibración.

—No te preocupes, campeona.

—¿Que no me preocupe? —Hablo con la boca llena de crema de fresas—. No vine a esto. Regresé a casa por obligación familiar y después me involucré en esto. Sí, me voy a preocupar.

—Lo que quiero decir es que te olvides de ese idiota de James. Parece un imbécil. —Quita las migas de las puntas de sus dedos—. También luce como uno.

Lamo una gota de glaseado de mi labio inferior. —Mi mamá quiere que trabaje con este tipo y él no quiere trabajar *conmigo*.

Bradley se ríe. Su risa es tan fácil, el tipo de felicidad que irradia como la luz del sol.

—Te hizo un favor. Mantente alejada de él y será reciproco. Luego, regresa a Nueva York y tendré un lugar para descansar los fines de semana. Incluso si los Yankees siguen apestando.

Sé que trata de ser juguetón, pero hoy no funciona *conmigo*. —Es que no la entiendo. Nunca fue de esta forma. Si marido número tres quería que estuviera en la televisión, ¿por qué no la pudo colocar en *Real Housewife*? ¿Cuándo pensó que podría ser el ama de casa perfecta? Es una mentira.

—Escúchame. —Dirige una cucharada de pastel de fresa hacia su boca, el glaseado se adhiere a la v de su labio superior. Parte de mí quiere lamerlo, pero él lo hace primero—. Si las cosas van mal no es tu culpa. Solo haz lo mejor que puedas hasta la apertura. Después estarás libre de casa. No te sabotees como sueles hacerlo.

—No me saboteo. Me conozco.

Frunce sus labios como diciendo “sí, claro”.

—Uno, primer año. Marido número dos te compró un Maserati cuando ellos se estaban divorciando. Decidiste arruinar su jardín delantero con el auto.

—Estaba enojada. Llevó a otra mujer a casa la misma noche. Ni siquiera habían firmado sus papeles de divorcio.

—Ese era un buen auto, Luck.

—Prioridades. —Tomo un sorbo de café. Sigue demasiado caliente y me quema la punta de la lengua. En mi mente, Bradley se inclina y besa la quemadura. *Para ya mismo, Lucky. Bradley está fuera de los límites. Enfoca tu energía sexual en la comida. Alimentos que se pueden comer en...*

—Aun así sabotaje. Ni siquiera voy a mencionar a todos los novios que no consideraste lo suficiente dignos. Ese es un barco lleno de sabotaje. Eres la Reina del Auto-sabotaje. —Se recuesta en su silla, un brazo cubriendo la parte trasera, así que tengo una vista perfecta de todo su cuerpo.

—Eso no es cierto. —He tenido cinco novios en los últimos cuatro años. Cada uno fue peor que el último. Samson, el holgazán. Billy, el mariguanero. Aaron, el infiel. Mike, el evasivo adicto al trabajo. Juan, el Marine que siempre tenía novia pero que aun así quería besarse conmigo.

Bradley extiende una mano y masajea los músculos de mi cuello. —Está bien, seré agradable.

Es inexplicable cómo sus manos, delgadas y fuertes, relajan todo mi día. Quiero inclinarme y dejar que sus manos bajen por mi espalda. Frota sus pulgares en suaves círculos.

Suspiro. —A mi mamá le encantaría que termine con alguien como tú.

—Siempre hay tiempo —dice.

Mi estómago se inunda con esas estúpidas mariposas que se supone que solo tienes cuando te encuentras en la secundaria (las del tipo no inflamable). No con tu mejor amigo. No cuando estás tratando de ordenar tu vida, sin hacerla más complicada. Y *definitivamente* no cuando su novia, Sky Lopez, está de pie en la puerta de la panadería, mirando con furia en tu dirección.



Traducido por Julie

Corregido por Laurita PI

Así que hay más de una razón por la que Bradley y yo no podemos estar juntos.

—Oye, nena —dice Bradley. Su mano deja un espacio frío donde acababa de estar en mi espalda. Odio la palabra *nena*.

Sky es el tipo de chica que mi madre debería haber tenido como hija. Alta, con abundante cabello castaño y ojos color pardo debajo de cejas gruesas y esculpidas. Su piel es de color canela cálido. Al mirarla, es impresionante y deslumbrante, incluso de reojo.

Bradley le besa los nudillos y señala a la tarta de manzana. —Te conseguí tu favorito.

Oh...

—Ahh —dice—. Cariño, sabes que acabo de entrenar.

Sky perfecta.

Luego notas las pequeñas cosas de ella, como la forma en que no importa lo que Bradley haga últimamente, nunca es suficiente. La forma en que tira la basura en cualquier lado cuando cree que nadie está mirando. El cepillo de dientes en el bolso después de una gran cena. No siempre fue así. Solíamos pasarla genial cuando yo venía a la ciudad. Ahora, siempre están discutiendo. Tal vez ella quiere más de lo que él puede darle. Creo que nunca he estado en una relación por tanto tiempo como la de ellos, así que ¿qué sé yo?

Tomo lo último del pastel y muerdo, haciendo ruidos deliciosos mientras estoy en ello.

Bradley se ríe.

Sky no.

En cambio, pregunta—: ¿Qué era tan importante en el maravilloso mundo de Lucky que no pudiste recogerme de Pilates?

—¿Haces Pilates con tacones de trece centímetros?

Bradley se atraganta con su café.

—Tengo un armario. —Rueda los ojos como si fuera la cosa más obvia—. Deberías unirte. Es decir, tu mamá es el centro de atención desde que sale con ese actor. ¿Y si ponen tu foto en esas revistas horribles? No puedes simplemente deshacer eso.

—Correré el riesgo —le digo.

Bradley se aclara la garganta para cambiar de tema. —El nuevo chef y Lucky han tenido un mal comienzo.

—¿Lo has comido para el almuerzo? —Ella tiene el tipo de sonrisa que los dentistas enmarcan en sus oficinas.

Tomo mi tenedor y lo clavo en el pastel de manzana. No soy un fan de la fruta horneada pero la corteza es la perfección mantecosa y la vena en el cuello de Sky palpita cuando me meto el pastel en la boca.

—Ya no hablaremos más sobre el Chef James Hughes, gracias —le digo.

—¿El Chef James Hughes? —Sky se sienta más derecha—. ¿James Hughes es el hombre del que te has estado quejando?

—¿Le conoces? —pregunto.

Sky se sonroja y sacude la cabeza. —Bradley solo lo llamaba Chef Bastardiota. Leí acerca de él. Además, su episodio de *Sliced Champion* es uno de los más vistos de la temporada. Prácticamente lo repiten sin interrupción.

—Sospecho que mi madre tiene algo que ver con eso.

Sky rebusca en su enorme bolso de cuero hasta que encuentra un periódico doblado. En Boston, el *Boston Inquirer* es el equivalente al *New York Post*. —Sale bien en las fotografías.

—¿Qué es esto? —Tomo el papel de las delicadas manos de Sky. Ahí está, justo en la sección de chismes: mi pesadilla de ojos verdes.

El blanco y negro le da un aspecto atemporal. El verde de sus ojos es un gris claro. Su pelo destaca mucho contra su piel.

La chica a la que rodea con un brazo está muy borracha. Hay una fiesta de tequila en sus ojos. Su pelo está sudoroso y lacio por el baile. Y el cincelado rostro de James se inclina hacia su cuello. La leyenda dice: “La prometedora estrella gastronómica local, James Hughes, se deleita con los sabores locales.”

—¿Quién escribe esta mierda? —me quejo.

—Clarissa Adams —dice Sky, señalando el nombre bajo una foto muy pixelada de una mujer—. Esta es la segunda vez en este mes que se centró en James. Hace dos semanas, escribió sobre lo misterioso qué es y lo maravilloso que es tener un chico local en la televisión. ¿Qué? No me mires así. No puedo evitar leer esta basura. Siempre está en la sala de descanso.

— Bueno, ella tiene que encontrar un nuevo tema.

— Suenas celosa — dice Bradley.

— No estoy *celosa*. Es solo que mi mamá no necesita esta imagen.

Sky toma su café, le agrega una cucharadita de azúcar y bebe un sorbo. — Lo dice la señorita Coyote Ugly.

Bradley se ve como un ciervo en los faros. Él le dijo. Aprieto los dientes y deseo que me mire, pero no lo hace.

— ¡No voy a volver a contarte nada, Bradley Thorton!

— Lo siento — dice, cambiando a modo de amiga. Para alguien que hace mucho yoga, parece muy tensa—. Lo entiendo. Tuve un montón de puestos de trabajo horribles incluso con mis becas. No te preocupes por James. Es un trozo de carne sexy. Por *supuesto* que se va a portar mal. Quiere llamar la atención.

Rompo el papel en mis manos. — Dejé en claro que no quiere mi atención.

Bradley levanta las manos en defensa propia. — Entonces, ¿los chicos calientes pueden ser idiotas y salirse con la suya? Así que debo empezar a ser un idiota, ¿es eso lo que estoy escuchando?

— ¿Quién dice que tú eres caliente? — argumenta juguetonamente Sky, inclinándose y besándole en toda la boca.

Eso es un beso. La vergüenza me pone la piel en llamas por siquiera pensar en besar a Bradley, borracha o no.

Me muevo en mi asiento y miro el techo empolvado de azul, hasta que se despegan.

— ¿Quieren venir a la degustación y ver de qué se trata el gran asunto?

Sky sonríe de forma deslumbrante. — ¿En serio?

— Sí. — Agarro mi bolso y lo lanzo por encima del hombro—. En general, son gente de la industria y amigos. — Además, sería bueno ver caras conocidas.

— ¿Podemos ir? — dice Sky, pellizcándole en la mejilla.

Bradley responde —: Solo quieres echarle un vistazo al cocinero sexy.

Y Sky dice —: No es nada en comparación contigo.

A continuación se besan un poco más y me levanto. — Tomaré eso como un sí.

Bradley me agarra la mano, lo que provoca un suspiro molesto de parte de Sky porque él dejó de besarla. — Espera, ¿adónde vas?

— A casa. Mi mamá me dio una enorme lista de cosas para hacer. ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo?



—Vamos a darte un aventón a casa.

Niego con la cabeza y sonrío cortésmente. —El T está a la vuelta de la esquina.

—Está lloviznando —dice él.

Palmeo el bolso. —Paraguas. Ellos salvan vidas.

—¿Qué usaremos? —pregunta Sky—. Para la degustación.

No había pensado en eso. —Supongo que es una cena cóctel. No es muy formal, pero ya conoces a mi madre...

—Bueno, ¿qué vas a usar tú?

Me rasco la cabeza. —Todavía no lo sé. Estoy segura de que ella me dará de antemano una lista aprobada de diseñadores.

Bradley sonrío, mirando de un lado a otro entre nosotras. Su sonrisa relajada es una distracción. Necesito ir de compras con Sky tanto como necesito una lobotomía, pero no tengo ropa, y no lo digo en ese modo femenino. Lo digo en el sentido de: “Vendí la mayoría de mi ropa a una tienda de segunda mano para poder comprar mi billete de autobús hasta aquí”. Si me presento con una camiseta de una banda musical y pantalones vaqueros a la degustación de The Star, mi madre podría tener un ataque de histeria.

Al ver las manos de Bradley y Sky empezar a entrelazarse de nuevo, sé que tengo que hacer una carrera loca hacia la salida. —Nos vemos.

Y entonces estoy fuera. Está lloviznando. Mentí. No tengo paraguas. Me pongo la capucha de mi sudadera y empiezo a caminar por la calle, pero algo me atrae hacia atrás. Espío dentro de la panadería. El calor de la tienda ha empañado las ventanas, y detrás de eso están Bradley y Sky, entrelazados como enredaderas.

Mi respiración se acelera, mi pecho se contrae, anhelando, no a Bradley, sino a alguien que me dé ese tipo de beso.

*Traducido por Vani*

*Corregido por Alessandra Wilde*

En esta luz ligera, cuando los postes de luz en la calle le dan a la ciudad una profunda neblina amarilla, me encuentro deseando estar en Nueva York. Por supuesto, me retrasé en el alquiler un mes, el chico con el que salía me dejó por la pasarela de París, y me rechazaron de la Escuela de Fotografía de Nueva York. Pero aun así...

Me transfiero de la línea naranja hasta la línea plateada. La línea plateada no es técnicamente un tren. Las estaciones de aquí son tan anti-neoyorquinas. Los músicos callejeros son agradables, y no hay ninguna basura o ratas visibles anidadas. Todo el mundo se viste como una década atrás. En Nueva York, hay una manera de vestir como que no te importa mucho. En Boston, no parece que se preocupan en absoluto. Cuando consigo bajar en mi parada, en vez de ir hacia la izquierda al condominio, voy directo a The Star.

De cada ciudad en la que he vivido, Nueva York se sentía más como una casa que el resto, y seguir el camino en torno a la línea de la costa fría de Boston me hace extrañar ese lugar horriblemente.

Mientras camino, la llovizna se convierte en lluvia. Me encuentro de vuelta en The Star. Abro la puerta y me esfuerzo en escuchar si otra persona sigue allí.

—¿Hola? —Mi voz hace eco en el comedor vacío.

Cuelgo mi sudadera con capucha mojada en la oficina de mi mamá y acomodo el termostato.

El último bar dónde trabajé era un bar de deportes: The Stumble Out, en Upper East Side. La multitud era una mezcla de niñitos con fideicomiso e hijos de banqueros, quienes querían sentirse en un antro de mala muerte sin dejar la seguridad del Alto Manhattan. Los suelos estaban pegajosos por las bebidas alcohólicas y las paredes tenían marchas de pelotas de ping-pong sucias. Al final del turno, mis pies palpitaban. Saboreaba el ruido blanco luego de la última llamada cuando el camarero y yo limpiábamos las botellas y mesas.

No echo de menos ese lugar, pero sí el bullicio. Me encantaba estar en el centro de la acción. Pero hay un momento después de cerrar cuando el silencio es bienvenido. Los viejos hábitos tardan en morir. ¿Por qué estoy sola en un restaurante inacabado que he accedido a ayudar a terminar?

Encuentro la sala de almacenamiento donde se supone que el alcohol se mantiene y reprimo las ganas de llamar a mi madre y gritarle. Se encuentra prácticamente vacío. ¿Cómo se supone que va a tener el bar lleno para sus invitados con una caja de vino? Arranco el aviso de entrega. Es un regalo de Frank LaRosa, el propietario de un nuevo restaurante con un nuevo viñedo. Hay una nota con fecha de hace tres semanas. En general mi madre responde enseguida estas cosas. Su lista de contactos es su santuario.

Tomo una de las botellas, una mezcla de cabernet y malbec. La etiqueta es un sólido negro con una estrella de oro en relieve en el centro. Uno pensaría que mi mamá estaría bebiendo de ella.

Encuentro el abridor, y porque no quiero ensuciar las copas, uso una taza limpia de la cocina que dice "Lame al Cocinero" y la dejo ventilar un poco. El sommelier con el que trabajé en Ma Jolie se estaría revolcando en su tumba. Solo que no está muerto, así que probablemente él rodaría sus ojos y me haría conseguir una copa adecuada.

Tener el restaurante para mí sola es una experiencia liberadora. No hay un chef instructor, estúpido, santurrón y aspirante a celebridad mirándome. Aun así, mi corazón se acelera cuando empujo la puerta de su oficina. Está abierta, y es el restaurante de mi mamá. Eso no es exactamente allanamiento, ¿verdad? Soy prácticamente una administradora.

Enciendo las luces y entro a la habitación un paso a la vez. No llevó su chaqueta de motocicleta a la fiesta de fantasía con mi mamá. Esta está lanzada sobre la silla de su escritorio. La agarro y la sostengo con los brazos extendidos. Es tres tallas más grande que yo. Este es el peor momento para darme cuenta de que todos los chicos con los que he salido han usado una chaqueta de cuero. A diferencia de los otros chicos, ésta no cuesta el doble de mi alquiler mensual. Es una marca sin nombre. No tiene tonterías como clavos o puntos, solo cuero limpio. El revestimiento interior está muy gastado y huele a verano en la playa.

*¡Vaya! Pon la chaqueta abajo, Lucky, me advierto a mí misma.*

Pongo la chaqueta de nuevo donde la encontré y doy un paso atrás. ¿Qué me ocurre? ¡No está bien oler el abrigo de un hombre extraño! No debería estar aquí. Me largo corriendo de nuevo a la cocina, donde me espera mi copa —er... taza— de vino.

Pero cuando llego allí, el papel cae de mis manos. Estoy atrapada, in fraganti. El Chef James está de pie con las manos en sus caderas, mirando a mi pequeño y acogedor banquete. Lleva la chaqueta de trabajo en sus manos y la pone sobre la mesa. Cuando me mira, un lío de emociones cruza su rostro. Primero, parece sorprendido. Es probable que se pregunte qué demonios estoy haciendo aquí yo sola. Entonces, es molestia, porque de donde estoy bebiendo es probablemente su tasa, ¿y por qué debería tomar sus cosas después de que él me



dijo que me alejara? Por último, es esa suficiencia que me da ganas de abofetearle el rostro para quitarle la sonrisa.

No me pregunta por qué estoy aquí. No me dice que va a llamar a mi madre. Mira a la puerta, como si estuviera contemplando una salida. No lo culpo. Pero cuando me mira, su cuerpo se relaja y lanza sus manos en señal de rendición. Lo atrapé, también.

—No se supone que estés aquí —digo; el burro hablando de orejas.

Asiente, metiendo la mano en el armario, consiguiendo una taza a juego que dice “Besa al Camarero”.

—¿Esto no viola nuestro acuerdo de mantenernos alejados el uno al otro? —pregunto.

Responde sirviéndose un poco de mi vino robado. Dios, es tan difícil no mirar su sonrisa. Incluso desde el otro lado de la mesa lo puedo oler: ese delicioso aroma bronceado.

—¿Y bien? —le insto a hablar. Que diga cualquier cosa. Algo.

—Lucky. —Nada más que mi nombre. Eso me hace girar la cabeza. James sostiene su taza y espera que tintinee la mía con la suya—. ¿Tregua?

*Traducido por Beatrix*

*Corregido por MariaE.*

—Tregua no es exactamente mi segundo nombre —le digo.

Sostengo mi taza de vino de manera constante, pero no hago ningún esfuerzo para chocar los vasos. Después de todo, ¿por qué habría de hacerlo? Incluso antes de darme cuenta de que era el chef favorito de mi madre, no fue el personaje más espectacular en la cafetería. A menos que cuentes su suave pelo negro y la forma en que enmarca sus pómulos, porque *definitivamente* esos son más bien espectaculares.

Espero que no me viera olfateando su chaqueta como una morbosa. Tal vez lo hizo. Quizá por eso sonrío. Se siente como si alguien hubiese tirado una llave inglesa en mis entrañas.

Se inclina hacia delante y choca su taza con la mía, obligándome a un acuerdo silencioso. Los dos estamos en The Star horas después, bebiendo el vino que debe ser para la apertura. O, si no de la apertura, por lo menos para el restaurante. No me gustaría que mi madre crea que ya estoy arruinándolo, ya que no es así. Estoy trabajando. Pero él no lo sabe.

—¿Cuál es tu segundo nombre? —pregunta, levantando un taburete de metal. Da un sorbo de su taza y hace una mueca.

Él no huele la dulce cereza oscura. No pega la nariz a la taza y deja que el profundo vino púrpura llene sus sentidos. Al Chef James no le gusta el vino. Me tomo un gran trago de vino, dejando que cubra mi lengua.

—Mira, Lucy...

Me ahogo, rociándolo a través de su camisa blanca, por segundo día consecutivo.

—¡Lucky! —Agarra una toalla y se frota la salpicadura del vino de sus brazos, luego la arroja a mí—. Eso fue un accidente. Lo...

Tomo la toalla y limpio el otro lado de mi cara, antes de saber que alguien probablemente usó esto para limpiar los mostradores de la cocina. Uf, da igual, he tenido cosas peores en mi cara.

Pongo un dedo acusador sobre su pecho. —Mi nombre es Lucky. No Lucy, ni Luck. Y, contrariamente a todos los niños de quinto grado, no *Lick-y*.

Él levanta sus manos a la defensiva. —¿Estamos de acuerdo que ha sido un largo día?

Me siento de nuevo en el taburete, poniendo toda una mesa de metal entre nosotros. —Entonces ¿por qué no sigues en la fiesta con mi madre? ¿O en un bar cualquiera tomando más Jägermeister de lo que debería ser legal para alguien que no está en la universidad?

James toma otro sorbo de vino, pero esta vez no lucha contra el sabor seco. Está sintiéndose cómodo. —Me he hartado de los bares.

La forma en la que lo dice me da ganas de preguntar por qué. He estado en este negocio el tiempo suficiente para saber cuándo alguien tiene algo en su pasado de lo que no quiere hablar. Antes de que permita a mi cerebro perderse en la creación de algunas ideas de la historia de James Hughes: un hijo querido (improbable), un amante gay (ninguna posibilidad), un criminal buscado (tal vez); de acuerdo, mi cerebro *sí* va allí.

—¿Así que acabas de dejar a la jefa sola? —digo con fingida sorpresa. Los dos sabemos que mi madre brilla más cuando está rodeada de personas que la adoran. Eso, y el champán.

Baja la mirada a la mesa y sonrío. —Está en buenas manos.

Quiero cambiar de tema. La idea de un marido número cinco me provoca más náuseas que mi nueva píldora anticonceptiva.

—Mira. —Extiende sus brazos para que pueda obtener un buen vistazo a todo su cuerpo. Su camisa no es tan apretada como para hacerle parecer un Jersey Shore rechazado, pero lo bastante ceñida para querer trazar las líneas de sus músculos bajo la costura. Apuesto a que es el tipo que se despierta con un entrenamiento matutino, y luego come como un cerdo porque el mundo es injusto y los chicos obtienen metabolismos rápidos—. No soy un mal tipo.

—No he dicho que lo fueras —Me encojo de hombros—. Pero eso es justo lo que diría un chico malo. Nadie se mira uno mismo y piensa: "*Soy un imbécil*", pero a veces simplemente sucede.

—¿Crees que soy un imbécil? —Presiona su mano en el pecho a la defensiva—. ¡Robaste mi café!

—Eso no era un café. —Bebo mi vino—. Era el postre de una niña de doce años.

Sus hermosos ojos verdes se ensanchan. Me pregunto cuándo fue la última vez que una chica lo puso en su lugar. Por mucho que me gustaría convertir sus



bíceps en mi postre, no puedo dar marcha atrás en lo que es esta situación. — ¿Alguien te ha dicho que no eres una persona sociable?

Escondo la cara en mi taza. — Todos los gerentes que me despidieron.

Bebe un poco más, esta vez chasqueando los labios tal como lo haría al comer golosinas ácidas. — Entonces, ¿por qué hacerlo? ¿Por qué trabajar en este negocio? Stella se pasó el viaje en coche y la fiesta diciéndome todo acerca de ti.

Mi interior se calienta y no tiene nada que ver con la falta de claridad del delicioso vino. — Cosas maravillosas, estoy segura.

Va al fregadero y lava la pegajosidad del vino de su piel. Tiene la forma de caminar de alguien que guarda sus secretos cerca del corazón, alguien que está acostumbrado a mirar a sus espaldas. Además, el caminar de alguien que hace sentadillas. A menudo.

Me muerdo el labio con fuerza para reponerme. *Contrólate, Lucky.*

Cuando regresa, trae su taburete más cerca de mí. — Dijo que empezaste en la escuela culinaria y luego renunciaste. Fuiste a la Universidad Simmons para hacer periodismo y renunciaste.

— ¿Puedes dejar de decir “renunciaste”?

— Eso es lo que hiciste.

— No *renuncié*, he cambiado de opinión y luego me marché para hallar algo que me interesaba más.

Aprieta los labios, pero decide que es mejor no contrarrestarme. *Buen chico.* — Después de Boston, vino una universidad en Miami, pero luego cambiaste de opinión. A continuación Montana, ¿quién va allí que no sea un cazador de osos o vaya en busca de oro?

Casi me ahogo con mi vino. — Te das cuenta de que la fiebre del oro ha terminado, ¿verdad?

James toma la botella y vuelve a llenar nuestras tazas. — Luego, después de Montana fue Nueva York.

— Vivan los Yankees — digo con aire de suficiencia.

Hace un gesto con las manos, como si quisiera ahogar el aire. — Sabes, tienes que dejar de decir eso. El deporte no es una broma en esta ciudad.

Por primera vez en pocos días, me río. De verdad, sinceramente, no puedo evitar reírme.

James niega con la cabeza. Entonces así es él cuando no hay nadie cerca. Dice —: Y ahora estás aquí. ¿Por qué?

Sin vacilar, le digo—: Cosas de familia. No es el restaurante. Ni siquiera sabía acerca de The Star hasta que llegué aquí. No es como si ella contestara su teléfono cuando llamo. Hemos tenido un entendimiento desde que dejé el nido, tengo que estar con ella en esta época del año, sin importar por lo que esté pasando.

Dejo que se instale como los residuos de nuestro vino. Pero no quiero hablar de mí. No quiero hablar de la muerte de mi padre, o que ha sido hace diez años y de alguna manera parece haber sido ayer, a pesar de que no hay un solo rastro de él en la perfectamente transparente vida de mi madre.

—Ahora que sabes tanto de *mí* —le digo—, hagámoslo.

—Por Dios, por lo menos deja que te invite a cenar primero —dice con frialdad.

Le pego en el pecho, aunque me duele más que él. —Sabes exactamente lo que quiero decir. ¿Dónde has estado, Chef James Hughes?

James se relame los labios y se ríe y se encoge de hombros. —Por ahí.

—No estoy hablando de camas —le digo, sonriendo—. Hablo de estados y países. ¿No andan los chefs un poco por todas partes para aprender todo tipo de cocina y esa mierda?

Acerca el taburete. Su cara tiene un color rojo de la embriaguez. Cuando sonrío, una sonrisa real con todos los dientes hermosos, la llave inglesa en mi estómago arruina todo.

—Supongo que New Hampshire. Buena sopa —*Sopa*. Es el primer rastro de acento que le he oído, como si lo guardara—. Fui a Italia con mi asistente de cocina, Nunzio. Él es fuerte. Lo conocerás muy pronto.

—¿Eso es todo?

—¿Qué? —Su voz es fuerte—. A algunas personas les *gusta* donde viven. No todo el mundo quiere salir corriendo como un animal salvaje. Hay gente a la que le gusta tener un lugar que sea su casa, que sea familiar.

—¡No soy un animal salvaje!

Levanta la taza a los labios y dice—: Eso es decepcionante.

El calor florece en mi pecho y se extiende hasta que estoy segura que me sonrojo. —Sí, bueno... Al menos no tengo miedo a probar cosas nuevas.

—¿Qué se supone que significa eso?

Levanto la impresión del menú de degustación. —¿Mezclas verdes? ¿Estás alimentando una granja de conejos? Todo el menú del restaurante parece tan cursi.

No me doy cuenta de que he cruzado una línea hasta que golpea su taza sobre el mostrador. El mango se rompe en sus grandes manos. La tormenta en sus

ojos verdes desaparece tan rápidamente como empezó cuando mira a la conmoción en mi cara. Calma. Calma.

Lleva el mango roto y la deficiente taza a la basura, pero primero pule el resto del vino. Su teléfono vibra. Mira la pantalla y el ceño fruncido arruga su frente. Cierra los ojos y lo ignora. —Se acabó el vino. Debería irme.

—Yo también.

Puedo sentir los ojos de James en mí como el rayo de luz de un faro. La verdad es que no quiero irme. Apenas he empezado a ver quién es James. He visto la cara que pone cuando coquetea, la que pone en el trabajo, pero ¿qué pasa con la cara que está allí en su tiempo libre? Es divertido, coqueto y hay un dolor que mantiene cerca de su corazón. Puedo sentirlo en él porque también está en mí. Por razones ajenas a mi auto-control, quiero saber qué es.

—Ya regreso —le digo. Voy a buscar otra botella de vino. Mi corazón martillea en mi pecho de la carrera pero es diez veces peor cuando vuelvo y James se ha ido. ¿En serio se marchó sin decir adiós? Entonces me doy cuenta que la chaqueta continúa sobre la mesa, su teléfono justo al lado. La pantalla se ilumina y vibra una y otra vez.

Si eso no es un ligue, no sé lo que es. Pongo el vino abajo y me acerco más a la pantalla. No voy a tocarlo. La curiosidad es una maldición. Te hace pensar que quieres saber, hasta que lo sabes, y luego deseas no haber mirado.

Pero con la cabeza nublada gratamente con vino, decido que voy a mirar. El teléfono vibra por quinta vez. Se oye la descarga de un inodoro en el vacío del restaurante. El contacto dice: NO CONTESTAR con cinco mensajes de texto y una llamada perdida. Me pregunto quién es esta persona que justifique esa sentencia de muerte en la agenda. Tengo unos pocos NO CONTESTAR en mi lista de contactos.

Las botas de James se anuncian antes de entrar en la cocina. Busca a tientas algo en el bolsillo. El tintineo de las llaves golpea el suelo. No hay manera de que vaya en su moto después de acabar la mitad de una botella de vino.

—¿Tienes un deseo de muerte? —Me zambullo a por las llaves antes de que pueda alcanzarlas.

—Dame mis llaves —dice—. Estoy bien.

Las lanzo en mi bolso junto con el cursi menú del restaurante. Hasta aquí llegó el trabajar en una lista de vinos. ¿Por qué los chicos son tan tercos?

Da un paso más cerca de mí, sosteniendo mi muñeca en su mano, y luego roza nuestras palmas, como si estuviéramos a punto de comenzar un vals de ebriedad. Puedo sentir callos que bordean la base de sus dedos, manos que trabajan, con algo más que un cuchillo. Me pregunto dónde los consiguió. Me



pregunto por qué huele a playa cuando las playas de Nueva Inglaterra son frías y pardas. *Espabila.*

— ¡No estás bien!

— Lucky... — Se aleja un paso y niega con la cabeza, como si estuviera tratando de recuperar el control de sí mismo—. Lo siento. Vamos a empezar de nuevo. Siempre enredo las cosas. Lo hago todo el tiempo.

— *De acuerdo.* Vamos — digo, dejándole que cuelgue su brazo alrededor de mi hombro.

Resguarda su pie sobre una silla y resopla. — Me alegro de que tu madre tuviera razón en una cosa.

Empujo la puerta que conduce al lado opuesto de la calle. — Ah, sí, ¿qué es eso?

— Eres más fuerte de lo que pareces.

Río, y me pregunto por qué me rodeo de chicos que son tan livianos.



*Traducido por Yure8  
Corregido por Lizzy Avett'*

—Quédate quieto y compórtate como si estuvieras sobrio —le digo a James cuando ni un solo taxi se detiene para nosotros.

Cuando uno lo hace, tengo que suplicar al taxista que nos lleve como pasajeros. En el taxi, le toma a James tres intentos recordar donde vive.

Habiendo trabajado en tantos bares y restaurantes, sé que no hay nada tan obligatorio como ayudar a alguien a llegar a casa después de una noche de copas. Pasando las farolas, me pregunto por qué soy la que siempre termina sobria. O más bien, sobria en comparación.

Mi cabeza palpita por el exceso de bebida y no tener suficiente agua. Espero por Dios que James no se duerma. Mover un peso muerto es lo último que quiero hacer.

Esa idea me trae un recuerdo de mi mamá. Me hallaba en la preparatoria y nos fuimos a recaudar fondos. No recuerdo si fue durante el marido número dos o tres. Se mezclan en mi mente, bajitos, calvos, bigotes gruesos horribles que hacían parecer focas pidiendo otro pez. Stella había bebido demasiado y mi padrastro se sentía demasiado avergonzado, por lo se fue sin nosotras. El conductor no la tocó, algo sobre el deseo de evitar una demanda. Así que era solo yo, soportando el peso de mi madre. Es delgada, pero no importa lo delgado cuando una persona borracha se desmaya. Es como tratar de tirar un saco húmedo de arena. Le insulté, grité, golpeé la cara. Pero apenas podía abrir los ojos y cada palabra que soltaba era un enigma de Cheshire. La puse en el sofá y saqué un tazón gigante de su boda china. Me senté en la silla al lado de ella y deseé poder llegar lo más lejos posible. Al día siguiente, despertó y no recordaba nada. Fui a la escuela, todavía reinando como la niña con la madre jodida. Sin duda, muchos de los niños ricos con los que iba a la escuela tenían padres borrachos. Era mi madre a quien le gustaba hacerlo delante de todos. Stella, la estrella del espectáculo, la enorme bola de gas ardiendo que destruyó todo a mi alrededor.

—Oiga, señorita. ¿Esto es todo o qué? —me grita el taxista enojado.

—Lo siento —murmuro, cavando en mi bolsa por mi cartera. El pánico inunda mi cuerpo. Mierda. Debo de haber dejado mi cartera en el restaurante.

Detrás de nosotros, los coches tocan la bocina porque la calle es muy estrecha.

—Escuche, señorita...

—Ya voy —espeto—, ya voy.

Miro a James felizmente dormido a mi lado. Deslizo mi mano en su bolsillo delantero. Sus músculos han extendido el material de mezclilla, así que tengo que cavar mucho. *Oh, Lucky, esta es tu vida.* Estoy a punto de gritar cuando encuentro un crujiente billete de veinte dólares.

—Quédese el cambio —le digo al conductor.

Entonces hago algo que reservo solo para los clientes que han agarrado mi culo en el bar. Echo mi brazo hacia atrás y golpeo a James en la entrepierna.

Me inclino a un lado para evitar su patada de reflejo. Gruñe y grita —: ¿Qué diablos?

Los hombres son unos bebés.

Salgo del taxi y corro de un lado para el otro, tomando un poco de placer por la risa del taxista y el repentino síndrome de Tourette de James. Los faros me ciegan mientras voy al otro lado del coche. Los conductores tocan la bocina y gritan obscenidades que no deben escucharse a menudo en esta tranquila calle arbolada de edificios de piedra rojiza en Back Bay en el área de Boston.

James sale del taxi y aplasta la mano que extiendo. Cierra la puerta y el taxi acelera, dejándome en medio de la calle con los gases de escape en toda mi cara.

—Lucky —dice James—, ¡estás loca, sal de la calle!

Se tambalea, pero ya no arrastra las palabras.

Considero arriesgarme a ser atropellada. Una ola de agotamiento me llena, pesadez en mis hombros y cuello. Estoy más borracha de lo que pensaba. James me agarra y porque los dos estamos desequilibrados, caemos al suelo. Cuando me levanto, mi rodilla encuentra la delicadeza parada entre sus piernas y lloriquea.

—Estás tratando de matarme, mujer.

Me agarro a la puerta que conduce a un edificio de piedra rojiza. Está cubierto de espesas enredaderas verdes. Y me río.

—Muy divertido.

Sigo riendo.

—Eres una bromista regular, Lucky Charms.

Ante la mención de mi apodo de la escuela secundaria, mi risa muere. La noche es cálida y sin viento. Gotas de sudor ruedan por mis sienes. Le extiendo una mano para ayudar a James a ponerse pie, pero se impulsa del suelo, todavía



descentrado. Una señora y su shih tzu dan un paseo nocturno moviendo sus propias cabecitas hacia nosotros. La señora agarra su perro y pasa a nuestro lado como si tuviéramos la peste. Se apresuran dentro del edificio de piedras rojizas encima de James y todo lo que puedo pensar es ¿por qué alguien tiene la cabeza de un perro como llamador?

—¿Puedo recuperar mis llaves o tienes planeado hacerme dormir en las escaleras de mi vecina?

Saco las llaves de mi bolso y las cuelgo en mi dedo índice. Las toma, y cuando sus dedos rozan los míos, siento que vuelve el mareo borracho.

—Estabienadiós —arrastro las palabras, girando sobre un tacón inestable hacia una calle en la que nunca he estado. *Jesús, Lucky, ¿por qué haces estas cosas? ¿Por qué dijiste que sí para ayudar a Stella? ¿Por qué crees que sería una buena idea beber con un hombre que se parece a una succulenta, suave, bola de helado en una cálida noche de verano como esta?*

James agarra la parte trasera de mi camisa y me tira hacia atrás. Presiona el puente de su nariz. Apuesto a que los dolores punzantes que siente, todos tienen mi nombre.

—Mira —empieza—, no puedo dejar que te vayas así. Duerme un poco para que se te pase.

Lo sigo por las escaleras con mis brazos cruzados sobre el pecho. Por mucho que me gusta pensar que tengo buen ojo para la gente, no logro leer a James. Es arrogante y orgulloso acerca de su comida, pero es inseguro al mismo tiempo. Puede hablar de todo sobre mí, pero cuando le pago con la misma moneda, es cauteloso. Puede pasar de frío a coqueto en segundos, pero no ha tratado de seducirme. Tal vez simplemente no soy su tipo. Tal vez este era su plan desde el principio. No es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Hogar, dulce hogar. —Deja caer las llaves en la mesita de la entrada. Hay un montón de correo sin abrir y un montón de recibos. Se quita los zapatos, luego se vuelve hacia mí. Es una cabeza más alto que yo, pero de repente me siento como Pulgarcita en sus manos. Grandes manos callosas sostienen mi cara. Mi estómago se llena de intensas mariposas ardientes que quieren quemar toda mi piel.

Quiero preguntarle: “¿Qué estás haciendo?”. Quiero decirle que no lo quiero, pero sería una mentira. He querido sentir sus manos desde el momento en que le puse los ojos encima.

Sus ojos son verdes como el mar. Sus pestañas son gruesas y largas, rozando contra mi piel mientras se inclina para besarme. Mi respiración se atasca por la sorpresa. Mi cerebro es una serie de minas apagadas. Cierro los ojos y me inclino hacia él. Es un ajuste perfecto, la forma en que mi cuerpo se curva hacia él. Paso mis dedos por su cabello, presionando mis labios con más fuerza en los suyos.

Se aleja, rozando el dolor de mi labio con el pulgar. —Lo siento. Me equivoqué contigo, Lucky.

—¿No soy mimada y privilegiada?

Roza su nariz contra la mía, tocando de cerca mis labios. *Solo bésame, maldita sea.* —No, todavía eres privilegiada. Pero mimada no.

Sus manos acunan mi cara. Sus ojos lucen soñolientos, soñadores y centrados en mí. Ojalá supiera lo que piensa. Ojalá él pudiera sentir la forma en que mis entrañas están listas para arder. La forma en que mi corazón se desliza por una espiral cuando me doy cuenta de que quiero más, más, más.

James se quita su camiseta blanca. Asimilo la extensión completa de su pecho, músculos que no son solo esculpidos en el gimnasio sino deliciosos por el trabajo duro. Mi mente está en un frenesí, con ganas de tocar su piel, pero también con ganas de salir corriendo por la puerta.

Luego se aleja. Apoya su frente en la mía y sus pestañas cosquillean mi piel.

—Maldición. —Una palabra. Simplemente: Maldición. Luego se lanza sobre el sofá de cuero negro que ocupa una gran parte de su salón.

Mi piel hormiguea donde estuvieron sus labios y manos. Estoy de pie, congelada en el medio de la casa de un extraño. La mitad de un extraño. ¿Cuál es la otra mitad? ¿Amigo? ¿Colega? ¿Encuentro de vida casual?

Ni siquiera puedo ver su tatuaje porque está acostado sobre su espalda. Sus ojos revolotean y comienza a roncar. Perfecto. Voy a la cocina y bebo un gran vaso de agua. Salpico un poco en mi cara. Al final del pasillo de la cocina se encuentra el cuarto de baño. Luego una habitación individual. Debió de acabar de mudarse porque el mobiliario es bastante estándar. Un armario con ropa colgando de la mitad de cajones cerrados. Un bote pequeño de producto para el cabello y un desodorante. No hay cuadros, ni adornos, ni trofeos. Solo hay un marco en el tocador, una mujer sentada para un retrato. Es de unos treinta años, con un vestido azul marino. Su cabello es oscuro y perfectamente peinado. Sé sin lugar a duda que es la madre de James por sus hermosos ojos verdes como el mar. Es un pequeño vistazo al mundo del Chef James, pero lo tomaré.

Cuando me siento como una acosadora minuciosa vuelvo al salón, donde James se encuentra desmayado.

—¿Quién eres, James Hughes?

Cuando me responde un ronquido, sé que la noche ha terminado. Oye, no es la primera vez que un chico se ha desmayado por mí. Apago las luces y cierro la puerta del interior. Voy por el primer camino a la derecha sobre la acera. Por un momento, me arrepiento y quiero volver. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Derribar la puerta? ¿Golpear hasta que se despierte, enojado, y esperar a que me bese de nuevo? Así que sigo caminando. A pesar de que no estoy segura de a

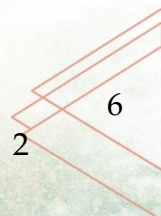
ZORAIDA

ON THE  
LINE

CÓRDOVA

dónde voy, mi cuerpo se encuentra demasiado inquieto para dormir, y siempre he encontrado consuelo en el cielo nocturno.

LUCK





*Traducido por SandyQu St.Rolan*

*Corregido por Nana Maddox*

La última vez que tuve sexo, los dos estábamos tan borrachos que recuerdo más partes negras que sexuales. Fue con mi compañero bartender, un aspirante a actor que no entendía por qué sus inolvidables ojos azules y su cabello rubio oscuro no le iban a dar una gran oportunidad. Nunca lo había visto actuando, y no tenía interés en nada más que la forma en que sus fuertes manos me sentaban en la barra, pegajosa de whiskey y cosmopolitans. Eso no fue amor. Eso ni siquiera fue gusto. Él llenó una necesidad, un deseo.

Cuando desperté, mi boca sabía a arrepentimiento. No por lo que había hecho, sino porque él resultó ser un idiota. No me avergüenzo de que me guste el sexo. Me arrepentí porque al día siguiente me ignoró, y solo me hablaba a través del chico de mantenimiento. Lo tomé con calma. Quizás *era* un muy buen actor, del mismo modo que la mayoría de chicos actúan como si les gustaras hasta que ya no les es conveniente. No es como si me hubiera enamorado, pero si tuviera que decirlo, acababa de quedar como una chica amarga.

Me he dado cuenta que a los chicos no les gusta cuando las chicas tienen sano sexo casual. Es como si cuando nosotras lo hacemos, les estamos quitando algo, ese territorio invisible en el planeta de me-preocupo-menos-que-tú-por-esta-relación. Por favor, supérenlo.

Como sea, eso fue hace seis meses. Seis meses sin ser abrazada. Seis meses sin ser besada. Seis meses de haber considerado suficiente a un hombre para que esté en mi cama.



En el departamento de mi madre, puedo escuchar el ronquido silbante de Felicity en el salón. Me desvisto y meto a la regadera, esperando que el vapor me ayude a sacar de mi cabeza la imagen de James sin camisa. No puedo dejar de pensar en su hermoso rostro. Ojos verdes que me ruegan me pierda en ellos. Grueso cabello negro por el que quiero pasar mis dedos y tirar con fuerza. Y su

boca, una llena y perfecta que sería mejor poner a probar mi piel. Un ardiente hormigueo presiona en mi vientre y se esparce.

—Eres tan masoquista —le digo a mi reflejo.

Cambio el agua de caliente a malditamente fría, castigándome por los pensamientos lujuriosos sobre un chico con el que no tengo nada que ver. Es el compañero de negocios de mamá. Tengo que ver su cara por tres semanas. Sin mencionar que la primera vez que lo vi estaba sobre otra chica.

Me pregunto si hay cierto tipo de chicos que tienen radares para chicas como yo. Auto-saboteadoras. Solitarias. Calientes como el infierno. Una mirada a los pómulos celestiales de James Hughes y mi sentido común, o al menos lo que queda de él, se fue derecho por la ventana.

Cierro la llave del agua cuando mi piel está muy cerca de convertirse en un témpano de hielo. Envuelvo mi cuerpo en una esponjosa toalla blanca y exprimo el exceso de agua de mi cabello.

Dibujo un corazón en el vidrio mojado. Mientras las gotitas desaparecen, se convierte en algo irreconocible, no muy diferente de la cosa sangrante en mi pecho.

Cuando he decidido que mantenerme despierta es una mejor idea que dormir tres horas, hago algo de café en la cafetera de mi mamá. Se encuentra polvorienta y oculta debajo del fregadero, pero el rico aroma a cafeína despierta mis sentidos inmediatamente.

—Te levantaste temprano —dice Felicity. Hoy viste un traje de pantalón beige que la hace parecer de quince años. Acomoda una bolsa de compras sobre el mostrador, luego se sirve algo de café y se une a mí en un taburete.

—No podía dormir.

—No te he oído entrar.

Me río. —¿Mamá te pidió que me mantuvieras vigilada?

—Oh, no quise...

—Tranquila —digo bromeando—. ¿Cuándo estará lista la jefa? Escribí una lista de ideas para esa sección quemada. Y también necesito tu contacto con el distribuidor de licor. ¿Por qué me miras como si me hubiera salido un tercer ojo?

—¿Stella no te lo dijo? —Vierte media taza de azúcar en su café.

—¿Qué cosa? —Una sensación de ardiente pánico se arrastra por mi piel por la anticipación a las noticias de Felicity.

—Stella está en Nueva York.

—¿Qué? —Olvido que estoy sujetando mi taza de café cuando levanto mis brazos con sorpresa. La taza se hace añicos contra la pared, dejando una mancha de café. Al menos al fin hay algo de color en la cocina —. Mierda, yo me ocupo.

Me doy cuenta que no sé dónde está la escoba y después de abrir y cerrar todos los gabinetes bajo el fregadero, Felicity se apiada de mí y abre el gabinete correcto.

—¿Qué quieres decir con que está en Nueva York? Justo anoche estaba en una fiesta con James. —Tan pronto como digo su nombre mi mente se llena con el recuerdo de su torso. La manera en que sus músculos se flexionaron mientras se quitaba la camisa en un solo movimiento. Su jugosa boca en la mía.

—Tomó un jet con uno de los jefes de la red. Dijo que tenía negocios importantes en Nueva York.

Echo las piezas de la taza rota en el bote de basura. Limpio el café del piso, pero no hay mucho que pueda hacer con la mancha de la pared. Luego respiro hondo y me sujeto del mostrador enfrente de mí.

¿Por qué se iría en un momento así, cuando su restaurante está a días de una degustación privada? ¿En qué piensa, al dejarme sola con su departamento, James y todas las cosas que se supone le pertenecen a *ella*?

Pero todo lo que digo es —: Típico.

Felicity se acerca a mí de la forma que un técnico de bombas se acercaría a un misterioso paquete envuelto. —Dice que es importante para la apertura.

Por un momento, me sorprende pensar que mi madre me habla a través de Felicity. Pudo haber dicho algo ayer. Debió haber dicho algo el día anterior cuando me pidió que me quedara a ayudar. Pudo haberme enviado un mensaje rápido de texto mientras se dirigía al aeropuerto. ¿De qué sirve tener acceso constante a los teléfonos si la gente siempre encuentra una excusa para no comunicarse?

Respiro profundo varias veces cuando me doy cuenta que con la partida de mamá, *estoy a cargo*. Paso mis manos a través de mi cabello, deteniéndome por poco de halarlo cuando veo a Felicity con una sonrisa esperanzada.

—Creo que esto me convierte en tu asistente por el siguiente par de días. — Se ríe nerviosamente. *Es correcto, pequeña asistente. Sigue estando nerviosa porque yo no sé qué hacer más que tú.*

Saca un celular de su cadera. Es una de esas fundas de plástico grueso diseñadas para proteger su tecnología sobrevalorada. —¡Oh! Éste es el teléfono que usa Stella para los negocios. Distribuidores de comida y licor, el Chef James, y la Chef pastelera McKena, todos están aquí.

—Pero *tú* siempre tienes ese teléfono.

Felicity se sonroja. —Stella ya tiene mucho de qué preocuparse así que lo tengo yo. Pero como tú no tienes un teléfono inteligente, dijo que te lo diera a ti por este tiempo.



Lo pone en mi mano pequeña. Es más pesado de lo que parece. *¿En qué te has metido?*, me pregunto. Mi estómago se llena con un nerviosismo que nunca antes había sentido. No es que me intimide la responsabilidad. Ya he estado a cargo de bares. Claro, me gusta divertirme, pero sé que sigo trabajando. Esto es diferente. Son los millones de dólares que se fueron en un edificio que de alguna manera se está cayendo a pedazos desde adentro. Es la repentina partida de mi mamá. Es la razón por la que estoy aquí en primer lugar. Es la cara de James en la palma de mi mano. Literalmente.

Está llamando. Su número parpadea bajo una cara que golpea mi estómago como una bola de demolición.

Suena un par de veces antes de que Felicity ría nerviosamente de nuevo. Creo que estoy pasmada. Tengo que estarlo porque no me muevo. Me paralizó con la idea de James llamando a mi madre para hablar acerca de mí. No, ¡él no lo haría! Sin importar qué haya pasado la otra noche, seguro solidificó nuestro secreto de haber bebido en The Star por horas.

Cuando está claro que no me voy a mover, Felicity quita el teléfono de mi mano con cuidado. Tiene mucha paciencia. —¡Hola! Chef James. Aún estamos a tiempo para hacer la selección de menú para la prueba. Lucky y yo estaremos en The Star alrededor del medio día. Primero veremos algunas telas para el diseñador. Oh, mm, bueno, Stella no estará disponible por el siguiente par de días.

Me muerdo la uña del pulgar y veo las expresiones faciales de Felicity. Asiente con simpatía mientras la voz de James se eleva un par de octavas. Escucho —: ¿Qué demonios? ¿Cuándo sucedió esto?

—Fue algo de último minuto y ella lo siente mucho. Pero aún hay muchas cosas que hacer, así que tenemos que continuar en su ausencia temporal.

Decido que la razón por la cual la vida de mi madre es tan funcional es por Felicity. Se encorva y su ropa la hace lucir de treinta y cinco, pero en serio le importa. Me pregunto qué la llevó a este tipo de negocios, en los que la gente puede ser terrible.

Cuando la diatriba de James al teléfono se acaba, dice —: ¡Perfecto! Nos vemos pronto.

Cuelga el teléfono y luego me lo regresa.

—Espero que no te moleste —dice, deslizando la bolsa hacia mí sobre el mostrador—. Pero creo que quizá quieras vestir esto cuando corras a hacer los recados.

Traducción: Sé que no me vas a escuchar, así que por favor, por favor, ponte algo que no ofenda a los inversionistas. La alcanzo escépticamente.

—Estoy recibiendo todo tipo de regalos hoy —digo, examinando la estructurada chaqueta negra antes de ponérmela. Me ajusta bien. Muy bien, y ni siquiera es mi cumpleaños.

El teléfono en mi mano suena de nuevo. El número tiene código de área de Boston, pero no tiene un nombre. Me invade una ola de pánico. Es como si hubiera olvidado como contestar un maldito teléfono. Espera, de nuevo, ¿cuál es mi nombre? Estoy irracionalmente enojada con mi madre, pero al mismo tiempo desearía que estuviera aquí. No creo ser la persona correcta para esto.

—Probablemente sea el chico de la fábrica —dice Felicity, urgiéndome a que conteste.

—¿Aló? Habla Lucky Pierce.

## 13

*Traducido por Marie.Ang*

*Corregido por Anakaren*

Por cuatro horas, con Felicity, hemos mirado telas. Cuatro horas de diferentes números de hilos, de patrones que me mareaban. Cuatro horas que nunca recuperaré.

—He trabajado en bares cubiertos de grafitis, viejos sostenes, y cada placa de licencia en los Estados Unidos tachonada a la pared. Explícame por qué necesitamos comprar tela que vale cien dólares la yarda.

—Stella quiere lo mejor. —Felicity hojea un libro de telas que está destinado a ir a la pared que quemamos recientemente. Se detiene en una bonita con un bordado blanco—. Ohhh, me gusta esta.

—Sabes, una vez —tomo el muestrario y paso el pulgar por el resto de las telas de brocado—, mi mamá compró una pintura por *cinco* mil dólares. No es que ella pensara que era bonita, porque ¿quién quiere mirar una pintura con recortes de periódico salpicado y las lágrimas reales del artista cristalizadas? Quiero decir, era horrible. Pero la compró porque era cara.

—Oh...

Me encojo de hombros, esperando que ella se afloje un poco. —¿Cuál escogerías?

Me mira como si esta fuera la primera vez que se le hizo esta pregunta.

—Me gustan los aspectos limpios y modernos —dice con firmeza—. Pero al mismo tiempo, pienso que un lugar debe lucir cálido, así sea una sala de estar, un baño, un restaurant o mi armario.

Me quedo mirándola con curiosidad. —¿Tú decoraste la casa de mi mamá?

Felicity asiente, el orgullo iluminando su rostro. —Así es como terminé trabajando para Stella. Un minuto me encontraba escogiendo el sofá correcto de entre veinte opciones, lo siguiente que decide es contratarme como su asistente. La empresa de diseños interiores en la que trabajaba en ese tiempo me despidió y mi renta subió. No sé lo que habría hecho si Stella no me hubiera empleado.

Esa es mi mamá, una sensiblera habitual.

—Entonces, deberías lograr esto con éxito —digo.



—Durante el año pasado, he estado manejando cuentas, llamadas telefónicas y contrataciones. Además, Stella ha cambiado su dirección para The Star cerca de diez veces. Creo que esa es la parte más difícil de este proyecto. Es tan grande y ella quiere hacer *todo*... creo que se olvidó de la razón inicial por la que quería tener el restaurante.

Hago una mueca. —Mi mamá solo quiere la cámara apuntando en su dirección. Estoy segura de que este restaurante añadirá otros quince minutos a su camino de fama.

—Oh... no sé si eso es todo. —Regresa a nuestra tarea.

Si pensaba que encontraría algún tipo de solidaridad en la queja contra Stella, pues Felicity es la persona equivocada.

—¿Cuáles quería originalmente Stella?

—No lo dijo. —Los grandes ojos marrones de Felicity se hacen más grandes—. Ella quería que el blanco y el dorado fueran los colores principales del restaurante.

Ruedo los ojos. —Odio comer en lugares que se ven como si no pudiera ensuciar las servilletas. ¿Cuál es el punto de la comida deliciosa?

—Bueno, el menú es un poco más acorde con pequeños platos de lujo.

Hago una mueca. —Suenan deliciosos.

—¿Y si ella odia la tela que escogemos? —Agarra la pieza de tela en su mano. El empleado que nos trajo todas las muestras se encuentra cerca, pero al oír el chillido de pánico de Felicity, decide esperar antes de acercarse a nosotras de nuevo—. ¿Y si le gusta el color, pero odia el patrón? Stella cambia de opinión tan rápido. ¿Quizá deberíamos enviarle fotos antes de escoger?

La agarro por los hombros. —Cálmate. Este es nuestro momento de decidir.

Asiente rápidamente y respira con pesadez. —No lo sé...

—Felicity —digo, sonando como una mamá gallina, más de lo que me gustaría. Solía tener una compañera de cuarto que padecía ataques de pánico a diario. Las cosas más al azar desencadenaban un efecto dominó en su cerebro. Los platos se encontraban sucios, y lo siguiente que ella pensaba es que tendríamos una plaga de cucarachas. Guardaba las bolsas de papel de la tienda de comestibles para dárselas y le ayudé a respirar.

—Mira, si Stella no confiara en nosotras, no nos habría dejado solas. —Incluso mientras lo digo, la mentira hace que mi lengua se sienta como plomo.

Sostengo una muestra que es de un profundo verde mar y mi mente rememora un recuerdo de los ojos de James. La forma en que sus labios rozaban los míos.

—Cierto. Sí. De acuerdo. Bien. —Vuelve a extender las muestras sobre la mesa. Me mira, y luego vuelve al lío que hay en la mesa—. Entonces...

Pongo mi dedo en una tela dorado oscuro. —Esta.

—¿Segura?

—Bueno, iba a jugar al Detín, marín, de do, pingüe...

Felicity sonríe. Se gira al empleado que se ve con ganas de que nos decidamos. Todo cuesta más que toda mi renta del año pasado. El vendedor besa nuestras manos a la salida.

Tacho esta tarea de la lista, pero aún tengo la sensación de hundimiento. Como una pesadilla en donde caminas a un lugar, a un objetivo, a una persona, pero no importa cuánto camines, no importa lo cerca que pienses que has llegado, el camino simplemente sigue haciéndose más y más largo.

Cuando salimos, soy insultada por la visión de James y mi madre. Miden cerca de dos metros y mi madre tiene un mostacho garabateado en el labio superior. Alguien dibujó un pequeño pene sobre el traje blanco de chef que lleva James. El autobús frena en una luz roja, de modo que puedo conseguir una mejor vista del anuncio. *Tardes en la Cocina de Stella* Presenta: The Star, Una Experiencia Culinaria Única. No sé si quiero vomitar o lamer el rostro de James. Es una regla universal que la conciencia te hacer ver cosas que de otro modo no harías. Como cuando te dejan, empiezas a notar a todas las parejas haciendo muestras públicas de afecto a tu alrededor. O cuando intentas dejar los hidratos de carbono y cada tienda por la que pasas tiene pasteles en las ventanas. La luz se vuelve verde y el rostro de James continúa su campaña por Essex St.

Felicity intenta tomar una foto del anuncio pero sale borrosa. —Esta es la primera vez que lo he visto. Esos anuncios costaron más de lo que consigo en un año.

Mi nuevo teléfono prestado por mi jefa comienza a vibrar. El nombre de James envía un estremecimiento por mi centro. Querido Cuerpo, ¿por qué me traicionas? A partir de cualquier cosa relacionada con James no conduciría a nada bueno. Tal vez ese es el por qué me siento atraída hacia él. O quizá no es él. Quizás simplemente me siento atraída a un desamor.

James: *Llegan tarde.*

Yo: **No hasta dentro de 10 minutos. Vamos en camino.**

James: *¿En realidad en camino, o solo dejando su ubicación en camino? ;)*

Yo: **¿Por qué? ¿Tu ensalada de conejo PETIT se está enfriando?**

James: *Muy graciosa.*

Yo: **Tu cara es graciosa. La vi en un autobús.**

James: *No me lo recuerdes.*

Me golpeo la frente.

Felicity mira sobre mi hombro y guardo el teléfono en mi bolsillo. — ¡Oh! No me di cuenta de la hora que era. James se pone de mal humor cuando la gente llega tarde.

— ¿Nuestro Perpetuo Señor del Mal Humor?

Sus labios carnosos son bonitos y amplios. — Su comida es orgásmica.

— Apuesto a que no es lo único en él que es orgásmico. — Le doy un codazo juguetonamente.

La piel marrón de Felicity se pone escarlata. — Eres terrible.

Me meto en el asiento del copiloto de su coche. — Nunca dije lo contrario.



*Traducido por Adriana*

*Corregido por Laurita PI*

Cuando tomo una respiración profunda en The Star, estoy feliz de decir que ya no huele a mierda. Tanto como quiero odiar a Ben, el plomero, por ser un cerdo machista, hizo el trabajo.

Las mesas y las sillas tienen láminas de plásticos sobre ellas. Una fina capa de aserrín y polvo de placas de yeso cubren todas las superficies. Carlos y su equipo están ocupados midiendo la pared y el techo que necesitan ser arreglados. Detienen lo que están haciendo para saludarnos, lo cual se siente gracioso.

Me sorprende un poco ver al Chef James de pie en el bar en lugar de la cocina. Incluso más sorprendida de que use chanclas. Está bien, porque lo siguiente que noto es cómo su chaqueta de Chef está abotonada completamente, abrazando cada curva de sus enormes brazos. Su oscuro cabello ondulado se ve muy brillante bajo las luces blancas del bar.

Usa un paño para girar un platillo por lo que se encuentra de frente hacia el asiento desocupado al otro lado, luego mete el paño en su bolsillo. Mi nariz reacciona ante la mezcla de aromas que flotan desde los platos plateados extendidos cuidadosamente. De pie junto a James, está un joven con gruesas cejas oscuras y un rostro alargado y severo. Gira el platillo hacia el otro lado. De inmediato, sé que tiene que ser su asistente.

Cuando James me ve, mira a Felicity inmediatamente. Limpia su mano en el pecho de su chaqueta de Chef y se aclara la garganta. Un ligero rubor colorea su cuello. No me mira, y sé que tiene que estar pensando en anoche. Sé que yo lo estoy. Pero no puedo demostrarlo, así que tomo esos sentimientos y los meto cuidadosamente en mi bolsillo trasero, como con una factura, me olvidaré de ellos hasta después que haga la colada.

—Hola, chicas —dice James—, tomen asiento.

—Hola —digo, tirando de los bordes de mi chaqueta. Le tiendo mi mano al Chef segundo—. Soy...

—Lucy Pierce —dice Chef segundo—. La hija de Stella. Tienes sus ojos hermosos y su majestuosa nariz perfilada. Tengo una cosa por las narices. Mi nombre es Nunzio Moretti.

James mantiene su puño contra los labios para evitar reírse. *Lucy*.

— Es Lucky, en realidad — corrijo al Chef.

Su rostro alargado parece hacerse más largo. Sus oscuros ojos encuentran el rostro de James. Empuña su mano. Luego, dándose cuenta que no puede golpear al Chef Ejecutivo con testigos, sonrío a modo de disculpa. Estrecha mi mano una vez más y esta vez, la besa. — Mi error.

— Está bien. — Me alejo de sus besos babosos y lucho contra el impulso de limpiar mi mano en mis vaqueros. Miro a James a través de mis ojos entrecerrados—. Al parecer es un error muy común.

Antes de que Nunzio y su barba de un día puedan cubrirme con más disculpas, tomo otra respiración profunda y huelo algo que me hace olvidarme que mi nombre es Lucy. Quiero decir, Lucky.

Nunzio descorcha una botella de vino Sauvignon Blanc de Nueva Zelanda y vierte dos copas para Felicity y para mí.

— Los vinos Sauvignon Blancs de Nueva Zelanda son mis favoritos — le digo. No es *su* culpa que James le diera información falsa—. Huelen a campos de hierba frescas, lo cual es algo extraño, pero saben muy bien.

Nunzio asiente. — Lo sé, ¿cierto? Todos siempre intentan probar esta mierda francesa, pero el sabor está en Nueva Zelanda.

James se aclara la garganta. — Aquí está una versión revisada de mi menú original.

Nunzio se frota su cabeza rapada. — Este hombre llegó aquí al *inicio* del amanecer. Se encontraba como: oye amigo te necesito aquí lo más pronto posible. La hija de la jefa...

James extiende su mano y ligeramente le da de revés a Nunzio en el estómago.

Intento mirar los platillos con cara de póquer. Bradley me dice que nunca debería jugar póquer porque mis emociones siempre están en mi cara. El primer platillo es una mezcla de todas las cosas geniales en la vida: tocino y papas fritas crocantes, envueltas alrededor de una vieira pequeña blanca rellena. Salpicada de salsa blanca cremosa. Quiero extender mi mano y sumergir mi dedo. Se me hace agua la boca. Tomo una de las vieiras y la meto directamente en mi boca.

— Comienza a comer — dice James con indiferencia.

Sus ojos verde mar me observan cuidadosamente mientras mastico una de las mejores cosas que he tenido en mi boca. El primer bocado es el paraíso. Es la sal marina y la sazón derritiéndose en mi lengua. La sonrisa de Nunzio es como una gran rebanada de naranja en su rostro.

¿Yo? Estoy a punto de tener un orgasmo por la combinación de mi platillo favorito de mar y tierra. El segundo mordisco es dulce. Lo caramelizado del tocino, y los bordes soasados de la vieira le quitaron ese usual sabor a pescado. El último mordisco es un cremoso pescado lleno de hierbas.

Los hermosos pómulos de James se sonrojan ligeramente mientras espera mi crítica. Gira su paño sobre su hombro y hace una mueca. No digo nada. Tomo un sorbo de mi vino.

—¿Y bien? —dice James. Todo su cuerpo permanece rígido. Sus anchos hombros se tensan bajo su chaqueta de Chef. Una gota de sudor corre por su frente un segundo antes de que su mano la limpie.

—Está bueno —miento. En realidad está increíble. Tiene cinco estrellas y media. Vale la pena el precio. Es... me dan ganas de lamer su rostro—. Felicity, prueba el otro.

Se ve sorprendida de ser llamada. Mira a James. —¿Estás seguro?

Sus ligeros hoyuelos centellean en mi pecho. —No te preocupes por nosotros, ya los hemos probado todos. Estos son para ustedes, chicas.

Felicity utiliza un cuchillo y un tenedor para cortar la jugosa vieira. La sumerge en la salsa cremosa y da un pequeño mordisco. Sus cejas se levantan tan alto, que estoy sorprendida que no se salieron de su rostro. —¡Oh, por Dios! ¡Está increíble!

James me da una mirada desafiante, como si me estuviera retando a llevarle la contraria. Sostiene una cuchara plateada para mí y nos lleva al siguiente platillo. El bol es lo bastante pequeño para sostenerlo en mi palma. James camina alrededor del bar y se detiene cerca de mí. Mis sentidos se están saliendo de control por la espesa crema de mariscos en mi mano, y el olor a playa de James. Todo lo que necesito es una silla de patio y una gran copa de vino, y estoy hecha.

Se inclina más cerca de mí, intentando dirigir mi atención lejos de la sopa y hacia sus ojos. No sé cuál es más delicioso.

—Antes de que te la tomes, déjame agregarle el toque final.

Se mete entre Felicity y yo. Mi muslo roza su muslo y, nuevamente, pienso en lo de anoche. Su camisa amontonada en el suelo, sus deliciosos abdominales expuestos para mí como un estante de alitas de pollo. Y me encantan las alitas de pollo.

James toma una cucharilla más pequeña y saca una abundante porción de crème fraîche. —Esta es una sopa de cangrejo azul con pan de maíz, jalapeño y tostones.



5 7

—Esa es mi crème fraîche casera. —Sonríe Nunzio con suficiencia con los brazos cruzados. Debajo del vello facial y la cicatriz que atraviesa su ceja, es mucho más joven de lo que parece. Le guiña un ojo marrón a Felicity.

Mientras James deja caer una cucharada de crème fraîche en el bol de Felicity, no puedo deducir cuál está más roja, si la sopa o su rostro.

Sumerjo la cuchara y tomo la humeante y cremosa sopa. Dejo que una gota caiga sobre mi lengua. Mis papilas gustativas estallan tanto que casi duelen. Es la cantidad exacta de crema y tomate, consistente, sustancioso y caliente. Un diferente tipo de recuerdo inunda mi mente: veo a mi papá en la cocina agitando una olla de su sopa de tomate. Con la bandeja a un lado con crujientes sándwiches de queso a la parrilla. Mi mamá en el sofá hojeando una revista. Y yo, pasando el rato en el borde de la cocina mientras sus papilas gustativas prueban.

—¿Te quemaste la lengua? —me pregunta James, inclinándose en mi rostro.

Niego con la cabeza, parpadeando muy rápido. Le doy mi mejor sonrisa. No es difícil. Esta sopa es una de las mejores que he probado. Tomo otra cucharada, agarrando un desconchado cangrejo y un trozo de tostón.

—¿Ah? —dice Nunzio—. ¿Ah? ¡Dime que no es la mejor sopa de este lado de la ciudad!

Mientras tanto James me mira con una inquietante calma.

Desearía tener una habitación para mí sola, para hacer todos los sonidos de delicia que quiero. Quiero cerrar los ojos y saborear cada cucharada. La forma en que el tomate se pone más apetitoso mientras la crème se derrite en la sopa. La forma que el tostón está perfectamente crujiente con la perfecta cantidad de cocción.

James se inclina en mi oído, tomando el bol. —Hay más de dónde provino esa.

—Esa estuvo perfecta —le digo.

Un ayudante de camarero viene de la cocina y se lleva algunos de los platos vacíos. Le dice algo a James en español, y éste le responde. Reprobé francés y español en la escuela, así que no tengo ni idea de lo qué dicen, pero el ayudante me mira y luego se apresura a irse.

—¿Lo asusté? —pregunto.

Nunzio se ríe, moviéndose por la línea de platillos. —No, simplemente piensa que eres linda, eso es todo.

Los tres se ríen a mis expensas.

—Por favor, Lumière —le digo a Nunzio—. ¿Qué sigue?

— Ah, *mon cherie* — dice, y estoy contenta de que entendió la referencia a la Bella y la Bestia. Decido que me agrada Nunzio. Es encantador y amigable, y por la forma en que continúa señalándose, ama la atención. Es el polo opuesto de James, quien es un poco relajado, pero todavía tiene ese ceño perpetuo entre sus cejas.

— Espera — dice James —. Si él es Lumière, ¿entonces quién soy yo?

— La tetera — sugiero y todo el mundo se ríe excepto él.

Nunzio desliza un plato cuadrado de nuestra línea de banquetes. Una esculpida torre de pescado crudo está rodeada ingeniosamente por aguacates cortados. Pequeños cristales blancos de sal marina rosada hacen que el platillo luzca demasiado hermoso como para comérselo.

— ¿Por qué la mueca en tu cara? — pregunta Nunzio.

— No me gusta el pescado crudo.

James sonríe con suficiencia. — No es el momento de ser quisquillosa, princesa.

— No soy *quisquillosa*. — Tomo mi copa de Sauvignon Blanc y bebo un trago. El crocante vino herboso frío va muy bien con todo hasta ahora. Nunzio sabe lo que hace —. Honestamente, es la única cosa que no como.

James hace una mueca. Sus labios carnosos son tan besables que tengo que apartar la mirada. Mete su dedo pulgar en el cinturón de los vaqueros y mi mente se va hacia sus profundos abdominales propagándose más abajo.

— Pruébalo.

Frunzo el ceño. Darme una orden es la manera más rápida de hacer que no lo haga. Llámame terca. Llámame malcriada. Nadie me dice que hacer.

— Me *encanta* el sushi — dice Felicity, tomando una crujiente papa frita blanca que está decorativamente sujeta a un lado y se sirve una buena porción de salsa tártara.

Cierra los ojos y hace sonidos de delicia que hacen que los obreros al otro lado del restaurante se sonrojen.

— ¿Qué tipo de papa es esta? — pregunta —. Está deliciosa.

— Yucca — dice James, feliz y petulante ante su ingenio.

James extiende sus manos y Nunzio le da una pequeña reverencia.

— ¿Por qué fue eso? — pregunto.

Nunzio suspira, como si ha perdido una apuesta. — No creí que la yucca frita se complementaría con el pescado crudo.

— Y es por eso que es mi cocina. — James sonríe con suficiencia, pero no presume, lo cual es increíblemente atractivo.

7

Eso hace tres platillos excelentes, y hay incluso más. Sin embargo, algo me molesta. Tan apetitoso como está todo, no entiendo a dónde pertenecen. Cuando mi mamá decidió abrir The Star, me pregunto qué tipo de comida visualizó servir. La comida que hace en su programa está servida para quedarse para amas de casa que beben un galón de vino, mientras la nana vigila sus hijos en la habitación de al lado.

—¿Chica Lucky? —dice Nunzio—. ¡Vamos! Sé que James es un poco aburrido, pero espera, hay más.

No puedo evitar sonreír, sonreír de verdad. James rueda los ojos y cruza los brazos. Me encantaría enmarcarlo. Mis dedos ansían mi cámara. ¿Cómo hace que una chaqueta de Chef se vea como un uniforme que una chica simplemente quiere arrancar?

—Dámelo, cariño —le digo al Chef segundo.

—Esa es mi chica —dice.

Me sorprende que James lo deje manejar la demostración. La mayoría de los Chefs principales con los que me he cruzado se les ha subido los humos a la cabeza; es increíble que no se les haya calcinado el cerebro.

James desliza un gran plato rectangular con cordero a la parrilla. Puedo oler la sal marina en la carne. Además tiene un extraño tipo de mousse verde. Me inclino y lo huelo. —Menta y...

No puedo distinguir la otra hierba, así que sumerjo mi dedo. Lo dejo asentarse en mi lengua durante un par de segundos antes de tragar. —¿Perejil?

—Cilantro —me corrige James.

Tomo una costilla de cordero y muerdo la jugosa y suave carne. En general, no me gusta el cordero porque puede saber un poco a caza, pero este... este es la perfección. La carne está poco cocida, la cual la hace derretirse en mi lengua como mantequilla. Romero y tomillo, y tal vez estragón, hacen un baile de tango en mi boca.

—Oh por Dios —dice Felicity—. Ni siquiera puedo describirlo.

Coloco el hueso en el plato. —Al menos mi mamá no te contrató solo para tener un rostro bonito en la cocina.

Me arrepiento después de que lo digo. Culpo a la comida. ¡Comida, mala, mala!

James me mira con curiosidad. —¿Crees que tengo un rostro bonito?

James Hughes tiene el tipo de mirada que derrite mi corazón congelado. ¿Quién lo iba a decir? Todavía funciona. Justo entonces suena mi teléfono. El rostro de Bradley aparece en la pantalla. Todo el mundo lo observa sonar y sonar.



Él se aclara la garganta. — Adelante, jefa. Nosotros esperaremos.

Me siento como si estoy contestando el teléfono en medio de una película. Presiono declinar. — Simplemente lo llamaré más tarde.

Nunzio toma un largo trago de su vino, disfrutando del incómodo silencio. — ¿Quieres más costillas de cordero, Lucky? Iré a buscar un poco.

— Quiero que pruebe... — comienza James, pero Bradley llama de nuevo. James refunfuña y presiona el botón verde —. El teléfono de Lucky Pierce.

Me lanzo sobre la mesa golpeando mi copa. Nunzio se extiende en busca de ella y la salva antes de que haya alguna copa rota.

— Dame eso — siseo —. ¿Bradley? ¿Qué? Estoy trabajando.

— Ah, vamos, Luck — dice —. Te echo de menos cuando estás trabajando.

— Hago limonada — le recuerdo.

Felicity toma más sopa. James mantiene sus ojos fijos en los míos, con los brazos cruzados, una gruesa vena palpitando en su cuello. Estoy segura que odia ser interrumpido, pero no fui yo la que contestó el teléfono, fue él. Nunzio bebe el vino que salvó. Creo que se divierte con todo esto.

— Salgamos esta noche. Hay un tres por uno en Roasting Pig.

— No puedo, estoy trabajando. Sin embargo, podemos salir mañana.

— Está bien, entonces. Regresa a ser responsable.

Sonrío. Quiere que me quede y trabaje para mi madre, pero cuando no lo estoy prestando atención, se vuelve un gran bebé mimado. — Nos vemos.

— ¿Quién era ese que contestó? — pregunta Bradley.

Miro a James, que no ha dejado de mirarme. — Oh, ese era mi secretario.

Antes de que Bradley pueda hacerme más preguntas, cuelgo y lo pongo en silencio.

— Lo siento por eso — le digo a los platillos. No puedo encontrar los ojos de James.

— Oh, está bien — dice Nunzio —. Continuemos comiendo.

— En realidad, no diría que no a más de estos chicos malos. — Me bajo del taburete. Necesito poner un poco de distancia entre James y yo. Me dirijo hacia la cocina.

James y Nunzio intercambian miradas que fallan en ser secretas.

— Vamos, ¿se comieron todo?

— ¿Por qué no pruebas el mousse? — dice James, bloqueando mi camino hacia la cocina —. Quiero que pruebes las hierbas.

Felicity se sienta otra vez y muerde el jugoso muslo de cordero.

—Porque no es comida, es *espuma*. Si quisiera comer espuma, tomaría un baño de espuma y mantendría mi boca abierta.

Los ojos verdes de James se vuelven tormentosos, tal como en la cafetería la primera vez que nos vimos. Abre la boca, pero la respuesta está atascada en su garganta. Líneas de frustración se dibujan en su frente, y por un momento me siento como una mierda por ser la que las puso allí.

Un fuerte estallido dirige mi atención hacia el área de la cocina. James y Nunzio intercambian esa mirada no tan secreta nuevamente.

—¿Qué ocurre?

—No es nada —dice Nunzio. O debería decir *miente*—. Simplemente una pequeña dificultad en el trabajo. No preocupes a esa linda cabecita.

James suspira audiblemente. —No debiste decirle eso a ella.

Me muerdo el labio, porque tiene razón. Esa es una manera segura de hacerme molestar. —Primero que todo, es mi trabajo preocuparme. Segundo, ¿qué demonios pasa? Tercero... ¿por qué espero que Do mi sol y Sol mi do me respondan?

Me meto por debajo del brazo de James y me dirijo hacia la cocina.

—¡Lucky, espera!

—¡Espera un minuto!

Empujo las puertas de la cocina. Primero, estoy sonrojada por el delicioso olor de la comida que acabo de comer. Luego...

Oh por Dios...

El siguiente paso que doy tiene a mi tobillo sumergido en agua. Dos de los trabajadores de Carlos se congelan mientras barren el agua hacia la puerta trasera, y otro lucha con un tubo roto del que todavía brota agua a chorro.

James está de pie detrás de mí, sosteniéndome. No me di cuenta que me estaba resbalando.

—Lo estamos arreglando —me dice, frotando mis manos junto con mis brazos como para mantenerme calmada—. No quería que te preocupes.

—¿Por qué no? —Lo miro y la mirada penetrante me da esa sensación de mareo una vez más.

Pero antes de que pueda decir algo, el chillido de Felicity nos interrumpe—. ¿Debería llamar a Stella?

—¡No! —gritamos James y yo al mismo tiempo.

Llamar a Stella ni siquiera es una opción. Me deja con el restaurante por un día y ya está inundado. Presiono los dedos en mis sienes. Esta es una prueba, ¿verdad? o un castigo...

—Uno de los tubos se rompió. Está oxidado. Nunca lo cambiaron desde los antiguos dueños. No ayuda que el desagüe del suelo está tapado con la mierda del puerto —explica James—. No había nada que hacer excepto dejar que se detenga. Está drenándose, pero lentamente.

Respiro. Cierro los ojos y lo asimilo todo. Por supuesto, ya que el restaurante está en mis manos, todo lo que puede salir mal saldrá mal.

—¿Lucky? —James dice mi nombre cuidadosamente, como si estuviera hecha de cristal y podría quebrarme.

Pero no lo estoy. No sé de lo que estoy hecha, pero no es de cristal. No sé qué más puedo hacer, excepto sacar el agua de la cocina.

Agarro un trapeador y comienzo a sacar el agua por la puerta. Cuando James, Nunzio y Felicity simplemente se quedan de pie en la puerta, espeto —: ¿Se van a quedar allí parados, o me van a ayudar?



*Traducido por NicoleM*

*Corregido por Mary Warner*

Toma una hora deshacerse de toda el agua y limpiar la cocina.

—¿Todavía tenemos efectivo aquí? —susurro a Felicity.

Las dos estamos empapadas desde los dedos de los pies hasta nuestras pantorrillas. La peor cosa que tuvimos encima fueron algunas algas. Si esto fuera Nueva York, la contaminación del Hudson habría derretido mis pantalones vaqueros.

Felicity asiente.

—¿Puedes darles un bono? Esto no es parte de su trabajo.

Se escapa hacia la oficina, dejando la húmeda huella de sus zapatos todo el camino. Nunzio está fuera en la parte de atrás fumando.

Lo que deja a James y a mí en la cocina solos. ¿Por qué no se da cuenta que hace que todos los músculos en mi cuerpo se tensen?

Deja caer el trapeador dentro del cubo de plástico amarillo. —Estoy impresionado con la manera en que manejaste esto.

Le muestro mi inexpresivo rostro. —Pues ¿por qué?

Se inclina hacia atrás, sobre la línea despreocupadamente. —Basta, no tiene nada que ver con que seas una chica. Es solo que todo ha estado yendo mal últimamente. Stella lo maneja transformándose en este monstruo gritón. No le digas que dije eso. Eres exactamente lo contrario.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Me dirijo hasta el lavadero de agua sucia y lavo mis manos.

—¿No te alegras de haber venido a casa para esto? —Todavía puedo sentir sus ojos sobre mí.

Tomo un trapo relativamente limpio y seco mis manos. —Esta no es mi casa.

James hace una mueca. —Si tú lo dices.

—¿Cómo lograron hacer toda esa comida mientras se inundaban? Eso tiene que ser un peligro para la salud.

Muestra rápidamente esa sonrisa radiante. Se rasca la nuca y me pregunto si le haría cosquillas a mis labios besarle allí.

—El agua no comenzó a llegar hasta que estábamos preparando los platos.

—No es de extrañar que estén usando sandalias. Qué, ¿van a broncearse a alguna fría playa de Nueva Inglaterra en la mañana?

—Sí, voy a conseguir un bonito bronceado con todo el cielo nublado. —Da un suave empujón a mi hombro—. No, vamos al gimnasio antes del trabajo. Tienes que usar chancas en esas duchas. Dios sabe qué clase de mierda crece sobre esos azulejos.

—Guau, mi apetito acaba de regresar. —Froto mi estómago, y observo la cocina por más comida. Abro la tapa de un plato cubierto y encuentro más brochetas de cordero—. ¿Por qué pones esa cara?

—Lucky —dice.

—¿James? —Mis entrañas se anudan todas en comprensión de su suspiro.

—Sobre anoche...

Quiero poner mis dedos en mis oídos y hacer *la-la-la-la*. —Para. No sé lo que vas a decir, pero...

—Déjame hablar. —Me toma de la mano por mi muñeca suavemente, deslizándola por mi brazo a largo de la carne de gallina sobre mi piel—. Me excedí. Pasamos de tregua a borrachos en mi casa.

—Porque bebes como una chica.

No sé cuando llegó tan cerca de mí, pero baja hasta mi oído y gime. Es bastante caliente en realidad. —Tuve una botella de vino con el estómago vacío.

Me encojo de hombros. —También yo.

—Bien —dice, apartándose. La ausencia deja una capa de frío donde su cuerpo acababa de estar—. Bebo vino como una chica. ¿Eso te hace feliz?

Asiento rápidamente.

—Lo que intento decir es que lo siento si me solté demasiado anoche. Desperté y estaba desnudo, y te habías ido. Tenía miedo de haberte asustado. No puedo recordar qué fue real o solo mi sueño...

Lanzo el hueso limpio al bote de la basura. —No estaba asustada.

MENTIRAS, MENTIRAS, MENTIRAS. No le tenía miedo a él. No. Me asusta este *sentimiento* en mi interior que no se va. Ni siquiera lo conozco, no de la manera que se supone que conozcas a alguien antes de que te haga sentir como si tu interior fuera a arder, como si mi corazón se está reiniciando de los fallos mecánicos anteriores.

— Espera; ¿soñaste conmigo?

Se inclina hacia atrás, rascándose la cabeza. — Ehh...

— Estuviste bien — dije, poniéndole fin a la incomodidad antes de que se salga de las manos. No puedo seguir por este camino —. Probablemente te quitaste la ropa dormido. Estabas vestido cuando me fui.

Arquea una ceja por un segundo. — Está bien.

— Estamos bien. Nuestra tregua sigue en pie. La verdad es, necesito tu ayuda para todo esto. No sé lo que pensé al decirle a Stella que podía hacer esto.

Es la primera vez que lo he admitido en voz alta.

Da un codazo suave a mi hombro de nuevo. — Te tengo.

Por un momento, regresó. Es el James que veo cuando nos encontramos solos. La tensión en sus hombros se afloja, así como su sonrisa.

La puerta trasera se abre, dejando entrar ese aire frío después de la lluvia. Nunzio se pasa una mano por su rapado. Tiene una camiseta blanca que se extiende por todo su pecho ancho y un tatuaje con el nombre de Lydia escrito bajo su clavícula. Sonríe cuando ve a James alejarse tres pasos de mí.

— ¿Qué han estado haciendo? — dice.

— No empieces — dice James.

— Solo hago una pregunta. — Nunzio mueve sus cejas sugestivamente.

— Me voy de aquí. — Comienzo a hacer mi escapada de la cocina.

— ¿No vas al partido? — pregunta Nunzio. Su chaqueta de cocinero fue quitada hace rato.

— ¿Partido? — pregunto.

James se desabrocha la parte delantera de su chaqueta de cocinero, y estoy un poco decepcionada de que esté usando una camiseta debajo. — La señora Mark Teixeira<sup>5</sup> por aquí no estaría interesada en ello.

— ¿Quién diablos es ese? — pregunto, solo para recibir gemidos de dolor de los chicos.

La verdad es que odio el béisbol. Es el deporte más lento en el planeta. Prefiero ver jugadores de fútbol reinas del drama por lesiones falsas o jugadores de hockey golpeándose unos a otros. La única razón por la que llevaba una gorra de béisbol es porque se la robe a mi compañera de cuarto como una venganza por

<sup>5</sup> Es un beisbolista estadounidense. Juega para los New York Yankees y su posición actual es primera base.



comerse toda mi comida. Además de que no había lavado mi pelo en días. La gorra de béisbol era mi versión de esos medievales conos que mujeres llevaban para atrapar el olor porque no podían lavarse el cabello todos los días. Al menos, eso fue mi aprendizaje de historias mundiales de la escuela secundaria.

—Tu mamá nos dejó entradas —dice Nunzio.

Qué curioso que mi mamá no *me* mencionó nada. Pero no estoy herida. Me acostumbré a que Stella se olvide de mí de vez en cuando. —Oh. Correcto.

Los chicos se ponen muy complicados, porque ellos saben que solo estoy tratando de guardar las apariencias.

Nunzio flexiona sus bíceps. —Tengo que largarme. Estoy haciendo la cena para unos diez y medio.

James se encoge de hombros.

—¿Unos diez y medio? —digo —, ¿quiero saber lo que es eso?

—Ella está más allá de la escala. Es una supermodelo, pero come como un cerdo. Es *impresionante*. —Nunzio comienza a retirarse de la cocina y lo seguimos—. Así que, Lucky, debes tomar mi boleto. Una vez que pasas la tercera cerveza, comienzas a pasar un buen momento.

—Eso es lo que dijo mi primer novio en la noche del baile de graduación —digo. Es una mentira, pero a los chicos les gusta la broma. Es como si fuera una de ellos. James no parece que lo apruebe tanto.

—Ehhh, eres graciosa. No te pareces en nada a tu mamá. —Nunzio agarra mi cara y besa cada mejilla. Golpea la mano de James de la forma que los chicos tienen de sentirse súper varoniles de un solo apretón de manos, luego le golpea el hombro—. Por favor, haz todo lo que yo haría.

—Ve a alimentar a tu modelo —dice James, empujándolo por el pasillo hacia las oficinas.

—Buena suerte —grito mientras toma su bolsa de lona y se dirige hacia la puerta.

—No necesito suerte. —Guiña un ojo. Por lo menos alguien aquí no lo hace.

*Traducido por Jeyly Carstairs & Dannygonzal*

*Corregido por Amélie.*

Fenway es más una iglesia para Boston que algunas de las iglesias reales de allí. Cuando Felicity se dio cuenta que no fui invitada al juego, puso su mejor expresión de ojos de búho y dijo — : Dios mío, ¡pensé que Stella te dijo!

A decir verdad, no debería estar herida. Es una buena suposición pensar que una madre y una hija intercambian más que bromas en público. Esto aseguraba que no nos conocían a Stella o a mí muy bien. Pero al final del día, me consiguieron mi boleto.

Los ayudantes de camareros y de cocineros, que parece solo llamar a los demás por sus apellidos — Alfredo, Chang, Sully, Martinez— dan tragos a sus cervezas en la fila delante de mí.

Felicity estira el cuello, una gorra roja ajustada cómodamente alrededor de sus tirabuzones. Poco a poco y de manera constante, el estadio se llena con lo mejor de Boston. Jóvenes universitarios buscando conseguir cerveza con sus documentos de identificación falsos de mala calidad, familias numerosas que comienzan a entrenar a sus hijos en el arte de gritar en un campo de béisbol. Solo he estado en un partido de los Mets, así que no sé lo que se supone que es tener un buen asiento en un partido de béisbol. El chico con el que fui era tan fanático que cuando no hablábamos de béisbol o teníamos sexo, no tenía nada que ofrecer. No fue un momento de fervor, pero tampoco lo peor que he tenido. Por así decirlo

— Esto es muy emocionante — dice Felicity

Estoy en un sándwich entre Felicity y James. Él se ríe — ¿Es tu primer partido?

— ¡Sí! Supongo que la liga de béisbol de mi hermano no cuenta.

— Cuenta — le digo —. Es lo mismo, excepto que aquí puedes tomar cerveza y los chicos son más lindos.

— No me digas que eres de esas chicas — dice James.

— ¿Qué chicas?

— Las que solo ven deportes por los chicos lindos.

Me recuesto en mi asiento. ¿Cómo es diez grados más frío dentro del estadio que afuera? — Puedo ser cualquier tipo de chica que desee.

—Sí, puedes. —Se quita la chaqueta y me la entrega sin explicar por qué. La tomo, murmurando un gracias silencioso.

Estoy nadando en el suave cuero y tengo que obligarme a detenerme de llevar las mangas a mi nariz e inhalar.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. El nombre de Bradley aparece en mis mensajes de texto.

Bradley: *¿Qué harás después del trabajo?*

Yo: **No te rías. Estoy en el partido de los Sox contra los Braves.**

Bradley: *¿Qué diablos? ¿Cómo es que eso es trabajar? Estoy en el palco de la empresa de mi padre. Sube.*

Puedo sentir los ojos de James mientras escribo.

Yo: **No puedo. Estoy con el personal del restaurante.**

Bradley: *Aaaaaaaaburrida. ¿En qué asiento?*

—¿Cuál es el problema con ese tipo? —pregunta James—. ¿Es tu *juguete* en Boston?

Le envié un mensaje con nuestra ubicación instantáneamente dándole una mirada de odio a James. —¿Mi juguete en Boston?

Sonríe y aplaude a algo que está ocurriendo en el campo —Solo digo. Lo veo mucho por aquí. Más ahora que regresaste.

—Es mi mejor amigo.

James ladea una ceja diciendo: *Sí, claro.*

—¿Chicos y chicas no pueden ser amigos?

—No cuando las chicas se ven como tú.

Vuelvo a sentarme en mi asiento. No sé cómo tomar eso. Antes de que pueda pensarlo demasiado, un puñado de palomitas de maíz cae en nuestra sección. Detrás de nosotros hay un gran grupo de chicos de fraternidad muy borrachos. Por supuesto, no sé si son chicos de fraternidad, pero lo parecen, y tengo una enorme aversión a ellos porque cada vez que he ido a una fiesta en una casa, me siento como si estuviera siendo acorralada en la siguiente habitación disponible para ser follada por una lamentable polla borracha e impotente.

—Lucky, deja a tus amigos en casa —dice James, mirando hacia atrás a la multitud de la fraternidad.

—Ja, ja, muy gracioso.



—Vamos —sopla en sus manos—, son tu gente.

—¿Por qué crees que me conoces tan bien? —Odio que diga cosas como esas. Odio ese segundo en el que parece que me entiende tan bien, y al siguiente pierde totalmente la señal. Los chicos son estúpidos.

Miro mi cerveza vacía. Felicity tiene un bigote de cerveza completo mientras escucha a Martinez explicándole porque la pared izquierda del campo se llama el monstruo verde.

—Necesito otra cerveza. —Me levanto y voy por el pasillo—. ¿Chicos, quieren algo más?

Los chicos piden cerveza, pretzels, pizza y más cerveza.

James sonríe y estira la cabeza hacia atrás. Cuando sonríe, sus ojos verdes se arrugan en las esquinas. —¿Quieres un poco de ayuda, Lucy?

Aprieto los labios para evitar sonreír. No es que me guste cuando me llama así. No me gusta. Pero tal vez comienzo a encariñarme con el apodo. —Lo tengo controlado.

Paso rápidamente por la nueva afluencia de personas vistiendo de rojo y blanco. Sigue lloviznando, pero no impide que la gente se ponga un poncho de los Red Sox y se mojen un poco. Estacionamos a unas pocas cuerdas al sur y caminamos el resto de camino. Incluso si no conoces el recorrido alrededor de la zona, todo lo que tienes que hacer es seguir a la multitud. Es como las hormigas regresando a su colonia.

El aire en el estadio es tan fuerte con la cerveza fría es espumosa y los calientes pretzels, salados. Hay tantos puestos, casi todos sirviendo la misma comida, que el tiempo de espera es menor que en el estadio de los Yankee. Ordeno seis pretzels, nachos con queso, un trozo de pastel, y cuatro cervezas. Cuando me doy cuenta de que no puedo llevar todo eso, quiero golpearme. Querida Lucky, ¿por qué eres tan terca?

—Ahora, ¿quieres algo de ayuda?

Puedo sentir a James de pie directamente detrás de mí.

—Solo si dices mi nombre verdadero. —Los pretzels están embutidos entre las cervezas y el queso de los nachos empieza a gotear en mi muñeca.

—Lucky —dice —, Lucky.

Me gustaría pensar que esto, James Hughes diciendo mi nombre, no tiene ningún efecto en mí. Me enorgullezco de ser el tipo de chica que no es fácilmente influenciable por una cara bonita. No son solo sus ojos verde mar que se ven más claros bajo las brillantes luces blancas del estadio, o mi nombre en sus labios; es que me siguió aquí para ayudarme.

Lo dejo tomar los nachos y la bandeja de los pretzels.

—Tienes un poco de algo —dice.

De inmediato toco mi cara, pero él toma mi mano y la gira, exponiendo el interior de mi muñeca donde una gota de queso caliente se derramo de la bandeja.

—No puedes llevarme a ningún lugar —digo, sin apartar la mirada del suelo.

No discrepa. Lleva mi muñeca a su boca. Su lengua es caliente contra mi piel fría. El calor toma el control de mis mejillas, mi pecho, y se extiende hacia abajo, abajo, abajo.

—No tiene ningún sentido desperdiciar un buen queso —dice.

—Eres asqueroso. —Lucho contra la ráfaga de adrenalina en mis venas.

—Eres deliciosa. —Se aclara la garganta—. Me refiero al queso.

Nunca me he sentido tan atraída por alguien en mi vida.

Luego me recuerdo que es el proyecto favorito de mi madre. Que me iré tan pronto como el restaurante esté abierto. Recuerdo que todos los chicos son iguales, y que incluso si, James Hughes decide que soy tan bonita como las otras chicas que hacen fila para estar en su cama, al final del día, ¿con que voy a quedarme?

—¿No compraste nada para ti? —pregunta—. No es que te fuera a gustar algo de esta mierda luego de la degustación de cinco estrellas que acabas de tener.

—En realidad —digo, deteniéndome en la larga fila—, estaba a punto de comprar un perro caliente.

Sonríe, ese dulce hoyuelo perforando su mejilla. —Vamos, entonces.

Uno de mis olores favoritos en el mundo es el de la carne a la parrilla. Llena mi cabeza con gratos recuerdo de cuando mi papá encendía la parrilla y preparaba la cena. De mi mamá gritándole que la haría engordar, pero siempre terminaba sus hamburguesas en tiempo récord.

—Te desconectas mucho, sabes.

James toma el espacio vacío delante de nosotros mientras la fila se hace más corta.

—No pienso en eso como desconectarme. Sino como un recuerdo sensorial.

Silba. —Está bien, Harvard, explícalo con sencillez para mí.

—Nunca fui a Harvard.

Se ve sorprendido. —Mierda, ¿hay una universidad que *no* abandonaste?

—Así que fuiste chef porque fracasaste en la universidad de payasos, ¿no?

Finge una lesión en el pecho, lo cual provoca que el brillante queso amarillo de los nachos caiga al suelo.

—Hombre caído —le digo—. Sera mejor que lamas el suelo. No tiene sentido desperdiciar el buen queso.

Vuelve su rostro hacia un lado, pero puedo ver que se ruboriza. Me gusta este lado de James. La parte de él que no obstaculiza la fila en la cafetería para conseguir un número, la parte que no es territorial con su cocina. ¿Por qué no puede este James estar aquí todo el tiempo?

El chico del puesto de salchichas asiente hacia mí. —¿Qué va a pedir?

—Quiero una salchicha larga italiana con pimientos —digo.

—Maldita seas, chica —susurra James detrás de mí.

El chico de las salchichas usa sus pinzas para voltear las tiras de carne. Marcas carbonizadas negras recorren toda la carne roja regordeta. —¿Para usted?

—Voy a pedir lo mismo.

Me giro hacia él y sonrío. —Copión.

—Resulta que me encantan los perros de Fenway.

—¡Oye! —dice el chico de las salchichas, enderezándose—. ¿No eres el tipo de ese programa de cocina en vivo?

Miro el rostro de James pasar de relajado-sexy-cómodo a simplemente sorprendido. Mientras que no tiene exactamente una habilidad con las palabras, él no es lo que llamaría tímido. Supongo que fue atrapado con la guardia baja y le sorprende ser reconocido en la fila de los perros calientes. —Mmmm sí, ese soy yo.

—Pensé que te reconocía, hombre. Soy Tom, encantado de conocerte. Esto es jodidamente increíble, hermano. Diez mil dólares. —Coloca una bandeja con dos bollos calientes y lanza nuestras salchichas justo encima—. Lo trajiste a casa. Mi novia siempre dice “solamente ganan las personas de Nueva York”. Maldición, ¿crees que tengo una oportunidad? Me compraría mi propio carro de comida y solo, *bum*, viajaría por todo el país. ¿Qué has hecho con tu dinero?

El shock de James en su medidor de expresión sube cada vez más. Sus perfectos labios gruesos se separan y sus brillantes ojos verdes están anchos, como si necesitara ordenar sus ideas antes de que pueda formar una frase coherente.

Ya que parece muy incómodo por haber detenido la fila, lo que supongo es un hábito suyo, decido tomar el asunto en mis propias manos.

—James es el Chef ejecutivo en un nuevo restaurante que abrirá en el muelle.

—¿En serio? —Tom ajusta su gorra de béisbol.



Un flash aparece de la nada. Vítores explotan desde el interior del estado. Alguien detrás de nosotros grita —: Oye, apúrate, ¿quieres?

—Se llama The Star —le digo a Tom, dándole algo de dinero—. Abrimos el veintiocho.

Ahora que tengo la cerveza, los pretzels y dos salchichas gigantes apiladas una encima de la otra, me detengo en el puesto de los condimentos.

—Eso fue malvadamente raro —dice, tomando una de las cervezas y bebiendo la mitad en un largo trago.

Trato de no reír, pero es difícil.

Lame la espuma blanca y esponjosa de su labio superior y eso hace algo delicioso en mi interior. —¿Qué es tan gracioso?

—Aquí estoy, pensando que soy la única antisocial, y tú literalmente te quedaste congelado allí mientras ese chico te adulaba.

Frunce el ceño, la arruga en la mitad de la frente se hace cada vez más pronunciada. —Nunca dije que fuera social o antisocial.

—Te sorprendieron, amigo mío.

Aprieta los labios y sigue dándole tragos a su cerveza. Echo una ración saludable de mostaza y salsa de tomate en las salchichas.

—Y, ¿cómo se siente ser famoso? —Empujo su estómago. Si alguien me hiciera eso, sería como estar empujando una almohada. Mi vientre blando subiría de nuevo. Pero cuando lo hago en James, todo lo que me encuentro es musculo duro, duro.

James sonrío con esa sonrisa perfectamente deslumbrante que crea en mi cabeza todo tipo de confusión. —En realidad, me encanta ser *ese chico del programa de cocina en vivo*. Me da una sensación de logro.

—Podrías ser: “¿No eres tú ese chico de los carteles de “se busca”?” O “¿No eres tú ese chico de los comerciales de ETS?” Solo trato de comportarme como una amiga.

Diciendo las palabras antes de que pueda tener una oportunidad para sopesar su significado, me encuentro tomando una de las cervezas y bebiendo de la misma forma que lo hizo James. Es como: “¡Oye! ¿Metiste el pie en tu boca? ¡Tienes una cerveza!”

—¿Quieres que seamos amigos?

Miro sus duros ojos verdes por encima de mi vaso. Descubro que entre más grande es el vaso, es mejor para ocultar el rubor de la vergüenza que viene con decir lo que pienso. Me encojo de hombros, bajando la cerveza así puede oírme. —

Seguro, si estás de acuerdo. Aunque dijiste antes que no puedes ser amigo de alguien que con mi aspecto.

— Eso no es lo que dije. — Se rasca la parte trasera de la cabeza. Conozco una mirada indecisa cuando la veo. Soy la reina de la indecisión en la tierra —. Tienes... — Se inclina y con cada centímetro que se acerca a mi rostro, mi corazón martillea en mi pecho. Lamo el frío de mis labios. Entonces su pulgar, su hermoso y calloso pulgar, roza mi labio superior —, un bigote de cerveza.

Quiero sumergir mi cara en todas las cervezas solo para que él lo haga de nuevo. — James...

Se da la vuelta, sosteniendo contra su pecho nuestro festín para béisbol, y me mira. Las personas vistiendo de rojo y blanco pasan zumbando junto a él, completamente inconscientes de la hermosa estatua que se cruzan. Pero yo soy consciente. Lo veo. James Hughes. Tengo su atención. Sus ojos color verde mar esperando que diga algo, pero mis labios aún arden por su toque. No importa lo que diga, es imposible que un hombre como este quiera tener algo que ver con una chica como yo. Suspiro, y me lamo mis labios en cambio. Nos estamos perdiendo el juego, una ovación es seguida por un gemido de falsa esperanza, pero él no está apresurándose. Solo espera a que hable.

— ¿Lucky? — dice James.

Entonces: — ¡Lucky! — grita Bradley, trotando por una rampa en sus pantalones caqui y su camisa blanca. El grueso reloj de oro en su muñeca es cegador, capturando la luz del estadio en la pieza más llamativa de joyería que he visto en alguien que no es rapero o Elton John.

— ¿A quién tuviste que matar por esa cosa? — Señalo a su muñeca.

Pretende revisar la hora y sonrío. — Un regalo de cumpleaños anticipado.

Su cumpleaños no es hasta noviembre, pero lo dejo pasar. La familia de Bradley es de un gran linaje de médicos de Massachusetts; todos son médico de algo. Su padre es gineco-obstetra, su madre, cardióloga, su hermano, pediatra. Creo que se puede rastrear uno de sus antepasados como médico en la Guerra Civil. Al menos, esas es la historia que a su padre le gusta contar. Bradley siempre pasaba las vacaciones en mi casa ya que nadie de su familia se queda en su casa.

James está detrás de Bradley. Puedo ver sus ojos justo detrás de la parte superior de la cabeza rubia de Bradley. — Voy a llevarle esto a los chicos.

Bradley se da la vuelta, apenas notando lo enormidad que es James Hughes. Hacen eso que los chicos realizan cuando de alguna manera se miden entre sí, poniéndose un poco más erguidos y haciendo contacto visual.

— Hola — dice Bradley, levantando la barbilla en señal de saludo.

— Hola — dice James.

Cierro la distancia a ellos en dos pasos, derramando cerveza en el proceso. Me sorprendería si regreso a nuestros asientos con algo de cerveza.

—James, Bradley. Bradley, James.

Bradley toma un nacho de la bandeja que James está sosteniendo. Este gotea queso viscoso todo el camino hasta su boca abierta. Veo la cara de James inundarse con la siguiente emoción: sorpresa. Sus ojos verde mar se ensanchan. Qué-jodida-mierda. Sus labios se dividen para decir eso. Entonces ira. Sus ojos verde mar consiguen proyectar su ira.

—¿Qué haces, Brad? —digo, dando un enorme paso entre ellos. James resopla detrás de mí, como un gran toro que acaba de ver rojo.

—Vine a buscarte. No hace frío en el palco y hay mucha mejor comida. Puedes traer a tu amigo cocinero. —Le da a James una sonrisa que limita lo amigable—. Oh a ustedes no les gusta que los llamen cocineros, ¿cierto? Lo siento, *chef*.

—Bradley Thorton... —digo con advertencia en mi voz—. Gracias, pero estamos con la gente del trabajo.

Pone los brazos en la cintura, inflando su pecho. —Espero que valga la pena que me abandones.

Gimo. —Cállate. ¿Por qué no vienes a la *pocilga* con nosotros? Hay un montón de asientos vacíos. ¿Está Sky contigo?

Bradley se desinfla. —No, tuvimos una pelea.

—El otro día tenían la lengua en la garganta del otro ¿Qué demonios pasó?

Una aclamación estalla en el estadio, seguido por una canción de hip-hop de la que no me sé la letra.

—Algunas cosas —dice.

—Muy específico. —Ajusto la bandeja de cerveza en mi mano—. Tengo que llevar estas cosas. James, vamos...

Pero cuando me giro hacia él, ya se ha ido. Hay una oleada de personas caminando de la puerta a los puestos de venta y al baño para redondear las estaciones, porque Dios no lo quiera, no puedes tomarte una selfie en el Fenway.

—Oh, mira. Tu cocinero se fue.

—No seas idiota. —Camino delante de él.

Bradley me pasa a zancadas para seguir a mi ritmo. —Oh vamos, no me digas que te gusta. Jesús, ¿estás usando maquillaje? Dijiste que para ti era un completo idiota. Solo estoy siendo solidario con mi mejor amiga.



—*Argh.* —Encuentro nuestra puerta y subo los escalones. El ruido de la multitud de chicos de universidad parece haberse multiplicado como conejos. Escucho a alguien decir: *Quítate la maldita gorra, Yankee, y ¡Kimbrel, chupa pollas!*

—Tenemos una tregua. Tengo que ser agradable mientras arreglamos el restaurante y lo hacemos funcionar. Es suficientemente malo que mi mamá se fuera sin más a Nueva York. Dijo que era un negocio, pero creo que está alineando al marido número cinco.

Cuando llegamos a nuestra fila, James no está ahí. Se movió una fila abajo en donde se encuentran el resto de los chicos de la cocina. Él también me mira y no puedo leer su rostro. No sonrío pero tampoco se ve molesto. Solo observa a Bradley un momento y luego regresa al juego. Los chicos se vuelcan sobre mí y reclaman sus cervezas y pretzels.

—¡Felicity! —Bradley planta un beso en su mejilla. Y toma el antiguo sitio de James—. El último mes esta chica me salvó completamente. Iba tarde a clase y mi auto estaba en el taller.

—Ni lo menciones.

Siento algo húmedo esparcirse sobre mi espalda. Cuando giro, uno de los universitarios está lanzando su cerveza al aire. Se sienta en su silla cuando un guardia de seguridad en una chaqueta amarillo canario le da una mirada de advertencia. Cuando el guardia se da la vuelta, el chico de fraternidad número uno me apunta con un dedo borracho. Y mi mamá se preguntaba por qué no salía con algún chico agradable en la universidad.

Mientras Bradley le cuenta a Felicity sobre sus planes para el verano, me recuesto y observo al estadio volverse loco. No sé nada de béisbol. Solo sé animar cuando comienzan a correr alrededor del diamante y ni siquiera en ese momento el contacto físico mantiene mi atención.

A diferencia de James. Él tiene mi atención. Miro fijamente la parte de atrás de su cabeza, las suaves ondas de su grueso cabello oscuro. La tinta negra que se asoma del cuello de su camisa. Usualmente encuentro los tatuajes aburridos, pero el no poder verlo, me hace querer saber mucho más de lo que se trata. Escondo mi cara en la cerveza. Las palomitas de maíz llueven sobre mí pero no me volteo. Sostengo en alto el dedo del medio. *Odio* jodidamente a los chicos de fraternidad.

James gira y levanta su mirada hacia mi dedo y luego a mi cara. Sonríe. —No puedo llevarte a ningún lado.

Me ofrece la bandeja de los nachos casi mermados. La tortilla está pastosa, pero necesito hacer algo para detenerme de dejar que la calidez de sus ojos se propague dentro de mí.

—¿Qué demonios? —Bradley se pone de pie, extendiendo los brazos. Su camiseta está salpicada de cerveza. Agarra algo de su bolsillo, su iPhone nuevo y

resplandeciente vibra y destella en su mano. Su cara enojada pasa a una sonrisa en una fracción de segundo. Nos da a Felicity y a mí un rápido adiós con su mano y baja de nuevo los escalones con su teléfono presionado contra su oreja.

Pero el baño de cerveza no se detiene y no sé si estoy más mojada por la llovizna o por la cerveza. El chico de fraternidad número dos se ríe y grita—: Tu novio se fue porque es un *maricón*.

Felicity estira su cuello por seguridad, pero hay otro problema al otro lado de nuestra fila. ¿Es luna llena o algo?

—¿Quieres irte? —me pregunta ella.

No me interesa el juego, pero no voy a dejar que unos chicos idiotas me ahuyenten. —No.

Siento una mano tratando de agarrar mi gorra. La quito de un golpe y lo enfrento. El chico de fraternidad número uno y su nariz protuberante. Tiene el acné de los trece años y las arrugas de los treinta.

—No me toques, maldita sea. —Clavo un dedo en su cara.

James se pone de pie como un rayo detrás de mí. Su hermoso rostro es arruinado con una frente enojada. En un rápido movimiento da un paso sobre su asiento y entra en mi fila, luego al que está detrás de mí. Su puño agarra al chico derramando la cerveza. Él deja caer su vaso y de todos modos me salpica.

—Discúlpate —gruñe James. No es mucho más alto que el chico ebrio de fraternidad, pero gana en el departamento de músculos. Sus hombros se ven tensos, aferrándose a la camiseta del chico.

—Vete a la mierda, chico lindo. —Le da un empujón a James en el pecho.

El cambio en James es tan repentino que me toma un minuto procesar lo que sucede. Respira fuerte y rápido, como si tuviera que considerar lo que sería peor: alejarse o continuar la pelea.

—Sí —dice mordazmente el chico de fraternidad número uno—, es lo que *pensé*.

Sus chicos se alborotan y lo animan. James atrapa mi mirada, y quiero decirle que está bien. Que no vale la pena. Pero rompe la conexión. Es como que está tratando de detener lo que va a hacer, pero su parte más oscura no lo deja. En un rápido golpe, tira al chico sobre su asiento.

—¡James!

Los chicos de fraternidad número dos y tres se vuelcan sobre James, da un tras pie y se tropieza con un reposabrazos. La gente se pone de pie y estira sus cuellos en nuestra dirección. Dos chaquetas amarillas se abren paso para acabar la pelea. Detrás de mí, Felicity luce asustada. El resto de los chicos de la cocina se

atropellan sobre sus asientos para correr al lado de James, pero con las personas levantándose y saliendo de sus sillas, su paso queda bloqueado. Todo lo que tengo en las manos es un vaso de cerveza vacío. El chico de fraternidad número uno está retrocediendo lentamente, y su nariz chorrea sangre mientras los otros dos golpean con sus puños los lados y los muslos de James. Felicity grita y las personas toman fotos.

Hago lo único que se me ocurre y pateo al más cercano. Lo pateo por la espalda tan fuerte como puedo. Él grita y se voltea para enfrentarme. Pero cuando ve que soy una chica, duda. La vacilación es momentánea. Puedo ver en sus ojos que no le importa. Así que tomo las llaves de mi bolsillo y las aprieto entre mis dedos. Lo golpeo en el estómago.

Oigo un gran “¡Ohhhh!” viniendo de la multitud y cuando me volteo, veo nuestras caras ampliadas en la pantalla gigante. James, su rostro cubierto de sangre, golpea a su oponente en los escalones de cemento. El sonido de su puño en la cara de los chicos hace que me encoja.

—¡James!

Su puño se detiene en el aire. Todo su cuerpo tiembla y sangra. Me mira, y a las personas observándonos. Los Braves anotan un jonrón y todo el estadio se sacude con un quejido.

—¡James! —Presiono la mano en su espalda y lo siento relajarse.

—Lo siento —me dice, no al chico—. No sé...

Pero no tiene tiempo de terminar. Una manada de policías se abre paso hacia nosotros. Agarran a los cuatro chicos ensangrentados y se los llevan.

—Tú. —Un guardia de seguridad me apunta con un dedo pálido y exigente. Mi cuerpo entra en pánico. Esto no era lo que se suponía que pasara hoy. Creíamos que íbamos a ver un agradable, familiar y amistoso juego de béisbol. Él se agacha frente a mí y recoge mis llaves. Por un momento creo que va a llevárselas. Sus ojos azules me miran fijamente—. ¿Sabes por qué fue la pelea?

Miro las llaves colgando de su dedo índice. —Ellos me estaban tirando cerveza. James solo trataba de defenderme.

El policía asiente. No tengo mucha experiencia con los policías. La única vez que puedo recordar tratando con ellos es el día del accidente. Cuando me sacaron de los restos del auto, yo gritaba y gritaba. Mi mamá no se encontraba con nosotros. Mi papá fue cargado hacia la ambulancia. No puedo recordar la cara del oficial. Solo que sostenía mis brazos a los lados en un abrazo forzado. Puso la mano sobre mi cabeza y me dejó llorar hasta que no me quedaron lágrimas.

Tomo mis llaves de nuevo y las meto en el bolsillo.

—Ven conmigo —dice.



ZORAIDA

# ON THE LINE

CÓRDOVA

Felicity y los chicos me siguen los talones. Día uno de mi trabajo, y puedo eliminar tres cosas: tela, inundación y una pelea en el Fenway.

LUCK

9  
6

*Traducido por Nats*

*Corregido por Clara Markov*

Me muerdo las uñas hasta terminarlas mientras James habla con uno de los guardias de seguridad. Le da la mano a un miembro del equipo de emergencias. James asiente, pero me mira. Intento darle mi sonrisa más tranquilizadora, pero la verdad es que no sé en qué tipo de problemas nos encontramos.

Les digo a los chicos que regresen y disfruten del juego, pero en su lugar prefieren quedarse a esperar a su chef.

—Estoy segura de que estará bien —dice Felicity.

Asiento, pero no puedo quitarle los ojos de encima a James y él tampoco aparta la mirada.

Solo uno de los chicos de fraternidad es arrestado por consumir alcohol y empujar a un Chico Sopa por las escaleras en el calor del momento. Los otros dos son escoltados fuera del estadio en lo que las multitudes de la sexta entrada observan desde las líneas de concesión.

—Es bueno que la nariz de James sangrara tanto —dice Felicity—, o sería peor para él.

El chico de fraternidad número uno camina junto a mí y me da una mirada desagradable. Con la luz amarilla de los pasillos del estadio, sus rasgos son demacrados, y un moretón florece en el lado derecho de su cara en la cual James le pegó una y otra vez. Tiene puntos de sutura por toda la mejilla derecha. La sangre le forma una costra sobre el labio superior.

Cuando se va, dirijo mi atención de nuevo a James. Sacude la mano vendada con el guardia de seguridad. Él es viejo, pero aun así formidable. Menea un dedo y le grita algo a James que no puedo escuchar. ¿Tal vez una advertencia? Mi mente se tambalea cuando los observo abrazarse como amigos, excepto que no muestran ninguna sonrisa aparente en sus severos rostros. Aquí algo no encaja.

James se queda quieto por un instante. Mira hacia el suelo, como si respirara y contara. También cuento. Uno, dos, tres... Alza la vista y duda antes de regresar con nosotros. Conmigo.

Cuanto más se acerca mejor puedo verle el rostro. Hay un corte en su frente donde unos puntos le cubren la piel. Un moretón verde sobre el pómulo combina

con sus ojos. Se muerde el labio inferior, y luego se arrepiente por tener un corte hinchado y rojo.

Antes de que pueda decir cualquier cosa, los chicos se le abalanzan: “Lo siento, hombre, no te vi hasta que fue demasiado tarde”. “¡Qué mierda, amigo!”. “Luces como la mierda, hermano”.

James lo niega como si fuera simplemente otro día más. —Deberían haber visto al otro tipo.

—Lo hice. —Mis palabras alejan su sonrisa. Vuelvo a meter el pulgar entre mis dientes y lo mastico hasta el muñón.

—¿Estás bien? —James me mira con una intensidad que envía una corriente hasta los dedos de los pies.

—Estoy bien, solo un poco...

—Oye, Lucky, se la pusiste buena a ese chico —me dice Sully, imitando mi patada y alzando el puño al aire.

Obtiene muchas risas, pero luego son seguidas por un silencio incómodo.

—Felicity, ¿puedes llevarnos a casa?

Asiente, sonriéndonos como si fuéramos las personas más patéticas del planeta. —Claro que sí.

Después de dejar a los chicos, dos en Somerville y uno en Allston, somos solo Felicity, James y yo en el coche.

En el semáforo rojo empieza a llover. Felicity pone los limpiaparabrisas. El caucho chirría contra el cristal y el agua. Conducimos de vuelta a The Star para que James pueda recoger su motocicleta.

—Pueden dejarme aquí —dice James—. Tomaré el metro de regreso a casa. No puedo conducir bajo la lluvia.

Aún sigo mordiéndome la uña cuando veo a James. Odio los moretones extendiéndose por su hermosa cara. Odio incluso más que yo sea la razón de que se encuentren ahí. ¿En qué diablos pensaba?

—¿Te quedas en nuestra casa? —Es una sugerencia, pero sale como pregunta.

Felicity me mira con los ojos abiertos. Supongo que ha vivido allí más tiempo que yo, así que si alguien debería invitar a cualquiera, sería ella. Aun así, me siento terrible por la forma en que todo acabó.

—¡Hay definitivamente habitaciones! —dice ella.

—Está bien.



Desabrocho el cinturón de seguridad y me giro sobre el asiento. —No está bien. No estás bien. Te vas a quedar en nuestra casa y se terminó.

Es como si mi boca fuera más rápida que mis filtros sociales. Un coche detrás de nosotros pita y Felicity pisa el acelerador. Me giro en mi sitio y me vuelvo bastante consciente de mi corazón latiéndome en el pecho. Desearía que mi cuerpo no reaccionara de esta forma por James. Desearía poder pensar en él como en cualquier otro chico, pero por alguna razón, no puedo.

Conducimos en silencio, y tomo eso como la resignación de James a ser secuestrado por sus compañeras y llevado a casa de su jefa.

El viaje en ascensor se llena con el mismo silencio, el sonido de la campana cuando presiono el botón del ático, y el traqueteo metálico a medida que subimos. Felicity le da a James una toalla cuando me doy cuenta de que no sé dónde están. También le enseña la habitación junto a la mía, donde puede dormir.

Cuando James se halla en la ducha, tengo que evitar el imaginármelo desvistiéndose. El imaginar sus duros músculos flexionándose a medida que se enjuaga a sí mismo con espuma jabonosa.

—Vaya día —dice Felicity, suspirando fuertemente y sentándose a mi lado en la sala de estar. Enciendo la televisión y la pongo en silencio solo para tener algo que me distraiga. Se ríe ligeramente—. Por lo menos nunca olvidaré este partido. Supongo que supera a la pequeña liga.

—¿Cuántos años tiene tu hermano? —Me doy cuenta de que no sé mucho sobre ella más que el hecho de que trabaja para mi madre y vive por el pasillo.

—Veinte. Se encuentra en Florida estudiando oceanografía. Sin embargo, ya no juega.

—Siempre quise un hermano —digo, y esa honestidad me sorprende. Felicity me da una sonrisa simpática.

Me sirvo una copa de una botella alta y delgada de bourbon. Cuando le ofrezco algo, se encoge y niega. Lo huelo, tomando la cálida comodidad del líquido alcohólico. Debido al frío estacional, enciendo la chimenea.

Felicity bosteza. —No puedo creer lo largo que se me hizo el día. Mañana tenemos entrevistas para el personal de recepción. Luego...

Tomo un sorbo de mi bebida y alzo la mano para detenerla. —Mm. Por favor. Para. Lidiaremos con eso mañana.

Sonríe. —Mi hermano dice que soy una adicta al trabajo.

Resoplo. —Bueno, lo eres. Literalmente vives con tu jefa.

Niega con la cabeza, dándome una palmadita amistosa en la espalda.

—Buenas noches, Lucky.

Cuando Felicity se encierra en su habitación, me doy cuenta de que ya no oigo el sonido de la ducha, así que voy por el pasillo hasta el cuarto de baño. Me apoyo contra la pared, un profundo dolor llenando mi pecho. No creo que fuera completamente altruista cuando invité a James a dormir. Me giro sobre mis talones y empiezo a caminar de vuelta hacia mi habitación cuando la puerta se abre detrás de mí.

Vapor y jabón fresco llenan el espacio entre nosotros. La toalla está envuelta alrededor de su cintura. La humedad se adhiere a su piel cremosa. Su cabello se encuentra mojado, espeso y echado atrás, con un pequeño rizo fuera de lugar. Tomo un largo trago de mi bourbon para detenerme de decir lo que pienso. Y eso es una *maldición*. Maldito seas James Hughes y sus preciosos y perfectos pectorales. Esos hombros que necesitan mis uñas enterradas. La suavidad de su cuello. Los moretones que desfiguran la piel alrededor de sus costillas. La herida roja en sus perfectamente arqueados labios. La vergüenza en sus ojos. Simplemente *maldita sea*.

—Uh, no habrá ropa de mi talla guardada por aquí, ¿verdad?

Frunzo el ceño. —No a menos que la dejaras.

James aspira entre los dientes. —Eso no es lo que quise decir.

—Es *broma* —digo—. Creo que tengo una cutre camiseta de gimnasio, pero a menos que quieras dormir en una de mis tangas, no puedo ayudarte en ese departamento.

Una malvada y perversa sonrisa hace que resplandezcan sus rasgos y en ese momento me alejo un paso para detenerme de alcanzarlo y quitarle la toalla. Corro a mi habitación y encuentro la enorme camiseta en mi bolsa. James espera fuera de mi puerta y la toma.

—¿También puedo tener uno de esos? —Apunta a mi trago después de ponerse la camiseta. Esta dice “Gimnasio de acero” en el pecho, ajustándosele. Era gratis cuando me uní. Se desenvuelve la toalla. Doy un salto hacia atrás, mis ojos no listos pero incapaces de alejar la mirada.

Solamente que usa unos calzoncillos. Sucio, sucio chico. La sonrisa malvada sigue ahí y eso se atrapa como fuego fuera de control en mi cara.

—Ven, te prepararé un trago. —Rozo su mano y lo llevo a la sala de estar. Utilizo el control remoto para encender la chimenea, luego le sirvo el mismo bourbon del que bebo.

Observa las estanterías, las astas y la alfombra blanca. Se sienta en el suelo delante de la chimenea, con las piernas extendidas hacia las llamas. Se apoya en sí mismo sobre los brazos, por lo que tengo una buena vista de sus musculosas piernas. Casi me atraganto con la bebida.

01 1 Me siento a su lado en el suelo. Lentamente, me estiro para tocar el corte de su frente. —Siento que hayas resultado herido.

—Siento que tuvieras que verme así. —Pone una mano sobre mi rodilla.

—Tienes suerte de que no te arrestaran.

—Eres Lucky<sup>6</sup> —dice. Su rostro se enrojece, sus ojos verdes son brillantes y luminosos.

—¿Conocías a ese guardia de seguridad?

Asiente. —Alguien de mi pasado. Yo... no puedo estar así de nuevo. No soy...

Cuando se detiene, le insisto. —Puedes decírmelo.

Aparta el cabello de mi cara, dejando que sus dedos perduren en mi cuello. —No puedo.

Siento un impulso demasiado fuerte de tocarlo más. Estiro las piernas sobre las suyas. Baja la vista hacia donde su mano frota círculos en mi rodilla. Somos un lío de extremidades calentándose junto a la chimenea y es lo más segura y cómoda que he estado nunca.

Dejo el trago a un lado y hace lo mismo. Sé que James Hughes debe hallarse fuera de los límites. Primero, porque es el chef ejecutivo de mi madre. Segundo, porque tengo que trabajar con él hasta que el restaurante abra. Tercero, porque jamás he estado tan asustada como cuando lo vi golpear a ese tipo en la cara. Cuarto, porque si me dejo hacer lo que quiero y me rechaza, dolerá, a pesar de todas las paredes que trato de alzar. Quiero decir que es solo su hermosa cara, el brillo en sus luminosos ojos verdes, la forma en que se suavizan con el fuego al tiempo que su cuerpo se relaja contra el mío. Pero a pesar de todos mis intentos por racionalizar cómo no debería sentirme por James, y cómo me siento por él, sé que algo en la opresión de mi pecho lo reemplaza todo.

—Lucky —susurra. Ahí está esa duda otra vez. Su mano se mueve a través del aire lentamente hasta alcanzar mi mejilla. Mi piel se estremece cuando sus dedos se arrastran por mi cuello y clavícula. Mi camiseta se siente demasiado pequeña. Mis pezones podrían simplemente rasgarla. Me inclino más cerca de James para que pueda sentir lo mucho que lo deseo.

Atrapo sus labios con los míos. Él hace una mueca. Olvidé su corte. Eso me trae de vuelta a la realidad un poco. Quiero conocer su pasado. Quiero que me cuente todo sobre él. Me mata saber que no lo hará, no esta noche.

---

<sup>6</sup> Juego de palabras entre tener suerte y el nombre de la protagonista.



Sin embargo, se acerca aún más y vuelve al beso, su cuerpo escalando sobre el mío y depositándose en la suave alfombra blanca. Con sus manos a cada lado, agarro su cara. Jadea cuando mis dedos tocan el moretón en su mejilla.

— Lo siento.

Un profundo gruñido vibra de su pecho al mío. Muevo la pierna a un lado. Puedo sentir cuán duro y grueso está a través de sus calzoncillos. Puedo sentirlo a través del fino material de mis propios pantalones cortos para dormir. Muerde mi labio inferior y besa la picadura una y otra vez. Paso los dedos por la gruesa mata de su cabello oscuro, usando mis piernas para presionarle con más fuerza contra mí. Muevo las caderas para moler nuestros cuerpos juntos. James me toma la mano, la atrapa contra la alfombra, entrelazando los dedos con los míos y apretando.

Gimo en su oído. Una chispa se construye en mi vientre y se propaga a través de mi centro. Presiona su erección contra mi ropa interior y puedo sentir su cuerpo entero sacudiéndose por encima del mío. Le paso mi mano libre sobre el pecho. También toma esa y la mantiene abajo.

— Lucky —susurra.

Envuelvo las piernas alrededor de su cintura. Giro la cara para mordisquear su oreja.

Mi piel se halla tan caliente que creo que estallaré en llamas. Me doy cuenta de que así es como debe sentirse la pasión, y la alarmante maravilla de ello me deja atónita por no haber sido capaz de distinguirlo antes. Retuerzo mi cuerpo contra el suyo para sentir su gruesa dureza. Quiero arrancar las capas de ropa que llevamos. Quiero saber cómo se siente tener a James dentro de mí.

Entonces, tan rápido como le salté encima, él se aleja. Suelta mis muñecas y la presión de su delicioso cuerpo se ha ido. Su peso es sustituido por un dolor insoportable.

— ¿Qué ocurre? —susurro.

Se levanta en el estudio con los calzoncillos, su erección saludando a la habitación.

En ese momento oigo lo que oye. La puerta de Felicity abriéndose.

Señalo a la estantería. Se aprieta en el rincón entre esta y la pared. Me tapo la boca para evitar reírme. El suave roce de los dormidos pies de Felicity encuentra el camino hasta la sala. Se frota los ojos. Su cabello está echado hacia atrás con una diadema.

Me siento en posición vertical y me aprieto una almohada contra el pecho.

— No me di cuenta de que seguías despierta —dice Felicity.

—No puedo dormir.

Se estira. —Yo tengo sed.

Mis ojos van hacia donde se encuentra James sin camisa y presionado entre una pared y un lugar duro. Si da un par de pasos hacia mí, lo verá a él y a su erección. Por supuesto que es una gloriosa erección.

—¿Viste a James? —pregunta—. ¿Está bien?

—Diría que está bastante bien. —Mejor que bien. Toma todo de mí no verlo.

Felicity bosteza. —Pensé que iba a matar a ese chico.

—Pero no lo hizo.

Los grandes ojos de Felicity lucen cargados de sueño. Maldita chica, solo ve a beber agua y regresa a la cama.

—Quiero decir, el tipo al que golpeaba ni siquiera era el que más nos molestaba. —Niega con la cabeza—. No le digas a Stella nada de esto. Tendré que hacer un trabajo de relaciones públicas mañana. Ahora que mi adrenalina se ha ido, pienso que lo que hizo fue estúpido.

Mi corazón gira y da vueltas por él. —Felicity...

—No me malinterpretes, es agradable y todo. Tiene el paquete completo que buscaba Stella. Es guapo, por lo que atrae a clientela femenina. Es de aquí, así que le da a The Star credibilidad. Su comida es excelente, pero aún está tan verde y quiere tantísimo esto, que no va a discutir con tu mamá.

Una parte de mí quiere esconder la cara en una almohada. Otra quiere estrangular a Felicity y decirle que se calle la maldita boca. Pero entonces tendría que explicarle por qué después de todo el tiempo que pasé insultándole, estuve a punto de follármelo en la sala de estar de mi madre.

Felicity bosteza. —Por lo menos ahora se toleran ustedes dos. Supongo que simplemente tendremos que asegurarnos de no molestarle mucho o tendremos otro de esos momentos súper Hulk. Dios, luego de abrir, necesitaré unas largas vacaciones. Te veo en la mañana.

Desaparece en la cocina. En lo que llena un vaso de agua, me doy cuenta de que la chimenea se encuentra llena de brasas muertas. Me giro hacia James, no sabiendo qué decir. ¿Es ahora cuando nos reímos de esto? ¿Continuamos el beso? Por favor, por favor, déjanos continuar el beso. Sus ojos verdes sostienen los míos mientras seguimos ahí, escuchando a Felicity dejar correr el agua en la cocina. Extiendo la mano. Tengo toda la intención de llevarlo a mi habitación. En cambio, niega con la cabeza ligeramente, como si desterrara la zumbante marea del bourbon y las descuidadas palabras de Felicity.

Mi respiración queda atrapada cuando deposita un beso en mis labios. Es duro y necesitado, y termina antes de que pueda devolvérselo.

—James...

—Lo siento. No puedo. —Camina junto a mí y se dirige al pasillo.

No me pide que vaya con él, así que espero, hasta que escucho la puerta de la habitación de invitados cerrarse y a Felicity caminar somnolienta a su lado del apartamento, antes de ir a mi habitación. ¿Cómo podré dormir sabiendo que solo hay una pared entre nosotros? Presiono la mano contra su puerta. Tengo toda la intención de llamar. Pero entonces, ¿por qué lo haría después de que dejó en claro que no quería que lo siguiera? He hecho un montón de cosas, pero perseguir a un chico que no quiere ser perseguido no es una de ellas.



*Traducido por Sofía Belikov*

*Corregido por Dannygonzal*

Lo bueno de tener a la persona con la que te liaste en tu propia casa, es que no hay una caminata de la vergüenza incluida.

Al menos, no para mí.

Oigo a James caminar en la mañana. Lo prudente sería que nos esperara y así conseguir un aventón al trabajo para coger su moto. Mis sienes palpitan por el dolor y la deshidratación. Bebo con avidez el vaso de agua tibia en mi mesita de noche. Gimo bajo las sábanas y cubro mi rostro. Tal vez si me quedo aquí puedo evitar tener que ver su rostro y recordar nuestro beso. Besos, en plural, ahora. No tendré que tratar con la vergüenza del rechazo. Al igual que con la vergüenza del deseo.

*Querida Lucky,*

*Contrólate.*

*Firma,*

*Tu preocupada yo.*

Resguardada allí, me doy cuenta de que nunca me bañé ayer y el hedor a cerveza rancia y nachos está mezclado con algo más: los labios de James en mi cuello. Me siento tanto asquerosa como excitada. Me ducho y alisto, optando por un par de vaqueros negros y una camiseta del mismo color. Cepillo mi cabello húmedo y lo pongo en una coleta. En mi reflejo, los oscuros círculos bajo mis ojos lucen más pronunciados. No hay forma de ocultarlos bajo la dura luz del día. Reviso el maquillaje en la cómoda y encuentro un corrector cosmético que hace juego con mi tono oliva. No es que no sepa utilizar maquillaje. Crecí con una madre que no iba al salón de belleza sin limar sus uñas para que las demás no susurraran sobre ella en un idioma extranjero. He trabajado en suficientes bares como para saber que un sujetador con relleno y algo de máscara ayudan bastante. Encuentro un lápiz labial de color melocotón y paso el crispado y adhesivo aplicador por mis labios. Me doy una mirada una vez más. Me encojo de hombros. — Bueno, al menos pareces humana.

Felicity está lista casi al mismo tiempo que yo, y prepara café en jarros con tapa. — Buenos días, solcito.

La simple frase es increíble. Es lo que solía decir mi madre cuando era pequeña.

—Hola. —Pelo un plátano y lo parto por la mitad—. ¿James está listo?

El rostro de Felicity parece confundido. —No está aquí.

Mi corazón se acelera con decepción, temor, y de nuevo con algo de vergüenza. —¿Qué?

Se encoge de hombros. —Sí, lo oí irse al levantarme. Le pregunté si algo iba mal y había una emergencia familiar. Dijo que solo iba a tomar el metro y que nos encontraría en el restaurante.

—Oh. —Mi boca forma una pequeña O. Como diciendo: *Oh, Dios mío, cómo podré mirarlo a la cara de nuevo. O, como en obviamente trata de evitarte*—. Bueno... bien. Tenemos un montón de cosas que hacer hoy. Tengo un millón de llamadas perdidas de números que no conozco. ¿Quién llama a mi madre a las tres de la madrugada? ¿Y sabes qué? Ni siquiera quiero saber. Hagamos lo que tenemos que hacer y ya.

Felicity me mira con curiosidad. ¿Conoces esa sensación cuando ocultas algo, y la culpa te hace creer que todos saben que lo estás haciendo? Aun así, si tiene algo que quiere decirme, se lo guarda para sí. —Tenemos entrevistas todo el día. Las personas más importantes para el restaurante son un barman, cuatro o cinco camareros, y...

—¿Qué con el gerente? —pregunto.

Felicity se muerde el interior de la mejilla. —Bueno, técnicamente, tú eres la gerente.

—Me refiero para después de la apertura.

Evita mi mirada. —Nos pondremos en ello cuando llegue el momento. Pero para ser honesta, y no estoy en posición para decir nada, Stella cree que te vas a quedar por más tiempo.

Inhalo profundamente y bebo el café de un trago. Quema, pero al menos puedo concentrarme en el dolor. —¿Sabes qué? Bien. Vamos a conseguirnos un personal.



Mientras Carlos y su equipo trabajan en la infame pared, para prepararla para la nueva estructura, no puedo evitar pensar que todavía *falta* algo en este

07 1 lugar. Obviamente, el primer paso es hacer que la nueva pared sea resistente al fuego.

Trato de pensar en lo que puedo añadir para que todo el local luzca un poco más cohesivo, o que al menos tenga algo de personalidad. Personalidad, lo que esta entrevista no tiene. Felicity y yo tenemos que seguir preguntando: “¿Qué?”, porque su voz es apenas un murmullo.

Hemos visto una docena de chicas y chicos buscando ser contratados para las codiciadas posiciones de servicio. El anuncio de Felicity señalaba la preferencia de agencias de catering que tienen modelos en el personal. Trabajé con ese tipo de personas en Nueva York, pero hay menos de ellos aquí en Boston. Los otros son una mezcla de mujeres de mediana edad que ven el programa de mi madre, y jóvenes homosexuales que también ven el programa de mi madre. Más allá de eso, no tienen ninguna experiencia.

—Esto es un desastre —dice Felicity, a punto de necesitar una bolsa de papel—. Esa chica olía a axila y pachulí.

Me encojo de hombros. —Al igual que la mayoría de las meseras en la Villa.

—¡Lucky! Lo digo en serio. Necesitamos personas buenas. No podemos contratar a cualquiera.

—Me gustaba esa chica: Sammy. Es bastante sexy.

—Está cubierta en tatuajes.

Ruedo los ojos. —Igual que James.

James no está aquí. Cada vez que oigo botas resonando por el pasillo, mi corazón choca contra mis costillas. Pero no es él. Es Nunzio, y su brillante y sonriente rostro llena la distensión en la cocina. Cuando le pregunté si sabía dónde estaba James, murmuró algo sobre la *familia*, y luego comenzó a hablar sobre su caliente cita.

—James es el jefe de la cocina —discute Felicity—. Puede hacer lo que quiera con su cuerpo mientras sepa cocinar.

—Sus tatuajes no estarán *en* la comida. A menos que pidan pasta con tinta.

Felicity suspira y sacude la cabeza.

—Todo lo que digo es que es un barrio prometedor. Cuando me fui a estudiar, por aquí no había nada más que almacenes. Ahora hay condominios de un millón de dólares, bares y restaurantes de moda. Este lugar se llama The Star, incluso si es solo por el ego de mi madre. Podría necesitar algo de encanto, no un homenaje a *Home & Garden*. Stella tiene la oportunidad de hacer algo increíblemente genial. Dios sabe que tiene el dinero para hacerlo. ¿Por qué diablos sonríes?



Felicity se encoge de hombros. —Para alguien que solo está haciendo un favor, de mala gana debo añadir, en serio piensas en un futuro para este lugar.

Frunzo el ceño ante sus palabras. No se equivoca, pero odio que me lo recalque. Creo que subestimé a Felicity.

—Bueno, Stella no ha respondido mis llamadas —digo, levantándome para estirar las piernas—. ¿Te gustó Sammy, a pesar de sus tatuajes?

—En definitiva.

—Está contratada. Si a Stella no le gustan mis decisiones, entonces no debió haberme dejado a cargo.

Puedo ver la inquietud llenar su rostro, seguida por una sonrisa que viene con romper las reglas. —En ese caso, en serio me encantó Junior Chan. El chico sabe lo que hace. Está en la escuela de culinaria y no tiene experiencia en servir, pero podemos enseñarle eso.

—Diablos, ni siquiera podía llevar dos platos sin dejarlos caer en mi primer trabajo. Tardé como una semana en lograrlo. Con suerte, será un poco más coordinado que yo.

—Esperemos que la segunda tanda sea prometedora.

Cuando nos tomamos un descanso del montón de currículos pobremente escritos, que incluían clubes de secundaria y trabajos como niñeros, estoy lista para un trago. El bar es la única parte de The Star que se encuentra impoluta y terminada, es hermoso y está completamente abastecido. Paso una mano a lo largo de la madera blanca y encuentro una copa de María Antonieta. Según los mitos de los bármanes, la pequeña copa es una réplica exacta del pecho de María Antonieta. No sé si es el izquierdo o el derecho, pero supongo que es el derecho, teniendo en cuenta que el derecho por lo general es más grande.

Estoy sacando un champán de la casa, jugo de pomelo y algunas cervezas cuando la puerta principal se abre. Una chica de mi edad entra. Sus vaqueros cuelgan bajos en sus caderas, y una línea de piel se muestra desde su apretada camiseta blanca. Un collar rojo se encuentra justo en su clavícula. Su cabello es rubio en las puntas y castaño en las raíces, a lo ombré. Su piel bronceada reluce y sus labios llenos son de un profundo rojo.

—¿Belle? —Me inclino sobre la barra.

Me mira, en blanco. Cuando el reconocimiento destella en sus ojos, chilla —: ¡Qué diablos! Pero si es la jodida Lucky Pierce.

Felicity luce sorprendida mientras Belle corre por la parte delantera del restaurante hasta detrás de la barra para atraerme a un abrazo rompedor de cuellos.

—Pensé que estabas en Los Ángeles.

09 1 Belle rueda los ojos. —Los únicos papeles que pude conseguir fueron como la sexy chica étnica en un bar y como el miembro número cinco de una pandilla. Los Ángeles no es mi ciudad.

—Qué mierda. Lo siento.

Se encoge de hombros, pero no luce arrepentida o como si extrañara algo de eso.

—Felicity —digo, haciéndole señas—. Esta es Anabelle Garcia. Fuimos juntas a la secundaria. Era quien daba las bienvenidas.

Belle se muerde el labio. —Habría tenido el primer lugar si el señor Harlington no me hubiera puesto una C en química avanzada.

Sacudo la cabeza. —¿Por qué incluso tiene trabajo ese perverso? ¿Qué has estado haciendo?

—Estuve cuatro años en la Universidad de Nueva York. Sobrevalorada y pretenciosa, igual que en la secundaria. Tengo un título en administración de empresas y un título adicional en teatro. Wall Street es tan machista que es asqueroso. Si te dijera alguna de las cosas que los tipos me pedían que hiciera durante las entrevistas, querrías castrar a toda la población masculina. Me deprimí demasiado, así que naturalmente me mudé a Los Ángeles para tratar de actuar. Me convertí en barman y luego regresé a casa cuando mamá se enfermó hace unos meses. No sabía que trabajabas aquí... ¿Es verdad que ese tipo todo ardiente de televisión es el chef? —silba.

Justo cuando llevaba diez minutos sin pensar en él. —Sí, es él. Es el restaurante de mi madre. Solo estoy... ayudando... mientras hace algunos trámites en Nueva York.

—Así que, aquí está mi currículum. —Lo coloca sobre la barra—. Pero creo que sería mejor si te enseño.

Pone las manos en sus caderas y camina a lo largo de la barra, apreciando la refinada madera, y luego la manera en que las botellas están apoyadas en vidrio de tal forma que de lejos luce como si estuvieran flotando. —Lindo.

Agarra una coctelera y dos medidas. Cambia mi jugo de pomelo por vodka del mismo sabor y licor de granada. Saca algo de hielo, toma la coctelera, y empieza a batir. Sus brazos son todo músculos, e incluso yo puedo apreciar la forma en que sus pechos se mueven mientras mezcla la bebida. En un segundo, echa el hielo en el lavabo bajo la barra y llena una copa con un cóctel perfecto. Saca una segunda copa y repite el proceso, luego las llena con más champán.

Felicity y yo tomamos las copas y llevamos el cóctel hasta nuestros labios.

—Está increíble —dice Felicity. Bebe más rápido—. Ni siquiera puedes saborear el alcohol. Es tan refrescante.

Belle se ríe y asiente hacia mí. —¿Veredicto?

—Esto es *peligroso*. Me encanta. Es perfecto. No creo que pudiera hacer un trago mejor.

Arquea una ceja. —Considerando que has estado trabajando de barman desde que podías mentir sobre tu edad, tomaré eso como un cumplido.

Intercambio una mirada con Felicity y sé por el feliz y entonado brillo en sus ojos marrones que estamos pensando lo mismo.

Así que, a pesar de que la dueña de The Star no está aquí. Hay un trozo de pared faltante. El baño necesita dos limpiezas más completas con cloro. Y mi jefe de cocina no se ha reportado al trabajo, el menú es casi perfecto. Tengo el comienzo de un personal increíble. He decidido contratarlos. Ahora solo tengo que probar que he tomado la decisión correcta.

Extiendo una mano hacia Belle. —Bienvenida a The Star.

Mientras bebemos nuestros deliciosos cócteles de champán, una mujer entra por la puerta delantera.

—Las entrevistas han acabado por hoy —grito más fuerte de lo que pretendía.

Luce enorme en tacones rosados. Sus pantalones se hallan apretados alrededor de sus delgadas caderas, y su blusa está abotonada hasta el centro de su sujetador, por lo que puedo obtener un buen vistazo de sus copas talla D. Su cabello es rubio y lo lleva atado en una coleta que estira sus afilados rasgos incluso más. No estoy segura de si es una estrella porno o una bibliotecaria. Tal vez ambas.

Sigue caminando hacia mí y resisto la urgencia de rodar los ojos.

—Dije...

—Oh, no estoy aquí para una entrevista —dice con su voz melosa. Extiende una mano y ambas nos las estrechamos con más fuerza de la que necesitamos—. Clarissa Adams. Soy de *The Boston Inquirer*. ¿Te importa si te hago un par de preguntas?



Traducido por Beatrix

Corregido por Sandry

—Todas las entrevistas pasan por nuestro departamento de publicidad — digo con la mejor sonrisa de desfile que puedo exhibir. Ni siquiera sé quién está nuestro en departamento de publicidad. Pero reconozco su nombre. Ella es la periodista que escribió esos anuncios sobre James.

A cambio consigo poner a descansar la cara de perra.

—Solo esperaba hablar, de chica a chica.

—Claro. Te puedo dar toda la información acerca de la apertura...

Me interrumpe con una tos aguda. —En realidad, *mis lectores* están más interesados en el Chef James. He oído que se metieron en una pelea anoche.

—¿Dónde has oído eso? —pregunto, la cortesía dejando mi voz.

Se encoge de hombros y hace del bar su propia casa. Toma uno de los cócteles que estamos probando. Belle está ocupada lavando algunos vasos, pero sigue mirando por encima.

—Todos mirando el partido en la televisión lo vieron en la pantalla gigante. —Se ríe. No me gusta que se ría.

Quiero morderme la lengua. No hay manera de que deba decirle nada a esta “periodista”. Pero estoy a la defensiva y enojada, y ella está bebiendo mi cóctel. —Fue una de esas situaciones en las que tenías que estar ahí. Fuimos provocados. Ese tipo me tiró cerveza. Nos insultó. Fue todo un proceso.

Estoy sorprendida de que anote las cosas en vez de grabarme. Por otra parte, anotar el diálogo es la mejor manera de tergiversar las palabras.

—¿Por qué estás tan interesada? —pregunto.

Clarissa Adams sonrío. Tiene los dientes perfectos. —Es un chico local. Nos gusta concentrarnos en nosotros mismos.

—Lo mismo ocurre con muchos de los chefs aquí en Boston.

—Creo que es tan enorme que tú y tu madre hayan aceptado al Chef James, ya sabes, a pesar de sus difíciles comienzos.

Presiono la lengua en mi colmillo. Sostengo su mirada para ver lo mucho

que miente. Si le pregunto *qué ha pasado*, entonces puede ser que no me guste lo que escuche. ¿Quién diablos se cree que es? Pero está otra vez esa curiosidad. Quiero saber todo sobre James y ella puede sentirlo. Vuelvo a pensar en mis conversaciones con James. Evita su vida personal. Por otra parte, solo acabamos de conocernos, por lo que su vida personal no es asunto mío. Hasta ahora.

—¿Ustedes dos...? —pregunta Clarissa, frunciendo los labios en la punta de la tapa de su pluma. Una sugerente y ceja rubia espera mi respuesta.

Mi mente recuerda los labios de James sobre los míos y estoy segura de que a pesar de mis esfuerzos, mi cara se pone de color escarlata. Me pilla desprevenida. Hombre, es buena. Ella puede destruir vidas con el solo giro de sus palabras. —No, en absoluto. Lo siento, pero ¿cuál es tu interés con James Hughes? ¿Ha bajado la tirada en *The Boston Inquirer*?

No muerde el anzuelo. Clarissa mira la estructura y señala. —¿No es la degustación este fin de semana?

Eso es todo. Ojalá llevara pendientes para que pudiera quitárselos junto con mis conocidos guantes de boxeo. —Mira, voy a ser sincera contigo, Clarissa. Lo que tratas de buscar, no lo vas a encontrar. Un montón de gente se mete en peleas en los partidos. Maldición, ese chico se lo merecía. El Chef James ha demostrado ser muy importante para el restaurante y no hay nada que puedas decir que vaya a cambiar mi opinión.

Toma un largo trago y pone el vaso sobre la mesa. —Me alegro de que estés tan segura de eso.

—¿Tienes *alguna* pregunta que concierna al restaurante? ¿O estás aquí porque tienes un flechazo?

Clarissa hurga en su bolso por un pequeño sobre de papel manila. Está sin marcar y sellado. —Basta con echar un vistazo a esto. Llámame cuando estés lista para hablar.

Mi piel se eriza, como si yo fuera el territorio de un millar de arañas. —El soborno es muy poco atractivo.

Sonríe. —No es soborno. Es más bien un regalo de mi parte. Pareces estar haciendo funcionar el programa desde que ya la estrella de The Star salió de la ciudad. No te sorprendas tanto, después de todo somos una columna de chismes. Es mi trabajo saber todo acerca de las personas de interés. Y ahora, te encuentro muy interesante.

Cojo el sobre y lo empujo al otro lado de la barra. Belle lo atrapa antes de que aterrice en el suelo y se hunda en la basura. Si tengo que pasar más tiempo con esta perra loca, voy a estrangularla yo misma.

—Como dije, si tienes alguna pregunta con respecto a The Star y sus empleados, te iré a buscar ese número de publicidad. Belle te acompañará fuera

ON THE

LIBROS DEL CIELO

LINE

1

13

cuando hayas terminado tu cóctel. —Me vuelvo sobre mis talones y murmuro para mí misma —: Espero que te ahogues en él.

LUCK

ON THE



*Traducido por Sandry*

*Corregido por Sofía Belikov*

Espero en la cocina, donde Nunzio está probando diferentes niveles de calor para el pan de maíz y jalapeño. No me pregunta qué sucede, simplemente pone un trozo en un plato y me lo entrega. Qué buen hombre.

Cuando oigo los tacones de Clarissa saliendo del edificio, vuelvo al bar donde Belle se ha ido a sacar el sobre de la basura.

— ¿Cuántas ganas tenías de abrirlo frente a ella? — pregunta.

Niego con la cabeza. — No tantas como las ganas que tenía de verter la bebida sobre su cabeza.

— En el infierno no existe la ira<sup>7</sup> — dice Belle.

Trazo el borde del sobre mientras la comprensión me golpea. — Solo James se folla a la mitad de Boston que incluye a una vengativa columnista de chismes.

Belle me hace otra bebida. Resopla. — Chica, ¿qué te hace pensar que solo lo hizo con la mitad? ¿Has visto los ojos de ese chico? Necesito que le des una advertencia antes de que venga a trabajar. Como que lleve lentes de sol o algo así. No sé por qué no pusiste una de esas cocinas abiertas para que se pueda ver cómo cocinan los chefs. Pagaría dinero extra solo para ver al chef James hacer mi comida. Mmh.

Belle aligera mi humor considerablemente. Cuando el día ha terminado, y todavía no hay señales de James, regreso a casa con el sobre de Clarissa haciendo un agujero en mis manos. Sé que si le echo un vistazo y veo algo que no me gusta, voy a arrepentirme de darle el poder de molestarme tanto. Y si no lo hago, estoy segura de que encontrará otra manera de fastidiarme. Lo sensato sería darle el sobre a James. Seguramente se trata de él.

En el ático, Felicity ha pedido comida india. Me dejó un poco de pollo Korma y pan naan en el mostrador, y se encerró en su cuarto. Si fuera buena persona, la invitaría a salir, incluso si es para ver televisión. Pero mi cerebro tiene

---

<sup>7</sup>Proverbio inglés.

una sola vía y es la de James Hughes Express, que inevitablemente me llevará a un callejón sin salida o a un acantilado.

Me siento en la sala de estar con un plato de comida, una copa de vino, y el sobre a mi lado. Por supuesto, el canal estándar de la televisión es el de *Foodie TV* y está exhibiendo *Sliced Champion*. El anfitrión introduce a los cuatro chefs que compiten. En primer lugar, una mujer de mediana edad con el cabello rosado y de California que dice ser la mejor en todo. A continuación, un joven homosexual y neoyorquino que quiere ponerse de moda con la magnitud de su poder, su cordon bleu. Luego, un viejo que solía trabajar en finanzas, pero quería suicidarse, por lo que creó un restaurante que hace macarrones con queso de todas las formas posibles. Por último, está James.

Doy un brinco en mi asiento, y me ahogo con el vino. No le detallan tanto como a los otros chefs. James mira fijamente a la cámara, como si se estuviera mirando en un espejo y juzgando a sí mismo. No como el confianzudo fanfarrón que vi en la cafetería hace unos días. Supongo que el premio del dinero toma un largo camino. A diferencia del resto, no tiene su restaurante propio y no se jacta de su habilidad. Ponen imágenes de él caminando por el Boston Common. —La comida me ha salvado —dice—. Estar en la cocina es lo más cercano al arte de lo que alguna vez estaré. Es mi hogar, como Boston. Estoy aquí para ser el próximo campeón de *Sliced Champion*. —La cámara se apaga y ya no puedo soportarlo más.

Clarissa Adams gana.

Meto el dedo en la abertura del sobre y lo abro. Me chupo el dedo por la picadura del corte con el papel. En el interior, hay una sola fotografía. Sé que no está editada. No puede estarlo. Clarissa no puede ser tan buena. El rostro de James está desteñido por la luz blanca del flash. Mira fijamente al lente de la misma manera en que lo hace en televisión: duro, serio, seguro. Solo que en esta foto —esta foto policial— es más notorio. Nunca había notado la pequeña cicatriz sobre su ceja. Luce más joven en la foto. Se nota por lo delgado que está. Sus pómulos son más pronunciados, el vello facial menos desaliñado.

Tal vez hablé demasiado pronto cuando le dije a Clarissa que nada cambiaría mi opinión de James. Me pregunto qué hizo. Me pregunto si esto es por lo que lo salvó la comida.

*Traducido por Mary Warner*

*Corregido por Vane hearts*

No es la primera vez que me he sentido atraída por un criminal. Salí con un chico que fue a la cárcel por falsificación de firmas en facturas después de darse a sí mismo propinas muy grandes. Rompimos porque se besuqueaba con todas las camareras.

Podría equivocarme al llamar a James criminal. Después de todo, una ficha policial no lo hace un delincuente. La mayoría de las celebridades la tienen, por cualquier cosa, desde manejar bajo los efectos del alcohol hasta asesinar a su cónyuge. Este fenómeno particular involucra llamar a mi madre. Me dije que no lo haría. Mientras el teléfono suena me pregunto qué voy a decir. Creo que: *Hola, ¿se te ha ocurrido hacer una verificación de antecedentes sobre el chico que ha estado por todo el nombre del restaurante?* Colgué antes de escuchar su contestador.

Luego llamo a Bradley. Está en un ruidoso bar y me ruega que vaya. Casi lo invito aquí, excepto que recuerdo lo que le dijo a Sky sobre mi trabajo en Hogs & Heifers, y cómo le dijo a mi madre que yo estaba en la ciudad días antes de lo que dije que llegaría. Si los labios sueltos hundían barcos, entonces los de Bradley, tan hermosos como son, hundirían a James como el Titanic.

Así que voy al único lugar en el que puedo obtener respuestas. Hay veces cuando tu cuerpo traiciona la muy cuidadosa neurosis de tu mente. Para empezar, anoche James y yo estuvimos a dos piezas de ropa de hacerlo en la sala. Estoy cien por ciento segura que esa es la razón por la que no se apareció a trabajar. Considero que tal vez tuvo una emergencia familiar, a pesar de la terrible cara de mentira de Nunzio. Decido que vamos a sentarnos y tener una linda, calmada y gentil conversación sobre todo.

A medida que la noche abraza el barrio de Back Bay de James, y busco la puerta con su nombre, tengo una charla muy ruidosa conmigo misma. Es algo parecido a:

Lucky #1: Ve a casa.

Lucky #2: Tengo ver si él está fingiendo. También, si es un fugitivo buscado.

Lucky #1: No seas tonta, claro que finge una emergencia familiar. Sin embargo, *probablemente* no es un fugitivo. Está por toda la televisión. Podría ser el peor fugitivo de todos los tiempos.



Lucky #2: Odio cuando tienes razón.

Lucky #1: Crees que tienes que verlo, pero esto es como poner sal en la gigante herida abierta que es tu corazón. ¿Cómo la vez que encontraste un condón usado en el apartamento de tu novio cuando ambos no habían estado usando condón desde que tomabas la píldora? Te escondiste en el guardarropa y pretendiste que estuviste en el trabajo toda la noche mientras él invitó a una chica y la folló en el sofá. Pero nunca saliste del guardarropa, solo querías verlo por ti misma. Luego rompiste con él y ni siquiera parecía herido al respecto. La herida. La sal. Oh, ¡la sal!

Lucky #2: Esto no es lo mismo. Probablemente podría estar preocupado de que la única razón por la que fue contratado es porque es caliente.

Lucky #1: Esa es la mayor razón por la que la mayoría de las personas son contratadas en este negocio. Dile que no sea cobarde.

Lucky #2: Dah, por eso voy a su casa. Si puedo encontrar su número. Todas estas casas de piedra se ven exactamente iguales.

Lucky #1: Cierra tus ojos y trata de sintonizar tu memoria borracha.

Lucky #2: No hay tal cosa como una memoria borracha.

Lucky #1: Sí lo hay. Es lo que te previene de mostrar tu cara alrededor las mismas personas delante de las cuales te avergonzaste. Tal vez la memoria borracha de James no quiere verte.

Lucky #2: Te odio.

Lucky #1: También te odio.

Una mujer mayor con un perro pasa junto a mí. La cosa blanca y peluda me ladra y le muestro mis dientes. Ahí es cuando me acuerdo de la aldaba de perro. El apartamento de James está justo debajo de él. Entro por la reja una vez que la señora y su demonio canino entran en su casa de piedra rojiza.

Justo cuando estoy a punto de golpear, me doy cuenta de que James no se halla solo. Está peleando con alguien; sus gritos ahogados son interrumpidos por una lámpara cayendo al suelo. ¿Y si está en problemas? ¿Debo llamar a la policía?

Hay un apagado — : Maldita sea, Frankie.

Y un — : No sé qué más hacer.

El silencio es largo, y doloroso. No debería estar aquí. Pase por lo que pase James, voy a tener que hablar con mi madre. Me muevo demasiado rápido y una luz se enciende por encima de mí. Justo cuando me estoy retirando, la puerta se abre y un tipo alto que luce como James, con diez años más, choca conmigo. Tienen los mismos ojos, pero este chico está a medio camino de ser un zorro plateado. Se acerca y agarra mis hombros para no caerme hacia atrás. Su cara es de color rojo,

donde ha aterrizado un puño. Gruñe un breve saludo, o un despido y, luego abre la reja de una patada.

Me encuentro observando al que tiene que ser el hermano mayor de James marchándose cuando su voz me sobresalta.

—Lucky, ¿qué haces aquí?

Me doy la vuelta para enfrentarlo. Está sin camisa. —Uhhh.

La barba de pocos días es más como un eclipse completo. Siempre estoy sorprendida por cómo algunos chicos, como James, pueden hacer que las barbas luzcan como sexo personificado, mientras que a otros chicos les hace parecer que tienen un sótano lleno de muñecas de porcelana.

La ficha policial quema un agujero donde está metida en mi bolsillo de atrás. Mi boca se siente como si hubiera estado masticando algodón. Necesito una menta y un poco de agua. —No fuiste a trabajar.

Respira de manera uniforme, pero su cara está tan roja como la de su hermano. Sus marcas de la lucha de Fenway son más oscuras, y hace todo esto más surrealista. Si habría encontrado el apartamento antes, ¿en qué me hubiera metido? No soy ajena a lo que se refiere a familias jodidas, pero al menos mi mamá y yo nunca nos gritamos. De hecho, expresamos nuestros desacuerdos en silencio, pasivo agresivamente, y con cócteles. No sé cuál es peor.

James se inclina contra su puerta abierta. Me pierdo en la curva de sus pectorales. Entonces toma la camisa en su mano y se la pone. Está usando negro sobre negro, como yo. —Le pedí a Nunzio que me cubra.

Sacudo mi cabeza. Lo señalo con mi dedo, y una chispa enojada se enciende en mi vientre. Quiero decirle sobre la visita de Clarissa, pero al mismo tiempo, quiero que *él* me diga sobre su pasado por su propia voluntad. No porque le asuste perder su trabajo y deba sincerarse. Demonios, tal vez no es gran cosa y Clarissa es la gran manzana de la discordia. Sea lo que sea, quiero que venga de James y solo de James.

—Ese es *tu* trabajo, no el de Nunzio. Por ello eres el chef ejecutivo. Tienes que aparecer.

Sus ojos verde mar se oscurecen. Se inclina muy cerca de mi cara. —Tuve una emergencia familiar. Tal vez si te tomaras más de dos segundos para considerar a alguien más que a ti misma...

—¿Por qué crees que siquiera estoy aquí? *Estaba* pensando en ti.

Cierro los ojos. Deseo no haber admitido eso pero algunas veces mi boca no coopera con mi cerebro. ¿Qué hago? Esta no soy yo. No me aparezco en la casa de un chico con la única razón de confrontarlo. No lo dejo penetrar en mis

1  
pensamientos cuando se supone que debo estar planeando mi futuro. Los chicos van y vienen, pero mi vida es mía. Ese ha sido mi lema desde que puedo recordar.

—Mira James, no escuches lo que dijo Felicity. Eres un buen chico. Tu comida, menos la cosa de la espuma, es deliciosa. Debí habértelo dicho al minuto que tocó mis labios. Te necesito, necesito que aparezcas.

Cuando sus ojos se iluminan a ese brillante verde, mi estómago se retuerce.  
—Voy a aparecer.

—Bien. —Me doy cuenta que mi fiera necesidad por una explicación se ha ido. Tengo que encontrar otra forma de que James se abra—. Debería irme.

Lo que en realidad quiero hacer es saltar a su torso y lamer su cara. Pero en esta instancia, sé que solo cierta cantidad de rechazo que puedo aceptar antes de arrastrarme en una bola y esconderme.

*Querida Lucky,  
Toma mejores decisiones.*

*Con amor,*

*Tú misma.*

—¿Lucky?

—¿James?

—¿Aún no has comido?

Sacudo la cabeza. Apenas comí en el restaurante y me he desviado de comer la comida India en casa.

—Vamos a alguna parte. —Agarra su chaqueta de cuero de la mesa junto a la puerta delantera.

Este sería un buen momento para preguntar acerca de la ficha policial. Pero si se reservaban los papeles, sabiendo lo que sé de James, él se retiraría aún más. Si parezco estar acusándolo de algo, va a ponerse a la defensiva. Me gusta. Tengo que hacer esto en mis propios términos.

Y antes de que pueda negarme, tomo la mano extendida de James Hughes, y dejo que me lleve a algún lugar en el que nunca he estado.



## 22

*Traducido por Yure8*

*Corregido por Itxi*

—¿El Chef James Hughes come en los camiones de comida?

En la fría noche de verano, James me lleva a Copley Square. No he pasado mucho tiempo en esta zona. Los árboles están alineados simétricamente y adornados con luces blancas de Navidad. Le da a todo un bonito resplandor. Un joven toca la guitarra por el camino, y su canto un poco fuera de tono no es tan malo.

James me agarra por la cintura y me arrima, pasando muy de cerca una corriente de ciclistas con brillo en la cinta oscura en sus bicicletas. Nos ponemos en la fila de Fugu 2. Es la fila más larga. A un lado, las personas se encuentran inclinadas sobre la barbacoa coreana.

—¿Desde cuándo Boston se convirtió en un pequeño Nueva York? —pregunto.

James frunce el ceño, soltándome. —No digas eso. No lo es.

—Sin embargo es familiar. Los músicos callejeros, el ambiente en general.

—¿No es mejor aquí? No hay basura. —*Bah-sura*—. Menos frenesí. Solo un buen momento.

—Así que has estado en Nueva York —digo.

James suspira. —¿Qué es esta obsesión que tienes con los lugares en los que he estado?

—¿Así que nunca has leído Dr. Seuss? No es de extrañar que seas tan serio.

Empujo juguetonamente mi dedo en su pecho. Él mira hacia el cielo, como pidiendo paciencia al universo para tratar conmigo. Sonríe, a pesar de sí mismo.

—Mira, James, sé que las cosas han sido una locura y no empezamos con buen pie. Lo de ayer no debió ocurrir.

Asiente, su atención en mí. —¿La pelea o... la otra cosa?

El calor trepa mi piel recordando nuestro beso. —¿Te refieres al beso?

21 1 La pareja delante de nosotros se da la vuelta y se ríe. Mi remedio para la vergüenza es enfrentarlo. James no esperaba que dijera eso porque aparta la mirada otra vez.

—Vamos, ya no estamos en la escuela secundaria. Podemos hablar de ello. Fue una noche cargada de emociones. Fue fácil consolarnos el uno al otro.

James me estudia, y me siento muy expuesta, como si tuviera una cinta métrica y un cronómetro en la mano. —¿Crees que te besé porque estaba molesto?

Me encojo de hombros. De repente, no puedo enfrentar mi vergüenza. Es demasiado con él. Este hombre me hace cambiar de opinión. Un buen día mi opinión es cuestionable. Un buen día con James; es esto.

—Lucky —dice, cerrando el espacio vacío en la fila—, te besé porque eres... inesperada.

—¿Qué?

Gruñe. Reconozco la confusión en sus rasgos. Es como si estuviera intentando ordenar las palabras en su cabeza, pero no funciona del todo bien.

—Quiero decir, que no esperaba sentirme tan protector contigo.

—No necesito protección.

Sonríe. Me encanta la forma en que uno de sus dientes está un poco torcido. —Sé eso. No puedo explicarlo. Es como te mueves en la ciudad y empiezas a apagar fuegos, a gritar a la gente y a tomar las riendas de The Star. Actúas como si no te importara nada, pero te importa. Si no, le habrías dicho a tu madre que se jodiera. Pero estás aquí, no sé por qué y no me importa. Me alegro de que estés. Te besé porque eres hermosa. Porque cuando me miras, me olvido de lo que se supone que debo estar haciendo.

—Entonces, ¿por qué paraste?

—Debido a que iban a vernos. Porque trabajamos juntos. Porque no voy...

—Eh, odio romper tu momento de la verdad —dice el chico del camión de comida. Estamos de pie junto a la ventana, con la fila detrás de nosotros observando con una combinación de sonrisas amplias y suspiros exasperados. James gira para mirar al chico y él está abrumado con entendimiento—. Oh hola, hombre. Eso fue, como, hermoso. ¿Quieres darte prisa? Tengo clientes.

James sonríe y le entrega al chico algo de dinero. —Dos panecillos de panceta de cerdo estofado al vapor y dos tacos de carne de barbacoa.

Intento procesar las palabras de James. Aunque estoy agradecida por nuestra interrupción para darme tiempo para pensar, no sé cómo volver al tema.

Le gusto a James.

Me gusta James.

Es lógica de jardín de infancia, y me tiene flotando con repentina alegría.

Encontramos un banco para sentarnos debajo de un árbol iluminado. El joven guitarrista fuera de tono canta la mayoría de las letras correctas para Wonderwall. Yo prefiero cuando las cosas no son perfectas. Las hace más memorable.

Nos sumergimos en los increíbles sabores de barbacoa coreana. Es picante, dulce y jugosa.

—Esto —dice James entre mordiscos—, es la razón por la que como de los camiones de comida.

—Entonces, ¿por qué me fastidias acerca de tu menú?

—Debido a que The Star no es un camión de comida.

Lamo la salsa de mis labios. Lanzo nuestra basura en el bote más cercano y cuando vuelvo me siento más cerca de él. Se quita la chaqueta y la deja caer alrededor de mis hombros. —Todavía no estoy tan segura de lo que se supone que es The Star. Aparte de agradable a la vista.

James baja la vista a su regazo. Ojalá no lo hubiera expresado en esos términos. —Solo quiero que toda la degustación esté buena. Quiero que regreses a repetir.

Repetir. Eso es justo lo que quiero. Con mi vientre agradablemente cálido lleno de comida, mi corazón haciendo carreras en mi pecho, y la foto en mi bolsillo trasero sonando como una alarma.

—Así que vamos a repetir —digo.

Me mira, y en ese momento sabe que no estoy hablando de un tazón de arroz. Nos inclinamos juntos, sus labios buscando los míos. Su chaqueta cae sobre mis hombros, pero no hay problema porque sus manos están ahí para ponerme cálida de nuevo. Aparta el pelo de mi cara y me sostiene, así no tengo a donde ir. No me iría si me deja. Separo mis labios para dejar rozar su lengua contra la mía. Respondo a cada una de sus lamidas solo un poco más fuerte.

James se aleja primero. Aprieta un dulce beso en mi mandíbula, el cuello. —Sabes deliciosa.

Sonrío, devolviendo cada uno de sus besos. —Creo que todavía tengo algo de barbacoa en mis dientes.

—Eres jodidamente extraña —dice.

—Un chico me dijo que era inesperada. Eso me gusta más.

—Estoy a punto de hacer algo que probablemente no debería. —Aprieta sus labios con los míos y luego se detiene, así puedo responder.



— ¿Era eso? Porque ya está hecho. — Presiono las manos sobre su abdomen y las froto hacia atrás y adelante.

— Voy a invitarte a cenar.

— Hicimos eso, también.

Sostiene mi mirada y lentamente, con cuidado, pasa sus dedos por mi pelo.  
— Mañana por la noche. Di que sí.

Hay un montón de cosas que debería decir. En cambio, me decido por un rápido asentimiento, y decido que todo lo que quiero hacer ahora es ir a por terceras partes.

## 23

*Traducido por Jasiel Odair*

*Corregido por Daniela Agrafojo*

—¿Puedo pedir prestada algo de tu energía? —me pregunta Felicity. Entrenar al nuevo personal es agotador. Después de llegar tarde anoche, con mis labios hinchados por los besos de James, dormí como una roca. Inclusive me desperté sin la urgencia de mi inyección de café. Pero a medida que el día se llena de papeleo, construcción y llamadas no contestadas a mi madre, la energía disminuye.

Felicity habla con el personal mientras dejo que mis ojos vaguen hacia la cocina. James ha estado allí durante la mayor parte de la mañana. Cuando llegué, ya se encontraba aquí discutiendo con Nunzio sobre en qué orden servir los platos. ¿Quién quiere comer sopa en medio de una comida? Las ollas traquetean, mientras los chicos instalan las cosas al estilo de un parque infantil, estoy segura.

Los tacones de Felicity suenan en su camino de regreso a mi mesa. Aprieta sus sienes. —Esos dos tienen que dejar de hacer tanto ruido. Entre ellos y la construcción, mi cabeza está a punto de estallar.

—Belle puede hacerte una margarita —sugiero.

—Son las diez de la mañana.

Me encojo de hombros. —Lleva zumo de naranja y limón.

Antes de que pueda juzgar mi consejo un poco más, James sale de la cocina. Sostiene un pedazo de papel arrugado en la mano. —¡Lucky! ¡A mi oficina!

Felicity pone su mirada aterrorizada sobre mí. Hago mi mejor esfuerzo en parecer aburrida.

—¿Cuál es la palabra mágica?

Gruñe. —Por favor.

Lo sigo por el pasillo que conduce a las oficinas. Giramos a la derecha por el armario de suministros, luego a la izquierda a la sala de almacenamiento. Rodeada de pilas y pilas de alcohol, James me agarra por la cintura y me sienta sobre una torre de cajas de tequila. Siempre me imaginé más como una chica de whisky.

Se lanza por un beso y yo tiro de su chaqueta de cocinero. Quiero decirle que extrañaba su boca en la mía, que soñaba con su cuerpo quitándole el aliento al

mío. Quiero, pero no lo hago. En vez de eso, le muestro. Froto el creciente bulto en sus pantalones. Él pone sus dos manos en mi culo y me desliza hacia adelante hasta que el calor de mi centro está directamente contra él. Mis mallas se empapan rápidamente.

Lo mejor que podemos hacer es tener sexo. La cosa más tonta que podríamos hacer es tener sexo con todo el mundo afuera.

Uno de nosotros tiene que ser la persona más madura, y seguro que no seré yo. Deslizo mis manos por su pecho y desabrocho sus pantalones vaqueros. Tiro de la cremallera lentamente, obteniendo placer de la forma en que su aliento es desigual contra mi oído.

Luego sus manos agarran mis muñecas. Tira de ellas alrededor de su cuello y me besa con fuerza. Me hundo en el verde mar de sus ojos, en su mandíbula recién afeitada que se siente suave contra mi piel.

—Buenos días —dice.

—Sí, lo son.

—Debemos regresar antes de que Felicity venga a buscarte.

—Provocador. —Me bajo de las cajas. Tan pronto como me doy la vuelta, James le da una bofetada a mi culo. Me giro y agarro su paquete en mi mano—. No empieces algo que no puedas terminar.

Luego, cuando estoy segura de que va a tener las bolas dolorosamente azules, presiono un beso en sus labios de color rosa, y regreso primero. Me detengo en la oficina de mi madre (temporalmente mía) y aplico un poco de labial humectante.

Dejo que mi cuerpo vuelva a su estado regular de aburrimiento y apatía. Es muy difícil. James despierta algo en mí que no sabía que existía. Es emocionante y extraño, y aunque una parte de mí me dice que tenga cuidado, el resto de mi cuerpo me está recordando que se siente muy bien.

Al pasar la puerta cerrada de la oficina de James, me doy cuenta de que continúa allí. Estoy tentada a abrirla de un portazo. Siempre he querido arrojar las cosas de un escritorio y tener un revolcón pasional. Seguramente no puede ser muy cómodo, pero al menos será entretenido. Entonces, me doy cuenta de que está hablando con alguien.

*Curiosidad, vieja amiga. ¿No has tenido suficiente?* Me digo que debo seguir caminando. La razón de que la puerta no esté abierta es porque quiere privacidad.

—Se suponía que debías estar aquí hace una hora —dice James con fuerza—. No, todo el mundo está aquí. Solo... reúnete conmigo en la entrada de la cocina. No te preocupes, lo llevaré. Dame diez.



Me lanzo hacia el final del pasillo y de regreso al comedor. ¿Diez minutos para hacer qué? Es en momentos como estos que me gustaría poder leer la mente de las personas. Es el único súper poder que elegiría. Sin duda, resolvería un montón de malentendidos... o, ya sabes, crearía un montón de otros nuevos.

—¿Qué pasa? —dice Felicity. Mira hacia atrás en dirección a las oficinas.

—Uh... —Mis sentidos se encuentran embotados y confundidos por besar y espiar. No tengo energía suficiente para mentir—. James está de un humor extraño. No hay nada malo en su menú.

Felicity se ríe. —Los chefs son como divas.

—Necesito un descanso —le digo. *Mentira, mentira, mentira*—. Vuelvo enseguida.

Ella ni siquiera duda de mí. Salgo por la puerta principal. Hombres y mujeres caminan junto a mí portando tazas de café y maletines. Chicos con cascos duros estacionados al otro lado de la calle en la obra de construcción de un edificio nuevo. Me detengo cuando llego a la esquina que marca el callejón del Star, donde James tiene su Harley estacionada y el personal local estaciona sus motos. Un millón de improbables escenarios corren por mi cabeza. James es un espía terrorista, trabaja para la CIA, contrabandea cocaína en nuestro plato de filet mignon de cincuenta y dos dólares...

Cuando un nuevo grupo de personas pasa caminando, miro alrededor de la esquina. James le da la mano a alguien. Me recuesto contra la pared. Si fuera una fumadora, tendría una excusa para estar aquí cerca del basurero de metal. En lugar de eso, empiezo a ojear mi teléfono. Tengo textos borrachos de Bradley, y cero llamadas de mi madre. Sería mejor que estuviera aquí a tiempo para la degustación o yo voy —voy— a seguir haciendo lo que estoy haciendo, supongo.

El hombre que se encontraba con James sale del callejón. Lo reconozco al instante. Es su hermano. No mira hacia atrás, solo cruza la calle hacia un viejo camión estacionado. Lleva un pequeño paquete debajo del brazo. Apostaría cualquier cosa que es lo que le llevó James. Seguro que no se reúnen en nuestro callejón de la basura para abrazarse como hermanos. ¿Por qué en la tierra no entra simplemente? James no me parece que sea el tipo de persona que se siente avergonzado de su familia. No, tal vez solo de su pasado. Tengo la ficha policial para demostrarlo, y más preguntas que nunca.

Mi teléfono vibra en mi mano y me asusta increíblemente. Es James: *Estoy azul en lugares donde el sol no brilla.*

Yo: *Eso es culpa tuya, no mía.*

James: *¿Sigue en pie la cena de esta noche?*

Yo: *¿Por qué? ¿Te estás arrepintiendo?*

ON THE

LINE

LIBROS DEL CIELO LIBROS DEL CIELO

James: *Ya quisieras. Triton's Oysters, siete de la noche.*

Estoy esperando que James diga la verdad por su propia voluntad, pero a este punto podría estar esperando por un largo tiempo.

LUCK

ON THE

*Traducido por Snow Q**Corregido por Kora*

Triton's Oysters está en la calle Salem en el barrio North End. Después de pasar todo el día entrenando al personal y encontrando excusas para estar cerca de James en el restaurante, me sorprende verlo acercándose por la calle para encontrarme, y me pongo nerviosa. Nervios de la primera cita.

Presiona sus labios en mi mejilla y abre la puerta.

Triton's tiene cerca de diez mesas y una gran barra con veinte taburetes. La iluminación es tenue y llena el pequeño lugar con una íntima calidez que aleja el frío impropio de la temporada. Hay una sección en la parte delantera de la barra designada solo para comida cruda. Ostras, almejas, patas de cangrejo. Hay un pequeño tanque con dos langostas, y tengo la sensación de que esas dos no están a la venta debido a su inusual tamaño enorme.

—Hola, tú. —La camarera besa a James en ambas mejillas. Sus hoyuelos la hacen lucir más joven de lo que probablemente es—. Hace mucho que no te veo.

James muestra una sonrisa que ilumina la habitación. Coloca una mano en mi espalda baja y pone suficiente presión para que tenga que dar un paso adelante. —Esta es Lucky Pierce, y está aquí para probar la segunda mejor sopa de mariscos de la ciudad. Lucky, ella es Adelle.

Extiendo mi mano y ella la coge.

—No dejes que Marco te escuche decir eso —dice Adelle. Me imagino que se refiere al chef o al dueño—. ¿Mesa o barra?

—La barra está bien —dice él.

Ella coloca dos menús delante de nosotros y nos deja solos. James me presenta al chico que se encarga de la barra de comida cruda, Wilson, quien pesca con su padre desde que tenía ocho años. Lo llamo “camarero crudo” y estalla en carcajadas.

—¿Qué te gusta? —pregunta James.

La pregunta no debería sorprenderme pero, por alguna razón, lo hace. Nadie me ha preguntado eso en mucho tiempo. No creo que incluso yo me lo haya preguntado en un tiempo. Lleno el silencio con un gran “uhhhh” y jugueteo con la



lente de mi cámara. Hago zoom en la asombrosa exhibición de ostras que ya están listas para desbullarse. Las manos de Wilson están rojas del hielo y el frío metal que utiliza para abrir a las pequeñas. No sé nada sobre ostras, solo que no las considero comida real. Son perfectos bocados saladitos del mar y podría comer docenas y docenas de ellas sin sentirme llena.

Incluso tomo una imagen del menú. Cada esquina tiene un hermoso símbolo náutico. Son esos detalles los que hacen especial a un lugar.

—¿Cómo está el rollo de langosta aquí? —Ya que casi cada mesa en el lugar tiene a medio comer uno, adivino que es un éxito.

—Hace la boca agua. —Las esquinas de sus ojos se arrugan. De modo que así es como luce un James feliz.

—Espera —le pido—. ¿Cómo siquiera conoces este lugar?

A pesar de que se halla en una calle concurrida donde el Sendero de la Libertad es la mayor atracción, el exterior no es exactamente el de un bar atractivo. Si caminara por delante, no habría notado el dios marino dorado pintado en la ventana de vidrio a menos que hubiera estado buscándolo.

Se rasca la nuca. —Bueno, trabajé aquí hace un par de años. Era un cocinero promedio, pero terminé agradándole a Marco. Me enseñó cómo hacer una sopa de mariscos de muerte. La cual perfeccioné, por supuesto.

Una multitud de turistas entra y hace que él ruende su asiento más cerca del mío. Mi pierna está apretujada entre las suyas. Sus rodillas aprietan mi muslo y eso enciende todos mis sentidos.

—¿Qué puedo traerles, chicos? —pregunta Wilson, limpiándose las manos en una toalla seca.

—Yo quiero un rollo de langosta —digo alegremente.

—Excelente opción. ¿Bollos o lechuga?

James pone los ojos en blanco.

Wilson se encoge de hombros. —¿Qué? Las personas enloquecen por la lechuga. Todas quieren comida increíble pero que tenga cero calorías, y detesto romper la magia pero eso simplemente no existe.

—Lléname de carbohidratos —le digo—. Y a un lado mantequilla derretida.

—Buena chica —vocifera Wilson—. ¿Qué haces con este vagabundo? Eres muy bonita para este desastre.

Cojo mi vaso de rosé y James coge su cerveza de Boston, y ocupamos nuestros labios con largos tragos de alcohol para evitar las cejas de Wilson moviéndose pícaramente. Eso no evita que James le dé un apretón juguetón a la

pierna atrapada entre las suyas. Todo esto —el restaurante, la calidez que tiene, el vino, el aroma salado de los mariscos— le da mi corazón un tirón gigante que lo hace arder en formas que no ardía desde hacía mucho. Es como una máquina oxidada que estoy tratando de hacer funcionar de nuevo.

—Tráeme dos docenas de ostras. Seis Kumamoto, seis puntos azules, seis vaqueros y seis sorpréndeme. —Entonces me mira—. ¿Has probado alguna vez las pinzas gigantes de cangrejo?

—¿Cuán gigantes? —pregunto, sin siquiera ocultar el coqueteo en mi voz.

James me da una sonrisa breve que hace que mi estómago se desplome justo a través de mi cuerpo. —Bastante gigante.

Wilson se ríe de nosotros y nos toma la orden. Hay más vino para mí. James deja de beber al terminarse una cerveza. Cada centímetro de mi piel hormiguea. Me arriesgo y coloco mi mano en su rodilla. Él se encoge brevemente, pero no aleja mi mano.

—Gracias por traerme aquí.

Se encoge de hombros como si no fuera la gran cosa. —La comida es buena.

—¿Aunque ya no cocines aquí?

Sostiene su cerveza en el aire y gesticula un brindis hacia la cocina. —Ahí le has dado.

—¿Dónde trabajaste antes de esto?

Lame su diente delantero con la lengua y levanta la mirada como si estuviera mirando un calendario virtual en su mente. —En un par de lugares.

—¿Y qué me dices de antes de la escuela de cocina?

Ladea la cabeza y se inclina hacia mí. —Sobre todo en pubs.

Sus respuestas cortas son tan frustrantes. —¿Dijiste que viajaste al extranjero?

Coloca un brazo en el respaldo de mi silla y se inclina hacia mí. —Fui a Italia con Nunzio cuando teníamos veintiuno. Fue asombroso. Su familia hace su propio vino. Supongo que cada familia hace su propio vino allí. Era dulce como el zumo y te dejaba aturdido.

—¿Entonces *de verdad* podías bebértelo?

Ignora mi golpe. —Es como si todo girase en torno a la cocina por allí. La familia cosecha por las mañanas para tener vegetales frescos para la temporada. Hacen su propia pasta, con la que alimentarían a todo el país. Todo es tan fresco y limpio. Es una vida diferente. Es simple y pura. Me encantó. Probablemente gané seis kilos en mi primer mes allí.

31 1 Me acerco un poco más y me pregunto si James Hughes es la clase de chico que estaría bien con una vida simple. La mayoría de las personas no salen en la televisión para tener vidas sencillas. No se enrollan con chefs famosas para vivir una bonita y tranquila vida en Boston.

—Suenas perfecto. Nunca he salido del país.

Él parece genuinamente sorprendido. Su boca se abre pero no habla.

—¿Qué quieres preguntarme, James?

Coloca la cerveza en la barra y frota su muslo hasta que alcanza donde mi mano está en su rodilla. Toda mi mano luce pequeña en comparación con la suya. No puedo recordar ni una sola vez en que un toque tan pequeño hiciera que mi corazón se acelerara como si estuviera a segundos de tener un ataque cardíaco.

—No te enfades —dice—, pero ¿Stella no te ayuda? Quiero decir, podrías haber visto todo el mundo a estas alturas.

—¿Con una pensión alimenticia? Paso. —Niego con la cabeza y tomo un sorbo de mi vaso—. ¿Por qué es tan difícil de creer? En serio, no. Después de que papá muriera, mi madre se casó de nuevo en un instante. —Chasqueo los dedos para enfatizar mi punto—. Antes de que tuviera la oportunidad para acostumbrarme al hecho de que se había divorciado. El marido número dos fue el único inteligente. Tenía un acuerdo prenupcial. Nos mudamos de regreso a Boston por él. Antes de eso, hasta que tuve trece años vivimos en un pequeño lugar en Westchester. El esposo número tres se enamoró locamente de ella. Sin acuerdo prenupcial. Era un chef en Los Ángeles, y tenía conexiones con personas de la televisión. Pensó que Stella tenía un rostro que debía ser visto.

—Tú también —me dice.

—No fui a la boda con el marido número cuatro. Ni siquiera llegué a conocerlo. —Mi risa es amarga—. Obviamente, terminó en divorcio porque ¿de qué otra forma iba a terminar?

Una oleada de dolor atraviesa sus facciones. —Espero que no siempre creas que eso es cierto.

Tengo que respirar muy fuerte para cerrar la compuerta que acabo de abrir. —Jesús, ¿cuándo me volví una persona depresiva?

¿Y cómo terminé desnudándole mi alma cuando mi objetivo era hacer que James me desnudara la suya? Mi teléfono suena y el rostro de Bradley aparece en la pantalla. Ignoro la llamada y guardo el teléfono de nuevo en mi bolsillo trasero.

James parece incómodo. —No me malinterpretes, pero ¿estás segura de que no estás con ese chico?

—¿Si lo estuviera crees que estaría metiendo mi lengua en tu garganta? —pregunto, un poco más fuerte de lo que es tácitamente apropiado para un lugar tan



pequeño. Supongo que Bradley y yo estamos pegados de la cadera cuando estoy en la ciudad.

James aprieta mi muslo. — Bien. Él no es bueno para ti.

Es la primera persona que me lo ha dicho. — ¿Y tú sí?

— Nop. Pero al menos yo lo admito.

Tomo un sorbo de mi vino. Coraje líquido. — ¿Y qué hay de ti? ¿Alguna ex reciente acosándote en Facebook?

— Solo una. Es un poco... loca. Lo cual es la razón por la que no tengo Facebook. ¿En serio queremos hablar de nuestros ex?

Respondo su pregunta con un beso que lo deja sorprendido, y a la encargada, sonrojada.

— Bueno — frota su pulgar por mi mano —, aquí viene algo que te hará la chica más feliz. O al menos hasta que se acabe toda la comida.

Los meseros traen mi rollo de langosta y las cosas de James rebosando en una salsa cremosa que ruega que la laman. Wilson hace espacio para nuestra torre de ostras. Agarro el tenedor pequeño. Cuando James lo sostiene, parece un gigante sosteniendo una horquilla. Hace tintinear su tenedor con el mío.

— Salud.

— Oh, antes de que se me olvide — digo, tratando de sonar casual pero terminando torpemente —. Felicity necesita una mano extra para la degustación. Ya sabes, por si quieres invitar a tu familia.

James mastica una ostra por lo que parecen horas. — No vendrán.

— Ya te hablé acerca de mi familia jodida. ¿Crees que puedes superar eso?

— Solo vamos a decir que puedo superarlo hasta la estratosfera. — Sus ojos se vuelven tristes. Aprieto su mano —. Ahora soy yo el depresivo. Come, antes de que me las termine todas.

Nos comemos las ostras como si fueran nuestra última cena. Ni siquiera me importa que algunos nos miren como si fuéramos salvajes. Es un chef en ascenso, apuesto, sumergiendo pan en mantequilla derretida y lamiendo sus dedos como un chico de cinco años con una piruleta deshecha.

— Desearía poder comer langosta en el desayuno, almuerzo y cena.

— Desearía poder comer langosta para el postre — digo —. ¿Y si añadimos langosta cubierta de chocolate al menú?

— Déjame la cocina a mí. — James se inclina hacia mí. Besa la esquina de mi boca —. No puedo desperdiciar la buena langosta.

Desearía poder frotarle comida por encima para quitársela también con besos. — Bien. Nunca dije que tuviera modales de mesa. Mi debut fue una farsa.

— No me jodas. ¿Eras una de esas debutantes? — Su toque permanece en mi brazo. Me doy cuenta que desde que nos sentamos no ha parado de tocarme. Mi rodilla, mi muslo, mis brazos, mi rostro. Es un toque constante que embriaga mucho más que el vino.

Cierro los ojos y sumerjo los últimos bocados de langosta en la clara mantequilla amarilla. — También Stella. Mi padre era un hombre de negocios con el corazón de un hippie.

— ¿En serio? No lo habría adivinado, *Lucky*.

Pongo los ojos en blanco. — Fue una combinación extraña, pero funcionó. Me gusta pensar que sucedió cuando mamá fue más feliz. Como si de verdad nos quisiera y no le importara toda esa mierda.

Extiende la mano y toca la punta de mi cola de caballo. Sigo su brazo musculoso todo el camino hasta sus ojos. Oh, oh, oh, esto es tan peligroso. Como los cócteles de Belle. Es tan hermoso y delicioso que cuando menos te lo esperas, *bum*, estás profesándole tu amor a todos a tu alrededor.

— ¿Qué hay de tu familia?

— Mi familia fue igual por un tiempo —susurra, mirando a un lado para ocultarme sus ojos brillantes.

— ¿Qué sucedió?

Lame la sal de sus labios y me mira como si estuviera sorprendido de decirme la verdad. — Mis padres estuvieron juntos desde la secundaria. Técnicamente mi padre abandonó la secundaria, pero mi madre se casó con él después de su graduación. Y hablo de al día siguiente. Atravesó dos años de universidad con un trabajo de secretaria. En ese entonces el vecindario era bastante escandaloso. Ahora caminas por la calle en la que crecí y hay un maldito Starbucks en cada esquina. Cuando mi ma... — Cierra los ojos y puedo sentirlo contando los segundos hasta que los recuerdos se alejan—. Cuando ella murió, bueno, después de eso mi padre se desmoronó. Hay un par de cosas peores que un hombre que ha perdido al amor de su vida. Una de esas cosas es un hombre que no puede mirar a todo lo que le queda y tratar de hacer lo mejor de ello.

— ¿Te refieres a ti y a tu hermano?

— Y a mi hermana.

Por un momento, estamos en silencio. Sé que crecimos en diferentes lugares. Tal vez si hubiéramos estado en la misma secundaria, podríamos no haber sido amigos. Pero de algún modo y a pesar de todo, tenemos dolores similares, y

mientras me mira a los ojos y la calidez de su mirada me atraviesa sé que se siente de la misma manera.

—Vamos —dice, buscando su billetera.

Wilson lo ve y hace una mueca. —Saquen sus culos de aquí. Aleja esa cosa o le sacarás el ojo a alguien.

—Basta. —James niega con la cabeza.

—Si dejas dinero aquí lo voy a quemar, hermano. En serio. Todo controlado. Puedes recompensárnoslo en la inauguración de ese elegante lugar nuevo que tienes.

—Buen hombre —digo, estrechando su mano, sin importarme el aroma a ostras.

Encontramos su moto y me estremezco en la fría y húmeda noche. Es la clase de clima que amenaza con una tormenta, pero todo lo que tenemos es llovizna. Froto mis brazos para deshacerme de la piel de gallina.

—Ven. —James sostiene su chaqueta para que me deslice dentro. Me permito caer en la cálida suavidad del cuero usado y su aroma por segunda vez esta semana, a la luz del sol y el rocío del mar. Es cinco veces mi talla, pero quiero usarla todos los días. Ahí es cuando me doy cuenta de que *debo* estar ebria.

—¿A dónde me llevas? —le pregunto, deslizándome en la parte trasera de su *Fatboy* y rodeando su pecho con mis brazos, aferrándome a algo que nunca he experimentado antes.

Enciende el motor y golpea el pedal. El rebote inicial me hace gruñir mientras aseguro mis manos en su duro cuerpo. Se gira por un segundo y llama mi atención. —¿Lista para el postre?



*Traducido por Jasiel Odair*

*Corregido por Elizabeth Duran*

Montar en la parte trasera de una motocicleta no ha estado en mi lista de cosas que hacer en Boston. Pero a medida que el gran monstruo metálico que es la Harley de James pasa zumbando por las calles, el aire frío azota mi cola de caballo hacia atrás, y me permito sumergirme en esa emoción.

Estoy decepcionada cuando terminamos en The Star.

— ¿Por qué estamos en el trabajo?

— No te lo diré. — James estaciona en el callejón de atrás, donde la salida de la cocina da hacia la pared de ladrillo del edificio de al lado. Somos solo nosotros y dos contenedores de basura gigantes, de esos en los que siempre encuentran los cuerpos al comienzo de *La Ley y el Orden*. Aquí es donde se encontró con su hermano antes.

James gira la llave en la puerta de la cocina. Presiona el código de seguridad y espera a que lo siga dentro.

Hago una mueca, pero lo sigo. Mi teléfono vibra y el nombre de Bradley aparece en la pantalla.

Bradley: *Solo en la ciudad por unos días y ya estás causando problemas.*

Yo: **No es una visita a menos que deje un montón de cristales rotos al salir de la ciudad.**

Bradley: *¿Cuando te veré? No estoy acostumbrado a que tengas un trabajo cuando estás de visita.*

Yo: **Yo tampoco. ¿Qué tal el miércoles o el jueves?**

Bradley: *Vamos, Luck... necesito a mi pareja de beber.*

— ¿Todo bien? — pregunta James cuando llego a la entrada, escribiendo un mensaje.

— Sí, no estoy acostumbrada a tener un teléfono regular y un teléfono de la empresa. No me gusta que la gente pueda alcanzarme en cualquier momento que quieran. — Entro a la cocina. James chasquea los dedos hacia las luces fluorescentes blancas.

—Es por eso que dejo mi teléfono en casa cuando salgo —dice—. Recuerdo cuando mi hermano tenía un puto *buscapersonas*. Lo comprobaba cada cinco segundos y siempre conseguía códigos para las chicas con que se liaba.

Paso la mano a través del metal liso de las encimeras. Esta es la cocina más grande en la que he estado. La mayoría son tan estrechas que los cocineros y chefs están sudando uno encima del otro.

—Por lo menos ahora puede guardar sus nombres correctamente —bromeé.

James niega. —No, es un tipo de una sola mujer ahora. Mi sobrina Dee.

—¿No hay mamá?

—Ella no está en la imagen. Gracias a Dios. —*Caray*. Sus facciones de se oscurecen—. Pero no es por eso que estamos aquí.

—¿Por qué estamos aquí, Chef James? —Me quito la chaqueta y la cuelgo en un gancho.

—Vamos a separar los hornos. —James comienza a tomar las cosas de la despensa. Harina, bicarbonato de sodio, extracto de vainilla—. ¿Puedes conseguir leche, azúcar y crema agria?

Estoy un poco confundida, pero le seguiré la corriente.

—McKenna es un gran chef de repostería —dice James—. Pero nunca has tenido un pastel hasta que pruebes uno de los míos.

Hay algo juguetón en sus ojos que no estaba allí antes. Ni cuando me besó por primera vez o lo besé la segunda vez. O la tercera. Es un tipo diferente de placer que viene de hacer las cosas que ama. Subestimé totalmente al Chef James.

Él precalienta el horno. Regreso y disfruto de su forma de moverse por la cocina. Este es su espacio y lo sabe. Agarra tazones, levanta la cabeza de la enorme batidora. Me guiña un ojo y esa mirada verde brillante tira de las cuerdas de mi corazón. —¿Puedes darme algunos huevos?

Voy a la nevera. Cuando traigo la caja de cartón, él simplemente está mirándome. No creo que nadie nunca me haya mirado de la forma en que me observa en este momento. Como si cada movimiento debiera ser recordado, grabado en su subconsciente. Esta no es mi típica aventura de una noche. Claro que en realidad no hemos tenido sexo, pero la forma en que me besó ayer; ese beso fue más íntimo y apasionado que cualquiera que he tenido. El recuerdo me hace tropezar y casi rompo una docena de huevos.

—Gracias.

James Hughes es rápido. Sus manos agrietan los huevos en el borde de plata del tazón. Mezcla el azúcar, la harina y el aceite. Va a la despensa y agarra una naranja para pelarla. Cuando todo lo que queda es la corteza blanca, la rebana por

la mitad y exprime el jugo dulce en la masa. Me encanta observarlo. La forma en que mueve sus brazos es segura y confiada, pero delicada. Me doy cuenta que esto es lo que le gusta hacer. Incluso durante la degustación el otro día, la comida era deliciosamente sabrosa. Está creando algo que va a hacer feliz a alguien. Ese alguien sería yo...

Vierte la mezcla en una sartén nueva, llena de generosas cantidades de mantequilla. Vierte la mezcla y regresa a mí. Observo mientras se mueve con lentitud. Sus hombros están ligeramente encorvados, depredadores. Sus ojos son radiantes y verdes, doy un paso atrás, pero hay una mesa de metal detrás. Se detiene a treinta centímetros de mí, su mirada arrastrándose por mi cara, mi cuello y mis hombros desnudos.

—Pensé que eras un tipo de lo salado —le digo.

—Puedo ser dulce.

—Dulce como un limón, tal vez.

Sonríe, y mi estómago se llena de mariposas porque puse esa sonrisa allí. —Cualquier cocinero que se precie sabe cómo hornear un poco. No digo que puedo vencer los éclairs de Mckenna, pero creo que este pastel va a cambiar tu vida.

—Esa es una gran declaración, señor Hughes.

Es el más mínimo cambio en su estado de ánimo, una sombra que sale de la nada y se ha ido de la misma manera. ¿No le gusta que lo llamen señor Hughes? Tal vez le recuerde demasiado a su padre.

—Apostaría —le digo—, que mi crema de mantequilla glaseada va a cambiar *tu* vida.

La sonrisa regresa y da un paso más cerca. Puedo sentir el calor de su cuerpo radiante. O tal vez es el horno.

Claro, no he horneado o cocinado una sola cosa en meses, viviendo principalmente de comida para llevar. Pero dejé la escuela culinaria porque no podía soportar la presión, no porque no sepa cómo cocinar.

Presiono las manos contra el pecho de James. —No trates de distraerme.

Se encoge de hombros inocentemente. Es extraño ver este lado suyo. La dulzura que está enterrada debajo de tatuajes y ceño fruncido de chef. Es confuso. Pero quiero demostrarle que esto es algo que puedo hacer. Mi padre solía decir que la forma de llegar al corazón de ellos era a través de su estómago, pero ya que mi madre no sabía cocinar en ese entonces, él se conformaría con su maravillosa sonrisa.

Conozco esta receta como la palma de mi mano. Es lo más básico jamás aprendido, pero su sabor es tan bueno. Bato la mantequilla, agrego montones de azúcar en polvo y extracto de vainilla. Puedo sentir sus ojos observando cada uno



de mis movimientos. Nunca he estado tan consciente de mi cuerpo. Tengo una cintura pequeña como mi mamá, pero las mujeres por parte de la familia de mi padre tienen traseros saludables. Lo miro por encima del hombro. Mis entrañas son como una botella de champán a punto de explotar, la forma en que sus ojos capturan mi espalda, mi cintura, mi culo. Entonces tengo una idea.

Corro fuera de la cocina y voy al bar, tomando una botella fría de la nevera, y volviendo con mi corazón acelerado en mi pecho.

Levanta una ceja curiosa y pongo mi dedo en los labios.

Con la batidora a velocidad baja añado el champán a mi mezcla. Hay una efervescencia inicial y luego se mezcla perfectamente.

—Mmm —le digo, lamiendo el glaseado de mi dedo.

Gime una maldición. Se gira a donde está comprobando el horno. Es como si su cuerpo se quedara atascado entre los movimientos. Mira a la puerta que da al callejón, luego a mí, como si considerara hacer una carrera. Entonces me mira, realmente, con los ojos brillando como la víspera de Año Nuevo, su cuerpo moviéndose a través del cuarto para llegar a mí.

James se detiene centímetros de mí. —Lucky...

—¿Sí? —Me trago la pelota nerviosa alojada en mi garganta.

Sus manos agarran mi cintura, fuerte y seguro, generando un grito ahogado de mis labios. Me levanta como si fuera ligera como una pluma, y me sienta en la mesa larga de metal. Estamos frente a frente. Agarro su camisa porque está demasiado lejos y le doy la bienvenida entre mis piernas, apretando sus caderas con las rodillas. Acaricia mi cuello con cálidos labios, arrastrándolos arriba y abajo. Paso mis uñas por su pecho, los hombros, entonces mi mano vaga hacia abajo.

Le muerdo la oreja juguetonamente. —Hola —le digo, ahuecando su duro bulto a través de sus pantalones vaqueros. Lo froto lentamente hasta que gime en mi cuello.

—Lucky.

No contesto. Se acerca a la masa batida de crema de mantequilla y agarra un poco con su dedo índice, luego la levanta a mis labios. Lamo un poquito. Cierro los ojos por el placer de la mezcla de azúcar decadente en mi lengua. Aprieta en mi centro y la fricción de la ropa envía chispas a través de mi cuerpo. Tomo su dedo en mi boca y mi lengua chupa alrededor del glaseado. Mantengo mis ojos en su rostro, sosteniendo su muñeca, dejando su dedo limpio.

No tengo tiempo para recuperar el aliento mientras sus labios se unen con los míos. Muerdo el labio inferior jugoso y lamo juguetonamente. Nuestros dientes chocan y nos reímos, pero mantenemos los besos. Es como el beso de la noche anterior, pero mejor. Retuerce mi cola de caballo alrededor de su mano y tira para

darle mejor acceso a mi cuello. La sorpresa de eso me hace gemir, y presiona con más fuerza contra mis bragas empapadas. Mordisquea la piel sensible de mi garganta, y después pasa su lengua por mi hombro. Presiona las tiras de mi blusa al lado.

—Esto tiene que irse —gime en mí.

Levanto las manos de forma automática y saca mi blusa por encima de mi cabeza y lo tira a un lado.

—Eres tan hermosa. —Frota mis brazos. A pesar de la fricción, el aire con olor a pastel caliente, me pone la piel de gallina.

No sé qué decirle. Nadie me ha dicho eso. No así; crudo, real y honesto.

—Como tú. —Agarro su rostro y lo beso. Puedo saborear el glaseado en mis labios. Quiero saborearlo siempre. Mi piel se siente más ligera cuando me doy cuenta de que abrió mi sujetador. Tengo mis manos sobre el pecho de manera protectora. Ahora, no soy exactamente la más tímida cuando se trata de sexo. Pero si pienso en ello demasiado tiempo, la mayor parte del sexo que he tenido ha sido en la oscuridad. Aquí, James puede ver todo de mí. La luz es implacable, pero se ve de todos modos. Mis pechos son pequeños y mis pezones están muy duros por su toque. Toma mis muñecas suavemente y las aleja de mi pecho y cuello. Presiono mi mano a la parte posterior de la cabeza para mantener sus labios pegados a los míos. Sus manos trazan mis brazos, el pecho, la cintura, calentando las partes de mí que pensé que no podían estar tan excitadas por solo un beso.

—No es justo —le digo, tirando hacia atrás—. Estoy medio desnuda y tú sigues estando todo vestido.

Se muerde la mejilla. —¿Qué vas a hacer al respecto?

Agarro su camisa y la saco, dejando que mis manos se deslicen por su musculoso cuerpo. Cuando llego a su pecho veo una cicatriz, marcada como una X. Se sorprende tanto como yo cuando trazo con mis dedos sobre la piel nacarada. Lo beso. Exhala con impaciencia, y porque me estoy tomando mi tiempo en desvestirlo, tira de su camisa sobre su cabeza y la arroja. Busco a tientas la hebilla de su cinturón. ¿Qué pasa con los chicos y las grandes hebillas? Los sonidos metálicos de metal en el silencio de la cocina es el único otro sonido además de nuestra respiración pesada. Tengo que verlo. Tocarlos. Sentirlos. Lo he querido desde el momento en que lo vi, incluso cuando me enojaba. Creo que solo me hacía quererlos más. La forma en que tira de mis brazos para fijarme sobre la mesa de metal frío me hace estremecer de placer.

—Oye, dale —bromeo con él.

Se presiona en mis pantalones vaqueros y jadeo. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura para mantenerlo presionado contra mí. James se inclina hacia abajo, presionando su mano grande y áspera sobre mi pecho. Lame mi cuello

en círculos diminutos, lo que me hace retorcerme más rápido, mientras mis entrañas están a punto de estallar. Alcanzo sus boxers, pero su sonrisa traviesa regresa. Captura mis labios con los suyos, apretando mis pechos en tanto mueve sus besos a lo largo de mi vientre. Jadeo cuando baja la cremallera de mis pantalones vaqueros y lo baja en un movimiento rápido. El chico tiene habilidades.

Muerde mi tanga y la desliza hacia abajo por mis rodillas. Estoy tan expuesta. Más expuesta de lo que nunca he estado, y me encanta la seguridad de sus besos, la ternura de sus caricias, la fuerza de sus dedos a medida que trazan mi humedad. Me apoyo en los codos para verlo bajar sobre mí.

Puedo sentirlo gemir cuando pone su boca en mí, se adentra con su lengua y traza círculos que crean una presión en mi interior. Elevo mis caderas por la sobrecarga sensorial de sus gruesos dedos deslizándose dentro de mí. Su lengua me lame más y más rápido hasta que la presión es demasiado y tiro con fuerza de su pelo, lo que me hace sentir ola tras ola de placer inundando todo mi cuerpo.

Cuando me siente aflojarme, James saca sus dedos. Besa el interior de mis muslos, mordiendo juguetonamente.

Me río. Yo, Lucky Pierce, en serio suelto una jodida risita mientras observo a James Hughes levantarse sobre mí y agarrar mi hombro. Entierra su cara en mi cuello. Me quito mi banda de pelo y dejo que caiga suelto sobre mis hombros.

—Sabes *delicioso* —gruñe.

Ese es el orgasmo más fuerte que he tenido. Pero al igual que con lo buena que encuentro su comida, nunca se lo admitiría en un futuro próximo. En su lugar, quiero mostrarle. Bajo de un salto de la mesa y me subo mi tanga.

—¿A dónde vas? —Sus ojos brillan con la lujuria. Sabe exactamente a dónde voy. Se apoya sobre los codos y me observa desabrochar sus pantalones y tirar de ellos. Su bulto presiona contra la tela fina de sus boxers. Me muerdo el labio cuando lo alcanzo y lo libero. Su polla se sacude cuando aprieto en la base. James es enorme. Observo sus ojos color verde mar, brillantes de expectación mientras bajo mis labios a la punta. Hay algo tan crudo en tener a otra persona en tu boca, saboreándolo, sintiendo realmente una parte de ellos que es tan sensible. Lamo su cabeza y lo siento tensarse cuando lo repito, arrastrando mi lengua a lo largo de su glándula. Cubro su punta con mis labios y chupo como si fuera una paleta en un día caluroso de verano. Arquea la espalda, dejando caer la cabeza y maldice. Me anima a explorar más abajo. Lo mantengo presionado entre mi paladar y la lengua. Su mano cae en la cima de mi cabeza y se mueve hacia arriba con mi ritmo hasta que lo siento estremecerse.

—Lucky, voy a... —advierte.

Pero no quiero ir a ninguna parte. Quiero saber a qué sabe James. Presiono mi mano en su abdomen, sintiéndolo contraerse, y después, todo de él llena mi



boca, salado y todo James. Dice palabrotas como un marinero y da tirón a mi pelo un poco demasiado fuerte.

Cuando ha terminado, me subo encima suyo, con el calor irradiando de nuestros centros. Me aprieta contra su pecho. Los dos estamos pegajosos y húmedos, y con el calor de la cocina siento que mi cuerpo se relaja, en una comodidad que nunca pensé que podría ser tan fácil.

—Maldita sea, chica —dice James. Puedo contar los latidos de su corazón. Levanto mi cabeza y lo beso.

Por largos y maravillosos minutos, él me sostiene con sus manos fuertes, hasta que un sonido nos hace saltar a ambos. Empiezo a bajarme pero James se ríe y me tira de nuevo a su pecho.

—Eso es solo el temporizador.

Pero hay algo más que me sobresalta: el choque enojado de metal, y el inconfundible sonido de cristales rotos.

*Traducido por Mary Warner*

*Corregido por Mel Wentworth*

—Tenemos que llamar a la policía —digo. Mi camiseta está al revés y ni siquiera me molesté con los pantalones, solo me puse la camisa de James.

La moto de James está aplastada como una gran mosca metálica contra la pared de ladrillos.

—No.

—¿A qué te refieres con no? —Extiendo los brazos hacia la prueba A y B—. Esto no fue un accidente. ¿Cuántas personas se estrellan contra una moto estacionada en un callejón de una vía y luego *retrocede* sin más?

Lleva una camiseta y sus vaqueros están desabotonados. Solo se pasea con rabia con los brazos cruzados sobre su pecho. En la oscuridad, no puedo ver el verde brillante de sus ojos, pero aún puedo probarlo en mis labios y sentirlo en mi piel. Es algo que ni siquiera la lluvia puede lavar. Algo que está aferrado dentro de mí, lo mismo que me hace sufrir por él.

Trato de pensar por qué no lo reportaría. No hay daños al restaurante, así que no tengo razones, tampoco. Repito los eventos de los últimos días. Como no apareció para trabajar. La pelea con su hermano. ¿Pudo él haber hecho esto? No... eso no tiene sentido.

—¿Sabes quién hizo esto? —pregunto. No hay razón para endulzarlo.

James asiente.

—¿Qué tan malo es? —He estado cerca de personas que han estado en problemas. Chicos ricos de la secundaria que vendían drogas y lograban salir debido a costosos abogados. Chicas que prendían fuego a las cosas de su novio infiel y las retenían por la noche. Lo peor fue un guardia de seguridad en uno de los bares en los que trabajé que tenía un problema con el juego y se fue huyendo después de que los cobradores lo golpearan a muerte.

No creo que sea lo mismo con James. Pero quizás me equivoco. He estado equivocada un montón de veces. Trato de no pensar en las palabras de Clarissa Adams, la foto escondida en mi habitación que está quemando en mi conciencia. Aún estoy exaltada del orgasmo que acaba de darme. ¿Cuán mala puede ser?

Entonces de nuevo, los chicos buenos casi nunca hacen que te corras, por lo que tal vez James es un chico malo.

— ¿James?

— No puedo, ¿de acuerdo? — grita —. Maldición, no puedo decirte.

Y solo así, cambió. Los cálidos suaves sentimientos que acababa de tener están incendiándose por la furia.

— Si quieres estar involucrado en cosas que hacen que dañen tus brillantes juguetes, adelante. Pero no te atrevas a traer esto al restaurante. Oh, espera, ¡ya lo hiciste!

Lo empuja, pero no se mueve. Se da la vuelta y baja su cara hacia la mía. — No es de tu incumbencia, Lucky.

— Bien, demasiado tarde. Necesito que me digas, James.

Se da la vuelta lejos de mí de nuevo. — No sabes lo que estás diciendo.

— No me digas lo que sé. Sé que desde el momento en que te conocí has estado poniendo una fachada. Este famoso mujeriego que quiere ser un chef reconocido al borde de la grandeza. ¿Crees que el estar en el papel o unido a mi mamá es la respuesta a todos tus problemas? Ya estoy allí y eso no me resuelve una mierda. No tienes que decirme todo, pero necesito algunas explicaciones. Algo...

Sacude la cabeza. La lluvia cae más fuerte. Es la tormenta eléctrica que prometieron todo el día. James es casi tan testarudo como yo, y eso es decir algo. Al menos puedo admitirlo. Extiendo la mano para tocar sus hombros, con mis entrañas retorciéndose porque no sé cómo va a reaccionar. Su cuerpo se estremece en un suspiro.

— No soy un mujeriego — susurra —. Eres la primera en meses...

— ¿Cuántos meses?

Se encoge de hombros. — Seis.

Sonrí, deseando que se dé la vuelta y me enfrente. — Yo igual.

Se da la vuelta tan rápido que jadeo y pierdo el equilibrio. James me atrapa y me presiona contra la pared de ladrillos. — No debimos haber hecho eso.

Me encojo de hombros, manteniendo sus brillantes ojos verdes con los míos. — No me arrepiento. ¿Y tú?

— Ni un poco. — Toma un mechón de mi cabello húmedo y lo traza con sus dedos —. No debería gustarte.

— Yo no debería gustarte — contrarresto —. Soy un desastre.



—Entonces tenemos algo en común. —James me besa, y a diferencia de todos los otros besos, éste es voraz, doloroso, duro. Su mordedura pica mis labios, pero su lengua aleja el dolor. Envuelvo los brazos alrededor de su cuello y presiono los pechos a su pecho. Deslizo la chaqueta de mis hombros. Tira de mi camiseta, esta vez rasgándola por la mitad, mis pezones duros en la lluvia. Él ya está desabrochado y listo. Oh las alegrías de salir corriendo de un edificio a medio vestir.

Gimo mientras me levanta y me presiona a la pared con su peso. Paso los brazos alrededor de su cintura para sostenerme. Aprieta su duro eje contra el paño húmedo de mi braga.

—¿Esto está bien? —susurra en mi oreja, buscando algo en su chaqueta.

Quiero gritar que sí. Está mejor que bien. Mis labios están entumecidos contra los suyos pero no puedo dejar de besarlo. Busca a tientas con su condón así que me hago cargo. Con mis piernas envueltas alrededor de sus caderas, deslizo la goma cómodamente en su eje. Me alza y me detengo de llorar cuando siento la punta deslizarse en mi interior.

—Oh, Lucky... —Se entierra en mi pelo mojado, las manos agarrando cada parte de mí que puede—. Te sientes tan bien.

Pierdo el control cuando entra en mí. Mis entrañas se contraen cuando se desliza más dentro de mí. Su cara está en el arco de mi cuello y mi hombro.

—Mierda, te sientes tan bien.

Lo aprieto con mis muslos, el placer arrojándose en mi abdomen como un resorte. Se mueve más fuerte y rápido, y no importa lo acaba de pasar, el choque, la lluvia, los secretos que está escondiendo, solo quiero a James en mi interior por siempre.

Puedo sentir su fuerte gruñido, su gran cuerpo musculoso sacudiéndose contra el mío. Se presiona dentro de mí con fuerza, colocando sus labios contra los míos. Su gruñido es tan sexy que me lleva sobre el borde. Mi núcleo sufre espasmos alrededor de él en deliciosas olas.

Respirando fuertemente, empapados de lluvia, James me besa la cara. Cada centímetro de ella. En la oscuridad del callejón, siento una nueva emoción al ser presionada contra su cuerpo. Se sale lentamente, y me pone con cautela en el suelo. Se quita el condón y lo tira en el cubo de la basura abollado.

—Vamos —dice, ahuecando mi trasero mientras nos dirigimos de vuelta a la calidez de la cocina de The Star—. Vamos por algo de pastel.

*Traducido por Miry GPE*

*Corregido por Paltonika*

Cuando dejamos de ser ostentosos y sacamos un pastel ligeramente quemado del horno, James llamó a un amigo dueño de un taller mecánico. Gadget, de un metro noventa y cinco, y delgado como un poste de luz, se presentó listo para remolcar el abollado *Fatboy* de James sin siquiera preguntar el por qué. Cuando ve la moto de James, silba fuerte y prolongadamente, como si su corazón se rompiera. Estrecha mi mano y me da una camiseta que dice "Taller Mecánico Gadget" con un auto de caricatura a mitad de una carrera.

— ¿Esto es algo? — le pregunto a James en la cabina. El pastel se halla en un plato que pedí prestado del restaurante. No hay manera que deje que este chico malo se desperdicie. El pastel y James —. ¿Amigos que te rescatan de cosas?

James rodea mi hombro con su brazo y tomamos una curva en el camino familiar. — Define cosas.

Me encojo de hombros, mi pelo húmedo moja su camiseta a juego. — No ser arrestado después de golpear la cara de un tipo. El recoger sin-preguntas los bienes dañados. Solo trato de comprender lo que se viene.

Mete un dedo en el glaseado y se lo lleva a la boca. Cierra los ojos y una sonrisa de satisfacción se extiende por todo su rostro. *Delicioso*.

Está bien, lo entiendo. Usa el sexo para evitar responder mis preguntas. No me importa. Pero tarde o temprano, lo averiguaré. Una vez que estamos en su apartamento, siento que una oleada de cansancio me supera. Comprendo que debí ir a casa. Pongo el pastel en la barra pulida de desayuno y miro a la puerta. Es como si él pudiera sentir mi indecisión. James me arrincona en la cocina.

— ¿Pensando en huir?

Me agarro a la repisa detrás de mí, inclinando mi barbilla hasta su rostro. — Se me conoce por esto, tú mismo lo dijiste.

— Detente — dice en voz baja, acariciando mi mejilla con sus labios —. Siento haber dicho eso.

— ¿Debido a que hicimos todo el asunto de juzgar?

Asiente. Mis sentidos y mi cabello están hechos polvo. Es como recibir una descarga eléctrica cada vez que toca mi piel. La sensación es tan fuerte que duele. Siempre me pregunté por qué no tenía esta conexión con otros chicos. Me importaba muy poco o nada en absoluto. A James, lo veo como una grandiosa caja envuelta en papel muscular y moños de regalo de brillante verde mar. Quiero arrancar todo por completo y ver lo que hay dentro. Eso, y mi curiosidad combinado con el signo de interrogación gigante de sus acciones, es una atracción muy peligrosa.

—¿Sabes lo hermosa que eres? —pregunta, frotando mi rostro.

Me encojo de hombros. —Siempre es agradable que me lo recuerden.

—Lo digo en serio, Lucky.

Sé que lo hace. No es que no sea segura de mí misma. Tengo los ojos gris tormentosos de mi madre. Mi pelo es largo y oscuro, y la mayoría de las veces lo mantengo salvaje y peinado con mis dedos. Por suerte, mi metabolismo mantiene toda mi comida basura lejos de mi cintura y lo empaqueta en mi trasero, algo que a todos los chicos les gusta. Soy atractiva, pero no he ganado un concurso de modelaje desde los ocho años. A pesar de toda esa confianza, es embriagante escuchar los elogios viniendo de la boca de James.

Me agacho para pasar por debajo de sus brazos y me paro en medio de su cocina. —¿Qué es lo hermoso en mí?

—Tus ojos —dice sin dudarlo—. Me encanta la forma en que las esquinas se arrugan cuando tratas de no reír. La forma en que se oscurecen cuando te enojas conmigo. —Da un paso más cerca de mí—. El como siempre parece mirar hacia otros lugares. Es como si tu mente y cuerpo se encontraran en lugares separados.

—¿Crees que eso es hermoso? —Cruzo mis brazos y levanto una ceja interrogante.

Asiente, colocando una mano firme en mi cadera y suavemente me guía hacia fuera de la cocina. Me subo a sus pies y eso no le impide soportar mi peso. —Es diferente. No puedo leerte. No de una manera fría o caliente. Más en una manera tipo: *lo que ella piensa*. Quiero saber lo que piensas. Hasta ahora, me he equivocado.

Acepto su beso. Es tierno, dulce y ya se sabe que yo también me he equivocado. Simplemente no puedo admitirlo de la misma forma que él. En su lugar, me dejo caer en la suave cama detrás de nosotros. Las mantas huelen a él. Quiero buscar por su gabinete de baño para encontrar su colonia y bañarme en ella.

—¿Así que ya no piensas que soy una mocosa mimada?

Se eleva sobre mí, su peso poniendo presión en mi pecho. Sus ojos verde mar fijos en los míos. —Sigo pensando que eres una mocosa.



47 1 Presiono mi mano sobre su pecho para apartarlo de mí. —Qué carajo, ¿por qué?

Se ríe. Se me ocurre que ésta, es la primera vez que lo escucho reír así. Lo hace ver más joven, y sin cargas, un cambio de ciento ochenta grados de donde nos encontrábamos hace una hora. —Ese es un ejemplo.

—Doble moral.

—¿Cómo?

—Si conseguir las cosas que quiero es ser una mocosa malcriada, entonces, ¿qué te hace a ti? Tienes que tener la razón todo el tiempo, porque eres tú...

Sus ojos se agrandan en un gesto de sorpresa. —¿Porque soy *yo*? Guau...

—Pero porque eres un tipo que te permites quererlo todo. Si no lo consigues, entonces eres *determinado*. Si yo no lo consigo, entonces soy una mocosa malcriada.

Muerde su labio. Entonces me fija sobre el colchón, un grito de niña sale de mis labios mientras James me cubre el rostro con sus besos. —Te lo *dije*. Eres hermosa. Solo por ser diferente a cualquier chica que he conocido.

—Guau —digo—. Merezco algo así como un premio James Hughes.

Su rostro se sorprende por un momento. No puedo conseguir una pista de lo que le molesta. De alguna manera, creo que es cuando digo su nombre completo que hace que su rostro se conmociona.

—Escucha, eres la primera que me etiqueta como un playboy. —Se inclina hacia atrás en la cabecera de la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Cierra los ojos y descansa cómodamente.

Por primera vez, presto atención a la habitación en la que nos hallamos en lugar de la atractiva figura de James. Todavía permanece sin decoración alguna, excepto por dos fotos. La primera de su madre, y luego una segunda de James, su hermano, una chica de mi edad que supongo es su hermana y una niña bebé. Los cuatro tienen los mismos sorprendentes ojos verdes. La hermana tiene el pelo negro azabache, pero los extremos son blanco pálido. Tiene una perforación con un brillante en la nariz que de alguna manera hace su cara aún más radiante.

Su hermano es el único que no sonrío. Se trata más de una sonrisa abierta, como si la persona tomando la foto lo instaba a decir *whisky* ya que por sí solo no lo haría. En sus brazos se encuentra una bebé que tira de la cadena de oro escondida debajo de la camiseta. Ella es pelirroja. Es cándida, ruidosa y hay tanta historia ahí. Son hermosos, y no importa que tan enojado el hermano de James estuviera antes, al salir de aquí, puedo decir que se aman.

James me ve observando y me jala de espaldas contra él. —Ven acá.

Me acuesto en la cama frente a él, apoyada en mi codo. Me encanta la forma en que mira mis piernas estirarse en su edredón. —La primera vez que te vi, retenías la fila, seduciendo una chica.

Se encoge de hombros. —Si te hubiera visto primero, te habría seducido a ti en su lugar.

Golpeo su muslo, pero solo sonrío de lo fácil que es conseguir una reacción de mi parte.

—Fue un día extraño. Acababa de recibir algunas noticias...

—¿Malas noticias?

Asiente, pero puedo ver que no dirá nada más que eso. —Solo necesitaba una distracción. Y un poco de azúcar, la cual nunca conseguí.

—Oh, por favor. —Ruedo los ojos—. Estoy segura que ella te dio un nuevo café de inmediato.

Su sonrisa es una diabólica. —Sabes, te equivocas. Dijiste que le hacías un favor a esa chica, pero en realidad me hiciste un favor a mí.

Giro mi rostro, así le doy mi mejilla. Mantengo mi rostro frío y sereno, pero mis entrañas son papilla. —Estás bien, supongo.

—Ven aquí —dice.

—¿Por qué?

—¿Por qué todo es como hablarle a la pared contigo? —gruñe de forma juguetona.

—No lo es —digo—. No del todo. Te dejo salirte con la tuya con bastante facilidad.

—¡Oh! ¿Sí? —Cuando sus labios se convierten en un delicioso puchero, renuncio a lo que quiero. Quiero estar en los brazos de James. Quiero eso más de lo que quiero pastel, que es con bastante desesperación. Me coloco en su costado, justo donde su hombro y cuello hacen la almohada perfecta para mi pelo húmedo. Cierro los ojos y disfruto profundamente de este sentimiento. Confort. Calidez. *¿Qué más puedes pedir en una persona?* No sé lo que pido de James, aún no, pero sea lo que sea, me gusta y eso me aterra de una forma completamente nueva.

—¿Qué sucede?

—¿Ah?

—Acabas de tensarte. —Besa la cima de mi cabeza, pasa su brazo a lo largo del mío—. Estás totalmente asustada. Como, *johporDios!* huirás justo por esa puerta.

Lo beso para que se calle. —Uno, no sueño de esa manera. Dos, eso no es lo que pensaba. Pensaba en la apertura. Aún hay mucho que hacer.

—La prueba primero, cariño.

Ahí. Cariño. Me tenso de nuevo, pero a esta lo disimulo al acurrucarme contra él y colocar mi pierna a través de su cuerpo.

—¿Cómoda? —pregunta.

Asiento contra su hombro. Mi cuerpo se siente sin peso. El pasar constante de sus dedos contra mi piel, el ritmo constante de su corazón contra mi oído, me arrulla para dormir, y en mi alma temo, no de él, sino de mí. Siempre soy más feliz antes de desechar todo, y huir.



*Traducido por CrisCras*

*Corregido por pauloka*

Tocino.

Encuéntrame una comida que se compare y encontraré la ciudad perdida de Atlantis. En mis sueños de choques de motos en vientos huracanados, donde una tarta animada se corta a sí misma para alimentarme, puedo oler tocino.

Estoy cubierta por un edredón azul marino. El marco de la foto de familia de James se encuentra directamente en mi línea de visión. En mi atontado estado de conciencia intento salir a tientas de la cama. Hago una nota para interrogarle más tarde, pero primero mi estómago es un motor de vapor industrial listo para ser alimentado.

Entro en la cocina y le observo. Un James en boxers de Navidad con regalitos estampados por todas partes y sin camiseta baila por la cocina. Su radio tiene el volumen bajo mientras sacude la sartén llena de tocino, haciéndolo saltar en ese practicado arco que nunca he sido capaz de replicar. Jadeo internamente cuando me doy cuenta de que su tatuaje está allí en toda su gloria. Le doy gracias a Dios porque no es un estúpido tribal como el de la mitad de los idiotas del mundo. Es un nombre, escrito en una elegante escritura inclinada. El final de cada letra continúa en hermosos giros que hacen que parezca como si la tinta estuviera viva, y se extiende por su espalda. Es sencillo, pero grande al mismo tiempo, con una sola rosa al final de la última letra. Deirdre.

Su cabeza rebota al ritmo de Pearl Jam mientras rocía condimentos en otra sartén. *Mmmmmmm* huevos. Lo genial de estos nuevos apartamentos es que los suelos no crujen. Camino lentamente de puntillas con los brazos extendidos para envolverlos alrededor de su delicioso torso cuando él se ríe entre dientes. —Te vi en el reflejo.

—¿Cuándo te levantaste? —Mi rostro inusualmente alargado me sonríe desde la elegante cocina metálica.

—Hace un rato. Hice algunas flexiones. Fui a la tienda de comestibles. Pensé que te habrías ido para cuando volviera, pero allí estabas. Supuse que tendría que alimentarte.

Me da un cachete en el trasero juguetonamente con su mano libre.

Le muerdo el hombro desde atrás y gime.

—Estoy sosteniendo una sartén caliente.

Le suelto y miro las delicias que hay sobre la mesa. Hay tortitas, perfectamente redondas con solo la cantidad justa de tostado y apiladas. Un plato de pomelo y naranja en triángulos. Agarro uno y dejo que el dulzor amargo envuelva mi lengua. Hay un diminuto indicio de azúcar moreno sobre él que despierta mis sentidos. Es el toque más simple, pero es delicioso.

—¿Cómo te gustan tus huevos?

Me siento al otro lado de la encimera. —Sorpréndeme.

Una diminuta sonrisa tira de sus labios. —¿Dormiste bien?

—Sí, pero roncas.

Hace una mueca. —Tú también.

En cada plato coloca dos huevos fritos y tocino. Lo rocía con algo de lo que no puedo ver la etiqueta.

—¿Es eso algún polvo mágico de leprechaun o algo así?

—Sal de pimienta roja, listilla. —Rueda los ojos—. Estoy seguro de que las bromas sobre leprechauns también son racistas.

—Estoy *bromeando*. Me encanta la comida picante.

Se sienta directamente enfrente de mí, sosteniendo su tenedor en el aire. —Salud.

Lo choco con el suyo y paso el lado del tenedor sobre la brillante yema amarilla. Delicioso huevo pegajoso se extiende por todo el plato. Me encanta mezclar la clara con la yema y colocarlo sobre pan. Como si fuera por voluntad de mi cerebro, un pequeño horno tostador se ilumina. James me guiña un ojo y saca el pan caliente de las rejillas de metal.

—Verdad: cuando era un niño creía que el horno tostador era solo un horno hecho específicamente para niños.

Me río. —¿Intentaste alguna vez hornear en uno?

—Creo que no. Sin embargo recuerdo intentar derretir mis figuras de acción en él.

—¿Fue esa tu primera obra maestra culinaria? —Muerdo los huevos y luego rápidamente me olvido de James y de sus encantadoras historias de infancia. Los huevos tienen la textura perfecta, están hechos en su *punto*. La sal de pimienta roja no es muy picante, sino crujiente y deliciosa. Tomo una rebanada de pan. Es marrón y gruesa.

—Pan moreno —dice—. Justo como solía hacerlo mi abuela.

Pongo algo de huevo y yema sobre él, y muerdo. Nunca he comido pan moreno, habiendo crecido en una casa en donde durante los primeros diecisiete años de mi vida, los carbohidratos eran tan malos como los Talibanes. Claro, tomo panecillos, croissants y donuts cuando tengo prisa, pero no ha sido nunca algo que haya anhelado.

Esto. Este delicioso y suave pan moreno trae una sonrisa a mi cara. James me observa comer, e intento no revelar señales de lo perfecto que es esto.

—¿Cómo de irlandesa es tu familia? —pregunto en lugar de bañarle en elogios.

Se encoge de hombros. —La familia de papá no ha dejado Boston desde 1880. Por el lado de mi madre, yo sería de segunda generación. Mi madre nació en Nueva York, así que tenía la ciudadanía, pero se crió en Irlanda hasta que tuvo once o doce. Cuando volvieron a América eligieron Boston. Las calles eran demasiado sucias, demasiado ruidosas. No tan malo como Nueva York, pero *definitivamente* no como las highlands de Kerry. Ella nunca dejaba la casa.

Muerdo el rico, salado y grueso tocino. Es casi como el jamón, y querría un centenar más, por favor. —¿Qué la hizo salir?

James mete huevos y tocino en su boca. Parte un pedazo de pan moreno y lo unta con mantequilla. Si descubro que bate su propia mantequilla, no voy a dejarle olvidarlo nunca.

—Mi padre —dice con la boca llena. Se rasca el pecho, atrayendo mi atención a la espectacular vista de James sin camiseta. La ventanita detrás de la pila de la cocina deja entrar un poco de luz grisácea, lo cual hace incluso más brillantes sus ojos verde mar. Mi concentración está dividida entre el festín frente a mí y el otro festín frente a mí. Oh, Lucky, ¿en qué se ha convertido tu vida?

—¿Tu padre? —No sé por qué estoy tan confundida. Tal vez es solo porque James es tan jodidamente reservado sobre su vida. No hay una sola foto de alguien que pudiera ser su padre. No hay un solo tatuaje con el nombre de un hombre en su cuerpo. Solo hay la tensión de su rostro que está intentando desesperadamente esconder. Reconozco algo de ello. Es como cuando la gente me pregunta por mi famosa madre. Cuando hablan acerca de lo famosa que es. Pongo esa cara —. ¿No se llevan bien?

No responde a eso. En cambio dice —: Eran vecinos de niños. Él la vio al otro lado de la calle y bum. Se acabó. Él solía decir que podía ver el verde de sus ojos desde el otro lado de la calle, como si fueran faros para él cuando se encontraba fuera pescando en los veranos y ella lo esperaba en los muelles. Él nunca dice cómo consiguió que le hablara. Tal vez él hizo toda la charla, así ella no tuvo que sentir la presión de decir nada.

—¿Él está...? —No sé cómo hacer esa pregunta.



James me mira inquisitivamente, luego, entendiendo la implicación de mi silencio, sacude la cabeza. —Se encuentra bien. Bueno, no sé si bien, pero está vivo. Todavía en nuestra vieja casa.

Luego mete más comida en su boca y con eso sé que no va a decir nada.

—¿Dónde conseguiste este jamón?

—¿Tengo que darte clases ahora mismo? —James me dedica una mirada exasperada—. Es tocino.

Ruedo los ojos. —El tocino es más fino, grasiento y crujiente.

Su brillante sonrisa me roba la respiración. —Mi madre llamaba al tocino americano tocino de panceta porque era todo grasiento.

—No veo nada malo en eso.

Coge el carnoso tocino *irlandés* de mi plato. —No malo, solo que no tan delicioso.

—¡Oye!

Tranquilo como el ojo de una tormenta, James se para allí con mi bocado salado en su tenedor. Y yo soy un lío nervioso a su alrededor. Me levanto de mi asiento, el apetito apagado por el hambre de algo más. —Dámelo.

Rodeo la encimera y me paro en el hueco entre sus piernas. Sus rodillas se aprietan en mis caderas. Entonces se lo come. Toma toda la cosa y hace ruidos exagerados de gusto. —Eso es tan jodidamente bueno, Dios mío.

Le doy un puñetazo en sus abdominales desnudos. —Idiota.

Bloquea mis puños con sus grandes manos y sostiene mis brazos en mis costados, luego alrededor de su cuello. Decido que lo siguiente mejor después del tocino irlandés son los labios de James. Prueba la sal en ellos, presiono mi lengua contra la suya. Me sostiene con más fuerza, así puedo sentirle ponerse duro contra mí. Extiendo la mano hacia abajo y le libero de sus bóxers.

Jadeo cuando me levanta y envuelvo las piernas alrededor de su cintura. Se gira, de forma que mi espalda descansa contra la encimera del desayuno. Pasa sus labios hambrientamente a lo largo de mi cuello. Pasa un fuerte dedo a través de mi humedad, gimiendo en mi cuello. —Ya estás lista para mí.

Se aparta, y yo le sigo para atrapar sus labios. Su barba tiene mi piel enrojecida e irritada, pero no me importa. Se estira hacia la derecha para alcanzar una bolsa de la tienda. Sonríe cuando abre una caja de condones, abre uno, y lo desliza por su largo y grueso eje. No pierdo ni un segundo. Me elevo y me siento sobre él, gimiendo en su oreja.

—James. —Quiero decir su nombre una y otra vez. Toma mis caderas y me presiona más abajo hasta que se encuentra completamente dentro de mí. Ninguno de nosotros se mueve.

Envuelve sus brazos a mi alrededor y aprieta hasta que no queda aire en mi interior y tengo que jadear. Presiono su cabeza contra mi cuello, y le doy la bienvenida a la forma hambrienta con la que lame y muerde mi piel.

Luego subo y bajo sobre él mientras tira de mi pelo hacia atrás para exponer mi cuello. La combinación de sus mordiscos, de enfrentarle, de montarle, hace que me venga más rápido de lo que lo he hecho nunca. Puedo sentir mi interior apretándole mientras el orgasmo alcanza su punto máximo y dejo de moverme. Besa mi pegajosa y sudorosa piel, y muerde mi cuello en donde me había mordido antes.

Me echa el pelo hacia atrás y de repente soy autoconsciente de la manera en que está mirándome. Con hambre. Con preocupación por mí. El hecho de que le importe me afecta. Hace que mi corazón corra incluso más rápido.

—¿Estás bien? —susurra.

Sonrió, pero no tengo la oportunidad de responder. Mi teléfono suena. Lo ignoro y beso a James, disfrutando de la forma en que mi piel hormiguea con él en mi interior. Me mezo hacia delante y hacia atrás, pero el teléfono suena dos veces más. James suspira, y me doy cuenta de que él no va a alcanzar el clímax con mi teléfono sonando. Busco a tientas entre los platos vacíos de comida hasta que lo encuentro. Me muerdo el labio cuando siento a James palpar con fuerza dentro de mí.

—Es Stella. Y Felicity. —Tengo seis llamadas perdidas. No debo de haber oído las otras. Marco llamar.

—No te *atrevas* a parar. —Su voz es una súplica ronca cuando intento bajar de encima de él.

Se inclina hacia delante y me besa en la clavícula cuando el teléfono suena y mi madre lo coge.

—¿Llamaste? —le pregunto a mi madre.

No la entiendo cuando me grita un revoltijo de palabras juntas que no comprendo.

—No entendí nada de eso.

Me muerdo la lengua cuando James empuja dolorosamente lento dentro de mí. Me aferro a su cuello con un brazo y sostengo el teléfono contra mi oreja con el otro. Mis pezones duros se presionan contra su suave pecho. Aprieto los dientes para evitar lloriquear.

55 1 — ¿Viste el periódico? ¿Dónde está James? ¿Me voy durante *dos* días y esto es lo que haces?

El pánico inunda mi torrente sanguíneo. Pero también el placer.

— Escucha, necesito que estés sobria y seas seria por una vez.

— ¿Sería, como huir a Nueva York?

James alza su rostro y aprieta los dientes. Puedo sentirlo, todo de él, empujando profundamente dentro de mí de una forma que me hace querer gritar. Sostengo el teléfono a un brazo de distancia mientras ella me grita. Abro la boca para dejar salir un muy necesitado gemido, pero él presiona su dedo contra mis labios para mantenerme en silencio. James tiembla y puedo sentirlo acercarse.

Vuelvo a llevar el teléfono a mi oreja; la charla de Stella no se ha detenido.  
— ¿Dónde demonios estás? ¿Con Bradley?

— ¿Qué? No estoy con Bradley. — Estoy con tu chef ejecutivo, James Hughes, y él está a segundos de alcanzar el clímax dentro de mí —. ¿Dónde estás?

— Estoy en el restaurante. Trae tu culo aquí, señorita.

Cuando cuelga, dejo caer mi teléfono. James deja salir todos los ruidos que ha estado conteniendo. Hay algunas maldiciones, y mi nombre repetido muchas veces. *Lucky. Lucky. Lucky.* Un nuevo calor me llena cuando él se estremece y descansa su cara en mi pecho.

Agarro su barbilla y alzo su rostro para poder ver sus ojos. Decido que ese verde mar es mi nuevo color favorito.



*Traducido por Sandry**Corregido por Key*

James me deja en la esquina del condado en su camino a The Star. Corro al apartamento para ponerme unos vaqueros azules secos y una camisa blanca y limpia. Me lavo la cara y me froto una barra desodorante debajo de los brazos. Huelo a cuero, a James y un poco a tocino.

Corro hacia The Star. Nunca he trabajado a pocas cuadras de donde yo vivo. Los bloques son muy largos, más que los de las avenidas de Manhattan. El viento es fuerte, la lluvia y la niebla abofetean mi cara. Mi paraguas es inútil así que lo dejo en la papelería más cercana antes de entrar en el restaurante. Una mirada a la cara de pánico de Felicity y sé que algo va mal. La habitación huele a pintura fresca de la pared que-no-debe-ser-nombrada. Aún se ve sin hacer, pero mejor que la de los paneles de yeso chamuscados.

—¿Qué pasa? —Pongo mi bolso y la cámara sobre la mesa. Documentos están esparcidos por toda la primera mesa del comedor. La mitad de un bagel descansa en una servilleta.

Los rizos de Felicity se ven como si hubiera pasado los dedos a través de ellos una y otra vez. Me siento culpable por no estar aquí antes. Mientras espero que mi aura no grite: “Acabo de tener sexo increíble y el desayuno fue espectacular, ambos servidos por un hombre magnífico”, si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo de nuevo, todavía habría llegado tarde.

Antes de que pueda responder, una puerta se cierra. James sale hecho una furia de las oficinas traseras y atraviesa el restaurante. Me doy cuenta de que estoy sonriendo. Mis ojos están pegados al azul de su camisa, intenso como un cielo sin nubes. Su chaqueta de cuero, la que yo llevé todo el día de ayer, se agrupa en un puño. Sus ojos están bordeados de rojo, sus hermosos labios en una línea enojada en su rostro.

*Oh, no.*

—¿Qué...?

Pero no se detiene a hablar conmigo.

Puedo sentir mi pecho estrujándose dolorosamente cuando él ni siquiera me mira. El color verde oscuro de sus ojos está dirigido a la puerta. Mientras pasa al lado mío, pongo mi mano en su brazo y se la quita de encima.

Un pequeño suspiro se escapa de mis labios. No es la deliciosa clase de exclamación de esta mañana por lo bien que me hizo sentir.

Sigue caminando, como si yo no existiera. Da un paso, dudando entre volverse y la puerta. Empuja la puerta doble en la parte delantera del restaurante y se va bajo la lluvia. No. Yo existo. Él simplemente no quiere tener nada que ver conmigo.

—Oh, mira —dice Stella, sus tacones apuñalando al suelo como flechas contra el metal—. Mi gerente del restaurante, por fin ha optado por despertar.

Niego con la cabeza, tratando de procesar lo que me rodea. Los grandes ojos de Felicity. El rechazo airado de James. El ceño de botox de mamá (¿es aún considerado un ceño?). —¿Puedo comprar una puta vocal?

—Puedes comprar una maldita frase entera si quieres —dice Stella—, para que puedas empezar a explicarme esto.

Ella golpea un periódico sobre la mesa. Está doblado en la sección de chismes locales. Recuerdo haber visto a James allí hace unos días con una chica borracha en el club. Aquí está de nuevo. Es interrogado por la seguridad del estadio. Luego hay una imagen borrosa de mí usando mi gorra de los Yankees. Es la foto menos halagadora que he visto de mí, por lo que me doy cuenta de que no es una prioridad en esta situación, pero aún así. Me parece que estoy gruñendo, lo que probablemente era cierto. El titular dice: “Un Famoso Chef En Ciernes Atacando En El Parque”.

Pongo los ojos en blanco y leo demasiado rápido, solo entendiendo: “Howie Johnson sufrió un ojo negro y una nariz rota a manos de James Hughes, chef ejecutivo de Stella Carter en The Star, programado para abrir el veintiocho de junio. Johnson afirma que el chef James entró en un ataque de ira después de no más que un malentendido en donde estaba involucrada Lucky Carter, la hija de la estrella de TV de cocina. Cuando se le preguntó sobre el incidente, la joven Carter respondió: *Se lo merecía*. Alguien debe alertar a la señorita Carter que no tiene sentido llorar por una cerveza derramada”.

—Tiene que ser una maldita broma —digo—. Ni siquiera consiguieron bien mi nombre.

—¿No estuvo Clarissa Adams aquí el otro día?

—¡Sí! ¡Pero eso no es lo que le dije! —Creo. En realidad, sí lo hice. Me dio una foto policial y me enfadé. No he aceptado sus llamadas desde entonces—. Ella fue muy astuta. Todo de lo que quería hablar era de James.

Mi madre está furiosa. Cierra los ojos, sacude la cabeza, como si estuviera tratando de desterrarme en este momento.

Alzo la vista del papel y veo a mi madre en plena ebullición. — Mamá...

— ¿Sabes cómo me hace lucir esto? — Sus brazos están cruzados sobre el pecho. En una inspección más cercana, todavía lleva sus pantalones de yoga de viaje. Son de diseño, pero aún así pantalones de yoga. Sus ojos se ven cansados, y su máscara de pestañas está manchada, como si se lo hubiese puesto mientras estaba a la carrera.

— ¿Cómo hace que *te* veas esto? — Me paro, elevándome sobre ella, pero de alguna manera tiene la habilidad de hacerme sentir insignificante—. James me defendió. Ese tipo me estaba tirando cerveza.

— Lo sé, lo leí aquí. — Golpea el periódico para recordármelo—. La cara de James no es la única que eligieron para mostrar con moretones y sangre en la nariz.

— ¡Por supuesto que no! Ellos solo quieren una historia para imprimir. Tú no estabas allí. Felicity, apóyame en esto.

— No metas a Felicity en esto. — Señala con el dedo justo en mi pecho, clavándome su uña falsa hasta que duele—. Se trata de ti y de lo irresponsable que eres. Te dejo a cargo durante dos segundos...

— ¡No me dejaste a cargo, simplemente te *fuiste*!

Sus cansados ojos están inyectados en sangre. — ¿Sabes lo que pasará si esta degenerada me demanda? Esto no afecta a James. Me afecta *a mí*. Todo lo que él hace, todo lo que tú haces, me afecta. Ya le envié los boletos a Fenway.

— ¿Es una broma?

— ¡Por supuesto que no! Tengo que cubrir mis bases. — Sonríe por su broma no intencional.

— Muy bien, pero ¿qué quieres que hagamos? No podemos darle la espalda a la lucha. Ya está publicada.

— Quiero que te *importe* un comino. Que no pierdas la calma con los aspirantes a columnistas. No sé qué hacer contigo. — Stella hace un gesto con su mano en el aire, descartando mi declaración como una mosca zumbando alrededor de la oreja—. Ya me hice cargo de James.

Pienso en James saliendo hecho una furia fuera de aquí sin un sola palabra. — Espera un minuto. ¿Le has *despedido*?

Stella rueda los ojos. — Invité a Clarissa Adams a la degustación. Tal vez si ella consigue suficiente comida en su bocaza, tendrá algo agradable que decir y se calle la puta boca.



A pesar de que mi madre no es la persona más políticamente correcta en el mundo, no suele hablar así a menudo. Ella es más del tipo de dar elogios indirectos a la persona.

—¿Has despedido a James? —pregunto más fuerte.

—¿Y qué si lo he hecho? Lo odias.

Paso mis manos por el pelo húmedo. Ahora sé por qué Felicity se ve de la forma en que lo hace. —¡Esa no es la solución!

—Dime, Lucky, ¿cuál es la solución? —Ladea la cadera hacia un lado. Sus planos abdominales se atisban entre sus pantalones y la blusa. Si es posible, se está poniendo más flaca—. ¿La solución es este espectáculo de fenómenos como personal que contrataste?

Ella agita los currículos del personal que escogí cuidadosamente en sus manos, sus fotos tomadas con Polaroids en el acto.

—Esos fenómenos son los más calificados.

—Yo quería específicamente a un cierto tipo de persona.

Chupo mis dientes. —¿Qué? ¿Modelos desempleados que ni siquiera comen por lo que no puedan recomendar cualquier cosa del menú?

Se encoge de hombros y lanza los papeles sobre la mesa. —Está hecho. Los necesitamos para la apertura. Después de eso, encontraré algo mejor.

Mi madre se pellizca el puente de la nariz, como si estuviera tratando físicamente de hacer retroceder todo este lío.

—Mira —digo, el pánico estrellándose en mí. Mis labios se secaron y mi corazón se está parando—. No te gusta la gente que he contratado, o la forma en que nos comportamos en el juego. Lo entiendo, no debería haber ocurrido. Pero la verdad es que cuando James golpeó a ese chico por mí, sabía que podía confiar en él. Yo sabía que podía contar con él. Sé que su imagen es lo más importante para ti y si invitar a la perra de Adams a la apertura te hace sentir mejor, eso está bien. Pero no vas a sustituir a James. No hay reemplazo para el *chef ejecutivo* cuyo rostro está pegado a tu restaurante y tu nombre. Su comida es increíble. Es la única parte de este restaurante que de verdad va bien.

Mi madre me mira durante un largo rato. Levanta la barbilla, desafiante, de la forma en que yo lo hago a veces cuando ella me ha corregido. Me gustaría saber en qué nos equivocamos a lo largo del camino. Pero ese es un deseo estúpido, porque lo sé. Sé que es el día en que mi padre dio un giro equivocado, cuando el otro coche tomó el mismo camino equivocado, cuando chocamos en una mezcla de metal, de hueso y un mundo de tristeza al instante. A partir de ahí no pudimos recomponer nuestro mundo de nuevo. Así que simplemente fingimos que el naufragio no continúa allí.

Se lame los labios secos, volviendo su atención a Felicity. —Asegúrate de que haya una confirmación de asistencia final para la degustación. Lucky, pensándolo bien, me gusta la idea de una pared cubierta de tela. Vi un asador en el Lower East Side hacerlo en plata y me distrajo de la comida. Cancela la instalación con el diseñador.

Y así es como la tormenta ha pasado. Ella se ríe de un recuerdo que no podemos compartir. Una bandera roja se apaga en la parte trasera de mi cabeza. Me dice que algo está mal, ¿pero cuando algo no ha estado mal?

Me encojo de hombros, uno solo. —Entonces, ¿qué es lo que quieres en la pared? Es demasiado tarde para tener algo para la degustación, pero si empezamos mañana, podemos tenerlo listo para la gran apertura.

Ella suspira, una sonrisa blanqueada se ilumina por encima de su rostro cansado. —Piensa en algo. Estoy trabajando en algo importante para nosotros.

—¿Qué cosa importante?

—Es una sorpresa.

Ahora es mi turno para apretarme el puente de la nariz. Mi sien late dolorosamente. Necesito un café. —¿Qué pasa con James?

—Oh, querida. Nunca fue despedido —dice Stella con ligereza—. Le eché la bronca, pero nunca lo despedí. Como has dicho, su nombre está *unido* a este lugar.

Todo mi cuerpo destella con vergüenza. —Entonces, ¿por qué parecía enfadado cuando salió?

Stella se da la vuelta, mirándome cuidadosamente. —Porque invité a Clarissa Adams a la degustación.

Debo de estar viviendo en la Tierra de Falta de Comunicación: población Lucky y amigos. Es decir, yo también estoy cabreada de que haya invitado a la periodista, pero James estaba enfurecido. Era el enfado y la ira de Zeus. Apartó mi tacto después de pasar una noche y una mañana follando conmigo.

—Estoy segura de que él piensa que soy un monstruo —dice mamá, comprobando su manicura. Tiene una rotura en una de las uñas—. Pero no tengo otra opción. Debo hacer las paces.

—No lo entiendo. ¿Por qué le ibas a parecer un monstruo?

Suspira, y mira a los ojos de Felicity. Es como si estuviera cansada de hablar, por lo que le insta a Felicity a hacerlo por ella.

—Esa es la cosa —dice Felicity—, Clarissa no es solo una reportera. Es la ex novia de James.

Traducido por florbarbero

Corregido por Fany Keaton

—¿Estás bien? —pregunta Felicity.

Mi nueva tarea es hallar un nuevo vestuario. Claro, hay que descargar un cargamento de vinos y finalizar un menú, pero lo principal en los ojos de Stella Carter, es que su desastre de hija necesita un nuevo vestuario. *Algo digno*, como expresó ella.

Digna es lo último que me siento rebuscando a través de los bastidores de diseño de una tienda que huele a aire viciado y turistas. Si me quedo quieta por mucho tiempo más, seguiré pensando en lo mismo: *James tiene un pasado criminal. James tenía una prometida. James tiene todo tipo de secretos. Me enamoré de un hombre cuya historia no conozco. Y por si fuera poco su ex prometida vendrá a la degustación.*

Presiono mi cabeza contra el espejo delante. Quiero enterrar mi cabeza en la arena. Si cierro los ojos durante el tiempo suficiente, puedo recordar cómo se sienten los dedos de James cuando sostiene mis brazos, o roza la piel sensible en el hueco de mi garganta.

—Estoy bien —le digo a Felicity—. En realidad, no estoy bien. ¿Te fumaste algo? No usaré eso.

Su rostro se vuelve rosa y cuelga los vestidos. Mierda, eso es quizás algo que ella habría escogido para sí misma.

—¿Por qué estamos aquí? No tenemos cuarenta.

Felicity se encoge de hombros. —Tienen algunas cosas buenas.

—Lo siento, no pretendo ser una perra.

—Los últimos días han sido locos.

—Eso no es excusa. Vamos, vamos a irnos de este lugar y tratar de encontrar algo más.

En la zona de la estación de Back Bay pasamos centros comerciales y hoteles de convenciones. Me encuentro mortificada ante la idea de toparme con James, pero no podía decírselo a Felicity cuando sugirió que compráramos aquí.

Las calles están concurridas, pero no se sienten abarrotadas como cuando intentas realizar compras en Times Square. Por otra parte, Boston no es una capital



de la moda. La mayoría de las personas se visten de forma conservadora cuando van a trabajar, como si hubiese una liquidación en las tiendas Nordstrom y Talbot a la que todo el mundo asistió. Otros se visten como si fueran a ver un partido de béisbol en el estadio más cercano, incluso si no lo harán. Mis ojos se inundan con sudaderas y gorras de béisbol de los Sox Red, y pantalones caqui, camisas polo y bolsas de mensajero deformes. ¿Qué sería del mundo si no usas una camiseta diciendo que fuiste a Yale o al Tecnológico de Massachusetts? Gracias a Dios por los hombres gay y los hipsters por añadir algo de color a la ciudad menos atractiva en la que he estado. Incluso Montana tenía un ambiente vaquero-hippie contrastando con lo atlético.

—Tengo una idea —dice Felicity, deteniéndome antes de llegar a el paso de peatones.

—Dime.

—No quiero que pienses que siempre me visto así. —Hace un gesto a su traje gris oscuro, cuyo pantalón es demasiado largo para sus musculosas piernas y la camisa blanca no termina de encajar con generosos pechos.

Me río. —¿Por qué te importa lo que pienso?

Felicity se acomoda un rizo detrás de la oreja. —Porque eres... genial.

Sujeto sus hombros. —Amiga, soy el mal caminando.

Rueda los ojos. —Solo trato de *lucir profesional*, pero nadie hace ese tipo de ropa para mi tipo de cuerpo.

—¿Quieres decir para un cuerpo deliciosamente sexy?

—¡Lucky! —Se vuelve roja remolacha.

—Lo digo en serio, mataría por tener pechos más grandes. Quiero decir, no tendría que hacerlo. Mi mamá me los compraría, pero no sería lo mismo.

Felicity ríe. —¿Alguna vez oíste hablar de Pink Pony Parlor?

Pink Pony Parlor es un cruce entre una tienda de segunda mano y una boutique situada en los suburbios de Allston-Brighton. Solo estuve allí una vez para visitar a una amiga en mi breve paso por Simmons. Cuando la ciudad estaba saturada hace unos años, bebimos vino barato y comimos el contenido de su refrigerador antes de obtener el visto bueno para aventurarnos al exterior, donde la gente en sus pórticos criticaba a Dropkick Murphys.

—Compraba aquí todo el tiempo cuando estaba en la universidad. —Felicity gesticula a través de las estanterías. Todo se halla ordenado por colores, lo que hace que mis ojos tengan un caso grave de déficit de atención con hiperactividad.

—Este lugar es impresionante. —Saco un vestido de cuero rojo vino. Me recuerda a una armadura por los detalles en el pecho. La espalda es muy baja, lo

que coloca a mis sentidos en modo de pánico. No suelo usar vestidos, pero tampoco quiero usar un traje aburrido. ¿Por qué son esas mis únicas opciones?

— Eso es caliente — dice Felicity —. Casi me recuerda a la piel de dragón.

— ¿Crees que mi madre enloquecería si me lo pongo?

Felicity mira de reojo el vestido en mi mano. — No estoy segura. Pruébalo.

Lo llevo al probador, comprobando mi teléfono por décima vez desde que llegamos a la tienda. Sigo queriendo ver el nombre de James, pero solo tengo mensajes de Bradley diciéndome que soy una idiota por trabajar tanto, y sorprendentemente uno de Sky pidiéndome la dirección de The Star. Se suponía que también vendría de compras, pero lo eludió.

— Oye, Felicity. — Me coloco el vestido rojo. La cremallera llega hasta la espalda baja. El cuero es como una segunda piel, con hombreras, y detalles en negro a lo largo de las costillas que hacen que mi cintura se vea aún más pequeña—. ¿Hiciste que los chicos realizaran una verificación de antecedentes sobre James antes de contratarlo?

— Oh, por supuesto. James Hughes, nacido el veintiséis de julio de 1988. Algunos boletos de estacionamiento sin pagar. Empezó trabajando en un bar de baja categoría y comenzó a ascender. ¿Por qué lo preguntas?

— Es solo que... esta cosa con Clarissa es una locura.

— ¡Lo sé! — dice. Puedo oírla cambiarse su vestido en el vestidor contigo —. Mencionó a una ex loca durante una cena con Stella. Ella no podía creer que estuviera solo. Sin embargo, nunca dijo su nombre. ¡Estoy lista, sal!

— Correcto... — Decido dejar las cosas así.

Cuando doy un paso fuera para dejar que Felicity me vea, dice —: Te ves como una modelo guerrera.

— No sé cómo sentirme por esa combinación — digo —. Pero el cuero es tan suave y me encanta este color.

— Hace que tus ojos se vean súper claros. Además, con tu pelo oscuro, te ves hermosa.

Luego miro a Felicity. Tengo que pestañar varias veces para asegurarme de que es realmente ella. Optó por un bonito vestido de satén rosa que me recuerda a una película de los años cincuenta. Parece que hubiese viajado en el tiempo, con sus labios carnosos, sus largas pestañas y el pelo rizado. El vestido hace que su piel morena se vea aún más hermosa.

— Te ves hermosa. — Me encuentro casi sin palabras —. No te lo tomes a mal pero, ¿por qué no te vistes así más a menudo?

Baja la mirada a sus pies descalzos en el piso de alfombra roja. Pero sé la respuesta inmediata. A veces es más fácil ocultarse en segundo plano, para no quedar expuesto y en el centro de atención delante de las personas.

—Me llevaré este vestido —digo—, si te llevas ese para ti.

Se ríe, regresando a su vestidor. —No me puedo permitir esto. Solo me estoy divirtiendo.

—Oye —le digo a través de la cortina que nos separa. Esto es bueno, ir de compras con otra chica, especialmente alguien tan agradable como Felicity. Por mucho que me cueste admitirlo, el que no tenga muchos amigos es mi culpa. Siempre quise estar sola. Quería un hermano, pero a medida que fui creciendo y mi resentimiento hacia mi madre se profundizó debido a la angustia adolescente, recé para que ella no quedara embarazada. Tener a Felicity cerca durante los últimos días ha sido agradable. Es verdad, me sentí como una extraña cuando puse un pie en el apartamento de mi madre, pero Felicity trató de hacerme sentir bienvenida.

Como no tengo una hermana, voy a conformarme con una nueva amiga. Porque estar sola apesta. —Si Stella nos pidió que nos vistiéramos de una forma un poco más agradable, entonces ella pagará la cuenta.



*Traducido por Mire  
Corregido por Jasiel Odair*

Una aclamación estalla en la Taberna de O'Huggin en la calle Boylston por Fenway. No reconozco los colores del equipo jugando contra los Sox, pero eso no importa porque todo el mundo en el bar está vistiendo de Sox Red. Incluso Bradley y Sky tienen sus gorras de béisbol. Entierro la cara en mi cerveza veraniega de Boston. Es dulce y picante, y tiene el indicio más pequeño de naranja.

Bradley me agarra por la cintura y me alza, haciéndome tragar la cerveza por el agujero equivocado. Lo pateo en su espinilla y me suelta.

—¿Qué demonios, Luck?

Señalo mi garganta, tosiendo sobre él para asegurarme.

Sky le da una larga mirada de reojo. Se rasca la parte posterior de su cabeza, sus ojos azules vidriosos y sonríe. Él golpea su puño en la barra y le grita al barman. El barman, una chica robusta vistiendo una camiseta negra y pantalones cortos de mezclilla lo queda mirando mientras limpia un vaso con un trapo. Puedo decir por la expresión en sus ojos que ella o va a golpear a Bradley en la cara o va golpear a Bradley en la cara.

—Siéntate. ¿Qué quieres beber? —le pregunto, tirando de su camisa para sentarlo.

Sky sigue mirando a la puerta. Siento un viento opresivo en mi pecho. No hace falta ser licenciado en psicología barata para darse cuenta de que pasa algo entre ellos.

Bradley comprueba la hora en su reloj nuevo. Sky lo mira como si el reloj le robó su dinero para el almuerzo y la empujó en la tierra por si acaso.

—¡Jame-oh! Jame-oh —corea Bradley. El bar gime mientras el equipo visitante consigue un jonrón—. ¡Oh, maldito puto gay!

—¡Bradley! —le gritamos Sky y yo.

Sky grita—: ¡Eso *no* está bien!

Pone ojos de cachorro y besa la cima de la cabeza de Sky. —Lo *siento*. No quise decir nada con eso. Nena, estoy *borracho*.

—No. —Aleja de golpe su toque, claramente cabreada. Me estremezco porque Bradley está actuando como un idiota. Peor que un idiota. ¿Qué se le ha metido? Él sabe que los tíos de Sky son gays, y se supone que ellos deben ir a su boda este verano en los Hamptons. Ella suspira profundamente y toma un largo trago de su té helado.

Sabía que salir no era la mejor idea, sobre todo desde que la degustación es mañana. Pero las cosas principales están hechas. La lista de invitados está lista; aunque Bradley irá, y no sé cómo va a comer toda esa comida en un estómago con resaca. El vino está listo para salir. La construcción está en pausa hasta el día después de mañana. Todavía no tengo un plan sobre qué poner en esa estúpida pared vacía, pero ya se me ocurrirá algo. De acuerdo con Felicity, el menú está todo listo. James incluso sacó ese mousse verde y lo sustituyó por una bola de masa hervida de cangrejo real frito que no he probado.

James. Jodido James Hughes que no me ha escrito un mensaje de texto o llamado desde que salió del restaurante. Sacudo la cabeza a nadie en particular. En realidad, no, sacudo la cabeza a mí misma porque soy más consiente. Agito mi mano hacia el barman y ella viene directo hacia mí.

—¿Puedo tener un Jameson, un Jack, otra cerveza veraniega, y nachos irlandeses?

Me da una sonrisa, como si pensara que soy patética. He dado esa sonrisa a muchos de mis clientes de barra durante años. Siempre está el habitual que se presenta a las cinco de la tarde y pide una cerveza cada media hora durante tres horas. Están las chicas que ordenan cosmos en bares llenos de gente, luego se quejan de que lo derramaron y quieren otro. Gratis. Está el solitario graduado de la universidad comprobando su teléfono por cada cinco minutos porque espera a una cita que nunca aparece, por lo que intenta (sin éxito) coquetear conmigo dándome cinco dólares en cada cóctel. Claro, tomo el dinero, y en un cierto nivel eso me hace una persona de mierda, pero después de tantos años, tengo cero paciencia o simpatía por los borrachos.

Incluso yo borracha.

—¿Segura que no quieres una bebida? —le pregunto a Sky.

Bradley se ha dirigido hacia la máquina de pinball. Golpea su puño en la parte superior del vidrio, lo que provoca una advertencia de uno de los gorilas.

—Conductor designado —dice Sky con una media sonrisa.

—Pareces triste. —Tomo un profundo trago de mi cerveza. El bar jadea colectivamente, luego se estremece mientras el tipo corriendo alrededor de las bases está fuera. Estúpida pantalla borrosa del televisor.

—¿Puedo preguntarte algo y me responderás con sinceridad?

Miro en sus suaves ojos color avellana. Estoy instantáneamente celosa de sus gruesas cejas negras y espesas pestañas negras. La miro más cerca y confirmo que no está usando rímel. Perra. — Dispara.

— ¿Brad te ha parecido extraño últimamente?

Encuentro a mi mejor amigo en el bar lleno, ahora tratando de pescar un animal de peluche de la máquina de garra. Él alimenta la cosa con más dólares y presiona los botones sin éxito.

— Sí.

Sky se queda mirando su manicura francesa. — Sé que es tu mejor amigo, y lo siento si he sido una idiota contigo últimamente. Pero no quiero perderlo. Ha estado actuando tan extraño. Siempre llega tarde para nuestras citas. No fue a clase dos días seguidos. Está gastando todo este dinero en cosas estúpidas como zapatos y relojes.

— ¿No era un regalo el reloj? — Mi pregunta se pierde entre las aclamaciones de furor y tipos abrazándose unos a otros.

— ¿Qué? — pregunta ella, ahuecando su oreja contra el ruido.

Mi pecho se pone caliente como cuando te pillan en una mentira. Excepto que no soy yo la que está mintiendo, Bradley lo es. — Dije que los chicos son estúpidos. No saben cómo actuar.

Sky sonríe, sus labios rosa son de un etéreo roce en su rostro. — ¿El chef?

Puedo sentir mi cara volverse tan roja como su suéter. El barman deja el plato de nachos irlandeses en frente de nosotras. Alguien tropieza contra mí y se disculpa.

— Dejaste un bar en Boston para aparecer con nachos irlandeses — dice Sky. Saca un pedazo delgado de papa bañada en queso fundido, cebollinos, trocitos de tocino y un montón de crema agria.

— Es genial — digo, con la esperanza de que podamos cambiar de tema. Meto la papa en mi boca, exhalando el vapor muy caliente y masticando con cuidado para no tener mi lengua con quemaduras de tercer grado. No es que estaré utilizando mi lengua para algo emocionante esta noche.

— Vi el periódico — dice Sky—. No quería decir nada, pero, bueno, estoy mintiendo. Me muero por saber.

Finjo una risa. — Fue un accidente estúpido.

Sky sonríe a sabiendas. — Pero hay más.

Suspiro. Soy bastante buena en guardarme las cosas. Si no tengo que lidiar con ello, entonces no existe. Soy como un avestruz, metiendo mi cabeza en la arena para evitar el mundo. Así que le digo. Le digo que James me hace enojar. Que no sé



si quiero besarlo o darle un puñetazo en el estómago. Le digo que tuvimos sexo; dejando que se asiente la imprecisión de eso. Que mi madre invitó a la periodista a la degustación. Que la periodista es la ex de James. Que aparte de todo esto, hay algo más que él oculta. Que no sé si me siento atraída por él porque es difícil de descifrar o porque en realidad es un buen tipo.

— Sé exactamente cómo no elegirlos — digo.

— Mierda. — Niega —. Creo que elegiste a la perfección. ¿Y qué si esa es su ex? Claramente no la quiere allí, y ella obviamente está tan obsesionada con él que sigue su drama por toda la ciudad. Debería echarla por ser una maldita acosadora.

— ¿Entonces por qué no me escribe ni me llama?

Sky saca un trozo de papa y la sumerge en la gota de crema agria en el centro del plato. — ¿Has tratado de escribirle o llamarle?

Trato de pensar en ello. — No.

— No estoy diciendo que debes ir a por todas y perseguir a un hombre. No todos los chicos merecen ser perseguidos. Pero te conozco desde hace dos años, e incluso nunca te he visto preocupada. No así. Un mensaje de texto no va a matarte. Además, eres básicamente su jefe.

— Los chefs y gerentes están más o menos en el mismo nivel.

Gruñe con la boca llena de nachos irlandeses. — Lo que sea, sabes lo que quiero decir. No lo arruines porque tienes miedo.

— No tengo miedo. — Tomo mi trago de whisky y lo vacío, como si eso probara mi miedo inexistente de James. Quema un camino hacia abajo, pero me llena con el primer momento de calma que he tenido en dos días.

Sky sonrío y asiente. — Seguro que no.

— Sky, si supieras que un chico oculta algo y no tocas el tema porque esperas que él lo diga por su propia cuenta, ¿cuán tonta te hace eso? Y solo para que quede claro, por “tú” me refiero a “mí”.

Mientras piensa, Sky luce preciosa y triste. Como si estuviera teniendo una comprensión por sí misma. En serio me gustaría poder darle paz mental cuando se trata de Bradley, pero solo he estado respaldando sus mentiras. Incluso ahora, mi silencio me hace sentir vergüenza.

— La mayoría de la gente no lo dice hasta que son atrapados — dice Sky —. A mi papá lo atrapaban engañando a mi mamá más o menos cada tres meses. Pero él lo negaba. Lo negaba tan firmemente que pienso que se creía que era inocente. Aun así, mi madre vio lo que quería ver. Cuando te encuentras enamorado, siempre serás un poco tonta. Si no es la otra persona que tiene que sincerarse. Tú tienes que ser capaz de sincerarte contigo misma.

Mientras los Sox los aplastan en el campo, Sky y yo nos sentamos en una extraña tranquilidad solidaria. Cuando la comida se ha acabado y mi cerveza está vacía, la copa de whisky de Bradley sigue sobre la mesa. Nos volteamos y buscamos su mata de pelo rubio, pero nada. Veo la nube de preocupación en el rostro de Sky. Jodido Bradley... ni siquiera puedo procesarlo en este momento. Sky lo llama, pegando su dedo en su oído libre para oír mejor.

—¿Dónde estás? —le grita. Sus ojos son grandes y furiosos—. ¿Qué quieres decir con que te fuiste? No me digas que me calme. Estábamos a un metro de ti. No... ¿Qué mierda te pasa?

Quiero enterrar mi cabeza en la arena por Sky. Lanza el teléfono en su bolso, sostiene el borde de la barra por apoyo. Parpadea. Espero hasta que ella misma se ha compuesto antes de poner mi mano en su espalda.

—¿Lista para irte?

Asiente. Dejo dinero en la barra, vaciando la copa intacta de Bradley. Hay dos cosas que no debes derramar por los chicos: lágrimas o un buen whisky.

## 32

*Traducido por vals <3**Corregido por Marie.Ang*

Recientemente bañada y debajo de mis mantas, empiezo a quedarme dormida cuando mi celular suena.

Es un código de aérea de Boston. Normalmente no respondo a números que no conozco, pero desde que tengo la compañía de teléfonos, tengo que hacerlo. Si es ese mismo vendedor de licores llamando para hablar acerca de su vino especial, juro que...

— ¿Hola?

Escucho algo caer del otro lado de la línea y un silencioso “mierda.” Entonces, él se aclara la garganta. — ¿Lucky?

Me quito las mantas, mi piel hormigueando por la repentina exposición al aire acondicionado. — ¿James?

Golpeo mi frente por cuan ansiosa soné.

— El mismo.

Los dos nos quedamos callados. Siento como si tuviera miles de palabras pegadas en la boca y no sé cómo darles forma en una conversación coherente. — ¿Puedo ayudarte? O solo vas a respirar en el teléfono, lo que, tengo que decirte, es un poco espeluznante.

— No, idiota — dice, y me hace sonreír porque al menos está actuando normal.

— Bueno, cara de idiota, ¿qué quieres?

— ¿No tengo permitido llamar a mi jefe a media noche de la víspera de la gran degustación?

— Cambiaste tu número.

— Sí — es todo lo que dice. Caemos en ese silencio blanco.

— Por favor, no me digas que volaste la cocina o algo — digo —, porque estoy demasiado cerca de tener un ataque de corazón.

— Yo solo... Estoy en tu vestíbulo. ¿Puedes bajar?



71 1 Cuelgo y agarro un albornoz del armario. Por supuesto que es de seda y encaje, y luce raro contra mis pantalones chándal y camiseta de tirantes, pero era más rápido que buscar un sujetador en el lío de ropa en mi piso.

El portero me saluda cuando me ve, pero mis ojos están enganchados en James. Se encuentra en el área de espera del vestíbulo. Hay una chimenea y sillones de felpa. Está sentado con los codos en las rodillas.

—Hola —digo.

Se levanta. —Hola.

—No podemos hablar aquí. —Sin esperarlo, salgo y bajo a la calle. En la esquina, árboles bien cuidados se hallan en línea con la acera. De aquí, la vista del puerto, las parpadeantes luces de Boston, es bastante hermoso. Hace mucho frío, pero cuando James me ofrece su abrigo, sacudo la cabeza. Por la expresión de su rostro no vino precisamente a ligar.

—Lo siento, Lucky... —dice.

¿Por qué es que tu cuerpo se enciende cuando esperas a que alguien termine una oración después de eso? Es como si estuviera caminando en una cuerda floja a través de un volcán con mi piel en llamas.

—Siento haber sido un imbécil.

—Está bien. ¿Quieres explicarme por qué has sido un imbécil?

—Cuando Stella me llamó a su oficina, sabía que nos encontrábamos en problemas. O al menos, yo sabía que estaba en problemas. Ella tenía ese documento de mierda en su escritorio, y entonces dijo que invitó a Clarissa a la degustación...

—Tu ex prometida.

—Sí.

*Volcán. Volcán. Volcán.*

James se aclara la garganta de nuevo y continúa: —No hay nada más de qué hablar. Fue hace tres años. Salimos por un año y nos comprometimos rápidamente. Me le propuse porque sabía que eso era lo que quería ella. Pero, todavía era solo un ayudante de cocina y no era lo suficiente para ella. Así que, lo terminé. No quería estar con alguien que me hacía sentir como una mierda después de pasar doce horas al día trabajando duro. Cuando fui al espectáculo, empezó a buscarme de nuevo, pero no le he devuelto ni una sola llamada desde entonces. El único momento donde veo su nombre es cuando alguien me muestra cualquier mierda que escribe de mí en esa columna de chismes.

—Ella es NO CONTESTAR —digo.

Asiente, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo. —Es por eso que cambié de número.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo, James? —Me estremezco con la brisa salada—. ¿Qué tiene que ver eso con que has sido un imbécil conmigo? La pasábamos bien y en segundos, te convertiste en *ese* tipo.

—Lo siento.

Ojalá dejara de decir eso. Lo siento no significa nada. —Está hecho. Pero eso no responde mi pregunta.

—Me sentía de un humor terrible. No la amo, pero tampoco quería verla de nuevo. Hay algunas cosas acerca de mi pasado que no entenderías.

Enojo se enrolla alrededor de mi corazón. El calor en mi pecho llega a ese punto en el que no puedo soportarlo. —Ni siquiera lo has intentado. ¿Cómo puedes saber que no lo entendería?

—Es complicado.

—Podría ser simple para mí —digo—. Al menos, veré a Clarissa por segunda vez.

En las sombras de los árboles, la cara de James se ve afectada con sorpresa. —¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que ella vino al restaurante el día después de la pelea. El día que no viniste por una emergencia familiar de la que no hablas.

—¿Qué? ¿Por qué no me dijiste? —grita.

—¿Por qué tú no me dijiste a *mí*? —grito en respuesta—. Primero me odias. Luego, puedes soportarme. Luego peleas por mí y me besas y... ¿Por qué puedes hacer todas estas cosas excepto contarme acerca de tu pasado?

James deja caer la cara en sus manos. Las hace un puño y las deja firmemente a su lado. —¡Porque no querrías saberlo! Piensas que sí, pero no lo quieres.

Alcanzo a tocar su pecho, pero él se aleja. —Estoy de pie aquí diciéndote que quiero saber.

Tomo mi celular y empiezo a buscar en las fotos. Decidí esconder la original en algún lugar donde mi mamá o Felicity no la encontrarían por accidente.

—Pensé que estábamos hablando, Lucky. ¿Qué necesita Bradley ahora?

Decido ignorar eso. Pongo la imagen que tomé de su foto policial y la sostengo en su cara. Observo sus rasgos volverse fríos como piedra. Da otro paso hacia atrás.

—Clarissa me dio esto —le digo. Es sorprendente cuán liberador se siente eso—. Ella realmente debe odiarte.

James se ríe amargamente. —Mi moto ciertamente piensa eso.

Nuestro silencio es roto por la larga bocina de un camión, el llorar de las sirenas, y la risa de fiesteros de la noche.

—¿Vas a decir algo? —pregunto.

—¿Qué más puedo decir? Tienes todo acerca de mí justo ahí.

Mi ira lame las heridas de mi corazón. —¿Eso es lo que quieres decir en este momento?

—¿Qué más *quieres*? —pregunta—. ¿Qué quieres de mí?

—¡La verdad! —Presiono mis manos en su pecho y lo empujo—. Quiero una explicación, James. He estado esperando todo este tiempo, tratando de que me lo digas. ¿Crees que no sé lo que Clarissa intentaba hacer? No me importa ella. Me importas *tú*. Me importa si tu pasado se está poniendo al día con tu presente. Lamento esperar que fueras el primero en hablar. James, yo...

—No quieres escucharlo, Lucky. —Presiona un dedo en su pecho. Se voltea como si fuera a montarse en su carro y manejar lejos de mí. Por un segundo, pienso que podría. James se da la vuelta y suelta un grito frustrado. Cuando me enfrenta, no reconozco al James que conozco en sus rasgos. Su ira y dolor lo distorsionan en las sombras. La tristeza que lo envuelve me llena y asusta, pero todavía me quedo.

—Sí quiero —digo. Estoy temblando. A pesar de todo esto, todavía quiero poner mis manos alrededor de James. Decirle que no hay nada que él pueda decir que me aleje. Excepto que, no estoy tan segura—. Quiero saber.

Pienso en lo que dijo Sky, que las personas solo confiesan cuando han sido atrapados. O lo niegan. No hay negación en la cara de James. Hay pura y fea aceptación.

—Soy la razón. —Sus palabras, lentas y afligidas, persisten en la noche—. Soy la razón por la que ella está muerta.

Me toma un momento darme cuenta de que habla de su madre. Quería la verdad, y ahora aquí está. James me mira, esperando a que hable, pero no puedo.

—¿Sabes lo que es vivir *cada día* sabiendo que eres la razón por la que tu familia está rota? ¿Que no importa cuán exitoso puedas ser, no importa porque ninguna cantidad de dinero puede traerla de regreso?

Espera mi respuesta. No tengo ninguna. *¿Es por esto que fue a la cárcel?* Es como si estuviera viendo un lado totalmente diferente de él. Por días, he tenido pedazos de él. Ahora tengo la versión completa y no sé qué decir.

—Te lo dije —me dice—. No querías saber. Ahora tienes tus respuestas.



ZORAIDA

ON THE  
LINE

CÓRDOVA

—¡James! —Quiero que entienda que mi silencio no es porque piense que él no es bueno. Que solo estoy tratando de procesar todo. Pero ya está en su auto. Golpeo su lado de la puerta, y aprieta el acelerador.

LUCK

*Traducido por Dannygonzal*

*Corregido por Mire*

Después de una noche de sueño irregular en el que sueño a un James de dieciséis años dándole una paliza a alguien, despierto con los ojos hinchados. Es la mañana de la degustación, así que pongo mi mejor cara: rímel, delineador y protector labial. Meto mi vestido y lo cierro en una funda con el de Felicity, y lo llevo a la oficina hasta que podamos arreglarnos antes de que comience la noche.

Programo a mis meseros y reviso los últimos detalles. Los menús de degustación están impresos en cartas doradas de papel grueso con una hermosa caligrafía negra. Los platos están enumerados en orden de llegada: requesón y miel de romero sobre tostada, ensalada de vegetales de verano asados mezclada con piel de pollo crujiente, sopa de cangrejo con crema fresca y pedazos de pan tostado de jalapeño, ostras frescas fritas con repollo morado en salsa de cilantro, camarones fritos y bollos de cangrejo, medallones de pato hervido con salsa de arándano, chuletas de cordero servidas con puré de papas azucarado, y finalizando con tiras de bistec "Boston" con espinacas salteadas con ajo.

Si me lo preguntas, no puedes tomar las tiras de bistec Nueva York y llamarlas Boston. Pero nadie me preguntó, y tengo demasiadas cosas por las que preocuparme. Aun así, no puedo evitarlo, pero sonrío cuando veo las nuevas adiciones y los cambios. Luego recuerdo nuestra conversación de anoche y tengo que obligarme a enfocarme en lo que tengo que hacer en este momento.

—¿Alguien tiene preguntas?

Junior levanta su mano. —¿Cómo es el cordero cocinado?

—Según las recomendaciones del chef, al punto —digo.

El pelo de Junior se encuentra engominado hacia atrás al estilo de David Beckham. Su piel es diez veces más tersa que la mía, dándole una vibra resplandeciente. Junto a él, está una Sammy en un combinado atuendo blanco. El blanco fue idea de Felicity. Blanco sobre blanco con detalles dorados. Los labios de Sammy son de un rojo carmín y listos para comenzar. Toma fervientes notas en una pequeña libreta.

Cuando Stella los conoció, le tomó cinco minutos entusiasmarse. Entre la sonrisa de Junior y la ondas perfectas de Sammy, Stella se dio cuenta que era la clase de glamur que quería.

Felicity corre detrás de mí y susurra —: Los otros dos meseros acaban de cancelar.

—¿Es una maldita broma? —grito.

—Nop.

—¿Dijeron por qué?

—Algo sobre la lluvia y el tráfico —dice—. Colgué antes de que pudieran terminar.

—Llama a alguno de los “posibles” y mira si uno de ellos está disponible por las próximas tres horas. —Paso por donde Junior y Sammy están armando las mesas, asegurándome de que todas tengan los cubiertos apropiados. Hemos decidido hacer cinco mesas de seis personas en cada una en vez de un banquete largo como quería Stella al principio.

Abro la caja engrapada con las tarjetas arregladas para los asientos, y el cartón corta mi dedo. Maldigo como un marinero y lo meto en la boca para detener la sangre. Cuando levanto la parte de arriba, me congelo. Por supuesto, aparte de cualquier día para que todo comience a salir mal, es el día de la degustación. Una reunión íntima de ejecutivos de la red, blogueros y críticos, y en lugar de sus nombres individuales, tengo una docena de invitaciones de cumpleaños fucsia para una quinceañera.

Me siento en la silla de mi mamá. Cuando Felicity y yo salimos esta mañana, ella continuaba en su habitación con la puerta cerrada. Podría haber jurado que la escuché irse en la mañana, pero probablemente estaba soñando.

Tomo la caja de las invitaciones y las paso por la trituradora. Creo que el sonido del papel rasgándose en pedacitos es de una forma descabellada una clase de terapia. Una vez me hallaba en esa galería en Chelsea, donde ese artista se sentó en una plataforma y trituró papel sin parar por cuatro días. Fue más que nada, la forma en la que el papel se amontonaba y se veía como una cascada cuando todo era dicho y hecho. Seguro, el artista aprendió a hacerlo en un lugar siquiátrico, pero eso no significa que no sea efectivo para la disminución del estrés.

Veo una carta sobre el escritorio de mi mamá que probablemente no debería tocar. Está escrita a mano por un tipo llamado Frank LaRosa. Dice: *Un hermoso ramo, para una hermosa mujer*. No veo ningún ramo, miro debajo del escritorio y ahí están, rosas rojas marchitas. ¿Por qué ese nombre me suena familiar?

James toca la puerta y salto. Por mucho que trato, no puedo no mirarlo. El corte de su labio está totalmente sanado. *No mires sus labios*. Sus moretones apenas se notan. *No mires su rostro*.

—Un coctel por tus pensamientos —dice.

—No seas agradable.



77 1  
Estoy muy segura de que lo he avergonzado. Él permanece en la puerta. — Solo quería asegurarme de que estás bien. Quiero decir, con todas las cosas de la apertura.

¿Estoy bien? Anoche me desnudó su alma y yo me quedé de pie ahí, congelada e incapaz de reaccionar lo suficientemente rápido. Así que se fue. Ahora me pregunta si *¿estoy bien?*

—Solo tengo que encontrar una forma de reemplazar cuarenta tarjetas de nombres en dos horas, no es un problema. —Señalo el papel rosa neón en la trituradora—. ¿Te encuentras bien? ¿En la cocina?

—Estamos bien. Creo.

—¿Crees? —Me encantaría dejar de respirar en este instante. Su olor hace que mi estómago dé vueltas.

Su cabello todavía se ve húmedo, de la lluvia o una ducha o ambos. Está usando una camisa con cuello en v blanca y pantalones claros. Mete una mano en su bolsillo y se recuesta contra la puerta.

Me encantaría que entrara, tirara todo lo del escritorio y me besara. Quiero que me mire con esos increíbles ojos verde mar y me diga que me quiere. Una y otra vez, que James Hughes me quiere. Que la noche anterior solo nos hiciera más fuertes.

Pero él no hace nada de eso. En cambio sonríe con nerviosismo, como si no estuviera seguro de que el hoy ya está aquí. Sé que necesita alguna clase de garantía, y como su jefa, debería ser capaz de dársela. Como la chica de la que se alejó, no puedo moverme para darle ese tipo de consuelo. Además, en unas semanas, estaré lejos.

—Bueno, es mejor estar seguro, Chef James. Tenemos muchas bocas hambrientas que alimentar. Bocas críticas que son de una forma más despiadada que yo.

—Eso es tranquilizador.

—Soy buena en eso —digo, sin un rastro de ironía. Está bien, estoy siendo una perra. Pero tengo un restaurante que organizar. Él no puede tener todo lo que quiera.

—Luck... —Espera a que lo mire a los ojos—. Lucky. Felicity mencionó algo de tus empleados convocados.

—Sí. ¿Por casualidad sabes de alguien que pueda ser mesero con un aviso súper corto? —Cambio el tema.

Se aparta del marco de la puerta y busca su teléfono en el bolsillo.

—Hecho.

No comienzo a entrar en pánico, de verdad, sudando y temblando en el brillante baño blanco y dorado (que ya no huele a mierda), hasta las siete de la tarde. La amiga de James, una mujer en sus treinta con un tatuaje de trébol a un lado de su muñeca y cabello rubio grisáceo ya está detrás de mí.

—¿Cómo vas? —pregunta con un asentimiento de su barbilla—. Izzy.

—Lucky.

Puedo decir que una vez fue hermosa, y mientras que aún lo es en una forma áspera, su vida la ha madurado. Sacudo su mano, luego saco mi vestido de la funda.

—Muchas gracias por venir con tan poco aviso —le digo—. Eres un salvavidas.

—Espero que esté bien que me encuentre toda de negro.

—Está completamente bien. Compramos corbatas doradas para todos, así que será un balance agradable. Creo. Además, la mayoría de los críticos están aquí para emborracharse gratis, así que no estoy muy preocupada.

Vocifera una risa cordial. —Jimmy dijo que eras divertida.

—¿James? —Su nombre suena en exceso en mi lengua. Demasiado entusiasta. Demasiado bueno. Demasiado lleno de deseo.

Toma la corbata dorada de mi mano, pero la deja en mi palma. —Estarás genial.

Respiro, y esa respiración sacude todo mi cuerpo como una casucha en mitad de un huracán. ¿Por qué una extraña me dice eso antes de que en realidad pueda creerlo? Y más importante, ¿por qué no está aquí mi propia madre para decírmelo?

—Gracias. —Sonrío tan sinceramente como puedo—. James te pondrá al tanto del menú.

Mientras sale, me pongo el vestido rojo. Me hago una cola de caballo alta que me hace cosquillas en la mitad de mi espalda cuando se balancea. Arreglo el delineador de mis ojos, manchados por las gotas de sudor, luego agrego otra capa de rímel. Debido a que todo mi calzado son tenis y sandalias, tuve que conseguir unos zapatos para el vestido. Escogí unos tacones negros de gamuza que abrazan mi pie justo en los ángulos correctos. Es solo de siete centímetros, así que no me suicidaré mientras intento caminar.

—Te ves impresionante —dice Felicity, colocando su portapapeles sobre el lavamanos—. La gente está llegando. Stella todavía no se encuentra aquí. El chico de Foodie TV es el Sr. Duvet. Tienes que usar la pronunciación francesa o te pondrá mala cara durante la cena. Créeme. Los empleados están preparados y listos para no dejar caer nada. Van a comenzar a pasar las entradas en exactamente dieciocho

minutos. Está lloviendo, así que por el momento uno de los ayudantes de mesero está manejando el guardarropa.

—Felicity —digo. Está cerca de ponerse morada por hablar con un solo aliento—. Respira.

—Respira *tú* —dice rápido, además juntas hacemos una buena pareja de trabajo.

La dejo para que se cambie. Empujo con mis manos la puerta del baño para ir a enfrentar a mis invitados. Le marco a mi madre, y su teléfono se va al correo de voz. Eso es justo lo que necesito, que la dueña y la estrella de The Star no se presente a su propia fiesta.



## 34

*Traducido por Vani**Corregido por Miry GPE*

Apago las luces en la sección donde se encuentra el tristemente célebre muro y enciendo las luces detrás de la barra. Belle no me deja un segundo. Ella coloca una línea en su barra con copas de champán y mezcla expertamente cócteles de su menú especial. Ese se llama Super Nova. Es como la primera bebida que me preparó, pero con un poco de agua de infusión rosa. Sabía que si le dejaba las bebidas, sobresaldría.

Me di la tarea de colocar etiquetas hechas a mano en cada mesa. Cuando llego a Clarissa Adams, la siento con Bradley y Sky, mi mesa. Es un cambio de última hora, pero quiero mirarla a los ojos y enfrentarla. Las etiquetas de identificación no se ven terribles. Tomé finas piezas descartadas de madera del contenedor de construcción de afuera, escribí el primer nombre y la inicial de todos.

Una mujer mayor, en un estructurado vestido negro, me valora detrás de unas gafas delgadas que deben valer más que toda mi vestimenta. Toma la madera y hace una mueca. —¿Te gustan las fabulosas manualidades, querida?

Río, luego acorto mi risa cuando veo su nombre. Adrienne Renault, editora en jefe de la Revista New England Foodie, la cual es propiedad de Foody TV. Su pelo gris se encuentra en un moño perfecto, que no sé cómo puede conservarlo considerando la humedad en el exterior.

— Algo así — digo —. Más como pánico reciclado.

Su sonrisa me dice que la complací, luego extiende la mano. —Adrienne Renault.

—Lucky Pierce. Soy la hija de Stella Carter.

Parece sorprendida. La mayoría de las personas lo están. —Ah, lo veo en los ojos. ¿Dónde está la querida Stella y ese misterioso chef James del que tanto se habla?

—Mi madre llegará tarde. El chef James se ensucia las manos en la cocina.

—No demasiado sucio —bromea, y decido que me gusta esta señora—. Parece como si estuvieras lista para una batalla.

81 1 —No se equivocas so. ¿Puedo conseguirle algo para beber? —La llevo a la barra y se la presento a Belle, dándole un guiño que dice: *esta persona es importante*.

Por otra parte, ¿quién no es importante aquí? Por mucho que quiero odiar a los críticos, tengo que lidiar con cualquiera que posea algún tipo de empresa creativa. Mi padre solía decir que los críticos chupan el pezón del diablo. Me encuentro queriendo agradecerles, que aprueben el arduo trabajo que todos han hecho.

Cruzo los dedos y espero que todo lo demás vaya bien. A medida que entran más y más personas, tomando bebidas y comida de las bandejas, suelto un enorme suspiro de alivio cuando entra Stella. Está radiante; como si una noche completa de sueño la regeneró. Sus ojos grises son luminosos y con maquillaje ahumado. Su pelo se encuentra en un moño alto. Lleva un vestido de cóctel blanco con un delicado hilo de oro y tacones brillantes. Es la versión rubia, blanca y oro de Audrey Hepburn en *Breakfast at Tiffany's*. Un fotógrafo la captura desde todos los ángulos.

Es curioso, pero en el último par de días he olvidado por completo mi propia cámara acumulando polvo en mi tocador. He estado tan ocupada en este mundo que no me di cuenta que no extrañé el otro. El fotógrafo vuelve la cámara hacia mí y lo bloqueo con una mano.

La gente rodea a mi madre al instante. Me muevo hacia el bar, ahora abandonado, y la observo. Es una reina saludando a sus súbditos. Hombres viejos y jóvenes toman su mano enguantada y la besan. Las mujeres la besan dos veces como si estuviéramos en París. Veo a Bradley y Sky haciendo una entrada silenciosa. Por sus hombros rígidos y ceños fruncidos, me doy cuenta que discutieron en el camino hasta aquí. Bradley viste un traje negro a medida, el cual sería más adecuado para un estreno en Hollywood. Con su pelo peinado hacia atrás, alejado de su rostro, sus ojos azules brillan como estrellas. Su reloj de oro refleja la luz y algo en él es tan diferente que hace que el molestar se extienda bajo mi piel. Sky luce hermosa, en un vestido de cóctel verde bosque que se complementa con su piel bronceada. Me da un pequeño saludo, luego encuentran sus asientos.

Mi mamá se acerca a mí y me besa en la mejilla. —¿Vamos a matar un dragón, querida?

Aprieto los dientes en una sonrisa. —Sé que no te disculpas después de llegar tarde.

El fotógrafo levanta la mano y pide nuestra atención. Ponemos sonrisas falsas, abrazándonos la una a la otra mientras el flash me ciega. Luego nos soltamos. Su movimiento es flojo, despreocupado, feliz. Demasiado feliz.

*Dios, mamá. Contrólate.*

Toma una copa de Belle y le da toda su atención a una pareja de ancianos en sus mejores galas.

Felicity, casi irreconocible en su vestido de satén, me saluda de forma frenética.

Supongo que la forma en que todos hablamos hoy es sonriendo entre dientes para que nadie sospeche que algo va mal.

—¿Qué? ¡Escúpelo!

Sonrisa dolida. Mirada sospechosa. Oh, Dios. ¿Quiero saber?

—Hay un poco más de gente de lo esperado.

Suelto un gemido. Al principio pensé que me sentía claustrofóbica porque estaba nerviosa. Cuando veo el total de seis mesas llenas de invitados, y otros treinta y algo todavía de pie bebiendo, puedo sentir mi corazón caer a mi trasero.

—Mierda. —Respiro. Cuento hasta diez—. Haz que Junior te ayude a colocar más mesas. Hablaré con James.

La cocina está en un cambio constante.

James grita órdenes a la línea de cocineros; juntos tararean y silban una melodía que me recuerda la canción de trabajo de los enanos de *Blanca Nieves*. Nunzio me mira y deja de cortar la grasa del pato. Mis tacones dan golpecitos afilados que anuncian mi entrada.

—Demooooonios, chica.

—Ahora no —digo, aunque un sonrojo florece de todas formas en mis mejillas ya ruborizadas.

Los cocineros codean sus hombros y me silban. No puedo amenazar a ninguno de ellos porque necesitamos todas las manos disponibles. James limpia sus manos con un trapo, con el rostro sudoroso por todas las hornillas de la cocina. Me pregunto si piensa lo mismo que yo; sobre la mesa donde McKenna prepara los pasteles. Sobre cómo estábamos los dos desnudos y horneando justo aquí hace unos días. Si es así, no lo dice.

Se acerca de mí. —¿Qué pasa?

—Hay que hacer el doble de platos. —Oh, bueno. Me las arreglé para decirlo sin gritar.

—¿A qué te refieres con hacer el doble de platos?

—Quiero decir que hay unas treinta personas más de las que debería. Así que, o haces algunos cerdos en una maldita manta para darles *algo* de comer, o haces el doble de los malditos platos.



No debería gritarle al jefe de cocina en su propio terreno. Es un gran no-no. Confío plenamente en que me grite en respuesta.

Cuando no lo hace, nadie se encuentra más sorprendido que yo. En cambio, grita nuevas instrucciones a sus muchachos y a Nunzio.

—Oye, chico —le dice Nunzio a James—. Qué tal si añadimos los pizzettes de aquella época en Florencia.

Felicity asoma la cabeza por las puertas dobles. Junior e Izzy corren hacia afuera con las bandejas de higos tostados envueltos en tocino caramelizado, y pastelillos esponjosos llenos de espinacas y el más rico queso feta.

—Necesitamos más aperitivos.

James lanza su trapo sobre la mesa. —Oh, ¿de verdad? Necesitas que los platos se dupliquen, ¿y necesitas más aperitivos? No es culpa de la cocina que no puedas controlar la lista de invitados. Por qué alguna de ustedes dos no se pone en la maldita fila y entonces pueden seguir gritando órdenes.

Así que lo hago. Tomo un delantal del gancho y lo envuelvo en mi cintura. Tomo mi pelo, ya en una cola de caballo, y lo giro en un moño para mantenerlo lejos de la comida. Ha pasado tiempo, pero sé que puedo hacer al menos la *preparación*. Con Felicity y Stella manejando el frente de la casa, sin duda puedo hacer esto.

James da un paso atrás. Nunzio se ríe y dice —: Eso es jodidamente caliente.

Me quedo de pie con las manos en las caderas, mis ojos de acero retando a James para que predique con el ejemplo. Y digo —: ¿Sí, chef?

## 35

*Traducido por Marie.Ang*

*Corregido por Eli Hart*

Quizás estaba sobreestimando mi confianza cuando me acerqué a James en su propia cocina.

Sin embargo, había que hacer algo. Ese es el tema constante de la noche: alguien haga *algo*.

Debido a mi nivel de experiencia, estoy en la línea más humilde de cocineros de la línea de los cocineros. Corto el repollo en hermosas tiras delgadas.

—Acelera el ritmo, *Lucy* — grita James, provocando resoplidos y risitas de los demás.

De acuerdo, así que me hice esto sola. Si James va a predicar con el ejemplo, entonces también yo debería. McKenna me da una mirada de lástima cuando saca una bandeja de pan de maíz de jalapeño del horno. Huele tan delicioso que me doy cuenta que no he comido desde el desayuno.

Le doy al repollo un segundo lavado, luego se lo tiendo a Chang.

Hay torres y torres de platos por toda la cocina. Cada vez que las puertas se abren o el horno se cierra, vibran igual que mi cordura.

Empiezo a pelar el aguacate para el sashimi de atún. James quiere piezas de tamaño perfecto, y repite eso mientras se para encima de mí. Empieza a emplatar las verduras asadas cuando Felicity entra. Todo lo que quiere es la confirmación de que estamos listos. — Todos los aperitivos han sido demolidos.

Nos vemos bastante decentes. He sudado la mayor parte de mi maquillaje, así que me veo como una de esas pinturas de acuarela japonesas, mis manos se encuentran cubiertas de rasguños y cortes por picar, mis ojos están rojos por frotar accidentalmente polvo de cayena en ellos... pero sí, de una forma bastante decente.

Los instrumentos de tortura en mis pies casi me matan. Ojalá hubiera pensado en traer sandalias o algo parecido, pero no preví el regresar aquí. El olor salado del cordero asado hace que mi estómago gruña. Una ola de mareo me hace tambalear.

James pone la mano en mi codo. Los demás levantan la mirada de su línea de montaje, pero luego regresan a su trabajo. James los ha entrenado a la perfección.

—¿Qué pasa? —susurra en mi oído.

Meneo la cabeza. —Estoy bien.

—Te ves verde. No puedo tenerte vomitando en la preparación. —Me guía fuera de su estación, en donde tiene emplatadas las verduras asadas. La meta es tener los dos primeros platos servidos, dar un discurso, y luego volver y seguir cocinando.

—¿Comiste hoy? —Suenas más como mi madre que un chico al que he visto desnudo.

—Ha sido un día largo, *chef*.

Toma un plato que acaba de servir, luego va a la parrilla donde el pato gotea con deliciosa grasa. Corta un trozo y deja el plato en mis manos. No sonrío. No dice por favor. No puede enfrente de todos. Pero puedo escuchar la preocupación en su voz, y eso hace que me duela más que nada.

—Ve a la oficina y come.

Me quedo mirando mi comida. Puedo ser terca, pero cuando el hambre se extiende a mis doloridas sienes, me doy cuenta que no tiene sentido castigarme por culpa de un tipo.

Y lo hago. Me siento en la oficina de mi mamá y devoro la cocina de cinco estrellas. El pato se derrite en mi lengua como mantequilla. Las verduras son dulces y crujientes. Como todo en dos segundos. Las especias hacen cosquillas en cada una de mis papilas gustativas. No he apreciado la comida de James cuando no ha estado mirándome. A solas, cierro los ojos y lo saboreo todo. En un solo bocado, puedes probar el amor en su comida. No está en ella por la celebridad que quieren algunos chefs. Solo quiere un restaurant. Le creo cuando dice eso. Puedo probarlo. Y, si me concentro, aún puedo probarlo a él.

Afuera, puedo escuchar una pequeña aclamación y la voz de mi madre pidiendo atención.

Dejo el plato en su mesa, suelto mi cola de caballo de su nudo, y corro de regreso al comedor justo cuando James sale de la cocina.

Todos en la sala se han dado la vuelta para mirarlo. Puedo sentirlo retrocediendo interiormente. No es que sea tímido, pero cuando más de ciento veinte ojos se están enfocando en cada movimiento que haces, sí, puedes ponerte tímido.



Pongo la mano en su espalda y lo guío hacia donde mi mamá se encuentra de pie en el bar. Todos están de pie en un semicírculo, sosteniendo copas de champán llenas de una mezcla de frambuesa.

Muñecas tintinean con brazaletes, y pies cambian de lugar. Me doy cuenta que James cambió su chaqueta de chef por una azul marino limpia. La visión de mi madre para su restaurant era algo con clase para atender a sus seguidores. Pero eso no es lo que le he dado. Mi personal se encuentra cubierto en tatuajes y perforaciones. Son una mezcla de glamur de la vieja escuela y rock and roll. Han vivido su vida fuera de las normas, y saben exactamente lo que quieren cuando se trata de comida y bebidas.

Al igual que James, son ásperos por los bordes. James nunca puede lucir tan engreído como Bradley, incluso si lo intentara. Hay demasiada experiencia, demasiado dolor en sus ojos. James es *demasiado de todo*. Siento una sonrisa tirar de mis labios porque a pesar de todos los contratiempos, hice esto. Esas personas están aquí para comer. Están aquí para conocer a James. Están aquí para juzgar, ver y beber. *Estoy* aquí y no salí corriendo.

James aprieta mi mano brevemente. Me quedo a un lado, donde Belle se queda en la barra de servicio. Desliza un trago frente a mí y me guiña con una pestaña falsa.

Stella está radiante, lo que tiene más que ver con su consumo de alcohol.

*Por favor, mamá. Suplico en silencio, por favor.*

—Gracias a todos por estar aquí —empieza, sosteniendo un vaso de vino blanco en su mano. Oigo el más mínimo insulto, pero he visto sus filmaciones de espectáculos enteros mientras está totalmente borracha y la gente realmente no puede notar la diferencia—. Ahora, si alguien de ustedes me ha conocido desde hace diez años, se sorprendería si podía hervir un huevo.

Hay una onda amistosa de risas en la audiencia. Yo, como “la que come un huevo apenas hervido,” no pienso que sea gracioso.

—Mi esposo —dice Stella, a lo que un diminuto susurro murmura *cuál*. Mi madre sonríe ante el comentario sarcástico, pero continúa —: Mi primer esposo, el padre de Lucky, era el cocinero en la familia. La verdad es que, él trabajaba en acciones en el día, pero por las noches venía a casa a mi olla con asado quemada, y aun así me besaba y nos servía un poco de vino y hacía algo de pasta y salsa desde cero.

Me paro más derecha, mis pies están matándome. Me acerco más para verla hablar. Nunca la he escuchado ponerse sentimental. Nunca la he escuchado hablar de mi padre en público.

—Cuando conocí a la buena Adrienne Renault —señala a la regia señora mayor y ella asiente agradecida—, me enseñó todo lo que sé sobre cocinar...

francesa tradicional primero, por supuesto. Me enseñó la sencillez de la mantequilla, y ese descanso no es solo para pies cansados y viejos.

Los comensales ríen, complacidos.

James me mira sobre su hombro. No tiene que mirar muy lejos. Es como si supiera exactamente en donde me encuentro de pie porque sus ojos me localizan en un segundo.

—Y aprendí y aprendí, y descubrí que amaba aprender cómo cocinar. De repente, años después que John muriera, finalmente era buena en hacer sus comidas favoritas.

Cuando veo el exterior de mi madre empezar a romperse, sé que voy a tener que intervenir. Parte de mí se encuentra furiosa. Parte de mí se siente abrumada con tristeza. ¿Cómo puede usar el recuerdo de mi padre como un truco publicitario? Hay una sensación de incomodidad en la multitud. James toma la mano de mi madre y le da un apretón. Es como si le recordara sonreír, la despertara, para estar *bien* porque todo el mundo mira.

—Este restaurante es por él. —Respira hondo. Puedo ver cambiar algo en sus ojos. Mira de Bradley a mí a James a Felicity. Es como si deseara que su tristeza se fuera—. Y cuando encuentro a este joven hombre aquí, un orgulloso *Sliced Champion*, supe que había encontrado una estrella para que coincidiera con la mía. No se dejen engañar por esas mejillas, el chico puede cocinar muy bien.

Todos vitorean con mi madre en la dirección de James. Respira hondo. Sin tragos para él esta noche, así que retuerce sus manos nerviosamente.

—Gracias a todos —dice—. Prometo que seré rápido y luego ustedes pueden sentarse a comer.

El mismo molesto murmura —: *No demasiado rápido, espero.*

James frunce el ceño, pero continúa: —Empecé lavando platos y vasos sucios en un pub del barrio, como muchos de los chicos que conozco. Entonces, avancé a pelar papas y preparar ensaladas hasta que supe lo suficiente de que esto me salvaría. Ahora, como alguien me señaló el otro día, la gente quiere comer comida *muy buena*. —Me mira a mí y solamente a mí, mientras sigue hablando—. Como chefs, queremos llevarlo al siguiente nivel —ese crudo y emulsionado aquel— pero al final del día, nada sabe tan bueno o tan reconfortante como la comida hecha con amor. Así que, por favor únanse a mí en la degustación de mi encargo, comida casera de Boston.

James no espera los aplausos para salir. Saluda, se deshace de su chaqueta limpia, listo para intercambiarla por la sucia. Stella se tambalea en sus tacones de aguja, pero Bradley está ahí para sostenerla. Sky sacude su mano y la felicita, pero incluso desde aquí puedo ver que los ojos de mi madre están brillosos y distantes.

—Gracias, Brad —digo, enganchando el brazo de mi madre con el mío—. Yo sigo desde aquí.

Bradley se ve preocupado, pero decide que lo mejor es no hacer una escena.

—Mamá, quiero que le des una mirada a unos formularios en la oficina.

Stella ondea la mano con desdén en el aire. —Nena, me estoy *divirtiendo* demasiado. Vamos a divertirnos, ¿de acuerdo?

Mi rostro duele de sonreír. Ella aplaude con entusiasmo. Bradley viene de nuevo y le da a mi mamá su brazo. Me sacude la cabeza. —La tengo, Luck. Lo prometo.

Bradley ha visto borracha a mi madre tanto como yo. Nuestras mamás solían beber jarras de mimosas los domingos cuando vivíamos al lado del otro, antes de que mi madre fuera el Enemigo Público número uno después de su segundo divorcio. Ella fue de ser “Stela, Ca-riño” a “Esa Mujer.” Un montón de hipócritas.

Empiezo a volver a la cocina para ver si necesitan mi ayuda, pero algo rojo y brillante atrapa mi atención. Ella se sienta en mi mesa con su cuaderno negro y pluma escribiendo furiosamente. Su vestido es rojo y ceñido. No rojo vino como mi vestido, sino fuerte, extremadamente intenso, rojo que dice “ven y fóllame.” Tiene una V profunda, y sus pechos como almohadas se encuentran empujados al extremo. Su cabello es como paja de oro en grandes rizos que enmarcan un pequeño rostro en forma de corazón. Sus ojos son marrones, y sus labios combinan con el vestido. Sonríe cuando me ve mirándola.

Se levanta de su asiento y hace una línea recta hacia mí. Incluso si tratara, no podría contonear mis caderas así. En el fondo de mi cabeza pienso: *relájate, no es una competencia*. Excepto que, creo que lo es.

—Clarissa Adams —digo—. No estaba segura de si vendrías.

Sonríe como si fuéramos viejas amigas. —Oh, no me perdería esto por nada del mundo.



*Traducido por Julie*

*Corregido por Beatrix*

Clarissa voltea su pelo sobre el hombro. —Solo esperaba hablar de chica a chica.

—¿Acerca de la foto que me diste? —le digo, tratando de hacerlo formal y amigable.

—Sabía que lo abrirías.

—La curiosidad es una perra —le digo.

—Bien —dice—. ¿Estás lista para una entrevista?

—¿Segura de que desees una entrevista? Parece que todo lo que quiero hacer es lanzar granadas y ver si alguien se tropieza con ellas.

Ella agarra una bebida de la barra y golpea sus labios rojos. —Solo deseo darle al público lo que quieren. No estoy segura de si tienes el comienzo de un imperio culinario o una telenovela.

Sonrío ampliamente. —De cualquier manera, tú publicas lo que más te convenga.

La rabia llena tanto mi pecho que Belle pasa junto a la barra y pone una copa delante de mí como una excusa para presionar su mano sobre la mía y calmarme.

—Hay una gran asistencia —dice Clarissa—, me sorprende mucho que nadie de su familia esté aquí. El clan Murphy solía ser muy unido...

Me encojo de hombros, como si no me importara una mierda. En realidad, mi cerebro es una maraña de telarañas, cada una con el nombre de James. ¿Murphy?

—¿Qué puedo decir? La gente ama a mi madre.

Arquea una ceja y dice—: Estoy segura que sí.

Antes de que pueda abalanzarme sobre ella, se da la vuelta y se acopla a un grupo de personas que caminan a sus asientos.

Marcho hacia la cocina donde James está arreglando pequeños trozos de carne mientras Nunzio limpia la bisque de los bordes de la sopa. El personal lleva

bandeja tras bandeja. Choco con Sammy que se las arregla para dejar caer solo dos platos de seis. Mi cabeza es un desastre y mis mejillas duelen de sonreír.

*Sonrío.* — No te preocupes, solo saca los otros.

— ¿Alguien ha dicho algo? — pregunta James.

— Define alguien — pido. Mis brazos están cruzados sobre el pecho. No poseo pechos grandes como Clarissa, pero tengo un vestido que es una armadura y prefiero eso. La ira y la confusión desdibujan mi visión.

Los chicos se miran con curiosidad, pero deciden no participar. Uno de ellos murmura —: No me gusta cuando pelean mamá y papá.

— Cállate, Martínez — grita James, y los chicos se ríen entre ellos.

Nunzio acerca un pequeño tazón de albóndigas fritas y muy calientes rociado con salsa de soja. Mi boca se hace agua. Estaría realmente loca si no lo agarro, así que lo hago. James ensambla las ostras con el repollo que preparé y él me mira comer las albóndigas. La termino en cuestión de segundos.

— Clarissa Adams me llevó aparte para conversar —le digo a James, mordiéndome la lengua para contenerme de recitar preguntas exigentes.

— ¿Qué dijo? — pregunta James, secándose la frente con la muñequera azul. La vena enojada en su cuello salta.

— ¿De verdad quieres que lo diga delante de todos?

— Sí — dicen los chicos en sincronía, manteniendo las manos ocupadas y llenando platos como si sus vidas dependieran de ello. Los camareros regresan con los platos vacíos.

— ¿Y bien? — pregunta James a Izzy.

— A todo el mundo le encanta la ensalada y el atún crudo. A excepción de una perra que dice que odia los alimentos crudos y está quejándose fuerte.

James cierra los ojos y maldice en voz baja. — ¡Nunzio!

— Yo me encargo, muchacho. — Sin otra palabra, Nunzio se hace cargo del puesto de James.

Luego, por segunda vez en una semana, James pasa junto a mí como si yo ni siquiera estuviera allí.

Miro a todos, desde la barra. Belle me sirve un vaso de vino tinto. Cuando giro la botella en la mano para mirar la etiqueta, me doy cuenta de que es la misma botella que James y yo compartimos la primera vez. LaRosa Vineyards. Niego con la cabeza, poniendo algunas piezas en el rompecabezas de mi cabeza. Este es el hombre que envió las flores de mi madre al basurero.

—No te preocupes, niña —dice Belle—. La noche va muy bien. A todo el mundo le encanta la comida y mi carta de cócteles es genial.

Eso es algo. Al final del día, el éxito del restaurante es lo que importa. No mis sentimientos aplastados, ni un ex amargo, ni las flores en la basura. En la mesa de mi madre, ella está enfrascada en una conversación con un hombre cuyo fajín grita: “soy el jefe de algo.” Él hace un gesto a la barra y ya sé que está halagando la estructura.

Bradley sigue sentado con ella, riéndose de algo que dice Adrienne Renault. Bradley puede ser muy encantador cuando quiere. Él pone la mano en la parte posterior de la silla de mi mamá. Ella bebe agua y me alegro de que al menos no esté al borde de las lágrimas falsas. Sabía que el discurso de mi padre era solo prensa de mierda. No sé si es el vino o la tensión que serpentea dentro de mi pecho, pero puedo sentir cómo la parte posterior de mis párpados se ponen calientes. Cierro los ojos con fuerza y bebo más vino.

Cuando los abro, Sky está saliendo del restaurante. James va de mesa en mesa dando la mano en agradecimiento. Él asiente ante cualquier elogio o crítica que está recibiendo.

—Deberían poner a ese chico en un bol con una cuchara y algunas cerezas al marrasquino —dice Belle—. Hablando de eso, tengo todo listo para los cócteles de postre. ¿Quieres un adelanto? Dame un encendedor.

Cuando veo a James tomarle la mano a Clarissa y caminar con ella hacia las oficinas, le digo a Belle —: En un segundo. Tengo que comprobar algo.

Mi corazón es un mazazo contra mis costillas mientras espero para doblar la esquina detrás de ellos. James lleva a Clarissa a su oficina. Camino despacio, presionando mi cuerpo contra la pared. La puerta está apenas abierta. Me inclino lo más cerca que puedo, sin temor a ser visa.

—Esto tiene que parar, Clarissa.

El escritorio hace el mínimo ruido cuando ella se sienta encima. Los tacones chasquean cuando cruza los pies y los golpea contra la mesa. —¿Qué quieres decir? Solo estoy haciendo mi trabajo.

James se queja. —¿Tu trabajo es escribir sobre mí en cada oportunidad que tienes? ¿Eh? ¿Seguirme por todos lados como una loca? Sé que fuiste tú quien destrozó mi moto.

Succiona la lengua. —Jimmy, no puedes saberlo a ciencia cierta. Además, ¿es mi culpa si mis lectores te encuentran interesante?

—¿De qué hablas? A nadie le importa lo que hago.

Me sorprende oírle decir eso. A mí me importa. Por supuesto que a alguien le importa.



—Ahh Jimmy —dice ella, y me pone furiosa escucharla llamarlo así de nuevo. Hay algunas personas que simplemente no deberían tener apodos. Él no es Jim ni Jimmy. Es James—. Has recorrido un largo camino en un par de años. Recuerdo cuando apenas podíamos pagar el alquiler. Tú trabajabas esos turnos de locos en el pub y yo trataba de ser una reportera real. ¿Por qué dejamos ir eso?

Hay un silencio. Tacones golpeteando la madera. James suspirando.

—No lo *dejamos* ir. Tú acabaste con ello.

—¿No puede una chica cometer un error?

—Puedes cometer todos los errores que quieras, Clari. Ya *no* es de mi incumbencia. —Él empieza a alejarse. Me preparo para correr por el pasillo cuando le oigo detenerse.

—Sabes —dice Clarissa—, sería una vergüenza si todo el mundo conoce quien eres en verdad, después de haberte esforzado tanto para ocultarlo.

—Lucky ya lo sabe —dice en voz baja—. Se lo dije.

—¿Todo?

Él se queda en silencio, y Clarissa se burla. —¿Sabe ella que tomaste el apellido de tu madre? Murph debe estar molesto. ¿Cómo crees que Stella Carter y su hija enojada reaccionarían si escribo todo lo que sé?

—No van a dejar que hagas eso —dice él tirando el papel en el suelo.

—Te gustaría pensar que no.

Sé que debería moverme. Irme. Ser útil en la fiesta. Pero estoy pegada al suelo. Al final del pasillo de la cocina hay un aluvión de gente entrando y saliendo. Una charla agradable resuena desde el comedor. Eso debería hacerme feliz.

—¿Qué quieres Clarissa? —Su voz es firme, peligrosa.

—Solo quiero verte feliz —dice gratamente—. Pero si te ofreces, creo que algo parecido a cien mil dólares cubriría los dos años que te financié.

Puedo oír a James ahogarse interiormente.

—Te he devuelto hasta el último centavo que me prestaste.

—Y, sin embargo, no fue suficiente.

—Lucky —dice Felicity al final del pasillo.

Puedo oír a alguien jadear y unos tacones golpean el suelo. Me apresuro a alejarme por el pasillo, pero mi cuerpo no se mueve lo suficientemente rápido. Los tacones suenan detrás de mí, alcanzándome. Clarissa pasa junto a mí, mirando hacia atrás una vez, con una sonrisa victoriosa en sus labios “ven a follarme” rojos.

*Traducido por florbarbero*

*Corregido por Josmary*

En lo que parece ser el día más largo de mi vida, he decidido que nunca debería desviarme de los planes que he hecho.

Hecho: no sé cuáles son mis planes la mitad del tiempo. Hecho: a veces las mejores cosas de la vida vienen cuando intentas algo nuevo. Hecho: cuando abres la puerta a algo nuevo, hay un 98% de posibilidades de que seas defraudado.

Mientras hablo con un bloguero de comidas de unos treinta años, que tiene rizos castaños y dulces ojos marrones, acerca de cómo el ceviche que servimos es casi tan bueno como el de su tía Jeannet que vive en Ecuador, me doy cuenta de que me siento aliviada.

Me siento aliviada porque a todo el mundo le encanta la comida. Me pregunto si también dirán que les encantó cuando escriban sobre nosotros, pero por ahora, el comedor está lleno de ruidos de aprobación y abundante charla. Tras una inspección más detenida, me percaté de que la mesa designada para mis amigos está completamente vacía. Sky se ha ido. Bradley hace la mejor personificación de Narciso: un espectáculo de hombre. Stella... bueno creo que la perdí de nuevo. Supongo que necesito más amigos.

— Muchas gracias por la invitación — dice Andrés, sacudiendo mi mano —. ¿Puedo decir algo sin que suene como un insulto?

— Dilo.

— Esto no es lo que esperaba de Stella Carter.

— ¿Qué quieres decir? — Acomodo la servilleta de tela sobre mi regazo.

Presiona los dedos contra sus labios y los golpetea, pensativo. — Tiene una imagen que aparenta ser demasiado lujosa, pero todavía apelando a “las mamás que se quedan en casa” y las “amas de casa desesperadas”. Pero este restaurante tiene un ambiente muy diferente. Es genial sin ser pretencioso. Casi esperaba candelabros de oro y una pared con un busto de oro de Stella.

Toma su martini y lame el azúcar del borde.

Me río nerviosamente, pensando en los artefactos de iluminación dorados que están en la sala de almacenamiento, pues no fueron colocados a tiempo durante la construcción. — Me alegra oír eso.

— ¡Puedes apostararlo! — dice, dejando la mesa para ir a la barra.

Felicity me intercepta en el camino. Sus tacones resuenan tanto como los míos. — ¿Has visto a Stella?

Niego con la cabeza. No sabía que, en su propia fiesta, tendría que ponerle un dispositivo de rastreo en The Star.

— ¿Has comido? — pregunta Felicity —. Es hora del postre. ¿Estás bien? No te ves tan bien.

Me gustaría arrastrarme a un hoyo y despertar después de que todo esto haya terminado. Una molesta sensación en mi pecho me dice que eso es exactamente lo que mi madre esperaba de mí. ¿Cuándo intercambiamos los papeles? Cuando miro hacia arriba, James está saliendo de la cocina. Lo veo dirigirse en mi dirección.

¡Abortar! ¡Abortar! Mi cerebro golpea un botón de autodestrucción y justo antes de que me alcance, coloco a Felicity delante de mí, como escudo. Camino alrededor de ellos y me dirijo a la barra.

— ¿Ya van a salir los cócteles de postre? — pregunto —. ¿Necesitas ayuda? Por favor dime que necesitas un poco de ayuda.

— Necesito un poco de ayuda. — Belle está sudando a pesar del aire acondicionado. En el exterior cae un rayo. Ver la tormenta a través de las puertas y la pared de cristal que da al puerto, hace que el comedor se sienta más acogedor, cálido.

— Soy solo una aprendiz de todo — le digo.

— ¿No querrás decir una experta?

Me encojo de hombros. — No, estoy bastante segura de que me refiero a una aprendiz.

— Luck, sé que se supone esto es un lugar elegante pero, ¿no podríamos agregar un pequeño espectáculo?

— Siempre y cuando no incluya baile sobre mesa — agarro una coctelera de la estantería —, soy toda oídos.

Guau, he madurado.

Sonríe, como si eso es justo lo que ella quería que dijera. Ha pasado un tiempo desde que solíamos atender el bar juntas. Belle se quita su corbata dorada y la deja a un lado. El Estrella Fugaz es su trago más salvaje. Cuando me habló de él, pensé que era imposible. Cuando me dio una mini demostración, me encantó.



Goldschläger, Baileys, licor de caramelo, y una capa superior de 151<sup>8</sup>, y ya está, la mejor arma en su arsenal.

Alineamos copas en toda la barra. Hay unos sesenta vasos repartidos por toda la barra y los colocamos juntos.

James, con sus ojos de color verde oscuro, se sitúa en el centro de la zona de la barra. Luce irritado, pero no permitiré que me importe.

— Por lo menos el chef salió para el espectáculo. — Belle me sonríe.

Muy bien, me estoy mintiendo a mí misma. Me importa. Me importa más de lo que debería. Pero mientras derramo raciones saludables de vodka dorado y crema de whisky, no le permitiré ver cuánto me importa. Es demasiado difícil preocuparse por alguien. Es demasiado duro darse cuenta de que no es la persona que dice ser. ¿Quién eres tú, James Hughes? James Murphy. Sea cual sea su nombre. Cuando me dijo que había partes de él que no me gustarían, tal vez tenía razón. Tal vez debería estar dándole las gracias.

Vierto los primeros tres vasos, y Belle hace lo mismo. Solo quedan cincuenta y cuatro, pero es algo en que concentrarse, además de la mirada verde mar de James.

— ¿Soy yo... — susurra Belle. Entre la charla restaurante, la música, los truenos, y el tintineo de los cubitos de hielo apenas puedo oírla. James no está lo suficientemente cerca para escucharnos. Simplemente está allí, mirándome —. ¿O tú y el chef James tienen una pelea de amantes?

— No lo llames así.

Mis músculos están tensos y duelen, pero es un buen tipo de dolor. Esto es lo que me gusta. Mezclar es mi arte. La bebida correcta puede hacer toda una noche mejor. La bebida equivocada... bueno...

— ¿Cómo debo llamarlo?

— No tenemos una pelea. Solo nos dimos cuenta de cómo es realmente el otro.

Felicity se une a James. Su cara luce enrojecida y feliz, y le da una palmadita. Más personas se levantan de sus asientos. La curiosidad gana sobre la deliciosa pereza que conlleva un estómago lleno. Algunas de las personas mayores también se acercan con un gesto duro, dignándose a apreciar unos pequeños trucos de coctelería.

— ¿Se dio cuenta de que eres un poco irresponsable y que tienes tendencia a aparecer tarde para las cenas?

---

<sup>8</sup> Ron con un nivel de alcohol de 75,5% y por lo tanto, inflamable.

Cuando lo pone de esa manera, la llamo perra. — Atrápalo

Sacudo mi coctelera, tuerzo el cerrojo y lo lanzo por la barra hacia ella. Se acerca y la atrapa, sacudiéndola sobre su cabeza y sonriendo mientras se produce un aplauso. Vierte las próximas seis bebidas. Le quito la coctelera de nuevo, la enjuago y vierto el licor de nuevo. Alternamos lanzándonos la coctelera una a otra. Me giro y la tiro por encima de mi hombro. Estoy cerca de perderla cuando la lanzo bajo el brazo y mi mano termina humedecida, pero la atrapo. Los aplausos se hacen más y más fuertes. Mi madre aparece entre la multitud, Bradley me da un pulgar hacia arriba mientras la sostiene. Los ojos grises de ella tienen una mirada lejana, y hay una radiante sonrisa en su rostro.

Miro de ella a James, y trato de no pensar en ellos llevando este lugar por su propia cuenta. No es que crea que sea insustituible. Estoy segura de que hay directivos con mucha más experiencia que yo. Mi currículum está lleno de deserciones, clubes de striptease y bares deportivos. Claro, he trabajado con buenos comensales, en restaurantes elegantes, pero al final del día, en esos lugares no es donde me siento en casa. Dame un suelo pegajoso, clientes ruidosos, cincuenta cervezas de barril cualquier día de la semana. Dame personas que tengan historias que contar, que quieran ensuciarse las manos con una jugosa hamburguesa con queso. Dame verdadero amor por la comida y la bebida.

Cuando todas las bebidas se hallan terminadas bellamente delante de nosotros, Belle y yo nos inclinamos como bellezas sureñas.

— ¿Alguien tiene un encendedor? — pregunto.

Andrés se adelanta, y le entrega el suyo a Belle. Entonces antes de que nadie más pueda hacerlo, James me da el suyo. Nunca lo he visto fumando, y su apartamento no huele a tabaco. Tampoco su ropa, su pelo, su piel...

Lo sostiene en su puño. Lo tomo en mi mano y él lo suelta.

— Lucky — dice.

Es pesado. Plata maciza. Levanto la tapa. Belle cuenta hasta tres. El sonido de la chispa del encendedor es seguido por una ovación. Cada una de las bebidas se enciende en llamas. Encendemos cada uno de los extremos, logrando que el fuego se extienda a los otros vasos, como una estrella ardiente viajando a través de un cielo de alcohol.

Después de unos segundos, el fuego se extingue. Respiro la deliciosa canela en el aire y realizo otra pequeña inclinación. Busco a James en la audiencia para devolverle el encendedor, pero ya se dirige hacia la cocina.

Manos agarran las bebidas y las soplan ligeramente, para asegurarse de que no se quemen sus labios

McKenna lidera su personal fuera de la cocina con pequeñas y deliciosas preparaciones. Le ruego a Felicity que me guarde algo de chocolate congelado, pero no me lo promete.

Necesito un poco de aire. Así que voy fuera. Bajo el toldo en The Star, miro la lluvia y los truenos. Tomo el encendedor en mis manos y lo giro. De un lado tiene una corona dorada. Del otro... mi corazón se oprime un poco cuando veo grabado: Murphy.



## 38

*Traducido por Dey Turner**Corregido por Adriana*

A veces, me gustaría que mi vida fuera un cuento de hadas.

Cuando comienzo a desear eso, me doy cuenta que he alcanzado un nuevo punto bajo porque odio los cuentos de hadas. Que el príncipe solo aparece al final. Que a nadie le importa cómo el villano se convirtió en el villano. Lo que sí me gustaría tener de los cuentos de hadas son los objetos mágicos útiles. Por ejemplo, un espejo mágico.

En su lugar, tengo a Google. Cuando busco "James Murphy" quedo en blanco. De hecho, aparecen quinientos mil resultados. Intento reducir mi búsqueda agregando "Boston" al final, pero eso me deja con trescientos mil resultados. Trato con la búsqueda de imágenes, pero sus ojos verde mar no aparecen por ninguna parte.

Han pasado cuatro días desde la degustación. Un par de críticas aparecieron durante la noche, llamando la comida de James "La Comida Reconfortante de Boston." Hay algunos que indican que el restaurante parece muy inacabado y le falta un elemento clave, con un recordatorio agridulce que la gran apertura es en una semana.

Después que todos se fueron, James y yo no tuvimos ni un solo segundo para nosotros. Stella necesitaba que la llevaran a casa y yo hice mi parte como la hija obediente. Cerré el restaurante y le dejé la cocina a James. Por el resto de la noche, se quedó detrás de esas puertas dobles. Podría parecer antisocial, cuando la mayoría de los chefs están listos para estar frente a ti y disfrutar los elogios y adoración, pero James no es así.

Como alguien sin autoridad en lo que es James, o quién es, puedo decir eso.

Hago trizas otro pedazo de papel con un boceto en él y lo lanzo a la chimenea. El destrozado papel blanco salta en la chimenea y en segundos se reduce a cenizas.

Cierro mi laptop y la dejo en la alfombra. Me recuesto en el diván con el encendedor en mis manos. Los detalles son hermosos e intrincados. Parece caro, a pesar de que el metal está empañado. La historia tiene importancia en ello. Esta es una carta de presentación. James me la dio en frente de cada persona en el restaurante. Es una ofrenda de paz. Debo tomarla, pero ahí está una molesta

sensación dentro de mí que me recuerda que no me quedaré aquí por mucho tiempo. Que a pesar de los sentimientos con los que James me llena, eso no importa porque no lo conozco y, al final del día, lo mejor que puedo hacer por mí es irme.

—¿Qué es eso? —pregunta Felicity.

Salto y dejo caer el encendedor en mi pecho. Afortunadamente, mira los otros bocetos esparcidos por el suelo.

—Solo algunos garabatos.

—Me gusta este —dice Felicity. Es una serie de estrellas de diferentes tamaños.

—Sí —digo—, pero es demasiado simple, ¿no crees?

Felicity se encoge de hombros. En su día libre, sigue en su pijama. Su cabello está atado en un moño. Con un libro en la mano, está preparándose para acabar el día antes de que comience la hora feliz. —¿A dónde irán a cenar?

Mi cráneo todavía duele por la apretada cola de caballo que usé anoche. Froto los dedos en esa zona y masajeo el dolor. No importa lo que me ponga, Stella se quejará.

—Un lugar que acaba de abrir en el centro. Debería poner más atención a estas cosas.

—Oh, ¿Jet Set Lounge? He oído que tiene diferentes salas para parecerse a diferentes partes del mundo. Ya sabes, entorno jet.

—Muy listo. —Estoy bastante segura que ya he visto eso en Nueva York.

En el día de nuestra cena anual, mi mamá escoge un salón ruidoso para cenar. Frunzo el ceño hacia el techo, pero por otro lado, ¿qué puedo esperar? Así que, en lugar de sentirme abatida, decido hacer una locura.

—Deberías venir esta noche —le digo a Felicity.

Baja su libro. —¿En serio?

—Sí, quiero decir, nos merecemos una noche libre. Han sido unos días locos. Yo diría que después de la otra noche, nos lo ganamos.

Cuando Felicity y yo nos encontramos listas para ir al salón, Stella se ve confundida. Pero después de haber dominado el arte de no mostrarse sorprendida, se las ingenia. El viaje en auto es extraño. El conductor reproduce estilo libre de los ochentas y canta sin ninguna preocupación en el mundo. Nos hace reír a Felicity y a mí, pero mi madre rueda los ojos.

El Jet Set Lounge tiene una cola que le da la vuelta a la cuadra. Ha estado abierto al público desde hace una semana, de acuerdo con Stella, y uno de sus

amigos es copropietario. Caminamos hacia el frente de la cola y entramos enseguida, lo que me hace sentir como una idiota.

No hay nada de *salón* sobre Jet Set Lounge<sup>9</sup>. Las luces estroboscópicas son agresivas y le toma a mis ojos un minuto ajustarse. Cuerpos chocan y se balancean en piloto automático con una canción que me recuerda a naves espaciales teniendo sexo. Sigo a mi mamá para saludar a un hombre joven usando traje. Es bajito y delgado, y mira a su alrededor como si no pudiera creer que estas personas están aquí en su club. La chica a su alrededor bebe de una copa de champán, con el meñique hacia arriba como si fuera un jodido té.

Mi mamá le besa ambas mejillas. La escucho decirle lo bien que se ve el lugar, lo cual es una mentira. Puedo ver donde la pintura no se encuentra bien distribuida en parches, cuando la luz blanca la alumbra. Hay pinturas en las paredes que son imitaciones de Warhol. En serio odio cuando la gente usa arte que no entiende. Es como si ven una imagen de una persona famosa, le ponen un poco de color procesado, y lo llaman arte. No tiene personalidad, no hay vida.

Estoy segura de que si sigo mirando alrededor, encontraré algo más de que quejarme, así que en su lugar estrecho la mano del tipo joven y voy a conseguirnos una ronda de bebidas. El barman es grosero y me da tres cócteles que parecen orina de alienígena cuando lo único que pedí fue tres copas de champán. Quiero abofetearlo en nombre de los bármanes de todo el mundo. Oye, todos tenemos días de mierda, pero por lo menos capta bien la orden.

Felicity y mi mamá agarran sus bebidas. Estamos en una sección privada que tiene la forma de un harén. ¿Se supone que estamos en Dubái? Hay almohadas de terciopelo y cortinas de seda que podemos cerrar por privacidad. En realidad, éstas son muy bonitas. Es como si hubiera dos personas con dos gustos diferentes construyendo simultáneamente. Miedo serpentea en mi pecho cuando me doy cuenta que de esto hablaba Andrés. The Star es el bebé de Stella, pero aquí entré y empecé a *meterme* en ello. Me pregunto si eso es bueno o malo.

—¿Qué opinas? —pregunta Stella.

Ahí está ella, Stella Carter, en toda su gloria, rodeada por un halo de suave luz azul. Felicity dando saltitos sin preocupaciones con la música, viendo a la gente. ¿Qué opino? De la nada me enojo. ¿Es por esto que volví para ver a mi madre? No importa en dónde estemos, una vez al año, nos reunimos en *este* día. La ira se apodera de mí. Es como veneno extendiéndose por mis venas, paralizando mi capacidad de pensar.

—Ya me siento como si estuviera a mitad de camino del mundo. —Bebo el cóctel que está demasiado dulce. Una mesera llega con una botella grande de

---

<sup>9</sup> Juego de palabras, "Lounge" en este sentido significa "Salón" en español.



champán. Es una cosecha de Perrier-Jouët Blason Rosé que cuesta más de mil dólares. El favorito de Stella. Una segunda mesera sostiene luces de bengala y copas de champán. La gente estira el cuello hacia nuestro pequeño rincón para ver cuál es la gran cosa.

Mi madre pone una mano sobre su pecho. Hay algo en su peculiaridad que parece nerviosa. Es la manera en la que ve a la mesera, como si no debiera estar allí. Entonces, su sonrisa de televisión regresa y toma la copa de champán que le extienden.

—No pedimos esto —digo.

La chica de la botella sonrío y me guiña el ojo. —Su amiga tiene un admirador secreto muy dulce.

—¿No nos dirás quién?

Niega con la cabeza, molestándose conmigo. —No puedo decirlo. Es un cliente importante y eso.

Tomo la copa y me encojo de hombros. He estado en su posición.

Felicity se ve tan emocionada. Creo que de nosotras tres, ella es la más feliz de estar aquí. Así que decido aprovecharlo al máximo. A la mierda, alguien debe ser feliz. Ese es el nuevo lema del día. Las tres brindamos por nuestro champán gratuito. Luego, una pareja tropieza en nuestro pequeño rincón. Me pongo de pie, lista para decirles que se vayan, pero entonces a medida que los veo más de cerca, reconozco a Bradley y Sky.

—¿Qué hacen aquí, chicos?

Sky me da una sonrisa apenada, luego besa mis mejillas. —Todos los del hospital están aquí —dice—. Una de nuestras enfermeras se va a casar. Bradley dijo que las vio entrar, ¡así que queríamos saludarlas!

La mesera trae más copas. Sky toma la suya y la bebe en dos segundos. —Todo sabía tan bien. Lo siento por tener que irme. Tenía un turno temprano.

Estoy bastante segura que solo trabaja turnos nocturnos, pero no digo nada. A veces, tenemos que dejar que la gente mienta antes de que puedan admitir que algo está mal. Por otra parte, ¿qué pasa si no pueden?

Se tambalea junto a Felicity. Comienzan a tomarse selfies. Mi mamá se ríe por algo que dice Bradley. Sus hombros están tensos. Sus ojos siguen mirando hacia la puerta. Si ella no quiere estar aquí, entonces ¿por qué nos arrastraría hasta aquí en primer lugar? Tal vez no quiere que entre la persona que envió el champán.

Me excuso para ir al baño. La fila de mujeres está ridículamente larga. Faldas cortas y tacones de quince centímetros se tambalean y tratan de ocultar las ganas de ir al baño. Tomo mi lugar en la fila cuando una mano aterriza en mi

hombro. Sobresaltada, doy un paso atrás y mi tacón apuñala el pie del desconocido.

Solo que no es un desconocido. Es James. Hace una mueca de dolor cuando retiro mi pie. Una parte de mí se complace al verlo lastimado. Una parte de mí se acerca y se disculpa.

— Este no es tu ambiente — dice —. ¿Qué haces aquí?

— Es el aniversario de mi papá — mascullo —. ¿En dónde más estaríamos?

Tomo la copa de su mano y la bebo. El whisky, turboso y áspero, llena mi estómago con cosquilleos.

— Lo lamento — dice.

— Deja de lamentarte. Es molesto.

Se ve agotado. — Realmente tengo que hablar contigo, Lucky. Tengo que explicarte.

En su nítida camisa blanca de botones, irradia bajo la luz de fondo. Toma mi mano suavemente, como si estuviera probando las aguas. Mi cabeza y corazón comienzan a dispararse flechas. Coloco mi mano en su pecho. En la iluminación, mi mano se ve como una sombra sobre su corazón. Toma mi mano y la lleva hasta su rostro. Me besa la muñeca, y envía chispas por todo mi cuerpo.

— Dijiste que eras malo para mí.

El James enojado se estremece. — ¿Podemos hablar? ¿Por favor?

Asiento de manera automática. Lo sigo a través del club lleno de gente, a través de unas puertas dobles que deben ser un pasillo del personal, y por otra puerta. Ahí, en el hueco de la escalera, mis tacones resuenan con cada paso.

Se prepara para decirme algo, una larga historia acerca de dónde viene, a dónde va. Me dirá por qué mintió. Técnicamente no mintió, pero se contuvo sobre su pasado. Me dirá las cosas que quería saber. Sus labios están secos, los ojos preocupados, como si estuviera seguro de que voy a salir corriendo.

No hay garantía de que no lo haré.

Pero no quiero escuchar nada de eso. Agarro su rostro y presiono mis labios con los suyos. Deslizo mis brazos alrededor de su cuello. Jadea, como si esto fuera lo último que esperaba que yo hiciera. Pero es lo que he querido hacer desde nuestro sexy desayuno. Sus labios se rinden, su lengua busca la mía. Cierro los ojos fuertemente como si pudiera congelar lo perfecto que es su beso.

Me levanta por la cintura y me presiona contra la pared. El ruido del club es un zumbido atronador detrás de la puerta cerrada. Como si se diera cuenta que cualquiera puede chocar con nosotros, me lleva hasta el tramo de escaleras, así

estamos fuera de vista. El hueco de la escalera es oscuro, excepto por una luz parpadeante encima de nosotros.

James me presiona contra la pared. Extiendo la mano y siento el duro bulto en sus pantalones.

— Lucky, en serio quiero hablar contigo.

— Nop — digo —. Habla más tarde.

Baja mis ajustados pantalones negros y coloca su mano contra mi humedad. Gime en mi oído y hace a un lado mi tanga. Frota en círculos que envían chispas por mis venas.

Muevo mis caderas para que pueda sentir mi urgencia, lo mucho que lo quiero. Cuando sus dedos se deslizan dentro de mí, jadeo ruidosamente. Presiona su palma contra mi centro y mis rodillas quieren doblarse.

— Espera — digo. Retira su mano de inmediato, besando mi sien, mi mejilla y mi boca.

Le desabrocho la bragueta y bajo de un tirón sus pantalones. Si me quito mis pantalones, eliminará la posibilidad de una escapada rápida si alguien entra. Así que me doy la vuelta. Presiono mis manos contra la pared. Aparta mi cabello a un lado. Presiono mi trasero contra su polla dura como una roca.

— Lucky, yo no...

Giro mi cuerpo para poder besarlo. Lo miro profundamente a los ojos.

— James, te quiero. Te quiero a *ti*.

Me aprieta con fuerza contra la pared, como si mis palabras alimentaran su necesidad. Puedo sentirlo entrando por detrás. Es toda una sensación nueva. La presión en mi vientre se tensa. Presiona una mano en mi espalda baja, y otra en frente. Masajea mi clítoris justo mientras empuja dentro de mí. Besa mi cuello, descansando su cabeza en el hueco de mi hombro. Puedo sentir mi cuerpo sacudirse a medida que la presión es demasiada y se libera en olas pulsantes.

Gime fuerte y se retira. Me doy la vuelta y me arrodillo. Tomo su dureza larga y gruesa, y la aprieto contra mis labios. Puedo sentirlo temblar mientras se viene. Su calor dulce y húmedo llena mi boca.

Antes de que tengamos tiempo para acariciarnos románticamente, la puerta debajo de nosotros se abre. Casi me ahogo mientras me subo los pantalones y él abrocha su bragueta. Me sujeta y cuidadosamente subimos un piso más.

Mi emoción de aventurera se desvanece cuando reconozco las voces en el mismo hueco de la escalera que nosotros.

— Pero, cariño — dice Bradley —, vamos. Ha sido una semana entera. ¿Hice algo malo?



Puedo escucharla empujarlo a un lado. Hay una pausa, un silencio, y cuerpos empujándose contra la pared para besarse. Bradley gruñe, luego suspira.

—Mierda. Dame un segundo para que hagan efecto.

—No tengo tiempo para eso. —Sus tacones chasquean. La jala de regreso y continúan besándose.

—Ella está justo afuera, Bradley — dice Stella —. Se dará cuenta.

Bradley murmura algo. —Prometo que terminaré con ella esta noche.

—Dijiste eso hace meses.

*¿Hace meses?*

—Lo prometo.

—Las promesas son para niños. ¿Crees que un poco de champán mejorará las cosas? —Luego, se va. Bradley golpea la pared antes de salir.

—Vaya — murmura James.

Me dejo caer al suelo y él se sienta a mi lado.

*Vaya* ni siquiera comienza a cubrirlo. Mi madre se está acostando con mi mejor amigo.

Traducido por NicoleM

Corregido por Zafiro

—Eso es jodido — dice James.

Su voz resuena en el hueco de la escalera. Cuando la música vibra contra las paredes, su voz suena mucho más clara. Su mano masajea mi cuello.

—¿Cómo no lo vi? —Estoy congelada en los escalones. Debería haberlo visto. El reloj. La forma en que mi mamá quería saber si Bradley y yo estábamos enrollándonos cuando recién llegué a la ciudad. Al crecer, todos los chicos en la escuela querían follar a mi mamá. Nunca pensé considerar que Bradley fuera uno de ellos. ¿Cómo no lo vi? —. ¿Estoy tan envuelta en mi propio mundo que no pude darme cuenta de lo que estaba justo delante de mí? Oh, Dios mío... Era Bradley. Bradley era el tipo que salió por la mañana el otro día. *Sabía* que su papá jamás le conseguiría un reloj como ese. Él dijo que habían estado juntos por *meses*. Esto es horrible. ¿Que si Bradley termina siendo su quinto marido? Oh Dios... Sky. ¡Sky ni siquiera sabe que la están botando!

Pienso en la forma en que estaba actuando en el bar. Cómo claramente siempre están peleando. Cómo ella se fue durante la degustación. Lo *sabe*. Por supuesto que lo sabe. Llámalo un sexto sentido, pero las mujeres siempre saben.

James aprieta la parte trasera de mi cuello. Me relajo en su agarre. Es increíble cómo con solo su toque me siento tan relajada. Por supuesto, con solo un poco de su silencio también puedo sentirme tan *enloquecida*.

—No sé qué hacer.

Pone su brazo sobre mi hombro y me acerca a él. Levanto la mirada hacia su rostro y besa mis labios. —No hay nada que puedas hacer.

Hago una mueca. —Es mi madre. Él es mi mejor amigo. Es demasiado raro.

—¿Tú y Bradley alguna vez...?

—¿En serio? —Golpeo su muslo —. ¿Eso es lo que quieres preguntarme?

Se ríe. —Sígueme la corriente.

—Casi. Siempre fue un casi. Algo no estaba bien cada vez. Siempre hemos sido amigos. Es el tipo de amistad que es tan vieja que casi no te das cuenta de que ambos están cambiando hasta que te preguntas por qué siguen siendo amigos.

Está en silencio por un rato. Sus ojos son cubiertos en las sombras, pero aún puedo distinguir el rastro de un ceño fruncido. —¿Cómo te hace sentir esto?

—¿Cómo me siento?

—Eh... ¿sí? ¿Puedo preguntarte eso? —Acaricia con la nariz mi cabello.

—Supongo. —Mi cerebro está frito y quiero más champán—. Que mejor lugar para hablar sobre sentimientos que después del sexo en una oscura escalera en un club de mierda.

—Oye, este es el club del centro más concurrido esta semana. Pero lo que sea. Dime, ¿cómo te sientes?

Me encojo de hombros. —La única persona que me ha preguntado cómo me siento es mi pediatra. Eso y mi psiquiatra en la secundaria. Decía, “Hola, Lucky. ¿Cómo nos sentimos hoy?” Siempre dijo “nos” como si hubiera más que solo yo viviendo dentro de mí. Me siento como cuando uno es joven, los adultos ven las personas que somos, y las personas que quieren que seamos. No son la misma persona. Nunca logré encajar en la chica que ellos, mi madre, mis maestros, mis padrastros, mis psiquiatras, pensaban que debería ser. Siempre fui yo. *Me* conozco de toda la vida, y a mi incapacidad para comprometerme es el por qué sigo huyendo.

Su pulgar dibuja círculos en la parte posterior de mi cuello mientras me apoyo en él. Nunca he sido así de abierta a cualquier persona. No he salido con chicos durante meses. Ni siquiera con Bradley.

—Siento que ni siquiera conozco a las personas que me rodean. No sé quién eres. No conozco a Felicity. No conozco a Bradley. Creía que lo hacía. Pensé que era mi perfecto mejor amigo. Era el chico que mi madre siempre me dijo que aspirara a tener.

Puedo sentir a James estremecerse cuando digo eso.

—Me pregunto si ella hizo eso porque lo deseaba —continúo—. O no lo sé. Nunca pude verme a mí misma con alguien.

—Porque no quieres comprometer a quién eres. —Lo dice como una pregunta.

—Soy bastante egoísta.

—Sí.

Lo golpeo con el codo.

—¿Quieres saber quién soy? Para empezar, mi verdadero nombre es James. Mi nombre completo es Francis James Murphy. —Suspira—. Cuando tenía dieciséis me hice amigo de estos vagos que se mudaron al otro lado de la calle. Dieron todo tipo de fiestas. Drogas, chicas, alcohol, nómbralo. Mi mamá odiaba



cuando llegaba tarde a casa porque sabía que estaba allí. Me decía que no había nada bueno para mí en ese lugar, pero no quería escuchar. Le dije que era mejor que estar en casa con mi papá borracho y gritando todo el tiempo.

—Una noche, ella decidió venir a buscarme. No recuerdo que hacía. Tal vez estaba borracho o drogado. Todo lo que recuerdo es escuchar disparos. Cinco. Recuerdo a todos gritando y agachándose. Pero algo dentro de mí dolía, sabes. Así que fui afuera y el tipo más viejo, lo llamaban Kid, se encontraba desplomado sobre el pórtico con una bala en su brazo.

»Mi mamá estaba en la acera. No me di cuenta que era ella al principio. - Llevaba puesto su camión. Solo me quedé allí mientras la sangre formaba un charco saliendo desde la parte posterior de su cabeza. Bum. Un solo disparo detrás de la cabeza. Uno atravesó su hombro. Otro su pecho. Todavía no sabía que era ella en tanto la gente comenzó a salir, y las sirenas se dirigían hacia nosotros.

»Lo supe cuando mi papá vino corriendo a los gritos por la calle. Y seguí parado allí mientras él gritaba más alto y más fuerte que cualquiera de las sirenas llegando a la cuadra. Me di la vuelta, agarré lo primero que pude y empecé a golpear a Kid en la cara. Nadie vino a su rescate. Nadie aplaudió ni ayudó. Solo miraban. Incluso la policía. Sin embargo me detuvieron cerca de matarlo.

Pongo mi mano en su cara, instándolo a mirarme. ¿Qué se dice a eso? Sé que cuando mi papa murió, todos los “lo lamento” en el mundo me hicieron sentir aún peor. Sé que no es lo que James quiere oír. En su lugar, beso su rostro. Sus pestañas cosquillean en mi mejilla. Quería todo de James y aquí está. Y no me gustaría que fuera de otra manera.

—¿Él continúa en Boston?

James asiente. —Mi papá perdió la casa, pero mantuvo el bar. Vive en la oficina de arriba. Después de que mi mamá fue asesinada, él se perdió. Me culpó. Yo también me culpé. Así que mi papá simplemente me trató como una mierda después de eso. Y lo creí. Creí que era una mierda. Dejé la secundaria cuando tenía diecisiete. Me detuvieron por desorden público un montón. Luego, a unas pocas semanas de mi décimo octavo cumpleaños, me encerraron por traficar. Fui a un reformatorio durante dos años. Mi agente de libertad condicional era el guardia de seguridad de Fendway. Cuando salí, mi hermano mayor me consiguió un trabajo lavando platos en el restaurante de su amigo. Luego me ascendieron. Ahora estoy aquí, contigo.

—Vi a tu hermano en el callejón de atrás el otro día —admito. Si vamos a sincerarnos, voy a tener que decirlo tarde o temprano.

James suspira. —Pensaste que soy un traficante de drogas, ¿no?

—Si no me dices, mi imaginación simplemente se saldrá de control

—Mi hermano Michael es muy orgulloso. Vino a verme después de que Clarissa lo llamó. Así que peleamos porque tiene miedo de que pueda perder algo bueno. Entonces peleamos porque quería darle dinero para ayudar a papá a pagar las cuentas. El viejo no va a aceptar mi dinero, pero si viene de Michael lo hará. Peleamos mucho, por si no lo habías notado.

—Tienes que invitar a tu familia al restaurante. Tienen que ver todo lo que has logrado.

—No vendrán.

No muevo mi cabeza de su hombro. Dejo que su mano roce mi espalda arriba y abajo.

—Mira —dice—, no hay ninguna regla que diga que tienes que conocer a todo el mundo al cien por ciento porque nunca vamos a ser la misma persona toda la vida. No eres la chica que fuiste ayer, o dos años antes de eso, o hace dos semanas. No soy el tipo que era cuando tenía diecisiete, gracias a Dios. Cambiamos, cada día, para bien o para mal. Eso no significa que tienes que seguir escapando solo porque tienes miedo de que alguien no te amará.

—No sé, James. Estoy tan confundida. Estás con estos juegos. Eres caliente, frío y más caliente...

—¡No son juegos! Estoy tan confundido como tú.

Sacudo la cabeza, pero no suelto su mano. —Ni siquiera sé dónde estaré la próxima semana. Solo sé que todo lo que acabas de decirme, no te hace una mala persona. Suceden cosas terribles. No apretaste el gatillo.

—A veces siento como que lo hice.

Ahora es mi turno para sincerarme. —¿Sabes por qué estoy aquí?

—¿Para estar conmigo?

Mi risa resuena. —Una vez al año, mi mamá y yo tenemos un trato. Tenemos la cena en el aniversario de la muerte de mi papá. Entonces me voy de nuevo al día siguiente.

—¿Cómo ocurrió?

—Fue hace diez años. Supongo que ambos perdimos un padre hace diez años... Quería helado y mi madre se negó porque era tarde. Mi papá, nunca pudo negarme nada y me llevó a dar un paseo. Realmente me amaba. Conducíamos por todas partes solo para escuchar música y ver pasar los árboles. Esta vez mi mamá se quedó en casa a esperarnos. En nuestro camino a la tienda tuvimos un accidente de auto. Yo viví. Él no. Mi mamá y yo seguimos adelante. Ahora estoy aquí, contigo. Escúchame, James. Tú no apretaste el gatillo. Yo no conduje ese auto. Solo somos el producto de la mala suerte y las tragedias.

—Cuando estaba golpeando a ese tipo en el juego —dice—, todo volvió. Pude ver la cara de Kid en la suya. Me di cuenta que la ira no ha desaparecido completamente. Es por eso que no soy bueno para ti.

Me hundo en la presión de su brazo alrededor de mí. Inhalo el olor de su cabello y su sudor. —No estoy tan segura de que he terminado de huir. Es por eso que no soy buena para ti.

—Espera un minuto —dice James, sentándose recto—, ¿te estás yendo después de la apertura?

Abro la boca para decir “sí”. La verdad es que, no lo sé. Pensé que tenía un plan B. —Mi mamá dijo que si me quedaba para la apertura, me pagaría la universidad de nuevo, si quiero volver. Ese fue nuestro acuerdo.

Su mano en mi espalda se convierte en un apretón. Agarra mi camisa en un puño y me acerca más a él. Me hace jadear. Envuelvo los brazos alrededor de su torso.

—¿Entonces, qué es esto, Lucky? ¿Qué, estás visitando los barrios bajos con el chef antes de salir de soslayo?

Está intentando ser gracioso, pero el dolor se profundiza.

—¿Cómo puedes decirme eso? —pregunto.

—¿Cómo puedes levantarte e irte sin más?

Me salgo de su agarre. Mis zapatos hacen ruidosos clics en el silencioso hueco de la escalera. No quiero pensar en esto. Es hora de un movimiento de avestruz. Me sigue voluntariamente, encuentra mis labios y me besa con un fervor que nunca había sentido antes.

—No sé qué es esto —Señalo entre él y yo—. No sé lo que quiero.

Besa mi mejilla, mi mandíbula. Me suelta y un escalofrío sustituye el calor de su cuerpo. Se dirige hacia la puerta y tira de ella hacia atrás, haciendo pasar los rechinantes ritmos tecno. Me mira por encima del hombro, esperando a que siga. Pero estoy congelada en el lugar por la forma en que me mira. —Ya sabes, no tienes que comprometerte conmigo.

Esa es la cosa. Ya lo hice.



*Traducido por Miry GPE**Corregido por Alysse Volkov*

Es el día en el que se supone que mi madre y yo tenemos nuestro refrito anual de sentimientos y recuerdos de mi padre, y nos encontramos en el Jet Longue, donde un aluvión de universitarios de fraternidad se mezclan con jóvenes profesionales y fiestas de despedida de soltera. Nunzio me da pulgares arriba desde donde se encuentra en medio de capas de silicona. Dirijo a James a nuestra alcoba VIP harén. Cuando pasamos por la luz negra, se iluminan las manchas de nuestra ropa, y a pesar de todo lo que sucede, eso forma una sonrisa maliciosa en mis labios.

Excepto que cuando llegamos ahí, nada esta como lo dejé.

Alguien tropieza conmigo cuando entramos. El rostro de Sky se halla cubierto de lágrimas. Tomo sus muñecas para conseguir que se quede, pero sacude la cabeza.

—Lo siento —digo. Lo siento por mi madre, por Bradley, por todo ya que nadie merece sentirse de esa manera. Ella se zafa de mi agarre y la dejo ir.

James pone su mano en mi espalda baja, así no nos separaremos entre la muchedumbre. Cuando abro la cortina, tengo que asegurarme que estoy en la alcoba correcta.

Felicity chupa la cara de un tipo cuyos músculos son más grandes que los de James. Stella se encuentra de pie en la parte superior de la pequeña mesa de centro bailando lo que presumiblemente es Charleston, y Bradley baila a su alrededor como si fuera Afrodita y él un plebeyo indigno.

La botella de champán fue sustituida por una botella de vodka. ¿Cuánto tiempo nos fuimos James y yo? Compruebo la hora y ya es medianoche. Es hora de regresar a la calabaza e ir a casa.

—¡Oh, cariño, regresaron! —me dice Stella. Salta para bajarse y tengo que sostenerla para que no pierda el equilibrio. Besa mis mejillas—. ¡Hueles como hombre!

Luego ve a James. —¡Es mi chef estrella!

James ríe y acaricia la cabeza de mi mamá mientras lo abraza. Bradley toma el brazo de mi mamá y la jala hacia su pecho.

—¿Qué demonios haces? —le pregunto a Bradley. Demasiado de pretender que no sé nada sobre ellos.

Bradley mira de mí hacia James. —Estamos bailando, nena.

El que Bradley me llame “nena” hace que mi piel se erice más que cuando me silban en la calle. Sabe lo mucho que odio eso.

—Luuuucky —dice mi mamá, alejándose del abrazo de Bradley y volviendo a mí—. ¿No crees que deberíamos hacer algo como esto en el restaurante? —Agarra el cortinaje de seda y tira de él. Se inclina demasiado y cae sobre el cómodo sofá, tirándome junto con ella.

—Bueno, es hora de irnos —le digo.

Ella toma mi mano y me jala hacia abajo. —¡Pero me estoy divirtiendo mucho! Nunca me divierto. Siempre es esto y aquello, una reunión, filmación y planificación. Nunca tengo la oportunidad de solo hacer algo *yo*, ¿sabes? Ni mi propia hija quiere pasar tiempo conmigo.

Stella baja la vista, a la alfombra. Arrastra las palabras y se encuentra sin buen equilibrio. He visto a mi madre borracha, pero nunca así de desenfocada. Cuando mira a mi rostro, sus pupilas se encuentran dilatadas. Pasa sus dedos por su cabello y balancea su cuerpo al ritmo de la canción. —Lucky, es como si la música se encuentra justo en mi piel, sabes. Bradley, dame otra.

Extiende su mano abierta hacia Bradley, quien baila como un tonto. La comprensión me golpea en la cabeza. Me levanto de un salto y empujo a Bradley en el pecho. —¿Qué le diste?

—Oh vamos, Luck —dice Bradley, tratando de rodearme con su brazo—. No es gran cosa. Todos somos adultos.

Estoy tan enojada que tiemblo. Me giro para agarrar a mi madre cuando siento que me dan una fuerte nalgada. Me doy la vuelta para darle una patada en las bolas, pero solo se ríe como un niño. No me mira. Mira hacia las luces. James lo toma por la camisa y lo presiona contra la pared.

—No vuelvas a tocarla, ¿entiendes?

Mi estómago se llena de terror. La última vez que James me defendió, golpeo al tipo en el rostro. No es que crea que Bradley no se lo merece. Es solo que no vale la pena. Pongo una mano en el hombro de James y siento que su cuerpo se relaja bajo mi tacto. Su respuesta me conmueve más que otra cosa. Él se burla de James y puedo sentir lo difícil que le resulta soltarlo. Bradley saca una bolsita de su bolsillo con pequeñas pastillas de colores divertidos. El futuro doctor Bradley Thorston, dispensador extraordinario de pastillas de felicidad.

Observo en cámara lenta cómo mi madre vuelve a subir a la mesa, y me encuentro atrapada en este extraño espectáculo de fenómenos. Extiende su mano y

Bradley empieza a pasarle una pastilla. He estado alrededor de mucha gente que se divierte como si fuera su último día en la tierra. He probado las drogas un par de veces, así que no puedo ser hipócrita y decirle a mi madre qué hacer. Es una mujer bastante crecida y capaz de tomar sus propias decisiones.

Excepto que hay algo roto dentro de ella. Me negué a verlo, pero ha estado en el fondo de mi cabeza desde que llegué a casa. Se ve en la forma en que bebe whisky al mediodía. En la forma en que escapa a Nueva York cuando su restaurante se halla en medio de una inauguración. En cómo folla con un chico de la mitad de su edad; y tal vez si no fuera con Bradley, me sentiría mejor sobre eso. Es la forma en la que quiere enterrarse del mundo, ver todas las cosas brillantes y lindas porque son hermosas, y esa soledad hará el día solo un poco mejor. Más radiante.

Veo las piezas rotas de mi madre porque también se hallan en mí. Solo que yo tengo la libertad para huir. Ella nunca lo hizo.

Tomo la pastilla de la mano de Bradley. La tiro al suelo y la aplasto hasta volverla pedacitos.

—Hay más de donde vino esa, Lucky. —Ríe Bradley. Trata de ser juguetón, pero solo es espeluznante. Es la clase de hombre que odio.

Stella ríe, la desconexión de su risa me asusta. Me extiendo y golpeo a Bradley en la garganta. Tomo la mano de mi mamá. Ella pelea. La botella de vodka se estrella contra el suelo. Una camarera entra y jadea mientras las piezas rotas resuenan en el suelo. Felicity se separa de su cita y se sorprende por todo lo que la rodea.

—¡Nos vamos! —Jalo la mano de Stella.

Se acerca y me golpea en el rostro. Nunca, ni siquiera en mis peores berrinches adolescentes, mi madre me golpeó. Ahora, casi en mis veintitrés, frente a extraños quienes echan un vistazo a nuestra habitación VIP, frente a Bradley, James, Felicity, decide que es un buen momento. Mi piel pica. Veo el arrepentimiento en su rostro de inmediato. Sorprendentemente, no me siento enojada. Me sobrepasa la pena, la necesidad de dejarme caer y llorar, pero luego comprendo que si me rompo en un montón de pequeñas piezas, ¿quién estará ahí para levantarla?

—Nos *vamos* —digo de nuevo.

Stella lloriquea como una niña. Salta de la mesa. Veo que eso sucede, pero mis reflejos son demasiado lentos. El suelo es resbaladizo, está mojado y cubierto de vidrios. El pie de Stella se desliza. Trato de agarrarla, pero termino agarrando el aire. La camarera grita. Bradley trata de pasar por encima de mí para llegar a mi madre. James lo detiene y lo hace hacia atrás.



ON THE

LINE

LIBROS DEL CIELO LIBROS DEL CIELO

2

Incluso bajo el fuerte sonido de la música, puedo escuchar la cabeza de mi mamá golpear contra la mesa.

13

LUCK

ON THE

*Traducido por Estivali*

*Corregido por Eli Mirced*

El recuerdo favorito de mi madre viene un poco después de que murió mi padre. Estábamos viviendo con algunos familiares en Poughkeepsie, Nueva York, y ninguno de nosotros tenía apetito para nada a menos que estuviera cubierto de azúcar. Galletas y café para el desayuno, helado para el almuerzo, pastel de manzana y crema batida para la cena.

En el primer aniversario de su muerte, tomamos una caja de su helado favorito de chocolate y cereza, nos sentamos en su tumba, y comimos la cosa entera. Incluso tomé una cuchara extra y la dejé en su lapida.

Hicimos eso cada año hasta que nos mudamos a Boston. Creo que una de las razones de por qué odiaba tanto a Boston, era que no podíamos hacer nuestra tradición. Solo nos sentábamos para la cena en un "buen lugar".

En la sala de emergencias, el doctor pone una luz en el ojo de mi mamá. Responde bien, pero es claro que se encuentra drogada. La ponen en terapia intravenosa, y tres bolsas después, ya no está deshidratada. Hay un vendaje en su cabeza, cubriendo el corte que por fin paró de sangrar. Tiene múltiples cortes en la parte superior de su muslo donde cayó en la botella rota. La peor parte fue que pidiera una doctora femenina, porque no podía soportar la idea de que un doctor guapo la diera vuelta y le suturara el culo. Esa es mi mamá.

James y Felicity están afuera. Esperándonos. Mi mamá no dijo ni una palabra. No esperaba que lo hiciera. Me sorprendí que no pida una habitación privada. En cambio, solo se recostó, separada de las otras tragedias menores de la sala de emergencia por una cortina.

Tengo tantas preguntas que quiero hacerle, pero cuando miro sus labios hinchados, el círculo oscuro debajo de sus ojos grises, mi corazón se rompe por ella y me callo. Cuando el doctor le da el alta, y James nos lleva a casa, seguimos sin hablar.

Felicity solloza. La verdad, cuando mi madre se golpeó la cabeza, me volví loca. Ella no se movía, cada miedo y arrepentimiento en mi cuerpo se manifestó como un demonio. Me di vuelta y le rompí la nariz a Bradley con la palma de mi mano. Seguridad nos separó y lo arrestaron por posesión de drogas, pero conociendo las conexiones de su padre, él no fue ni siquiera procesado. A decir

verdad, no quiero que vaya a la cárcel o arruine su vida, pero no lo quiero ni un metro cerca de mi familia.

James me ayuda a llevar a mi madre por las escaleras hasta su habitación. Es la única parte del penthouse en que no he estado. Mi corazón se para cuando veo su rostro en la pared. Es una foto de mi papá, mamá y yo en un viaje de campamento. Tenía frenillos y estaba muy bronceada por todo el tiempo bajo el sol. Mamá era la única que tenía quemaduras de sol. El ojo de papá se hinchó por una picadura de abeja. Nuestro cabello se hallaba cubierto de hojas y ramas, pero estábamos al borde de un acantilado y la Gran Nueva York estaba detrás de nuestros brazos estirados como águilas.

Hay una serie de cuadros de mis fotos de graduación, cada una más hosca que la anterior. En una tengo el cabello verde. Me estremezco. ¿En qué pensaba? Me muevo a través de las paredes. Incluso hay cosas de mi papá. Su trofeo de golf, su delantal que dice "Besa al Chef". Hay una foto de mí en mi primer desfile, mamá usando su pulgar para sacar una mancha de mi cara y yo alejándome de ella. Recuerdo a mi papá riendo.

James besa la parte superior de mi cabeza y se retira sin decir ninguna palabra. Cuando me doy vuelta mi mamá me está mirando.

—Aquí es donde guardas todo —digo.

Ella tose, riéndose. —¿En serio pensaste que no tenía fotos de ustedes dos en ninguna parte?

Muevo la cabeza, y me siento a los pies de la cama. —Ya no sé qué pensar.

—Oh, cariño... lo siento. —Inclina su cabeza hacia atrás—. He sido una completa tonta.

Me encojo de hombros, como si no fuera gran cosa. Pero esto no es como si pudiera meter mi cabeza dentro de la arena. No puedo seguir evitándolo.

—Ma, ¿Bradley?

Medio se ríe, medio gruñe. El aire se siente delicado, otra vez. —¿Puedo echarle la culpa a la crisis de mediana edad?

—Bueno, si un hombre obtiene autos brillantes y modelos con la mitad de su edad, ¿supongo que por qué una mujer no? —Trato de reír—. Pero, ¿por qué Bradley?

Estudia sus uñas. Se da cuenta de que se ha roto dos. Están cubiertas en vendaje. —Él me hizo sentir hermosa de nuevo.

—Pero tú eres hermosa.



—No como antes. Siento como que cada hombre que alguna vez me amó se ha vuelto gordo, descuidado y *viejo*. Incluso tengo un fabricante de vinos tratando de ligar. Es amable, me hace reír, así que naturalmente no quería nada con él.

Vergüenza quema en mi pecho porque sé exactamente cómo se siente.

—Sé que estar con Bradley estuvo mal. Pero me llevaba a fiestas y nos divertíamos con estupideces. Como tú.

—¿Cómo *yo*? —Salto de la cama—. Mamá, no me *divierto* con estupideces. *Trabajo*. Me parto el culo trabajando en bares de mierda y trato con imbéciles todos los días. Eso no es diversión para mí.

Suspira. Es como si no nos pudiéramos hablar sin molestar a la otra.

—Entonces, ¿por qué lo haces? ¿Por qué no vuelves a casa? Escoge algo que no te tenga viviendo en el fondo de un barril con Dios sabe quién.

Mi sangre hierve. —¿Te refieres a la *cima* del barril como tú? ¿Como Bradley? ¿Bradley, el Dr. Plymouth Rock, que da éxtasis a su *amante* mientras engaña a su novia en la cara? Por Dios, qué pasa conmigo que me junto con camareras humildes que hablan con borrachos de negocios solo para pagar la renta o ayudar a sus hijos o ¡simplemente vivir! ¿Quieres saber cómo están de jodidas tus prioridades en este momento?

—No hables de prioridades, jovencita. —Su voz adopta el tono de mamá-enojada. *No uses ese tono de voz conmigo, Lucky Pierce*—. Al primer inconveniente, abandonas todo. Me abandonaste.

—¿*Te abandoné*? —Mi voz sale chillona—. ¡Tú estabas viajando por el mundo con uno de tus tantos maridos!

—¡Nunca quisiste venir!

—¡Porque lo odiaba! Sigo odiándolo. Detestaba que pensaran que podían comprarnos. Que te *fuiste* con él sin más. Que nuestras vidas se convirtieron en este espectáculo para personas que no conocemos ni nos caen bien.

Permanece quieta, malditamente quieta. —Lucky, ¿cómo se suponía que tenía que cuidarte? ¿Querías que me enamorara otra vez y tuviera un vivieron felices para siempre? No era una opción para mí. Tenía que cuidar de nosotras, y esa era la única manera en que podía. Si piensas que me hace una mala madre, entonces tendré que encontrar una manera de vivir con eso, pero lo haría de nuevo porque al menos te mantuve alimentada. Te di la *opción* de odiar la escuela privada, a saltar de una universidad a otra.

Tiene razón. Es algo que James señaló cuando me conoció. Ser malcriada venía de ser privilegiada. Decirle a mi mamá que ella no tenía que sacrificar su felicidad era como abofetearla en la cara.

—¿Quieres saber por qué decidí abrir un restaurante?

Me vuelvo a sentar en la cama. —¿Por qué querías ver tu nombre en luces?

Toma mi mano y la sostiene. —Por ti.

—¿Por mí?

—Antes de que tu papá muriera. —Cierra los ojos y toma una pastilla que le recetó el doctor—. Antes... se iba a encargar del restaurante de un amigo. Era italiano, muy de la vieja escuela, y desesperadamente necesitaba una nueva capa de pintura, nuevo personal. Él tenía todo este dinero ahorrado por la jubilación adelantada. Dijo que quería nombrarlo Estella's, pero no me gustaba la idea de mi nombre en un letrero gigante. ¿Recuerdas como solía llamarte él?

Si hubiera un premio para la hija de mierda de la década, yo estaría en el primer lugar. Me golpea como una bola de demolición en mi corazón. —Mi estrellita.

Ella traga y mira hacía un lado, así no la veo ponerse emocional. Al menos tenemos eso en común.

—Lo siento —digo.

—Yo también.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Niega con su cabeza. —Porque esperaba que aceptaras sin el sentimiento de culpa. Quería que tuvieras algo que era realmente tuyo. Incluso el dinero que ocupe venía de tu padre. Lo invertí. Cuando fue un lindo cheque gordo, saqué los fondos.

—Entonces, ¿por qué te fuiste a Nueva York el otro día?

—La cadena en que trabajo quiere que la final sea en directo.

—¿Qué? Es una locura.

—También quieren que renueve para otra temporada. —Inclina la cabeza hacia atrás y cierra sus ojos. No se me permite dejarla dormir, así que aprieto su mano para despertarla—. Pero estoy cansada. Solo quiero una margarita y algo de pan.

Es mi turno para toser-reír. Ella toma mi barbilla como ha hecho tantas veces. Por lo general, es para señalar que me tengo que deshacer de mis deudas o que trabajar en bares me va a hacer envejecer pronto.

—Estoy tan orgullosa de lo que has hecho en los últimos pares de días.

Me acuesto en su regazo, y ella acaricia mi cabello como cuando era una niña. Es un sentimiento extraño saber que desperdiciamos tanto tiempo estando enojadas porque nuestras vidas no fueron como queríamos. De alguna manera, nos reunimos en el medio. O tratamos.

ZORAIDA

ON THE  
LINE

CÓRDOVA

—Así que —dice Stella, con una curiosa sonrisa en su cara—, cuéntame sobre James y tú.

LUCK

18 2



*Traducido por Fany Keaton*

*Corregido por SammyD*

— ¡Esto es brillante! — dice Felicity.

Nos encontramos en The Star dos días después de nuestra noche infernal en Jet Set Lounge. Carlos y su equipo se hallan de vuelta con sierras y martillos. Un electricista estudia el artefacto en la pared para ver cómo arreglarlo así no volvemos a tener problemas en un futuro.

Felicity le da un sorbo a su latte helado. Unas pocas gotas caen en su camisa y gruñe. — ¡Me la acabo de comprar!

— Por eso es que nunca me visto de blanco — digo. A pesar de la nueva mancha, luce genial con una túnica blanca y vaqueros ajustados. Por fin luce de su edad. Incluso Nunzio caminó lentamente hacia la cocina admirando su atractivo.

Felicity sonrío. — Eso, y lo obvio.

Me alegro de que se sienta tan a gusto conmigo estos días. Por otra parte, después de que me enseñara el culo mientras se besaba apasionadamente con un desconocido que no fue visto de nuevo (hay fotos para comprobar que en realidad pasó), nos hicimos más cercanas.

— Lucky, en verdad — dice, mirando la nueva pared —, es hermosa. Es divertida y diferente. Le da más unión a la habitación.

Sigo observando la cocina sobre mi hombro. Ahora que solo faltan tres días para la apertura, el restaurante se encuentra en un frenesí de gente trabajando. Hay construcciones de último minuto. Órdenes para reponer alcohol y alimentos. Hay una línea de gente afuera lista para ser entrevistada para ser meseros o ayudantes para el bar.

Pasó la hoja del *The Boston Inquirer* en la barra para asegurarme de que Clarissa Adams no ha escrito nada sobre James. Pero por supuesto, tal vez con sus habilidades de acosadora loca sepa donde se encuentra mi chef principal.

Me paseo por el restaurante un par de veces antes de caminar hasta la cocina.

Nunzio levanta sus manos a la defensiva. — No sé dónde está.

—Solo quería tomar un emparedado —miento. Tomo un emparedado de los que se prepararon para los trabajadores el día de hoy.

James y yo hemos estado jugando a evitarnos. Al principio quiso darme espacio para estar con mi madre. Luego, quise darle espacio porque soy una idiota y no podía hacer frente a sus palabras. Si le hago caso, si le creo cuando dice que me quiere por mí y luego no es así... Mamá dice que los hombres como James no crecen en los árboles. Incluso después de que le contara todo lo que me dijo, me confesó que sospechaba algo parecido cuando no pudo saber nada más que unos cuantos años de su pasado. Aun así, su comida era demasiado buena. Su rostro era demasiado hermoso como para ignorar.

Pero por otra parte, ella solo quiere que me quede cerca por lo que, por supuesto, me empuja en dirección a James Hughes. Tacha eso. James Murphy.

Así que al final del día, recibo un mensaje de James que dice: *Reúnete conmigo afuera.*

Es siniestro y exigente, dos cosas que no me gustan. Cuando me quedo dentro del restaurante envía un segundo mensaje: *Por favor.*

No oculto la sonrisita en mi rostro mientras salgo al fresco día de verano. Su motocicleta acelera entre sus piernas, su chaqueta de cuero se estira sobre sus músculos mientras se inclina hacia adelante. Sus gafas reflejan mi estúpida sonrisa mientras digo —: ¿Debería siquiera preguntarte como lograste todo eso?

La motocicleta ronronea, todo el metal y humo. —Quiero mostrarte algo.

Montamos unos quince minutos más allá del sur de Boston. Al parecer algunos idiotas lo llaman SoBo estos días para subir los precios de los bienes raíces. Viejas y adosadas casas en tonos de colores pastel se alinean a ambos lados de la calle, excepto al llegar a una esquina, donde hay un bar que luce como la casa del lobo feroz.

James estaciona junto al edificio viejo. Una pareja de hipster, vistiendo tela de cuadros y sosteniendo cafés de Starbucks, cruzan la calle. Veo el rostro de James pasar de tranquilo a iracundo en un instante, entonces un suspiro resignado abandona su linda boca.

—¿Dónde estamos?

—Aquí es donde crecí —dice, bajándose de la motocicleta—. Quiero decir, antes de que el alquiler comenzara a subir y todos los neoyorquinos comenzaran a invadirnos, esta era mi cuadra. —*Neoyohquiños.*

—Como sea. Dame el recorrido.

Mientras allí no hay tanto, todavía queda mucho por ver. Familias sentadas en el patio delantero observándonos caminar de un lado al otro con el mismo desdén que James miró a los chicos. Un cochecito lleno de comestibles se encuentra

estacionado en el pórtico de alguien. Un anciano en una camiseta de los Red Sox en la esquina saluda a James y este asiente. Ni siquiera sé cómo lucían la mayoría de mis vecinos, y mucho menos había saludado a alguno de ellos.

Pero aquí, todos parecen conocerse unos a otros. Dos hombres con cabello canoso hacen el camino hasta la taberna Murphys's Law. Nos miran sospechosamente mientras los seguimos. El lugar es oscuro, tan oscuro que mis ojos no ven bien. Logro notar una mesa de billar y un viejo bar de caoba que es lo único en el lugar que parece limpio.

Los hombres se encuentran más inclinados hacia las pintas de color ámbar. Mi corazón brinca un poco cuando observo al hermano de James, Michael, atendiendo la barra. Tiene una sonrisa socarrona, tal como su hermano. Luego otra cosa me hace mirar de nuevo.

—No sé si sabías esto, pero hay un bebé esperando conseguir algo de servicio.

La niña sacude un sonajero. Su lío de rizos castaños devasta mi corazón y hace que mis ovarios den un pequeño apretón. Sus ojos son brillantes y verdes justo como su padre y su tío.

—¿Cómo se llama?

—Dee —dice Michael—. Deirdre.

Dejamos que el silencio reconozca eso. Entonces Michael me tiende la mano. —Oye, lo siento por lo de la otra vez. No quise ofenderte. No creí que este perdedor recibiera visitas alguna vez.

James toma un asiento en el bar. —¿Dónde se encuentra papá?

—Dormía para quitarse la borrachera. Ahora toma una ducha. Recibí una llamada de Anton hace como dos horas. Fue como: "Tú padre duerme otra vez detrás de la barra." Este estúpido, uno de los hermano Flaherty, el pequeño, bombeaba el grifo como si fuera una maldita estación de gasolina. —Michael sacude su cabeza y limpia la barra—. Frankie, no lo sé.

Me sorprende escuchar que llamen a James por otro nombre.

—Oh diablos, perdóname —dice Michael—. Olvidé que era *James Maldito Hughes* honrándonos con su presencia.

—¿Quieres callarte ya? Jesús, sabes jodidamente bien porque tuve que hacerlo. Deja de ser papá por dos segundos.

Los observo ir y venir con esto durante un rato. Hay algo familiar con la manera en que discuten. No voy a decir que me recuerda a Stella y a mí, pero sí, algo.



James se frota la cara. Su mano distraídamente va a mi cintura. —No sé qué voy a hacer con Clarissa. Ha ido a un nuevo nivel. Le pasó por encima a mi motocicleta el otro día.

Michael me mira. —¿Sabes de este lío? Eso es lo que obtiene esta rata bastarda por meter su polla donde no pertenece. Al menos yo obtuve algo hermoso de ello. Él solo obtuvo un jodido problema. Cuando comenzó a llamar aquí, fui a decirle a él un poco de lo que pensaba.

—¿Así que todo lo que quiere es dinero a cambio de no decirle al mundo que fuiste un joven delincuente que tiene rabietas? —Cuando lo digo, suena tan simple.

—No tengo rabietas —dice James, teniendo una pequeñísima rabieta.

Miro al hermoso hermano en frente. Alguien eructa en la habitación. Un hombre se queja que las risas del bebé hacen que su cerveza sepa a nada, a lo que Michael responde —: Entonces apaga tu oído, malhumorado *bagstardo*.

—Mi papá solía decir que la verdad siempre salía a la luz —les digo. Por supuesto me regañaba por robar los juguetes del patio vecino—. Aún cuando le des lo que quiere.

Michael le da un puñetazo juguetón a su hermano. —Lo que quiere es una montada en su pequeña polla irlandesa.

—No es pequeña —digo, luego deseo que pudiera morder mi lengua y luego tragarla de manera que no pueda volver a hablar.

Michael grita y golpea a su hermano en el hombro. James se inclina y besa mi mejilla.

—¿Ves? —digo, tragando mi vergüenza—. La verdad siempre tiende a salir de una forma u otra. James, no tienes nada que esconder. Mucha gente utiliza nombres falsos en su trabajo.

Michael coloca una cerveza frente a mí. —Sí, como las malditas strippers y esa mierda.

Muevo mis cejas. —¿No hablabas de colocar un pollo desnudo en el menú?

James hunde sus dedos en mi lado y me desplomo en un ataque de risa.

—Tiene razón, Frankie. Este lío solo se pondrá peor. Créeme. Sé de viejas locas.

—No lo dudo por un minuto —digo—. Ve a cualquier restaurante con una estrella Michelin en la ciudad, y escucharás todo tipo de historias lacrimógenas sobre como crecieron en el lugar equivocado, cargando una mochila a través de todo París para obtener las mejores recetas, aprendiendo como cocinar en el

desierto de California. La historia de tu creación es tuya. No puedes dejar que te asuste y te haga esconder, a menos que eso sea lo que quieras hacer.

Acaricia mi oreja. —Lo dice la chica que quiere dejarme solo y abandonado.

—¿En qué ciudad escuchaste esto? —pregunta Michael.

—En Nueva York —digo a la defensiva, sabiendo que me va a hacer enojar—. La mejor jodida ciudad. Pregúntale a cualquiera, en cualquier lado.

—No, aquí no —murmura uno de los ancianos en el bar.

—Como sea. Nueva York incluso tiene el mejor lema. *Excelsior*. ¿Saben lo que significa eso?

—Uh, ¿ese es su lema? —Michael claramente no se siente impresionado. Golpea a su hermano en el pecho—. Oye, Frankie, ¿sabes cuál es lema de Mass?

James me sonrío y vuelve la mirada a su hermano. —Nop. ¿Cuál?

—*Vaghyanse al carajo*, ese es el lema del estado.

Me resigno a los ataques para Nueva York de parte de los hermanos Murphy. Siento la necesidad de probarme ante ellos. Son geniales y genuinos sin ningún esfuerzo. Es difícil sentirse avergonzada cuando las personas que te rodean son unos sinvergüenzas. Eso es lo que me encanta de los bares, decidido. Esa anarquía que viene con la bebida. Denme un bar de barrio sobre un club nocturno cualquier día.

Entonces un señor mayor baja las escaleras. Es alto, de cabello muy gris y peinado correctamente hacia atrás. En la oscuridad puedo ver sus ojos azules irradiar. Su piel es curtida, como un hombre que se perdió en el mar y acaba de encontrar el camino de regreso a casa. Mete su camisa dentro de sus pantalones. Cuando mira a su niño, pausa. James se levanta y va a la cocina.

No sé para donde huir.

—Me gustaría decir que eso fue incómodo y sacarlo del camino —digo a través de mi filtro Guinness.

—¿Quién es ella? —pregunta el hombre mayor. Su cuerpo se mueve lentamente, como si sus músculos le dolieran. Se desliza detrás de la barra y juega con el cabello de Dee.

—Soy Lucky Pierce. Trabajo con James.

—Bueno, ¿entonces por qué se encuentra en la cocina y no aquí?

—No me lo explico —digo, estudiando su rostro—. Todos ustedes se parecen. Yo no luzco como mi familia. Quiero decir, tengo el color de ojos de mamá y el lento metabolismo de papá en mi trasero, pero aparte de eso, no sé, no sé a quién le pertenece el rostro que tengo.

—Mickey —dice el hombre, tendiéndome su mano. La sacudo y me siento un poco mal cuando hace una mueca.

—Un gusto conocerlo. ¿Vendrán a la gran apertura?

Los hombres Murphy se miran entre ellos. Michael se inclina y baja su voz.  
—¿Estará Frankie haciendo esa pequeña comida verde?

—Joder, no —grito. Me señalo—. Adivinen quien lo convenció de no hacerla.

Michael se echa a reír y Mickey sacude su cabeza.

—Oh, vamos —digo—. Tienen que ir. James nunca lo dirá pero los quiere allí. Escuchen, ha sido una semana bastante loca. Sé que si mi padre estuviera vivo, lo querría allí conmigo.

Mickey se gira y comienza a limpiar los vasos. Michael le sirve un trago de whiskey a una señora al otro lado de la barra. La pequeña Dee gatea encima de la barra y se sienta directamente frente a mí. Sujeta un mechón de mi cabello y comienza a masticarlo.

—Oh, mi niña —dice Mickey. En lo que respecta a ella, es otro hombre. Por supuesto, no lo conozco. Solo por lo que James me ha dicho. Pero cuando le habla a la bebé, todo su rostro se ilumina—. No masticamos el cabello de un desconocido.

Justo en ese momento, James sale de la cocina con una larga bandeja de cosas fritas. Veo maíz frito, pescado y papas fritas.

James y su padre se saludan con una inclinación de cabeza mutuamente.

—¿Acabas de *cocinar*? —le pregunto a James. Tomo un maíz caliente y un escamoso pedazo de pescado y comienzo a comer. Dee extiende la mano por una papa frita pero todavía está muy caliente para que la coma, por lo que Michael la parte y sopla el vapor.

James envuelve un brazo sobre mi hombro. —Pa, esta es Lucky. Lucky, mi papá.

—James, ya hicimos eso —digo, lo que hace que el anciano se queje.

—Pa, ella es la jefa de Frankie.

—No, no lo soy. Soy una especie de gerente en The Star, no en la cocina.

Mickey me mira y muerde su labio. —Ahora veo porque no quieres venir a trabajar aquí. ¿Por qué pasar tus días conmigo cuando puedes mirar algo más hermoso? No que yo no fuera lindo en mis días. Me veía mejor que ustedes, idiotas.

—Pa —dice James, ocultando una sonrisa—. Solo quería que la conocieras. Eso es todo.



—Ya veo. —Mickey y James hacen la misma cara para cuando piensan mucho. Es como si su lucha interior tratara de salirse por sus frentes—. Lucky, ahora sé honesta conmigo. Necesito que lo seas.

—Seré Honesta. ¿Quién será usted?

Mickey me mira por un momento. Detrás de él, Michael luce como si se fuera a orinarse en sus pantalones de tanto reír. Aun así, el hombre mayor meneaba su dedo en mi dirección. Mira a James y le dice —: Oh, oh, me gusta.

James envuelve su brazo alrededor de mí y dice —: A mí también.

## 43

*Traducido por Mire**Corregido por florbarbero*

Me termino tres cervezas más. La cerveza Guinness es un alimento en sí mismo. Me siento confundida y cálida en el camino de regreso al apartamento de James. Tomo la camiseta que estaba usando y la aspiro. —Amo la forma en que hueles —le digo.

Él sube a la cama y mi piel se eriza mientras nuestras piernas se entrelazan. —¿Esto es parte de eso acerca de decir la verdad de lo que estuviste hablando?

—Sí, por qué no.

Me acurruco en su pecho y él acaricia el largo de mi cabello. Trazo las líneas de sus músculos. Su pecho es tan definido, su piel tan suave. —¿Te hidratas?

—Oh, no, es mi turno. —Presiona mi mano sobre mi vientre y me voltea, por lo que quedo sobre mi espalda y él se cierna sobre mí. Mantiene su pierna presionada entre las mías. Puedo sentirlo ponerse duro contra mi cadera. Corro mis uñas hacia arriba y abajo de su brazo—. ¿Cuál es tu canción favorita?

Me río, volviendo mi cara hacia un lado, pero él me sigue. —¿En serio? ¿Eso es lo que quieres saber?

—Creo que la música dice mucho sobre una persona. Hay algo acerca de ello que es específico de cada uno. Por ejemplo, la mía es “Interstate Love Song”. Odio la música nueva. Cuando los chicos ponen su música en la cocina, me vuelve loco.

—Entonces, ¿por qué dejas que lo hagan?

—Me imagino que vocifero lo suficiente al respecto. La música doma a las fieras.

—“Gypsy” de Fleetwood Mac. —Tomo su labio inferior y lo chupo—. Mi turno. Si pudieras comer una cosa por el resto de tu vida, ¿cuál sería?

—Pensé que íbamos a tomarlo en serio, Lucky. —Sus ojos verde mar son tan intensos que giro mi cabeza hacia un lado para darme un respiro. Si sigo mirándolos, voy a derretirme en sus manos, y entonces, no sé dónde terminaré.

—Bueno, la comida dice mucho sobre una persona. Hay algo acerca de ello que es tan específico de cada uno.

—Está bien, listilla. Los rollos de langosta. En un bollo, caliente, con mantequilla derretida.

Mi estómago se retuerce. El lado positivo de estar en la cama con un chef es que si se lo pido, probablemente me haría algo para comer. Pero estoy demasiado caliente, demasiado cómoda, demasiado todo. —¿Es por eso que nunca dejaste Boston? ¿Por los rollos de langosta?

Su mano está debajo de mi camisa, trazando patrones que no puedo ver a través de mi piel. —No.

—¿Eso es todo?

—Respondí con honestidad.

Hago una mueca y él muerde mi labio, enviando un estremecimiento por mi espina dorsal. Traza el dobladillo de mi tanga juguetonamente, pero luego vuelve a tocar mi vientre.

—¿A dónde estás yendo, Lucky? —susurra en mi oído. Su lengua roza mi cuello. Presiono mi cuerpo contra el suyo, pero él me aleja suavemente—. Respóndeme. Por favor.

Gruño. La Guinness ha desaparecido y ahora me encuentro plenamente consciente de lo cerca que estamos. La comprensión de que estoy en su cama y no quiero moverme me sobresalta. Mi corazón late más rápido. Mi piel se eriza. —¿Tenemos que hablar de esto ya?

—Tú eras la que pedía honestidad.

—Sí, para sacar a Clarissa de tu espalda, no para que me engañes para decir algo que no puedo.

Él se estremece. El momento es cosa del pasado. —¿Estoy tratando de engañarte? ¿Así que está bien si le digo a todo el mundo *mi* historia como delincuente, pero si te hago una simple pregunta, te vuelves jodidamente loca?

Algo dentro de mí se enciende. —No me conoces. Deja de chantajearme o atropellaré tu moto. Así de loca estoy. —Salgo de la cama, me quito su camisa y la tiro al otro lado de la habitación en su cara.

Hurgo en la oscuridad buscando mi ropa, pero algo está atrapado en mi pecho. El colchón suena mientras se levanta y viene hacia mí. Sus manos tocan mis hombros suavemente. Trato de sacudirlas, pero eso no es lo que quiero. Se sienta en su cama y me jala hacia él, así que estoy de pie entre sus piernas mirando su rostro. Toma mis manos entre las suyas.

—Lucky, he cometido un montón de errores. Siempre quise huir, pero estaba demasiado asustado para dejar todo atrás. Soy el tipo de persona al que le gusta tener algo familiar. No soy valiente como tú.



Me burlo. —Yo no soy valiente.

—Tomas más oportunidades que cualquiera que he conocido. Estuviste en mi calle. Viste cómo nada cambia. Ese era yo cuando tenía la edad de Dee. Es un puto ciclo que no sé cómo romper. Nadie en mi familia lo hace. Tal vez mi hermana lo haga, si puede conseguir pasar por cuatro años de universidad. Tú no tienes miedo de nada.

—Sí, lo tengo —le digo. Sostiene mis caderas y presiona su cara a mi estómago—. Siempre tengo miedo. Nunca sé lo que me espera porque no sé lo que quiero. Mi mamá me dijo que The Star es para mí. Que es mío si lo quiero. Y una gran parte de mí quiere tomarlo, porque es lo único que tengo que viene de mis dos padres. Pero me asusta arruinarlo. Que algún día suceda algo terrible.

James besa mi palma, mi muñeca. Acuno su cara con mi mano. Nunca he estado así de expuesta con otra persona y me sorprende que no haya tomado mi ropa y corrido. Pensándolo bien, empecé a hacerlo, pero a diferencia de otros, él me detuvo de irme. Esa es la diferencia.

—Lucky, estoy justo aquí. Voy a estar aquí. Voy a estar en The Star. A la mierda si algo sale mal. Lo resolveremos. Estoy justo aquí esperando por ti. Tienes que saber eso. Sin excusas.

Tomo su rostro en mis manos y lo beso, empujándolo hacia atrás con mi peso. Me siento a horcajadas sobre él y presiono mis manos a cada lado suyo en el colchón. Sus manos sostienen mi cintura, y luego se mueven hacia arriba, acunando mis pechos. Me presiona hacia abajo y toma mis pezones en su boca uno a la vez.

Me levanta, muevo mi tanga a un lado y él entra en mí. Me deslizo hasta el fondo de su eje, presionando mis manos en su pecho para sujetarme. Me inclino hacia delante y gimo en su oído. Envuelve sus brazos alrededor de mí y elimina todo aire de mis pulmones. Suspiro y lo siento moverse más rápido y más rápido. Agarro su cabello y tiro. Él tira del mío. No tiene miedo de explorar mi cuerpo, tocar cada parte de mí. Cuando estoy con James, el sexo es mucho mejor, en parte porque me vengo cada vez. Pero sobre todo, porque sabe dónde tocarme. Sabe cuándo besarme cuando lo quiero, sabe cuando desacelerar, ir más rápido y mi cuerpo responde a cada centímetro de él.

Puede que no sepa muchas cosas, pero si un hombre se siente así de bien, no debería dejarlo ir.

Traducido por vals <3

Corregido por Valentine Rose

—¿Te vas?! —grita Stella, bajando las escaleras dos a la vez en su bata de seda—. ¿Hoy de todos los días?

Tengo un gran bolso colgando de mi hombro. Llevo puesto el pijama. Mi cabello es un nido de pájaros y no tengo nada limpio para usar. Pasé la noche entera y parte de la mañana en la cama de James. Me vino a dejar cuando le informé que necesitaba hacerme cargo de algo. Se quedó enfrente del edificio, como si tuviera miedo de que huyera, que volviera a la estación y tomara el primer tren con dirección a Nueva York.

A todos les preocupa que huya a algún lado. Apesta. Es cierto: tal vez al principio no quería quedarme y trabajar en The Star. Es cierto: requirió que mi ex mejor amigo me dijera una frase cursi de la vida dándome limones. Es cierto: tengo un historial de alarmarme y luego abandonar la ciudad sin despedirme de nadie.

—Está bien, entonces —dice Stella—. Vete. Después de todo lo que ha pasado los últimos días, pensé que lo reconsiderarías. Pensé que por fin habrías aprendido algo, que tal vez podías perdonarme, que podíamos empezar de nuevo. Ya veo que me equivocaba.

Arrojo el bolso al suelo. —¿Dónde crees que voy con una camiseta andrajosa y vieja, y unos viejos pantalones de chándal? Iré a lavar mi maldita ropa, demonios.

—Oh. —Se acerca para besar mis dos mejillas—. De acuerdo. Date prisa, hay demasiado que hacer.

The Star está frescamente limpio y brillante en cada espacio. Mi madre revolotea de un lado a otro, por lo que de ese modo el equipo de filmación de *Evenings in Stella's Kitchen* puede grabar toda la acción del detrás de cámaras. Cuando la cámara me apunta, Stella y yo hacemos toda la escena de madre e hija, pero esta vez no tengo que obligarme a sonreír con ella.

Mi madre zumba con energía y nervios. Me siento del mismo modo. Todo lo que amamos está en juego. Me equivoqué sobre este restaurante. No era un proyecto al azar de uno de sus ex esposos. Era de mi padre. Enmarqué una de sus fotos y la puse en el bar así siempre puedo recordarlo.

James y el equipo están haciendo los preparativos. Se asoma de la cocina de vez en cuando y le echa un vistazo al restaurante mientras seca sus manos con una toalla. Es una débil excusa para sonreírme, pero la acepto.

Después de que nos sentáramos con mi madre y explicáramos lo de Clarissa, tuvo la brillante idea de que James sea entrevistado en exclusiva con un popular blog de comida. No sería tan detallista como lo que me explicó James, pero una vez que nos adelantáramos a Clarissa, ya no tendrá más poder sobre él. Andrés, del blog "Cómeme", fue el primero que se me vino a la mente. Tomó la oportunidad de inmediato, diciendo que no podía esperar a ver el producto final para la noche.

Cuando llega el momento de revelar el muro del infierno, llamo a cada miembro del grupo para reunirse. Quería que esto fuera una sorpresa para mi madre, así que lo ocultamos. Carlos baja el interruptor y un estallido de luces brillantes se filtra por la tela. La quito, y ésta cae. La cámara de televisión está en un ángulo perfecto para captarlo.

Recibí la inspiración cuando tuve una plática con mi madre después del hospital. Me preguntó si yo pensaba que todo lo que ella deseaba era ver su nombre iluminado. Pensé en Nueva York, en Broadway, en las personas que hemos contratado, en mi papá. Recuerdo ser una niña pequeña, poniendo todo el maquillaje en su tocador con luces que no siempre encendieron. Hay algo glamuroso en las luces de marquesina. Es nostálgico, pero aun deslumbrante. *The Star* está escrito en luces de marquesina que proyectan un brillo cálido en todo el restaurante.

Mi madre me atrae a un abrazo. Al mismo tiempo, todos aplauden.

En ese instante, somos rodeados por una masa de clientes habituales. Abrimos las puertas a las cinco. Al principio, Stella quería hacer reservaciones exclusivas, pero creí que sería mejor que aceptáramos a las personas a medida que llegaran. Jóvenes y ancianos aparecen con sus citas, grupos de amigas vienen a echarle un vistazo al joven y ardiente chef. James hace su parte: cada cierto tiempo sale todas las veces cuando alguien, en verdad, quiere felicitarlo por su plato principal: trozos de costillas cocidas y cola de langosta en una salsa de hierbas en mantequilla, o las albóndigas de ternera que se derriten en la boca, o la pasta negra con trufas ralladas o, *mi* favorito, el aperitivo Lucky que consiste en ostras fritas, banderillas de maíz con camarones y tacos de atún braseado.

Mi mamá se acerca junto a otras personas que firman un convenio para ser grabados y dar sus opiniones de la comida. Por supuesto, si dicen algo malo será editado y eliminado, pero por ahora, no hay nada más que buenas críticas.

Mientras ayudo a las personas a sentarse y me aseguro de que los camareros están atentos, observo a mi madre sentada en el bar y hablando con Belle. Es la primera vez que he visto a mi madre simplemente *sentada* y disfrutando. Me doy



cuenta de que lo tengo controlado. En serio. Aún estoy asustada. Tengo veintidós años, casi veintitrés y, de repente, tengo en la palma de mi mano lo que más deseaba mi padre. Si me permito pensarlo mucho, me pondré nerviosa. Pero cuando más pienso en cómo pudimos llegar hasta aquí más rápido, en cómo podíamos trabajar mejor, me detengo. No tiene sentido pensar en los podría, debería y habría. Solo está el aquí, el ahora y el mañana.

Dejo que las posibilidades de lo desconocido me llenen de verdadera y loca felicidad mientras empujo las puertas dobles de la cocina. Los cocineros apenas levantan la vista de picar, cortar, o freír.

Pero él lo hace. James alzas las manos llenas con jugo de alguna carne, y una especia que cosquillea mi nariz. Me inclino, ignorando los gritos y alaridos y sonido de las cacerolas de la audiencia. Con entusiasmo, acepto el beso que me ofrece.

— Hay una mesa que quiere saludarte.

Gruñe. — Estoy ocupado.

— Créeme — digo —, es una mesa muy importante.

Así que se lava las manos, pero no se cambia la chaqueta. Me sigue hacia el zumbido del restaurante. Un vaso se quiebra cerca del bar, y le doy una mirada de advertencia a Belle para que mantenga un ojo en el nuevo barman.

James se detiene a medio camino cuando ve a las personas que lo esperan: Michael sentado con Dee rebotando en su regazo. Ella tiene un bollo de mantequilla en la boca y lo muerde con sus dos diminutos dientes delanteros. Luego está Mickey, recogiendo algo de mala gana del Aperitivo Lucky.

— Pa — dice James, muy sorprendido —, viniste.

No se abrazan. No parecen ser del tipo que se abrazan. En su lugar, James se sienta y apunta diferentes platos en el menú. Su padre asiente, y sonríe. Su voz es grave tras los años de fumar y beber. — Espero recibir el quince por ciento en todos los platos que me robaste, ¿de acuerdo?

James toma su orden. Hay una nueva determinación en sus ojos que reconozco en los míos. Hay ciertas personas que tratamos de impresionar sin importar lo estropeada que esté la relación.

— ¿Cómo lograste que vinieran? — pregunta James, haciéndome a un lado, por lo que no impedimos el camino a los camareros que se apresuran de un lado a otro —. Odian los lugares como este.

— Les dije que lo comprabas.

— Eres increíble — me dice. Frota las puntas de mi cabello —. ¿Cómo lograste ser tan increíble?

ZORAIDA

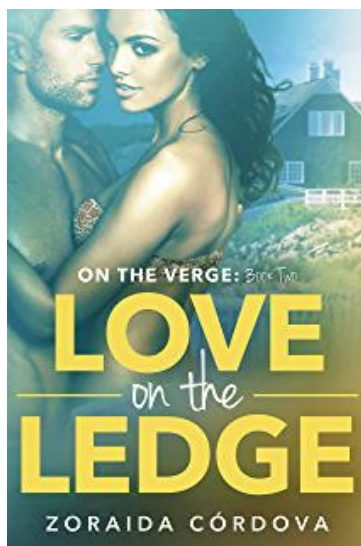
ON THE  
LINE

CÓRDOVA

Disfruto de la calidez de sus ojos verdes como el mar y las luces de marquesina detrás de nosotros. —No sé. Creo que simplemente soy *afortunada*.

LUCK

## Love on the Ledge



Sky Lopez pensó que lo tenía todo: el trabajo perfecto, la relación perfecta, la vida perfecta... hasta que descubre que su no-tan-perfecto novio la ha estado engañando. Así que cuando su tío le pide ayuda para organizar su boda en los Hamptons, Sky aprovecha la oportunidad, abandonando sus "perfectos" planes futuros en el espejo retrovisor.

La boda no resultó ser tan buena distracción como ella esperaba, porque cuando sus parientes y amigos se dan cuenta de que está soltera, ponen a Sky en su mira de casamenteros. No importa que tenga solo veinticuatro años. No importa que no quiera conformarse con nadie más que con el Sr. Adecuado. Al parecer todo el mundo en la vida de Sky quiere que ella se case y tenga

bebés. Tan pronto como ayer.

Así que cuando Hayden —un techador dulce y atractivo— se desploma desde el techo y prácticamente cae en su regazo, ella no puede evitar pensar que tal vez los chicos buenos simplemente caen del cielo.

Pronto Sky se encuentra haciendo malabarismos entre los planes de la boda, el ex infiel que está tratando de recuperarla, el cirujano plástico lindo que su familia piensa es perfecto para ella, y el techador atractivo que parece no poder sacar de su mente.

A medida que la fecha de la boda se acerca, Sky tendrá que elegir a uno —o ninguno— para evitar caer de la cornisa, y tal vez enamorarse.



## Sobre el Autor



Zoraida Córdova nació en Ecuador y creció en Queens, Nueva York. Estudió en Hunter College y la Universidad de Montana antes de encontrar un hogar en el brillante (un poco) mundo de la vida nocturna de la ciudad de Nueva York.

Prefiere su whisky puro, el tocino crujiente y sus hombres con un lado de caballería. Es la autora de la trilogía juvenil *The Vicious Deep*.